

Amadeo Bordiga



Militancia y
pensamiento
político
1910-1930

VOL I

AGUSTIN
GUILLAMON

**MILITANCIA Y PENSAMIENTO
POLÍTICO DE AMADEO
BORDIGA DE 1910 A 1930**

**Origen, formación y disidencia del
bordiguismo en el seno de la Tercera
Internacional y del Partido Comunista de
Italia**

Volumen I

AGUSTÍN GUILLAMÓN

Título:

Militancia y pensamiento político de Amadeo Bordiga de 1910 a 1930. Origen, formación y disidencia del bordiguismo en el seno de la Tercera Internacional y del Partido Comunista de Italia

Autor del libro:

Agustín Guillamón

Ilustración de cubierta:

Montaje a partir de la portada de la revista *Prometeo* (1924)



No comercial. No se puede utilizar esta obra con fines lucrativos o comerciales.

ÍNDICE

PRÓLOGO	6
INTRODUCCIÓN	13
1. DEL INGRESO DE BORDIGA EN EL PSI A LA ESCISIÓN DE LIVORNO	
1.1. Situación de la socialdemocracia al ingreso de Bordiga en 1910.....	35
1.2. Los inicios de Bordiga en el PSI.....	46
1.3. El debate sobre educación y cultura en la Juventud Socialista.....	53
1.4. Artículos anticlericales y antirreformistas publicados por Bordiga en 1913 y 1914.....	59
1.5. Los socialistas italianos y la guerra.....	68
1.6. El PSI en la postguerra.....	86
1.7. El Congreso de Bolonia.....	93
1.8. Las Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista (mayo 1920).....	110
1.9. El II Congreso de la Internacional Comunista.....	126
1.10. La ocupación de fábricas.....	148

1.11. La Conferencia de Imola.....	161
1.12. El Congreso de Livorno.....	170

2. DE LIVORNO AL IV CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

2.1. El PCI en 1921 y 1922.....	204
2.2. Tres artículos de Bordiga sobre el partido.....	215
2.3. Artículos de Bordiga sobre fascismo y democracia en 1921 y 1922.....	237
2.4. El III Congreso de la Internacional y la táctica del Frente Único.....	281
2.5. Las Tesis de Roma. El II Congreso del PCI.....	295
2.6. La Alianza del Trabajo y la huelga general de agosto de 1922.....	332
2.7. Del II Pleno Ampliado al IV Congreso de la Internacional.....	348
2.8. Informe de Bordiga sobre el fascismo presentado al IV Congreso de la Internacional.....	378

«Ni el mar ni la tierra son fieles a sus hijos: una verdad, una fe, una generación de hombres, pasan... ¡y caen en el olvido, y a nadie le importa! Salvo, quizá, a los pocos que abrazaron esa verdad, profesaron esa fe... o amaron a esos hombres».

Joseph Conrad, *El negro del Narciso*.

PRÓLOGO

Bajo confinamiento y temporalmente despedido a causa de la pandemia «coronavírica» que ha azotado al mundo en 2020, me sedujo la idea de transcribir los 550 folios mecanografiados que ocupan este trabajo de historia. Era un enorme esfuerzo y una labor gigantesca. Pero el trabajo ciertamente merecía la pena, y como era «ahora o nunca», finalmente decidí ponerme a la tarea.

Militancia y pensamiento político de Amadeo Bordiga de 1910 a 1930 es la tesis con la que Agustín Guillamón (Barcelona, 1950) completó su grado de licenciatura en Historia hace 33 años. Apenas unas pocas personas, interesadas en el tema, conocían su existencia. Pero eran aún menos quienes la habían leído, pues hasta el momento sólo existían un par de copias del original mecanografiado, disponibles para consulta en la Fundación Salvador Seguí de Madrid y en la Biblioteca del Pabellón de la República, en Barcelona.

Esta versión en formato digital, revisada por el propio autor, facilitará al menos la difusión de una obra hasta ahora prácticamente desconocida y que permite profundizar en el conocimiento de un tema sobre el que

poco hay escrito en castellano: los orígenes de la Izquierda Comunista italiana.

Es difícil explicar en unas pocas líneas el interés que puede tener, hoy, rescatar del olvido esta tradición marxista revolucionaria y precisar el significado histórico de la Izquierda Comunista italiana y de Amadeo Bordiga dentro del movimiento comunista internacional.

La crisis capitalista en curso y el consecuente proceso de proletarización en masa están sentando las bases para que, por primera vez en décadas, los conflictos provocados continuamente por las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista puedan dejar de expresarse bajo la forma de una «lucha de clases sin clase», empleando la ocurrente fórmula de E.P. Thompson, para entrar en la dinámica autónoma del proceso de formación de una nueva clase obrera y de su partido político proletario, sin el cual, según enseña la historia, no es posible acabar con la barbarie del capitalismo y la sociedad de clases.

Dentro de este proceso que hoy apenas se esboza, la restauración del marxismo revolucionario está llamada, sin duda, a jugar el mismo papel que ya tuvo hace más de un siglo. Y aquí es donde adquiere sentido

el estudio y conocimiento del *origen, formación y disidencia del bordiguismo en el seno de la Tercera Internacional y del Partido Comunista de Italia.*

El «bordiguismo» debe ser considerado como la formulación y la sistematización del marxismo revolucionario realizadas por Amadeo Bordiga en la época que abarca el presente trabajo. Surgió en Italia a finales de la segunda década del siglo XX, al margen del bolchevismo, pero convergiendo fundamentalmente con éste en un primer momento.

No obstante, apenas consolidado organizativamente tras la fundación del Partido Comunista de Italia, en 1921, el bordiguismo o, mejor dicho, la corriente política que hacía suya esta formulación doctrinal: la Izquierda Comunista italiana, empezó rápidamente a disentir de las tácticas y directrices bolcheviques y de la Tercera Internacional, para pasar luego a la abierta oposición, conforme se consolidaba el proceso contrarrevolucionario y degenerativo que podemos llamar, resumiendo, «estalinismo». Todo ello sucedía mientras se desarrollaba y consolidaba el fascismo en Italia, frente al cual el bordiguismo adoptó una rigurosa y original posición política revolucionaria, que merece la pena conocer y difundir.

La disidencia bordiguista, pues, surgió antes que la trotskista, y lo hizo además con una coherencia y una solidez, tanto práctica como teórica, de la que carecerían luego Trotsky y sus seguidores. La oposición de Bordiga y de la Izquierda italiana, además, se desarrolló y robusteció al calor de la lucha fraccional contra el grupo de Gramsci y Togliatti en el seno del PCI. Este trabajo de Agustín Guillamón, por lo tanto, es también en cierto sentido un «Anti-Gramsci». Y este no es uno de sus menores atractivos, dada la actual moda gramsciana.

En fin, este minucioso estudio acerca del origen de la Izquierda Comunista italiana es también un tratado de marxismo revolucionario, que recoge y teoriza las experiencias históricas del proletariado italiano y del intento de su vanguardia por dotarse de unos principios programáticos, pues los principios son las armas de la revolución.

Prueba de ello la proporcionan los posteriores trabajos del autor. Agustín Guillamón ha publicado en los últimos lustros diversas obras sobre el proceso revolucionario vivido en España durante los años 1936-1937: *Barricadas en Barcelona*, *Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona*, *Los Amigos de Durruti: historia y antología de textos*, Josep Rebull, la

tetralogía *Hambre y violencia en la Barcelona revolucionaria*, etc.

Sus «Tesis sobre la Guerra en España» de 2016, que no han sido compartidas por ningún historiador, ni desgraciadamente tampoco por ninguna organización política, de esas que se dicen revolucionarias, o al menos «anticapitalistas», están evidentemente en deuda con este ensayo acerca de Bordiga y la Izquierda italiana, su primer trabajo.

Para terminar, no puedo menos que dar las gracias a Agustín por invitarme a escribir esta breve presentación a su vieja obra, rescatada ahora del olvido.

Ángel Rojo. Madrid, mayo 2020.



Amadeo Bordiga en los años 20.

«Los enemigos de la revolución no son sólo aquellos que la atacan constantemente, sino también aquellos que lo aceptan todo sin discusión, con una fe ciega».

Andrés Nin, 1928.

INTRODUCCIÓN

Nuestro objeto de estudio es la génesis, proceso de formación y disidencia del bordiguismo en el seno de la Tercera Internacional y del Partido Comunista de Italia (PCI).

El bordiguismo es definido como doctrina política marxista, que se reclama de las tesis y posiciones políticas defendidas por Amadeo Bordiga en el movimiento comunista internacional.

Amadeo Bordiga (1889-1970) ingresó en la sección napolitana del Partido Socialista Italiano (PSI) en 1910. Contribuyó a la formación de un ala izquierda socialista que combatió el reformismo, la influencia masónica y el militarismo. Durante la Gran Guerra, pese a haber sido movilizado en dos ocasiones, sostuvo posiciones de derrotismo revolucionario, muy próximas a las tesis bolcheviques. Participó en el II Congreso de la Internacional Comunista (IC), en el que consiguió el endurecimiento de las condiciones de admisión a la Internacional redactadas por Lenin. Entre 1919 y 1920 creó y extendió a toda Italia, junto con Grieco, Repposi y Fortichiari, una fracción que se propuso como objetivo la fundación del Partido Comunista. En enero de 1921, en el Congreso de Livorno del PSI, encabezó y protagonizó la escisión de los comunistas y la fundación del PCI. Fue el máximo dirigente del PCI desde su

fundación hasta el IV Congreso de la IC (diciembre de 1922).

Las crecientes disidencias entre el PCI y la IC, sobre todo respecto a la fusión de los comunistas con el PSI y a la táctica del Frente Único propugnada por la Internacional, desplazaron a Bordiga y sus partidarios de la dirección del partido italiano.

Se dio la paradoja de un Comité ejecutivo (CE) que tenía la mayoría a nivel nacional, pero que era minoritario a nivel internacional. La IC nombró de forma autoritaria a un nuevo Ejecutivo del PCI, no elegido por la base militante.

Se produjo entonces un intervalo en el que se inició la formación de un nuevo grupo dirigente, constituido en torno a Gramsci, Togliatti y Terracini, que se afirmó en el partido gracias al apoyo de la IC, en lucha permanente contra la Izquierda del PCI, dirigida por Bordiga, y contra la derecha del PCI, dirigida por Angelo Tasca (1923-1924).

Bordiga se empeñó en la defensa intransigente de los principios programáticos comunistas, enunciados en el II Congreso de la IC, en el congreso fundacional del PCI en Livorno y en el II Congreso del PCI (Roma, 1922).

El proceso de bolchevización, aprobado en el V Congreso de la IC (julio 1924), supuso la introducción en el partido italiano de los métodos represivos

aplicados en Moscú contra los disidentes del partido ruso.

A la Izquierda del PCI y a Bordiga les fue cada vez más difícil expresar sus opiniones políticas o sus críticas, tanto en la prensa como en las asambleas del partido. En estas condiciones, se desató una campaña difamatoria contra la Izquierda del PCI, acusada de fraccionalismo por el mero intento de agruparse en un Comité de Entente, de cara al próximo congreso del partido.

En el III Congreso del PCI (Lyon, enero 1926), totalmente manipulado por el grupo centrista, éste consiguió la mayoría, con el respaldo de Moscú. Gramsci y Togliatti se adueñaron completamente del aparato organizativo del partido, que hasta entonces había hallado la resistencia de una mayoría bordiguista. Bordiga fue obligado, bajo amenaza de expulsión, a formar parte del Ejecutivo nombrado en Lyon. La Izquierda del PCI se vio desde entonces ante la imposibilidad de seguir defendiendo sus posiciones políticas.

A Bordiga, que gozaba de gran prestigio en la Internacional, ya sólo le quedaba esta tribuna para defender los principios programáticos comunistas. Así fue como en el VI Ejecutivo Ampliado (1926) se enfrentó a Stalin, criticó la teoría del socialismo en un solo país y planteó la cuestión rusa, proponiendo como única solución revolucionaria aceptable la dirección del

partido ruso por la Internacional, en contraposición a las tesis estalinistas de dirección de la Internacional por el partido ruso.

En noviembre de 1926 Bordiga fue detenido y su casa saqueada por los fascistas. En 1930, a pocos meses de su liberación, fue expulsado del PCI.

El límite cronológico de este estudio se establece, pues, entre el ingreso de Bordiga en el PSI y su expulsión del PCI, esto es, entre 1910 y 1930.

No hemos elaborado una biografía de Bordiga, ni tampoco una exposición de su pensamiento político. En ambos casos sería inexcusable un marco cronológico que incluyera su vida, su militancia y su pensamiento político desde la Segunda Guerra Mundial hasta su muerte en 1970.

Como hemos indicado al principio de esta introducción, nuestro objeto de estudio es *el proceso de formación del bordiguismo como corriente marxista diferenciada*, contrastada con la táctica y las tesis propugnadas por la Internacional, y en abierta disidencia con las orientaciones estratégicas, ideológicas y programáticas emanadas desde Moscú.

Puede afirmarse que el bordiguismo, como doctrina política, está ya formado en 1926-1928, cuando surge entre los exiliados comunistas italianos en Francia y Bélgica un núcleo de militantes que, en el congreso fundacional (Pantin, 1928) de una nueva formación política (Fracción de Izquierda del PCI), afirman que se

reclaman de las tesis políticas defendidas por Amadeo Bordiga en los congresos de la IC y del PCI, así como de todos sus escritos.

La historia de la Fracción de Izquierda del PCI es ya la historia del bordiguismo sin Bordiga. En efecto, entre 1928 y 1939, este grupo bordiguista desarrolló las tesis y el pensamiento de Bordiga sin contacto alguno con éste, analizando brillantemente el auge del fascismo y del estalinismo, defendiendo el curso histórico como vía abierta a la Segunda Guerra Mundial, y la guerra civil española como enfrentamiento imperialista entre una burguesía democrática y una burguesía fascista.

El estudio del bordiguismo abarcaría, pues, una primera fase, la de su formación, encarnada en la acción y el pensamiento de Amadeo Bordiga entre 1921 y 1926, que es la tratada por nosotros; una segunda fase, entre 1926-1928 y el inicio de la Segunda Guerra Mundial, que podemos llamar bordiguismo sin Bordiga; una tercera fase, minoritaria, que contemplaría la militancia de Bordiga en el Partido Comunista Internacionalista desde la Segunda Guerra Mundial hasta su muerte en 1970; y quizá una cuarta fase posterior a su muerte, encarnada en los actuales grupúsculos bordiguistas.

Es extremadamente difícil separar la cuestión de la reconstrucción histórica de la figura y el pensamiento de Amadeo Bordiga de las connotaciones políticas que suscita.

Los primeros análisis sobre el bordiguismo datan de los años treinta. Son tentativas historiográficas inmediatas a la expulsión de Bordiga del partido, realizadas por sus antiguos camaradas¹ e inevitablemente difamatorias.

En los años cincuenta, el interés por la historia del PCI plantea de nuevo el papel jugado por Bordiga en los orígenes del partido, en las obras polémicas de Angelo Tasca, Palmiro Togliatti y Giorgio Galli².

El auge de los estudios sobre Gramsci motivó y planteó asimismo la temática bordiguiana. A principios de los años sesenta el libro de Palmiro Togliatti sobre la formación del grupo dirigente del partido en los años 1923 y 1924 desveló una importante fuente documental que marcó la pauta de posteriores estudios sobre la historia del PCI, como el de Berti en 1966³.

¹ Berti, Giuseppe. "Il grupo del Soviet nella formazione del PCI", *Lo Stato Operaio* nº 12 de 1934 y nº1 de 1935. "La lotta contro il bordiguismo", *Lo Stato Operaio* nº 8-11 de 1938; Togliatti, Palmiro. "Apunti per una critica del bordiguismo". *Lo Stato Operaio* nº 4 de 1930. Reproducido íntegramente en Togliatti, Palmiro. *Opere*, vol.2 (1929-1935). Riuniti, Roma, 1973, pp. 220-227.

² Galli, Giorgio. *Storia del PCI*. Tascabili Bompiani, Milano, 1977 (1ª ed. 1957); Tasca, Angelo. *I primi dieci anni del PCI*. Laterza, Bari, 1971. (Aunque la primera edición es de 1971, las tesis fundamentales del libro de Tasca habían sido publicadas en artículos aparecidos en la revista *Il Mondo*, en 1953); Togliatti, Palmiro. *Conversando con...* Note biografiche a cura di Marcella e Maurizio Ferrara, Edizioni di Cultura Sociale, Roma, 1953.

³ Berti, Giuseppe. "Apunti e ricordi 1919-1926". Introduzione agli *Annali dell'Istituto Feltrinelli*, anno VIII, 1966; Togliatti, Palmiro. *La formazione del*

A raíz de la publicación en 1964, por parte de Amadeo Bordiga, del primer volumen de la *Storia della Sinistra comunista 1912-1919*, que presentaba también una importante aportación documental⁴, se produjo una viva polémica sobre el papel jugado por Bordiga en los orígenes del PCI. Esta polémica se desarrolló entre 1964 y 1966 en las páginas de la *Rivista storica del socialismo*⁵.

Pocos meses antes de su muerte, Bordiga, hasta entonces reacio a los periodistas, concedió una entrevista a Edek Osser y participó además en un

grupo dirigente del Partito comunista italiano nel 1923-1924. Riuniti, Roma, 1984 (1ª ed. 1962).

⁴ Bordiga, Amadeo y camaradas. *Storia della sinistra comunista, 1912-1919*. Edizioni Il programma comunista, Milano, 1964 (reimpreso en 1972).

⁵ Los artículos se citan por orden cronológico, no alfabético: Merli, Stefano. "Lo origini della direzione centrista del Partito comunista d'Italia". *Rivista storica del socialismo*, nº 23, septiembre-diciembre 1964, pp. 805-825; Merli, Stefano. "Nueva documentazione sulla "svolta" nella direzione del Partito comunista d'Italia". *Rivista storica del socialismo*, nº 23, set.-dic. 1964, pp. 513-540; Cortesi, Luigi. "Alcuni problema della storia del PCI. Per una discussione". *Rivista storica del socialismo*, nº 24, enero-abril 1965, pp. 143-172; Santarelli, Enzo. "Problemi della storia del PCI. Neobordiguismo o ricerca storica?". *Rivista storica del socialismo*, nº 25-26, mayo-diciembre 1965, pp. 185-189. Muller, Hane. "Considerazioni preliminari e un po'settaria". *Rivista storica del socialismo*, nº 25-26, mayo-diciembre 1965, pp. 189-197; De Clementi, Andreina. "La política del Partito comunista d'Italia nel 1921-1922 e il rapporto Bordiga-Gramsci". *Rivista storica del socialismo*, nº 28, mayo-agosto 1966, y nº 29, septiembre-diciembre 1966, pp. 137-187 y 61-94.

programa televisivo en el que se debatían los orígenes del fascismo⁶.

Tras su muerte en 1970, el interés suscitado por su figura y por los primeros años del PCI produjeron varios artículos y libros sobre Bordiga, entre los que destacan: el de Fatica, sobre su acción política napolitana en los años de juventud, que desmoronaba definitivamente el mito del atraso industrial napolitano como explicación del extremismo bordiguiano; la biografía política de Bordiga entre 1912 y 1926, debida a Andreina De Clementi; y la única biografía y análisis del pensamiento político de Bordiga que abarca toda su vida, debida a Franco Livorsi⁷.

⁶ Osser, Edek. "Una intervista ad Amadeo Bordiga". *Storia Contemporanea* n° 3, septiembre 1973, pp. 569-592; Zavoli, Sergio. *Nascita di una dittadura*. Società Editrice Internazionale, Torino, 1973. Recoge unas entrevistas televisivas de un ciclo destinado a la divulgación histórica sobre el nacimiento del fascismo.

⁷ Las obras mencionadas son: De Clementi, Andreina. *Amadeo Bordiga*. Piccola Biblioteca Einaudi, Torino, 1971; Fatica, Michele. *Origini del fascismo e del comunismo a Napoli (1911-1915)*. La Nuova Italia Editrice, Firenze, 1971; Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero e l'azione politica (1912-1970)* Editori Riuniti, Roma, 1976. Entre los artículos publicados a la muerte de Bordiga, en julio de 1970, cabe destacar lo siguientes: De Felice, Franco. "La riscoperta di Bordiga". *Belfagor* n° 4, 1971; Fiori, Giuseppe. "Bordiga, un combattente coraggioso e dogmatico", *Stampa Sera* (27/7/1970); Partito Comunista Internazionale. "Una milizia esemplare al servizio della rivoluzione", *Il programma comunista* n° 14, 1970; "Forgiatori di militanti", *Il programma comunista* n° 17, 1970; "En mémoire d'Amadeo Bordiga: la gauche communiste sur le chemin de la révolution", *Programme Communiste* n° 50-56, octubre 1970-septiembre 1972; Spriano, Paolo. "Il caso Bordiga", *Rinascita* n° 31, 1974.

El valor de estos tres libros es muy diferente. El de Michele Fatica contiene valiosas aportaciones, con precisa fuente documental, sobre la acción política de Bordiga y la base experimental y no abstracta de su pensamiento, estrechamente ligado a los avatares y luchas del movimiento obrero napolitano. El libro de Andreina De Clementi es muy desigual, con un interesante y original estudio de la acción llevada por Bordiga en el seno de la Federación Juvenil socialista. Pero cuenta con importantes vacíos, salvados en pocas páginas, como el que va del bienio rojo al auge del fascismo. Hace interpretaciones arriesgadas y dudosas, como es la inclusión de Bordiga en un llamado marxismo occidental, por oposición al ruso-oriental, en el que se incluye a Pannekoek, Gorter, Lukacs, etc.

El libro citado de Livorsi, al que debe añadirse un artículo historiográfico y una selección de textos de Bordiga⁸, tiene el mérito de abarcar el arco entero de su biografía y la evolución de su pensamiento a lo largo de toda su vida. El defecto fundamental a señalar en una obra de síntesis como la de Livorsi es precisamente las lagunas existentes en 1976, dada la falta de investigaciones sobre la vida de Amadeo Bordiga. Especialmente sobre el periodo de encarcelamiento en 1924, sobre el Comité de Entente y sobre el año 1926,

⁸ Livorsi, Franco. "Amadeo Bordiga nella storiografia sul PCI", *Studi Storici* nº 2, 1974 y *Amadeo Bordiga, scritti scelti*. Feltrinelli, Milano, 1975.

entre su asistencia al VI Ejecutivo Ampliado y su detención en noviembre del mismo año. Por otra parte, Livorsi tiende a juzgar lo que denomina errores del bordiguismo desde un punto de vista programsciano o eurocomunista, que no resulta nada adecuado para comprender la acción y el pensamiento de Bordiga. En ocasiones, Livorsi analiza a vuelapluma importantísimos textos insustituibles de Bordiga, pese a reconocer su valía, como es el caso del discurso e intervenciones de Bordiga en el VI Ejecutivo Ampliado. También son notables algunos errores de Livorsi, como cuando atribuye a Bordiga un texto que es de Ottorino Perrone⁹, o cuando afirma que Onorato Damen se escindió del partido dirigido por Amadeo Bordiga y Bruno Maffi para unirse a la organización dirigida por Bruno Fortichiari¹⁰.

⁹ Livorsi atribuye a Amadeo Bordiga la redacción del texto programático de la Izquierda italiana *Natura, funzione e tattica del partito rivoluzionario della classe operaia*, que en realidad fue elaborado por Ottorino Perrone. Cfr: Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit., p. 355; Camatte, Jacques (ed.). *Russie et révolution dans la théorie marxiste*. Recopilación de textos de Amadeo Bordiga. Prefacio de Jacques Camatte. Spartacus, 1978, nota 3, p. 179.

¹⁰ Véase Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit., p. 381. Bruno Fortichiari había sido expulsado del PCI en 1929. En el año 1943 solicitó y obtuvo el ingreso en el nuevo PCI, donde desarrolló hasta 1956 una labor de oposición crítica y entrismo. Expulsado de nuevo, fundó un grupo denominado *Azione Comunista*. Amadeo Bordiga, Bruno Maffi y Ottorino Perrone se escindieron en 1952 del Partido Comunista Internacionalista, en el que permanecieron Onorato Damen, Luciano Stefanini y Aldo Lecci, conservando la cabecera de las publicaciones *Prometeo* y *Battaglia*

Tras la síntesis de Franco Livorsi, publicada en 1976, las únicas investigaciones que destacan en la historiografía sobre Bordiga son los artículos de Giovanni Somai, que desvelan desde una base documental inédita nuevas visiones sobre aspectos diversos de la militancia de Amadeo Bordiga¹¹.

Un apartado especial merecería las tesis inéditas escritas en Francia sobre los bordiguistas exiliados en Francia y Bélgica en los años treinta¹². No debemos olvidar la tesis de Bruna Teso, estudio pionero sobre Bordiga.

Comunista. Por lo tanto, Damen no se unió a Fortichiari, ni siquiera militaron en la misma organización en ningún momento tras la Segunda Guerra Mundial, como afirma erróneamente Franco Livorsi.

¹¹ Las pacientes y fructíferas investigaciones de archivo realizadas por Giovanni Somai son la única aportación de interés posterior a la síntesis del libro de Franco Livorsi (1976) ajena a los grupos bordiguistas. Los artículos más destacados de Somai son los siguientes: Somai, Giovanni. "La mancata "venuta" di Bordiga a Mosca. Il preludio della "questione russa" dell'ottobre 1926", *Storia contemporanea* nº 2, abril 1979; "Il tentativo frazionalista nel Partito Comunista d'Italia: Il Comitato d'Intesa e il ruolo di Amadeo Bordiga", *Movimento operaio e socialista* nº 4, octubre-diciembre 1979; "La formazione del grupo dirigente di "centro" e il ruolo di Bordiga. Carteggio 1923", *Storia contemporanea* nº 4-5, octubre 1980; "Sul rapporto tra trockij, Gramsci e Bordiga (1922-1926)", *Storia contemporanea* nº 1, febrero 1982.

¹² Bourrinet, Philippe. *La Gauche communiste italienne 1926-1945. (Ebauche d'une histoire du courant "bordiguiste")*, Memoire de maîtrise, préparé sous la direction de M. Jacques Droz. Université de Paris I, 1979. Roger, Michel. *La Gauche communiste et la guerre d'Espagne*, DEA, Paris, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1977; *Histoire de la "gauche" italienne dans l'emigration: 1926-1945*, Thèse de Doctorat de 3ème Cycle, présentée par... sous la direction de Madeleine Reberieux, Paris, 1981, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.

Por último, cabe reseñar las importantes aportaciones realizadas en los últimos años por los diversos grupúsculos bordiguistas. Así, por ejemplo, la publicación del segundo y tercer volumen de la *Storia della Sinistra*, que había sido iniciada por Bordiga en 1964 con la edición del primer volumen¹³. El número de artículos, siempre anónimos, así como la republicación de antiguos textos y de documentación inédita o de difícil acceso, por parte de los diversos partidos bordiguistas, es innumerable y difícilmente catalogable. Basta con citar las principales revistas: *Comunismo*, *Programme Communiste*, *Il Programma comunista*, *Battaglia Comunista*, *Prometeo*, *Révolution Internationale*, *Jeune Taupe*, *Il Partito Comunista*, etc.

Entre los libros que no tratan específicamente la figura y la obra de Bordiga o el bordiguismo, destaca sin duda alguna la *Storia del Partito comunista italiano* de Paolo Spriano¹⁴, sobre todo el primer volumen, titulado significativamente *De Bordiga a Gramsci*. Spriano trata con suma objetividad el papel histórico jugado por Bordiga, pero se limita a relatar los hechos sin entrar en el análisis de las ideologías políticas.

¹³ Bordiga, Amadeo y camaradas. *Storia della Sinistra comunista 1919-1920*, vol. II, Edizioni Il programma comunista, Milano, 1972; Partito comunista internazionale, *Storia della sinistra comunista*, vol. III, Edizioni Il programma comunista, Milano, 1986.

¹⁴ Spriano, Paolo. *Storia del Partito comunista italiano. I. De Bordiga a Gramsci*, Einaudi, Torino, 1982 (1ª ed. 1967) y *Storia del Partito comunista italiano. II. Gli anni della clandestinità*, Einaudi, Torino, 1978 (1ª ed. 1969).

Las fuentes documentales publicadas más interesantes son las contenidas en las obras ya citadas de Togliatti, Bordiga, Berti, Somai y Livorsi¹⁵, así como en las de Humbert-Droz¹⁶ y en las recopilaciones de artículos de Gramsci¹⁷ y Bordiga¹⁸. Extremadamente

¹⁵ Véanse las notas 3, 4, 8, 11 y 13.

¹⁶ Humbert-Droz, Jules. *Il contrasto tra l'Internazionale e il PCI*, Feltrinelli, Milano, 1969 y *L'Internazionale comunista tra Lenin e Stalin. Memorie di un protagonista 1891-1941*, Feltrinelli, Milano, 1974.

¹⁷ Gramsci, Antonio. *L'Ordine Nuovo 1919-1920*, Einaudi, Torino, 1955 (2ª ed.); *Socialismo e fascismo. L'Ordine Nuovo, 1921-1922*, Einaudi, Torino, 1966 (6ª ed.); *La costruzione del Partito comunista 1923-1926*, Einaudi, Torino, 1978 (5ª ed.); *Scritti politici*, a cura di Paolo Spriano. Recopilación en tres volúmenes. Riuniti, Roma, 1978.

¹⁸ Bongiovanni, Bruno. *L'antistalinismo di sinistra e la natura sociale dell'URSS*, Feltrinelli, Milano, 1975, pp. 357-389. Bordiga, Amadeo. *Storia della Sinistra comunista*, tres volúmenes. Edizioni Il programma comunista, Milano, 1964-1987; *Communisme et fascisme*, Editions Programme communiste, Marseille, 1970; *TRacciato d'impostazione. I fondamenti del comunismo rivoluzionario*, Edizioni Il programma comunista, Milano, 1970; *In difesa della continuità del programma comunista*, Edizioni Il programma comunista, Milano, 1970; *Los fundamentos del comunismo revolucionario*, Ediciones programme, s.l., 1971; *Elementi dell'economia marxista. Sul método dialectico. Comunismo e conoscenza umana*, Edizioni Il programma comunista, Milano, 1971; *Partido y clase*, Ediciones Programme communiste, Paris, 1974; *La "maladie infantile", condamnation des futurs renegats. Sur la brochure de Lenine "La maladie infantile du communisme"*, Editions Programme communiste, Paris, 1972; *Per l'organica sistemazione dei principi comunista*, Edizioni Il programma comunista, Milano, 1973; *Struttura económica e sociale nella Russia d'oggi*, Edizioni Il programma comunista, Milano, 1976; *I fattori di razza e nazione nella teoría marxista*, Iskra edizioni, Milano, 1976; *Drammi gialli e sinistri della moderna decadenza sociale*, Iskra edizioni, Milano, 1978; *Forza, violenza e dittadura nella lotta di classe*, Edizioni Il programma comunista del Partito comunista internazionale, Firenze, 1978; *Dialogato con Gramsci*, Edizioni Il programma comunista del Partito comunista internazionale, Firenze, 1979; *Mai la merce afèmerà l'uomo*,

importantes son las tesis y documentos presentados por Bordiga en los congresos del Partido Comunista de Italia y de la Internacional Comunista¹⁹. También han sido consultadas las tesis, discursos y discusiones de las distintas delegaciones en los cinco primeros congresos de la Internacional Comunista²⁰.

Otras fuentes documentales consultadas han sido los archivos de Ottorino Perrone, depositados en la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine (Nanterre), y las colecciones de publicaciones periódicas *Il Soviet* (1918-1920), *L'Ordine Nuovo* (1919-1920 y 1924-1925), *Il Comunista* (1920-1921), *Rassegna Comunista* (1921-1922), *Prometeo* (1924 y 1928-1938), *Lo Stato Operaio*

Iskra edizioni, Milano, 1979; *Proprietà e capitale*, Iskra edizioni, Firenze, 1980; *Lezione delle controrivoluzione*, Edizioni Il programma comunista, Milano, 1981; "Textes fondamentaux de la gauche communiste", *La revolution communiste*, organe théorique de la Fraction communiste internationaliste, n° 3, enero 1984 (Bruxelles). Camatte, Jacques. *Bordiga et la passion du communisme*, Spartacus, París, 1974 y *Russie et révolution dans la theorie marxiste*, par Amadeo Bordiga. Préface de J. Camatte, Spartacus, París, 1978. Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Scritti scelti*, Feltrinelli, Milano, 1975. Peregalli, Arturo (ed.). *Il comunismo di sinistra e Gramsci*, Dedalo libri, Bari, 1978, pp.37-75 y pp. 103-111.

¹⁹ Véase *In difesa della continuità del programma comunista*, Edizioni Il programma comunista, Milano, 1970 y *Relazione del partito comunista d'Italia al IV congresso dell'Internazionale comunista, novembre 1922*, Iskra edizioni, Milano, 1976.

²⁰ *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*. Primera y segunda parte. Cuadernos Pasado y Presente, México, 1977 y *V Congreso de la Internacional Comunista*. Primera y segunda parte. Cuadernos Pasado y Presente, Córdoba (Argentina), 1977.

(1924), *L'Unità* (1924-1926), *Bilan* (1933-1938), *Programme Communiste* (1957-1982), *Invariance* (1968-1971) y *Comunismo* (1979-1987).

En la actual historiografía italiana predominan las versiones decididamente programscianas o eurocomunistas de los primeros años del PCI. Existía el peligro de elaborar una historia bordiguista, afín a la efectuada por los partidos bordiguistas. De hecho, la polémica entablada en 1964-1966 en la *Rivista storica del socialismo* oscilaba entre una historia programsciana y otra probordiguista. En todo momento, frente a las interpretaciones polémicas de un determinado hecho histórico conflictivo, no podíamos, como Paolo Spriano, limitarnos a relatar acontecimientos históricos concretos sin entrar en interpretaciones ideológicas, puesto que debíamos explicar la posición política adoptada por Bordiga, o por la Izquierda del PCI. Por esta razón, ante un hecho histórico importante no se ha tomado partido por la versión bordiguista o gramsciana, sino que siempre SE HA INTENTADO COMPRENDER y explicar el porqué de la disidencia en el seno de un mismo partido o movimiento.

No es sólo metodológicamente más adecuado el intentar comprender a los protagonistas, a las fuerzas sociales y a la tradición teórica que las empuja, sino que además es mucho más interesante.

No se trataba, pues, de dar la razón a Bordiga frente a Gramsci, o a Gramsci frente a Bordiga, sino de

comprender las tesis de uno y otro, el porqué de su discrepancia. Era preciso entender las razones que tenía Bordiga para presentar una oposición de principio ante la Internacional en contra de la fusión con el PSI, o en contra de la táctica del frente único. Era necesario entender las razones por las que Gramsci, ante el peligro de liquidación del partido por parte de la derecha, dirigida por Angelo Tasca, se enfrentó a Bordiga y tomó la dirección del PCI. Era necesario comprender las razones de Gramsci para identificar la suerte de la revolución comunista con la Internacional, así como su táctica de colaboración con otros partidos políticos en una coalición antifascista.

Sin embargo, para poder comprender a Bordiga era inevitable y necesario poner a Gramsci en su lugar, despojándolo de toda esa mitificación y aureola de infalibilidad que Togliatti le echó encima, en los años 50 y 60, por razones estrictamente políticas y ahistóricas. Era necesario, por ejemplo, afirmar sobre una base documental inapelable, que Gramsci y Togliatti sustituyeron el debate político por el uso metódico de medidas disciplinarias arbitrarias.

A pesar de todo, poner a Gramsci en el lugar que le corresponde en la historia del PCI les parecerá a muchos una herejía, que no es ni el objetivo ni el tema propio de este trabajo.

La crítica despiadada de aquellas corrientes que se presentan como expresión revolucionaria halla su

justificación en que no lo son de hecho. El ataque contra los mitos y quienes los sustentan, halla su justificación en el control del presente que esos mitos del pasado realizan hoy y ahora. En ese sentido, este trabajo de historia lo es en la medida en que contribuye a rescatarla.

Hemos pretendido introducir en la historiografía en lengua española un tema, como es el bordiguista, hasta hoy plenamente ignorado, cuyo interés rebasa el ámbito nacional italiano, ya que afecta a la historia de la Internacional Comunista y a la formación de una corriente de pensamiento marxista que ideológicamente es tan importante como puede serlo la trotskista.

Y esto hubiera sido imposible sin la ayuda de numerosas personas, organizaciones e instituciones. En primer lugar, sin la consulta de las publicaciones de los diversos partidos de carácter o influencia bordiguista, y, sobre todo, la correspondencia mantenida con estos grupos, no sólo italianos, sino también franceses y belgas. La consulta de los materiales que estos grupos custodian y difunden ha sido indispensable, y no siempre fácil²¹. Las entrevistas con los militantes, cuyo

²¹ Los principales partidos o grupos de carácter o influencia bordiguista, vigentes, desaparecidos o en crisis, cuyas publicaciones o correspondencia han sido de utilidad para este trabajo son los siguientes:

- a) Partito Comunista Internazionale, que publica en Italia *Il programma comunista* y en Francia *Programme communiste*. En la escisión de 1952, este partido estaba encabezado por Amadeo Bordiga, Bruno Maffi y Ottorino Perrone. Fue el partido en el que militó Bordiga

desde 1952 hasta su muerte, y en cuyas publicaciones, de forma anónima, intervino de forma decisiva. A Amadeo Bordiga se deben los artículos publicados en la serie titulada “Sul filo del tempo”, así como las reseñas de las reuniones y congresos del Partido Comunista Internazionale y las tesis aprobadas en esas reuniones. Las publicaciones de Iskra Edizioni son del Partido Comunista Internazionale. En 1982 entró en una profunda crisis.

- b) Partito Comunista Internazionalista, que publica *Battaglia comunista* y *Prometeo*. En la escisión de 1952 la minoría del partido fundado tras la Segunda Guerra Mundial siguió a la dirección formada por Onorato Damen, Luciano Stefanini y Aldo Lecci. Este partido conservó las cabeceras de las publicaciones por el mero hecho de estar inscritas a nombre de Onorato Damen. A la muerte de éste, el partido fue dirigido por su hijo Fabio Damen. La escisión de 1952 se basó en el rechazo por parte de Bordiga, Perrone y Maffi del activismo, el entrismo sindical, el electoralismo y la ambigüedad frente a la acción partisana antifascista, mostrada por el partido en los años 40, reivindicada por Damen.
- c) Desde 1952 las escisiones más importantes del Partito Comunista Internazionale (*Il programma comunista*) han sido las siguientes: En 1965, el grupo Rivoluzione Comunista, que al tomar el nombre de Partito Comunista Internazionalista obligó a Programma Comunista a cambiar su denominación por la de Partito Comunista Internazionale. En 1967, en Francia, se produjo una salida de militantes que a su vez se subdividieron en dos grupos: uno encabezado por Dangeville, que publicó *Le fils du temps*, y otro dirigido por Jacques Camatte, que publicó *Invariance*. Ambos grupos han desaparecido. En 1973 se produjo una importante escisión de la sección florentina del Partito Comunista Internazionale, que publica *Il Partito Comunista* y *Comunismo*. La decisión se fundamentó sobre la acusación del abandono del centralismo orgánico por parte de Programma Comunista. En 1982 se produjo una grave crisis en el seno de Programma Comunista, a causa de las posiciones aberrantes sobre nacionalismo adoptadas por la sección argelina. El Partito Comunista Internazionale estalló en numerosos grupos. La red internacional del partido desapareció. En Francia dejó de publicarse la revista teórica

Programme Communiste. El 1983, en Italia se produjo un enfrentamiento entre la vieja guardia, capitaneada por Bruno Maffi, y una mayoría heterogénea formada por liquidacionistas de la tradición del partido, agrupados en torno a *Combat*, y renovadores que buscaban solución a la esclerosis del partido. Bruno Maffi y la vieja guardia consiguió hacerse con la cabecera de *Il programma comunista*, por razones de tipo legal. En 1986 consiguieron publicar el tercer volumen de la *Storia della Sinistra*. La mayoría heterogénea publicó el periódico *Il Comunista*, rompió con el grupo liquidacionista *Combat* y en la actualidad está consiguiendo reconstruir la red internacional del partido: en Francia publican *Le proletaire*, y han conseguido reemprender la publicación de la revista teórica *Programme Communiste*.

En la actualidad existen pues dos grupos fundamentales: el de Bruno Maffi, que publica *Il programma comunista*, y el de Renato de Prá, que está reconstruyendo la red internacional y publican *Il Comunista*, *Le proletaire* y *Programme Communiste*.

- d) Entre los grupos de influencia bordiguista más o menos acusada, pero que no pueden ser caracterizados como plenamente bordiguistas, cabe citar a:

La Corriente Comunista Internacional, que se reclama de las aportaciones teóricas de la Izquierda Comunista italiana, holandesa y alemana. Publica en francés *Révolution Internationale*, y en cuatro lenguas su órgano *Revue Internationale*. Fundado en 1974, es sin duda el grupo teóricamente más renovador y con la red internacional más extensa y consolidada. Subraya y defiende la labor realizada por los bordiguistas que en los años 30 publicaron en el exilio francés y belga las revistas *Bilan* y *Prometeo*.

El Grupo Comunista Internacionalista que publica la revista *Comunismo* en lengua española, organizado en Bélgica y Francia, pero ideológicamente muy confuso.

El grupo *Pour une Intervention Communiste* (PIC), hoy desaparecido, escisión de la Corriente Comunista internacional que defendió las posiciones de *Union Communiste* sobre la guerra civil española, en contra de las tesis expuestas por *Bilan*.

riguroso anonimato debe ser respetado, han sido de un valor inapreciable, además de enriquecedoras desde un punto de vista estrictamente personal.

Las numerosas pesquisas bibliográficas y documentales nos han encaminado a la consulta del Instituto Feltrinelli (Via Romagioni, 3) de Milán, del Centro di Documentazione (Via degli Asili, 10) de Lucca, del Instituto Gramsci (Via Conservatori, 55) de Roma, de la excitante Bibliothèque Publique d'Information de París, de la Bibliothèque Nationale Française (anexo de Versailles), de la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine de Nanterre, del Instituut voor Sociale Geschiedenis de Ámsterdam, de la Fundación Pablo Iglesias de Madrid, de la Fundación Figueras, del Archivo Histórico Municipal de Barcelona, de la Biblioteca de Cataluña, del Centro de Documentación Histórico y Social, de la Biblioteca de la Facultad de Letras de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la Biblioteca de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona y de la Biblioteca Pública y Provincial de Barcelona.

Las indicaciones y correcciones realizadas por María José Aubet Semmler han sido inestimables.

Una aclaración: hemos optado por traducir todos los textos originales italianos y franceses por razones de continuidad lingüística y divulgativas. Así pues, la responsabilidad de todas las traducciones es solamente nuestra. Sin embargo, para no perder matices ni rigor,

hemos decidido añadir un *anexo documental* en el que aparecen íntegros y en lengua italiana aquellos textos cuya importancia histórica y su dificultad de consulta así lo hacían aconsejable y hasta necesario²².

Las innumerables dificultades de un estudio histórico de ámbito internacional sólo han podido ser superadas gracias a la pasión hallada en la propia tarea investigadora.

Cualquier tipo de crítica, aportación, fe de erratas, discrepancia o colaboración referente al tema tratado, será recibida con sumo interés en el apartado de correos 22010 de Barcelona, o en el email: chbalance@gmail.com

Agustín Guillamón. Barcelona, mayo de 1987.

²² Todos los textos del Anexo documental han sido reproducidos en italiano, salvo «El principio democrático».

Este libro fue presentado como tesis de licenciatura en la convocatoria de septiembre de 1987. Pese a obtener la máxima calificación académica, nos complace afirmar que nada debe al mundo académico ni a la institución universitaria. Pocos actos tan inútiles, desalentadores y vagos como la lectura de una tesina o de una tesis. Sin embargo, agradecemos la crítica, los elogios y las siempre perspicaces observaciones del Dr. Pelai Pagés. Del mismo modo, debemos agradecer la reseña escrita por Paco Veiga, aparecida en el número de enero de 1988 de *L'Avenç*.

Agustín Guillamón. Barcelona, mayo de 1988.

1. DEL INGRESO DE BORDIGA EN EL PARTIDO SOCIALISTA ITALIANO A LA ESCISIÓN DE LIVORNO

1.1. Situación de la socialdemocracia al ingreso de Bordiga en 1910

La Segunda Internacional estaba constituida como una federación de partidos nacionales, sin una auténtica organización centralizada, a pesar de la indiscutible preponderancia y liderazgo de la socialdemocracia alemana. Sólo con la Tercera Internacional aparecería una organización de ámbito internacional, fundada con anterioridad al nacimiento de las secciones nacionales y fuertemente centralizada.

La aparición y desarrollo de la corriente reformista en el seno de la Segunda Internacional tuvo su origen en el importante crecimiento económico del capitalismo desde 1870. La lucha del movimiento obrero por mejoras inmediatas de sus condiciones de vida tuvo como consecuencia el auge de la burocratización de las organizaciones sindicales, así como el alejamiento de la perspectiva revolucionaria. Este fenómeno fortaleció entre los socialdemócratas la idea de un *gradualismo* económico y político hacia el socialismo.

Hasta que el proletariado no se vio inmerso en la guerra y la crisis económica mundiales, la necesidad y la posibilidad de una revolución proletaria internacional aparecía como utópica e irreal.

El teórico marxista Eduard Bernstein sistematizó en 1898 el fenómeno histórico y social del gradualismo en una nueva teoría, que revisaba algunas tesis importantes de Marx. La revisión del marxismo realizada por Bernstein no hacía más que aceptar y teorizar la importancia real de la corriente reformista en el seno de la socialdemocracia.

Las teorías de Eduard Bernstein fueron atacadas por todos los teóricos marxistas ortodoxos hasta 1906. Sólo a partir de 1910 se agudizarían las diferencias entre los radicales, como Rosa Luxemburg y Lenin, y los centristas, como Kautsky. Los centristas en la práctica dieron su apoyo al ala revisionista de la socialdemocracia, aunque teóricamente rechazaban sus argumentaciones.

La polémica entre Bernstein y Luxemburg había puesto de manifiesto la existencia, en el seno de la socialdemocracia, de dos corrientes marxistas enfrentadas: la de los reformistas y la de los revolucionarios.

Los reformistas renunciaban al objetivo final de la transformación social del sistema capitalista en aras de unas reformas sociales graduales que, de medios o camino hacia el socialismo, se convertían en el auténtico

fin de la socialdemocracia. En la conocida y expresiva fórmula de Bernstein:

«La meta final, no importa cuál sea, no significa nada; el movimiento lo es todo»¹.

Para la corriente revolucionaria el objetivo final del socialismo es el factor decisivo, que diferenciaba a la socialdemocracia de la democracia y el radicalismo burgués. Rechazaban la integración de la socialdemocracia en el sistema capitalista en aras de una lucha de clases antagónica al sistema capitalista, que debía ser suprimido.

Rosa Luxemburg atacó, desde muy temprano, en plena controversia con Bernstein, las posiciones de los teóricos y líderes ortodoxos del partido, de tipo centrista. Sin embargo, sólo a partir de 1910 iba a producirse la ruptura entre ortodoxos, centristas y radicales. Los marxistas centristas, como Kautsky, aunque aceptaban la necesidad irrenunciable de la revolución y la destrucción del Estado capitalista, afirmaban que, en tanto no se produjesen las condiciones económicas que madurasen la posibilidad de un éxito revolucionario, la tarea de los socialdemócratas radicaba en la lucha por mejorar las condiciones de vida de la clase obrera y profundizar la democracia.

¹ Luxemburg, Rosa. *Reforma o revolución*, Grijalbo, México, 1967, p. 7.

Rosa Luxemburg, por el contrario, afirmaba que la oposición entre reformistas y revolucionarios era un enfrentamiento entre dos finalidades contradictorias: o bien se fortalece el sistema capitalista mediante la integración de la socialdemocracia en el Estado burgués, o bien se destruye el Estado burgués mediante una lucha de clases antagónica al sistema capitalista.

Para Rosa Luxemburg el reformismo y la revolución eran *factores* distintos en el desarrollo social e histórico. El reformismo, con el crecimiento de los sindicatos y el aumento del número de diputados parlamentarios, tenía por objetivo la obtención de reformas legislativas favorables a la clase obrera y, en definitiva, la integración de la socialdemocracia y el movimiento obrero *en* el Estado capitalista.

Los revolucionarios creían insuperable el antagonismo entre burguesía y proletariado, y por lo tanto solo confiaban en la lucha de clases, con el objetivo final de la destrucción del Estado capitalista y la conquista del poder político por el proletariado.

Así pues, hacia 1910, en el momento de la incorporación de Amadeo Bordiga al movimiento socialdemócrata, aunque el marxismo había conseguido desplazar a otras teorías sociales y era predominante en el movimiento obrero europeo, se dividía entre dos corrientes contradictorias: la reformista y la revolucionaria.

Frente al reformismo imperante en la Segunda Internacional, encarnado en Bernstein, Jaurès, Turati, Kautsky, etcétera, la corriente marxista revolucionaria se organizó muy tardíamente. Se trataba más de una oposición de izquierda que de una verdadera fracción organizada internacionalmente. El surgimiento de esta tendencia de izquierda tuvo más bien un carácter nacional. Primero en Rusia y Bulgaria, hacia 1903, con los bolcheviques y los estrechos; en Holanda, en 1909, con los tribunistas, partidarios de Gorter y Pannekoek. En el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), la corriente revolucionaria de Rosa Luxemburg no se organizaría como fracción hasta muy avanzada la guerra.

Mientras la corriente revolucionaria impuso sus críticas, su coherencia y su ortodoxia marxista en el *plano teórico*, la corriente reformista fue la manifestación ideológica de la *práctica real* de las organizaciones sindicales y de base del partido, absolutamente predominante en el movimiento socialdemócrata.

La polémica entre reforma y revolución se daba entre la inmensa masa organizada y una minoría de intelectuales. Y en vísperas de la guerra se convirtió en una polémica entre nacionalismo probélico e internacionalismo. De esta forma, la corriente marxista reformista se hizo nacionalista, votó los créditos de

guerra y liquidó la Segunda Internacional, al negar la menor validez a los principios internacionalistas.

La corriente marxista revolucionaria mantuvo su espíritu y principios internacionalistas, y manifestó su total rechazo a la intervención de los obreros en la guerra. De esta forma, de entre las ruinas de la Segunda Internacional, surgió tardíamente una izquierda zimmerwaldiana que, al lanzar la consigna de transformación de la guerra mundial entre potencias capitalistas en una guerra civil revolucionaria, sentó las bases del triunfo de la revolución rusa y de la fundación de una nueva Internacional.

En Italia, no surgió una tendencia marxista de izquierda en el seno del Partido Socialista Italiano (PSI) hasta 1911, como oposición a la intervención bélica de Italia en Libia. El entonces presidente del gobierno italiano, el liberal Giolitti, había conseguido formar un gabinete gracias al apoyo de los parlamentarios socialistas. El apoyo de los diputados socialistas se debía a la inclusión en su programa de gobierno de la concesión del sufragio universal.

En septiembre de 1911 Giolitti declaró la guerra a Turquía, y simultáneamente la flota italiana ocupó Trípoli por sorpresa.

El movimiento obrero italiano declaró la huelga general contra la aventura imperialista italiana y convocó violentas manifestaciones contra la salida de tropas.

La guerra de Libia tuvo importantes consecuencias internas para el PSI. Por una parte, supuso la consolidación a nivel nacional de un ala izquierda con importante audiencia entre las masas, que tomó el nombre de Fracción Intransigente. Por otra parte, supuso la crisis del ala reformista del PSI, que se dividió entre los intervencionistas o derechistas y los antibelicistas o izquierdistas.

Así pues, el PSI, ante la guerra libia, apareció fraccionado en tres grupos: los reformistas de izquierda, los reformistas de derecha y la Fracción Intransigente.

Con ocasión de la huelga general, el grupo parlamentario aprobó una moción de Turati, líder reformista, fundador y organizador político del PSI, contra la guerra. Esta moción fue rechazada por los diputados reformistas derechistas Bissolati, Felice, Bonomi, Cabrini y Podrecca.

En octubre de 1911 el XII congreso del PSI, celebrado en Módena, se planteó la situación creada por la guerra libia, y tuvo que enfrentarse a la acción probélica del sector derechista, formado alrededor de aquellos diputados socialistas mencionados, solidarios con el gobierno Giolitti.

En febrero de 1912 todo el grupo parlamentario socialista votó contra la anexión de Libia, pese a la división de los reformistas entre una izquierda, capitaneada por Turati, y una derecha dirigida por Bonomi y Bissolati.

La ruptura definitiva entre las dos alas del reformismo se dio en mayo de 1912, contra la voluntad de Turati. La participación de los diputados Bonomi, Bissolati y Cabrini en un acto de felicitación al rey, por haber escapado ileso de un atentado anarquista, produjo una violenta reacción en el seno del PSI.

Benito Mussolini, destacado dirigente de la Fracción Intransigente, desde las páginas de *La Soffitta*² y de *Lotta di Classe*, exigió su expulsión.

Expulsión que se obtuvo finalmente en el XIII congreso del PSI, celebrado en Reggio Emilia en julio de 1912. En este congreso adquirieron una gran importancia las intervenciones de la Fracción Intransigente, que condenó la autonomía del grupo parlamentario, así como la preponderancia de la actividad electoral en el partido.

Las consecuencias más importantes del congreso fueron la formación del Partido Reformista por los expulsados, el acceso a la secretaría del PSI de Lazzari, hasta entonces el principal dirigente y aglutinador de la Fracción Intransigente, y la sustitución de Treves por Mussolini en la dirección del diario *Avanti!*, órgano nacional del PSI.

El triunfo de la Fracción Intransigente hizo que el programa del PSI volviera a plantearse como objetivos

² *Soffitta* significa granero. El título de la publicación hacía alusión al abandono del marxismo por los reformistas, que lo habían guardado en el granero por inservible.

propios la república, la lucha de clases y el rechazo de cualquier forma de colaboración con el gobierno burgués³.

En Nápoles el desarrollo industrial se caracterizó por el intervencionismo estatal. Con la ley de 1904 se acordó conceder una serie de ventajas y exenciones fiscales a las inversiones industriales realizadas en el Napolitano. El Estado quería favorecer la aparición de una industria pesada capaz de abastecer las necesidades bélicas nacionales⁴.

Así es como, al lado de la tradicional industria algodonera, surgió una potente industria siderúrgica, metalúrgica, mecánica, eléctrica y naval.

Esta industria pesada se caracterizaba por la colaboración entre el capital industrial privado, las demandas e inversiones estatales y la banca.

El Estado aseguraba la producción gracias a sus demandas de material ferroviario, bélico y naval.

La guerra de Libia y la guerra mundial aseguraron la prosperidad de esta industria siderometalúrgica napolitana. El proceso de concentración industrial hizo que las dos grandes industrias del sector (la *Società Anonima Ilva* y la *Ferriere del Vesubio*) se

³ Guichonnet, Paul. "El socialismo italiano de sus orígenes a 1914", en Droz, Jacques, *Historia general del socialismo*, vol. 2, Destino, Barcelona, 1979, p. 277.

⁴ Fatica, Michele. *Origini del fascismo e del comunismo a Napoli (1911-1915)*, La Nuova Italia Ed., Firenze, 1971, p. 5.

constituyeran en trust siderúrgico⁵, fuertemente ligado al capital financiero⁶, que dependía del Estado tanto para abastecer sus encargos de material bélico como para asegurar los mercados extranjeros.

El nacionalismo y la guerra tenían pues una influencia directa e inmediata sobre la industria siderometalúrgica napolitana.

La única diferencia distintiva de la burguesía industrial y financiera napolitana era su política liberal y filoclerical, frente a la democrática, laica y republicana imperante en el norte de Italia⁷.

La influencia masónica en el movimiento obrero italiano era un hecho evidente, que tenía sus raíces en el siglo XIX. Tanto socialistas como sindicalistas habían hallado refugio y ayuda, en momentos de persecución, en los masones.

La masonería, aunque no era un partido, podía ser considerada como un súper-partido al que estaban afiliados indiferentemente sindicalistas revolucionarios, socialistas, demócratas, republicanos o radicales. El único denominador común exigido eran los valores laicos, democráticos y progresistas en general, que respetasen la institución parlamentaria y la democracia, así como la defensa del capitalismo y de la patria.

⁵ Ib., p. 7.

⁶ Ib., p. 9.

⁷ Ib., p. 16.

La masonería no era monolítica, incluso había conocido una escisión en 1911, entre los liberales de la Gran Logia y los demócratas del Gran Oriente.

En Nápoles, la influencia masónica había penetrado profundamente en la dirección del PSI y de los sindicatos. Su influencia en las escuelas y en la universidad era aplastante. El dominio masónico del mecanismo electoral era tan absoluto que su intervención en la formación de bloques electorales democráticos y progresistas era decisiva para la proclamación o derrota de los candidatos, ya se tratara de elecciones municipales o parlamentarias.

Los vínculos masónicos resultaron muy efectivos en la manipulación de los dirigentes de los distintos partidos en favor de la guerra de Libia y en la exaltación del nacionalismo⁸.

Los años 1911 y 1912 dieron una gran prosperidad a la población napolitana, gracias a la fuerte demanda bélica estatal, muy especialmente de la flota de guerra en los astilleros de Castellammare di Stabia, y de cañones de grueso calibre en la fábrica Armstrong de Pozzuoli. Pero en 1913, con el final de la guerra contra Turquía, que coincidió con el fin de los encargos de material ferroviario, la crisis se resolvió con el despido masivo de trabajadores.

⁸ Ib., p. 21-24.

Este malestar daría paso a las grandes luchas obreras de 1913, que se extendieron a nivel nacional en protesta contra el decreto de Giolitti sobre impuestos de guerra, que incrementaba el coste de la vida en un 25%.

1.2. Los inicios de Bordiga en el Partido Socialista Italiano

Amadeo Bordiga nació en Resina, cerca de Nápoles, el 13 de junio de 1889. Su padre era profesor de economía agraria en Portici, y su madre pertenecía a la aristocrática familia de los Amadei.

Bordiga se aproximó a las ideas socialistas en los años 1905-1907, cuando frecuentaba en Nápoles el Liceo Garibaldi, por influencia de su profesor de filosofía Calvi, que le inició en la lectura de *El Manifiesto Comunista*.

En 1910 era estudiante universitario de ingeniería, en la especialidad de la construcción. Atrajo la atención de la masonería por sus radicales discursos anticlericales. Rechazó la propuesta de iniciación masónica realizada por un emisario del Gran Oriente, porque consideraba inconciliable la oposición entre socialismo y masonería. A la objeción de los masones de que no podía considerarse socialista quien no militara

en el Partido Socialista Italiano, Bordiga respondió afiliándose a la sección socialista de Portici⁹.

Aunque Portici era entonces una diminuta población con pequeñas industrias textiles, se encontraba situada en la encrucijada de dos grandes áreas industriales: la que tenía por centro Torre Annunciata y Castellammare di Stabia, y la que abarcaba desde la zona franca de Nápoles hasta San Giovanni y Teduccio.

Fue en estas dos poderosas áreas industriales, caracterizadas por la existencia de una importante industria bélica y naval, con importantes inversiones estatales, donde Bordiga realizó sus primeras experiencias como propagandista socialista.

En la sección socialista de Portici, Amadeo se convirtió en el brazo derecho de Eduardo Venditti, maestro elemental con una gran preparación teórica, que le ayudó a profundizar en el conocimiento de los clásicos marxistas.

El PSI había sido fundado en el Congreso de Génova, celebrado en 1892. En ese congreso los socialistas se habían escindido definitivamente de los anarquistas. La escisión había estado dominada por la cuestión práctica de la participación en las elecciones, que los anarquistas excluían.

⁹ Ib., pp. 37-48.

El programa aprobado en el Congreso de Génova asimilaba el PSI al resto de los partidos socialdemócratas europeos.

De 1910 a 1912, la situación del movimiento obrero napolitano se caracterizó por la existencia de una formación sindicalista revolucionaria y otra socialista, dominada por los socialistas de tipo bissolitiano, esto es, partidarios de Giolitti e intervencionistas. Sin embargo, tanto los sindicalistas revolucionarios como los socialistas cayeron bajo la influencia de la masonería, que consiguió la participación de ambas formaciones obreras en el bloque electoral democrático, con el objetivo de arrebatar al bloque electoral clerical el dominio local.

El fracaso electoral del bloque democrático en las elecciones locales de 1910 transformó la cooperación electoral puntual en una alianza permanente entre los sindicalistas revolucionarios y los socialistas reformistas, bajo el predominio absoluto de los masones.

Ante esta situación, un grupo de jóvenes de la sección socialista napolitana, militantes asimismo en su mayoría de la Juventud Socialista (FIGS), decidieron la salida en masa de la sección napolitana del PSI.

En abril de 1912, estos jóvenes, tras declarar que no consideraban socialista la sección del PSI en Nápoles, constituyeron el Círculo Socialista Revolucionario Carlo Marx. Entre los fundadores del

círculo estaban Amadeo Bordiga y su compañera Ortensia de Meo, el excelente organizador y líder sindicalista Mario Bianchi, Ida Bianchi, Savarese, Enrichetta Gianelli, Adele Giannuzzi y Ertulio Esposito, que hacía de secretario. Meses después se unirían otros jóvenes socialistas como Oreste Lizzadri y Ruggero Grieco, estudiante en Portici¹⁰.

A la solicitud efectuada por el Círculo Carlo Marx a la dirección del PSI para que interviniera decididamente en la caótica situación de la sección napolitana, se respondió con una investigación por parte de su secretario Constantino Lazzari. Éste, preocupado por mantener la unidad, propuso la disolución de las dos fracciones existentes y el ingreso de ambos grupos en la Unión Socialista Napolitana, nueva y única sección reconocida por el PSI.

Los masones y reformistas aceptaron la disolución de su fracción e ingresaron en masa en la Unión Socialista Napolitana. Los militantes del Círculo Carlo Marx se negaron a disolver su fracción y exigieron la expulsión del PSI de los masones.

En las sucesivas elecciones municipales y administrativas, el Círculo Carlo Marx presentó su candidatura socialista allí donde la Unión Socialista Napolitana, en función de los pactos electorales bloquistas, no presentaba candidatos. Amadeo Bordiga

¹⁰ Ib., pp. 48-107.

se opuso al abstencionismo propugnado por algunos miembros del Círculo Carlo Marx.

Las elecciones locales de noviembre de 1913 dieron en Nápoles la victoria al bloque democrático sobre el bloque clerical. A partir de este triunfo electoral se multiplicaron las creaciones de organizaciones socialistas de carácter exclusivamente electoral, sin más objetivo que el de servir de trampolín electoral a los candidatos presentados por el bloque democrático, siempre dominado por los masones.

El Círculo Carlo Marx fue representado en el Congreso de Ancona del PSI, celebrado en abril de 1914, por Amadeo Bordiga y Mario Bianchi. Ambos responsabilizaron a la dirección socialista de la anómala situación del partido en Nápoles y denunciaron los métodos y el predominio masónico en la Unión Socialista Napolitana.

En el Congreso de Ancona se decidió, a propuesta de Benito Mussolini, líder indiscutible de la Fracción Intransigente y con gran influencia entre los jóvenes socialistas, la expulsión de los masones. En su breve intervención Mussolini afirmó, con su estilo inconfundible:

«El socialismo es un problema de clase. Y además el único problema de una sola clase, la clase proletaria. Solo en este sentido Marx ha dicho que el socialismo es también un problema humano: la clase obrera representa a toda la humanidad y con su triunfo abole las clases.

Pero no podemos confundir nuestro humanismo con ese humanismo elástico, vacuo e ilógico propugnado por la masonería»¹¹.

La cuestión meridional y la de los bloques electorales fueron los dos debates que centraron los mayores esfuerzos y energías del congreso. La Fracción Intransigente se opuso a que el PSI hiciera una política distinta para el sur de Italia, justificada en el atraso económico, porque consideraba que el enemigo era el mismo en todo el país: el capital y el Estado centralista.

La polémica sobre el Mezzogiorno se enmarcaba dentro de una discusión más amplia sobre los bloques electorales. El alto porcentaje de analfabetismo del sur hacía irrelevante en el plano electoral el interés del PSI por las masas meridionales. Esto convertía el sur de la península italiana en una especie de zona franca, que abría paso a las más variadas y escandalosas alianzas y compromisos de los socialistas con la masonería, los católicos, los liberales, etcétera. Esta política estaba en contradicción con la realizada en el norte de Italia por el PSI. Se trataba de unificar a escala nacional la táctica electoral del PSI en las próximas elecciones administrativas.

Bordiga argumentaba al respecto:

¹¹ Bordiga, Amadeo y camaradas. *Storia della Sinistra Comunista 1912-1919*, Ed. Il programa comunista, Milano, 1973, (1ª ed. 1964), p. 65.

«Si bien la burguesía en el sur no se ha desarrollado socialmente, sin embargo, políticamente ha conseguido sus conquistas de clase casi al mismo tiempo que la burguesía del resto de Italia, habiendo obtenido conjuntamente el régimen democrático, que es el régimen político de la clase burguesa»¹².

Por lo tanto, la táctica del PSI, concluía Bordiga, debía ser unitaria e igual para el norte y el sur de Italia, porque se trataba de la misma lucha del proletariado italiano contra la burguesía italiana.

La moción de Bordiga sobre los bloques electorales, y la de Mussolini sobre la expulsión de los masones, fueron las intervenciones más destacadas de la Fracción Intransigente, que consiguió la aprobación de ambas mociones por el congreso.

Sin embargo, es necesario subrayar que no se pudo iniciar un debate sobre el nacionalismo y la actitud del PSI ante un conflicto bélico, a solo cuatro meses del comienzo de la Gran Guerra. Tanto el debate sobre nacionalismo como el de la actitud ante la guerra de los socialistas italianos fueron aplazados para un nuevo congreso, que se celebraría ya en plena conflagración.

A consecuencia de la aprobación de la expulsión de los masones del partido, el 6 de mayo de 1914 la Unión Socialista Napolitana decidió declararse

¹² Bordiga, Amadeo. "Discorso del relatore della Sinistra al Congresso di Ancona", en Bordiga, Amadeo. Op. cit. pp. 219-220.

organización autónoma, independiente del PSI. La minoría, opuesta a la autonomía, invocó la disciplina al partido, y ante el resultado adverso decidió constituirse en sección napolitana del PSI. Con la entrada de Amadeo Bordiga y los militantes del Círculo Carlo Marx en la sección napolitana, el 29 de mayo, se consumó la expulsión de los masones.

El Círculo Carlo Marx había conseguido sus objetivos, la escisión protagonizada por Amadeo Bordiga demostró su validez y coherencia.

1.3. El debate sobre educación y cultura en la Juventud Socialista

En el primer congreso juvenil, en 1907, la FIGS se dio una orientación basada en el antimilitarismo y anticlericalismo, confirmada en 1908 en el segundo congreso, que decidió la no admisión de militantes católicos.

En el tercer congreso juvenil, en 1910, se profundizaron las tesis antimilitaristas:

«la concepción burguesa de la patria no es más que la justificación oficial de los delitos y las infamias cometidos por el militarismo a través de siglos de historia»; así como las tesis anticlericales: se decidió la expulsión de aquellos que cumplieren «prácticas

religiosas, que están en abierta oposición con los ideales finales del socialismo».

Y además se añadía: «el sentimiento religioso es un prejuicio tendente a someter la conciencia a la resignación pasiva»¹³.

También se decidió, anticipándose al PSI, la expulsión de los masones de las organizaciones juveniles socialistas, encargando al partido que hiciese lo mismo.

En septiembre de 1912, inmediatamente después del XIII Congreso del PSI, se reunió el Congreso Juvenil, que debatió la posición de los socialistas ante la cultura. El debate se polarizó en torno a Amadeo Bordiga, que sostenía tesis de carácter clasista y anticulturalista, y Angelo Tasca, que defendía tesis favorables a la asimilación de la cultura burguesa por parte de los jóvenes socialistas.

Tasca se oponía a la orientación elemental y esquemática, de carácter antimilitarista, antirreformista y anticlerical del semanario de la FIGS, *L'Avanguardia*¹⁴.

Tasca quería transformar el semanario, que era concebido como un órgano de lucha de clases, en un periódico cultural. Su posición fue derrotada en el

¹³ Bordiga, Amadeo. Op. cit. p. 60.

¹⁴ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero e l'azione politica 1912-1970*, Editori Reuniti, Roma, 1976, p. 28.

congreso, ante la oposición de Bordiga y del director del mencionado semanario, Arturo Vella.

Tras esta primera derrota, Tasca intentó modificar la resolución sobre educación. Su visión de la lucha por el socialismo era entendida como un apostolado, promotor de universidades populares, que anticipaban una concepción reformista del obrero, considerado como productor y/o gestor y/o colaborador especializado y eficiente, preparado para enfrentarse a las nuevas exigencias de la producción capitalista.

La moción de Angelo tasca proponía:

«crear competentes organizaciones y buenos productores, mediante una labor de superación y perfeccionamiento técnico profesional, sin la cual no será posible la revolución socialista»¹⁵.

La moción de Amadeo Bordiga consideraba que «en el régimen capitalista la escuela representa una poderosa arma de conservación social en manos de la clase dominante».

Bordiga se negaba a creer que una reforma del sistema educativo católico italiano, en un sentido laico y democrático, pudiese alterar el carácter burgués y antisocialista de esa educación.

Bordiga consideraba la moción de Tasca como una propuesta al colaboracionismo de clase, en cuanto

¹⁵ La moción de Angelo Tasca se reproduce íntegramente en Bordiga, Amadeo. Op. cit. pp. 178-179.

su finalidad confesada era la preparación de buenos profesionales al servicio del patrón y sumisos a la explotación capitalista. Bordiga, en su moción, rechazaba toda discusión sobre la preparación profesional en la educación socialista, y subrayaba en cambio los aspectos clasistas y revolucionarios:

«el objetivo de nuestro movimiento es contradictorio con el sistema educativo de la burguesía, creando jóvenes intelectuales libres de toda forma de prejuicio, decididos a trabajar en la transformación de las bases económicas de la sociedad, prontos a sacrificar en la acción revolucionaria cualquier interés individual».

La formación de los jóvenes socialistas, en la moción de Bordiga, se contraponía al individualismo imperante en la educación burguesa. Una formación socialista de carácter colectivo, altruista y solidario, sólo podía darse en contacto con el ambiente de las organizaciones obreras y en la experiencia de la lucha de clases. Se imponía, por tanto, para Bordiga, la necesidad de formar una conciencia revolucionaria entre los jóvenes:

«que la educación de los jóvenes se desarrolla mejor en la acción que en el estudio reglamentado de sistemas y normas casi burocráticas»¹⁶.

¹⁶ La moción de Amadeo Bordiga se reproduce íntegramente en Bordiga, Amadeo. Op. cit. pp. 179-180.

Bordiga definía la cultura burguesa como competitiva, individualista y formalmente humanista, pero en la práctica plenamente darwinista y egoísta, en plena y flagrante contradicción con el carácter social de las fuerzas productivas. Una moral socialista, solidaria y altruista, sólo podía nacer como negación de la cultura dominante, en la práctica de la lucha de clases.

En palabras acertadísimas del historiador Franco Livorsi:

«por esto Bordiga observa que la burguesía no domina gracias a la ignorancia, sino transmitiendo “su” cultura individualista»¹⁷.

Para Bordiga era necesario sustituir el egoísmo burgués por la conciencia de clase, y eso solo podían realizarlo las organizaciones de clase:

«tomar parte activa en la vida de las organizaciones profesionales, realizando la más activa propaganda socialista entre los compañeros organizados, especialmente difundiendo la conciencia de que el sindicato no tiene como fin único las mejoras económicas inmediatas, sino que además es uno de los medios para la emancipación completa del proletariado, al lado de las demás organizaciones revolucionarias».

El debate era importante, como reconocen, entre otros, Franco Livorsi y Andreina De Clementi.

¹⁷ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...* op. cit. p. 31.

Para Livorsi, Bordiga mostraba algunas características irracionales, influencia del idealismo mussoliniano: el activismo¹⁸.

Para Andreina De Clementi, en esta histórica polémica Bordiga rompía con la tradicional dependencia del PSI respecto a la cultura y los intelectuales burgueses. Ruptura que suponía una revalorización de la experiencia autónoma de la clase obrera consciente de los propios objetivos revolucionarios¹⁹. Por otra parte, se imponía la necesidad de liberar a la propaganda socialista de sus tendencias democráticas, estrechamente unidas a la vía parlamentaria y reformista, insistiendo en el antimilitarismo, el anticlericalismo y el internacionalismo, como hacía *L'Avanguardia*.

De hecho, el debate sobre cultura y educación fue retomado en diversas ocasiones por Bordiga a lo largo de toda su vida, reelaborado en la discusión sobre el papel de los intelectuales en la revolución.

Sin embargo, lo más importante a retener de cara al papel jugado por la FIGS en la escisión de Livorno, es la notoriedad e influencia que el debate sobre cultura iba a otorgar a Bordiga sobre los jóvenes socialistas a partir de este momento.

¹⁸ Ib. p. 36.

¹⁹ De Clementi, Andreina. *Amadeo Bordiga*, Piccola Biblioteca Einaudi, Torino, 1971, p. 13.

1.4. Artículos anticlericales, antimilitaristas y antirreformistas publicados por Bordiga en 1913 y 1914

La notoriedad obtenida por Bordiga en el debate sobre cultura le abrió las páginas de *L'Avanguardia*, órgano de la FIGS, y de *Avanti!*, órgano central del PSI, en los que colaboraría asiduamente.

Al mismo tiempo, en Nápoles, los socialistas consiguieron una gran audiencia entre los trabajadores, lo que hizo posible la existencia de dos órganos, en los que colaboraron asiduamente militantes de la izquierda napolitana como Bordiga, Bianchi y Grieco. Eran *Il Lavoro* y *La Voce*.

1913 fue un año importante en la formación del pensamiento de Bordiga. Fue un año de duros enfrentamientos de clase, preludio de la «semana sangrienta» de 1914, y fue también el año en que se generalizó el sufragio universal.

Los artículos de Bordiga de 1913 y 1914 ampliaban y profundizaban la crítica de carácter anticlerical y antimilitarista de las instituciones burguesas, lo que sin lugar a dudas contribuyó a consolidar su prestigio, y sobre todo su ascendiente sobre la FIGS.

En el artículo titulado «Socialismo y religión», publicado el 14 de diciembre de 1912 en *L'Avanguardia*, Bordiga afirmaba que el hecho

religioso no era un asunto individual, sino que era indudablemente una cuestión de clase y de partido. Lo que estaba en juego, para Bordiga, era la influencia perniciosa que las creencias religiosas imponían en el seno de la clase obrera:

«¿Por qué el socialista es anticlerical? Porque sostiene que la esclavitud económica y social de una clase, como lo demuestra la historia, es siempre asegurada y remachada por la difusión del prejuicio religioso que, encontrando fácil terreno en la ignorancia, consecuencia lógica de la miseria, intenta impedir a los oprimidos la rebelión contra los opresores, oscureciendo en los primeros la conciencia de su propia fuerza. Siempre ha existido, al lado de las castas dominantes, la casta sacerdotal, bien pagada para mantener y difundir la resignación y la vileza de los siervos encorvados bajo el yugo, para hacer frente a los conatos de revuelta causados por la desgracia y el descontento»²⁰.

Y la respuesta, según Bordiga, no podía ser individual:

«No podemos aceptar que la religión sea una cuestión privada. [...] tal y como, por ejemplo, combatimos el militarismo, no sólo porque agrava cotidianamente las privaciones económicas de las clases no poseedoras, sino sobre todo porque es, en su propia

²⁰ Bordiga, Amadeo. "Socialismo e religione", *L'Avanguardia* (14/12/1913), en Bordiga, Amadeo. Op. cit. pp. 207-211.

esencia, un poderoso instrumento de dominio de la clase burguesa, así como de difusión de las tendencias contrarrevolucionarias; de igual forma debemos ver en la religión uno de los medios de defensa de la burguesía, y por tanto un importantísimo factor de la vida social colectiva, antes que una cuestión privada de cada individuo».

La lucha contra la influencia religiosa no debía darse en el plano abstracto y filosófico, pues tan absurda sería la negación como la afirmación de las patrañas religiosas, sino en el de su influencia social:

«¿Por qué no hay religiones sin sacerdotes? ¿Por qué infinitas anécdotas históricas nos muestran que ningún sacerdote cree realmente en aquello que predica al pueblo? ¿Por qué todos los tiranos, los gobernantes, los reyes, adoptan las religiones más adecuadas al reforzamiento de su poder?

La actual burguesía era atea y profanaba los altares cuando la religión constituía el último baluarte del régimen feudal y de la monarquía absoluta, del rey “por derecho divino”, porque representaba un obstáculo a su ascenso. Pero hoy, la burguesía renuncia a su bagaje filosófico y se transforma en cristiana porque, a su vez, acosada por los movimientos revolucionarios del proletariado, siente la necesidad de aferrarse a todas las tablas de salvación. ¿Qué mejor ejemplo que éste? [...]

Es absurdo pretender que el sacerdote no se ocupa de política y se mantiene neutral en los conflictos

económicos. Hay que apuntar a la destrucción de la institución religiosa no sólo en sus manifestaciones “temporales”, sino también en su esencia religiosa y espiritual, porque es imposible separar estas dos actividades del sacerdote».

La conclusión de Bordiga era tajante: la acción anticlerical de los socialistas debía abarcar una eficaz propaganda antirreligiosa, no de carácter individual, sino asumida por el partido, porque socialismo y religión se excluyen mutuamente:

«Nuestra acción anticlerical debe pues comprender una eficaz y asidua propaganda antirreligiosa [...] sin negaciones abstractas, que a menudo son tan absurdas como las fábulas que imparte el sacerdote, sino desarrollando claramente el estrecho ligamen existente entre las creencias religiosas y la inferioridad económica del proletariado, mostrando cómo la religión sanciona y defiende los privilegios del poderoso y busca la resignación del humilde, alimentándolo con visiones de otra vida para apartarle de las esenciales conquistas que es necesario alcanzar en “esta”».

Hay que comprender que esta predicación no es una maniobra del sacerdote, sino la esencia misma de la religión, y por eso religión y socialismo son totalmente opuestos».

De gran interés, por la preparación que demuestran sobre los temas antimilitaristas y el estudio

del fenómeno de las guerras imperialistas, son los artículos dedicados a estos temas, en el periodo inmediatamente anterior a la Primera Guerra Mundial.

Así, por ejemplo, el artículo titulado «L'irredentismo», publicado en *L'Avanguardia* el 11 de enero de 1914, criticaba el fetiche de la patria y denunciaba ya el peligro, que más tarde sería trascendental, de la unidad y la concordia nacional, contrario a la lucha de clases.

Por esta razón, Bordiga sería el primero en criticar las iniciales veleidades intervencionistas de Mussolini, y el más decidido en oponerse a toda intervención de Italia en la guerra.

Son innumerables los artículos antimilitaristas escritos por Bordiga desde agosto de 1914. Destacarían la serie de tres, bajo el título genérico de «El socialismo de ayer, ante la guerra de hoy», publicados en *L'Avanguardia* en octubre y noviembre de 1914:

«La posibilidad y la fatalidad de la guerra son inherentes a la formación de los Estados modernos, que en un régimen de democracia política mantienen la esclavitud económica y extienden su propio poderío, aparentemente basado en el consenso de todos, hasta el punto de que la firma de un ministro [...] puede llevar en 24 horas a la línea de fuego y a la muerte a millones de hombres, que no saben ni dónde, ni porqué, ni contra quién han sido mandados: hecho impresionante que

alcanza la máxima arbitrariedad tirana que, en el curso de los siglos, ha oprimido a las multitudes humanas»²¹.

Bordiga, en la mejor tradición luxemburguista, relaciona el estallido de las guerras imperialistas con las crisis económicas del capitalismo, provocadas por las contradicciones internas del sistema:

«la clase dominante en el sistema capitalista no puede gobernar y dirigir las fuerzas que se desencadenan a partir de las actuales relaciones de producción. Y se convierte en víctima de algunas de las contradicciones inevitables del sistema económico, que no responde a las necesidades de la gran mayoría de los hombres. [...] la impotencia de la burguesía [...] [ante] las colosales y dañosísimas crisis económicas que sacuden los mercados, las absurdas [crisis] de sobreproducción que desde la abundancia generan el paro de los asalariados y la miseria, y como última consecuencia la ruina de algunos de los mismos capitalistas [...] la democratización de los Estados en el plano político, en lugar de preparar el fin de las guerras y el desarme de los ejércitos, conducen a una intensificación de los preparativos militares».

De ahí la afirmación importantísima de la guerra como salida, esto es, como única *solución* que el sistema

²¹ Bordiga, Amadeo. "Il socialismo di ieri dinanzi alla guerra di oggi", *L'Avanguardia* (25/10, 1/11 y 16/11/1914), en Bordiga, Amadeo. Op. cit. pp. 233-247.

capitalista puede ofrecer a las periódicas crisis económicas de sobreproducción:

«la burguesía que, en tiempo de paz, no puede dirigir los hilos de la producción ni impedir la catástrofe financiera, aun queriéndolo, tampoco puede evitar las guerras, que se presentan como la única y fatal salida a las situaciones económico-políticas en que los estados se encuentran atrapados».

En su análisis destaca la visión clasista del proceso histórico, en el que las individualidades no juegan ningún papel. Los actores del proceso histórico son entes colectivos, las clases sociales:

«a la burguesía, entendida como clase, más que la posesión material de los capitales, le interesa la conservación de las relaciones jurídicas que le permiten vivir del trabajo de la mayoría. Estas relaciones [...] consisten en monopolizar los instrumentos de trabajo, que a su vez son fruto del trabajo de la clase proletaria. [...] mientras permanezca intacto el derecho de propiedad privada [...] el proletariado reconstruirá máquinas, edificios, etc., para sus explotadores [...]. En conclusión, la guerra, desastrosa siempre para el proletariado, [...] ataca también a la riqueza material de la burguesía, pero conserva y fortalece las relaciones esenciales para reconstruirla, puesto que la lucha de clases se adormece y se debilita en la exaltación nacionalista».

En el pensamiento de Bordiga, el argumento decisivo contra la guerra se encuentra en la negación misma de la idea de patria y nación en la época capitalista. El hecho de que el proletariado no haya podido impedir el estallido de la guerra ni transformarla en revolución es una grave derrota histórica del socialismo:

«A la guerra pondrá fin la revolución social. [...] un fracaso indiscutible del socialismo [...] ha sido la universal adhesión de los partidos nacionales socialistas a la guerra. Esto es extraordinariamente grave».

En estos artículos antimilitaristas de 1913-1914 está la base que permitió a Bordiga oponerse a las tendencias intervencionistas surgidas en el seno del PSI (uno de los pocos partidos socialistas que no intervino en la guerra), así como desarrollar la tesis, muy original, que denunciaba la existencia de nexos entre militarismo y democracia.

Bordiga argumentaba que eran precisamente los países más democráticos los más capacitados para la guerra y los que poseían mayor vocación imperialista. Sobre esta tesis fundamentó Bordiga el derrotismo revolucionario de la izquierda marxista socialista, así como la necesidad de fundar una nueva Internacional²².

²² Bordiga, Amadeo. "Ciò che diviene evidente", *Avanti!* (10/4/1916), en Bordiga, Amadeo. Op. cit. pp. 278-281.

La temática anticlerical y antimilitarista se inscribía en la polémica planteada entre reformistas y revolucionarios en torno al método a seguir por el partido, esto es, la oposición irresoluble entre el método socialdemócrata y el método revolucionario.

Esta polémica se enmarcaba en los límites históricos impuestos por la situación de preguerra, y no hallaría su desenlace hasta la escisión de Livorno:

«la división entre reformistas y revolucionarios no debería existir entre los socialistas: es absurdo suponer que un socialista pueda no ser revolucionario, puesto que ser socialista quiere decir reconocer implícitamente que el orden social actual debe sufrir una profunda revolución. Sin embargo, esta división existe, y descansa precisamente en la mayor o menor importancia concedida a la reforma, que es el instrumento, o a la revolución, que es la meta»²³.

En el artículo publicado en *Avanti!* el 3 de febrero de 1913 con el significativo título «Del principio al método», del que se ha tomado el extracto anterior, Bordiga continuaba del siguiente modo:

«El error fundamental, imperdonable, de los reformistas, reside justamente en esto, en hacer creer a los trabajadores que cualquier mejora obtenida por ellos, por mínima y limitada que sea, representa algo estable,

²³ Bordiga, Amadeo. "Del principio al metodo", *Avanti!* (3/2/1913), en Bordiga, Amadeo. Op. cit. pp. 187-189.

una adquisición definitiva, en resumen, una meta y no un medio. [...] No es el método (revolucionario) de la lucha de clases el que ha fracasado, es el método mismo el que ha sido deformado (por los reformistas)».

Se proponían dos programas divergentes, que respondían a principios distintos: el programa socialdemócrata imponía el método reformista. Bordiga planteaba la conquista del método revolucionario, en correspondencia con el programa revolucionario que defendía.

1.5. Los socialistas italianos y la guerra

El 7 de junio de 1914 estallaron manifestaciones antimilitaristas. Las tropas abrieron fuego contra los manifestantes. De este modo la celebración del día del Estatuto Real (Constitución italiana) marcó el inicio sangriento de la llamada «semana roja». La insurrección popular inflamó ciudades tan importantes como Turín, Milán, Parma, Florencia y Nápoles. El 12 de junio los sindicatos de la Confederación General del Trabajo (CGL) ordenaron el fin de la huelga general. Puesto que se trataba de un movimiento político y no laboral, era el PSI quien debería haber decidido tal consigna. Estalló la polémica en el seno del PSI. Mussolini publicó en *Avanti!*, el 12 de junio de 1914, un artículo titulado «Tregua de armas», en el que calificaba de traidores a

los líderes sindicalistas de la CGL, base del reformismo en el Partido Socialista. En el mencionado artículo, Mussolini afirmaba que la semana roja era una preparación para la ya cercana revolución y desenmascaraba brillantemente el concepto burgués de unidad sagrada y de defensa nacional, como arma ideológica contra la lucha de clases:

«¡Qué triste despertar para las clases dominantes italianas! Creían o se ilusionaban en creer que la guerra libia había creado una “unanimidad nacional” en el exterior y en el interior. Basta de clases y de lucha de clases, se decía, y basta de huelgas generales. Sólo hay una realidad: la Nación, y en ella se anulan las clases y sus antagonismos, los partidos y sus ideologías. La guerra libia debía sellar el fin del socialismo italiano. [...] jamás esperanza más loca fue seguida por desilusión más amarga»²⁴.

Sólo cinco meses después de escribir este artículo, en octubre de 1914, Mussolini daría un giro de ciento ochenta grados, y publicaría en *Avanti!* el célebre artículo «De la neutralidad absoluta a la neutralidad activa y operante», en el que propuso la intervención italiana en la guerra y por el que fue expulsado del partido, para fundar con dinero francés, ofrecido por

²⁴ Mussolini, Benito. "Tregua di armi", *Avanti!* (12/6/1914), en Bordiga, Amadeo. Op. cit. pp. 219-220.

Cachin²⁵, un nuevo periódico cuyo primer número salió el 15 de noviembre de 1914: *Il Popolo d'Italia*.

El PSI no había formulado una táctica a seguir en caso de guerra. El 4 de agosto los socialistas franceses y alemanes votaron los créditos de guerra. Era la quiebra de la Segunda Internacional. Algunos socialistas incluso llegaron a intervenir en gobiernos de unión sagrada, como Vandervelde en Bélgica.

En Italia, todos los grupos parlamentarios se opusieron a la guerra: al principio imperó la neutralidad. Pero el gran capital intentó por todos los medios entrar en guerra, sin importarle demasiado el bando.

En el PSI se optó por la huelga general en caso de guerra contra Francia, pero sin aclarar qué táctica se seguiría en caso de que la guerra fuese contra Austria.

En agosto de 1914, Mussolini, líder de la izquierda, y Turati, líder de los reformistas, lanzaron consignas de oposición a la guerra contra Francia, pero no contra Austria.

Contra esta indeterminación, Bordiga públicamente en *Avanti!*, el 16 de agosto de 1914, un artículo titulado «En nuestro puesto», en el que se pronunció contra toda clase de neutralidad en las filas obreras, así como contra

²⁵ Cachin era diputado socialista. Notable intervencionista, entregó dinero a Mussolini para financiar *Il Popolo d'Italia*. Estuvo presente en el II Congreso de la Tercera Internacional, ante el escándalo de los italianos, que conocían su pasado de «socialista de guerra». Fue dirigente, años más tarde, del Partido Comunista Francés.

la distinción entre guerra ofensiva y defensiva. Crítico las afirmaciones sobre el carácter agresivo del Imperio alemán, y la simpatía de muchos socialistas por la guerra defensiva de la democracia burguesa francesa.

En la nota-comentario de Mussolini, que acompañaba al artículo, el director de *Avanti!* da por cierto que se trata de una agresión alemana, de ese autoritario imperio «que no ha concedido el derecho de voto a los obreros alemanes», contra la democrática Francia. Para Bordiga, en cambio: «todas las patrias están en peligro desde el momento en que se lanzan unas sobre otras», afirmando rotundamente que:

«la burguesía de todos los países es igualmente responsable del estallido del conflicto, o mejor aún, el responsable es el sistema capitalista, que dadas sus exigencias de expansión económica ha engendrado el sistema de la carrera de armamentos y de la paz armada»²⁶.

Afirmación esta última que enlaza directamente con el pensamiento de Rosa Luxemburg, a la que según parece conocía Bordiga personalmente²⁷.

²⁶ Bordiga, Amadeo. "Al nostro posto!", *Avanti!* (16/8/1914), en Bordiga, Amadeo. Op. cit. pp. 227-233.

²⁷ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit. p. 95 y *Amadeo Bordiga. Scritti scelti*, Feltrinelli, Milano, 1975, p. 10. También Partito Comunista Internazionale. "Forgiatore di militanti", *Il programma comunista* n° 17, 1970.

En esta misma nota-comentario, Mussolini sostenía que la victoria alemana supondría «un retorno a la barbarie», dado que «la civilización moderna se ha engendrado en Francia». Bordiga criticó duramente esta posición que, dado el liderazgo de Mussolini, encontró gran eco en los militantes socialistas, argumentando que la barbarie no dependía de quién fuera el vencedor en la guerra:

«Si vamos hacia la barbarie militar, es porque toda la civilización burguesa -y democrática- ha preparado esta solución a sus íntimas contradicciones [...] ¿Y además no está Francia aliada con la Rusia zarista?».

En julio de 1914 la dirección del PSI, unida al grupo parlamentario, se había pronunciado por la neutralidad absoluta, y en caso de una decisión contraria del gobierno, por la huelga general ilimitada²⁸.

Esta posición era sostenida además por la CGL. Pero en agosto surgió una fuerte tendencia en el seno del PSI, capitaneada por Mussolini, partidaria de la intervención contra Austria y Alemania, en alianza con Francia. Por eso afirmó Bordiga en su artículo:

«Sopla viento de guerra contra Austria. La burguesía italiana la desea, la alienta, quisiera tomar las armas, o sea, hacérselas tomar a los proletarios [...]. Esta tendencia se incuba en las sombras».

²⁸ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit. p. 44.

En el comentario al artículo «En nuestro puesto», Mussolini reconocía la validez de los principios expuestos, para calificarlos acto seguido como demasiado *abstractos*. Con una mínima argumentación y sirviéndose de una extraña dualidad entre principios abstractos y hechos reales, afirmaba Mussolini que hay una «posición mental» del socialismo y otra «posición histórica». La posición mental sostenida por Bordiga era lógica, pero abstracta. La posición histórica, esto es, la sostenida por Mussolini, era resultado de la acción compleja de factores diversos: «la lógica no resiste el empuje de la pasión». Apeló claramente al irracionalismo, citando *El Único* de Stirner, que opuso al socialismo lógico, abstracto y desapasionado del articulista (Bordiga). Concluyó sosteniendo que sin duda la «barbarie» prusiana anunciaba una guerra agresiva.

Bordiga, en cambio, afirmó que el militarismo prusiano no tenía ningún rasgo feudal, sino que por el contrario era un militarismo moderno, de carácter imperialista, basado en la industrialización.

Para Bordiga el dilema entre intervencionistas y neutralistas era falso y estaba mal planteado. En 1964²⁹ afirmaría:

²⁹ En 1964 fue cuando se publicó la 1ª edición del libro de Amadeo Bordiga sobre la Historia de la Izquierda italiana (1912-1919).

«el partido de clase es la contrapartida, el enemigo del Estado burgués [...]. Nosotros, [...] socialistas italianos, antiburgueses, antiestatales y antibélicos, no éramos neutralistas del Estado, sino intervencionistas de la lucha de clases y mañana de la guerra civil, la única capaz de acabar con la guerra. Eran ellos, los belicistas, los intervencionistas, los patriotas y los chovinistas, los que merecían el justo apelativo de neutralistas de la lucha de clases, de desarmadores de la oposición revolucionaria».

El centro del Partido Socialista sostenía la posición sintetizada en la frase de Constantino Lazzari: «ni adherirse, ni sabotear». Una frase que Bordiga comentó irónicamente diciendo que se trataba de oponerse a la burguesía hasta la marcha de las primeras tropas italianas al frente, momento en el que no debemos ayudar al enemigo contra el ejército italiano.

La posición de la Izquierda era: «a la orden de movilización, responder con la huelga general nacional».

Si, con la publicación del artículo «En nuestro puesto», había aparecido en la prensa socialista el desacuerdo entre la posición filofrancesa de Mussolini y la estricta neutralidad absoluta de Bordiga, la primera crítica al desviacionismo de Mussolini apareció en *Il*

*Socialista*³⁰ el 17 de septiembre de 1914, con el artículo «*Avanti!* y la guerra», de Bordiga:

«La actitud de *Avanti!* en la presente coyuntura nos parece que no ha estado a la altura de la enérgica directiva socialista dada hasta hoy al diario de Benito Mussolini.

Habituado en los últimos acontecimientos a seguir el camino trazado por *Avanti!*, el Partido se ha extraviado como una nave sin piloto. Si *Avanti!*, coherente con su posición netamente revolucionaria, antiburguesa y antiestatal, se hubiese enfrentado a la cuestión de la guerra sin vacilaciones ni reservas de ningún tipo, el partido hubiera respondido mucho mejor con una auténtica agitación antibélica. No ha sucedido así. Hemos oído decir a adversarios y compañeros que no compartían nuestras ideas sobre la guerra: “también Mussolini...”. Les parecía que con este argumento la cuestión quedaba zanjada a su favor, sobre todo tras el discurso de Mussolini en la asamblea de la sección milanesa, discurso que realmente nos ha sorprendido por su tono.

Sinceros amigos y, si se quiere, “admiradores” de Mussolini, no dudamos en señalar el grave peligro que se esconde tras la creación de ídolos en el partido,

³⁰ Bordiga, Amadeo. "*Avanti!* e la guerra", *Avanti!* (17/9/1914), en Bordiga, Amadeo. Op. cit. pp. 392-393.

aunque se trate de compañeros dotados de una segura conciencia y auténtico espíritu de sacrificio.

El partido debe siempre permanecer más autónomo que los individuos: ¡y esto mismo lo ha sostenido muchas veces el mismo Mussolini!».

La mayor amenaza de crisis para el PSI la trajo Mussolini, con la publicación ya comentada³¹ del artículo titulado «De la neutralidad absoluta a la neutralidad activa y operante», en el *Avanti!* del 18 de octubre de 1914. En este artículo intervencionista y filo francés, que Bordiga calificó de preludio a las tesis de guerra³², Mussolini abandonó el socialismo, y pocos días después habló ya abiertamente de intervencionismo, despojado de todo velo neutralista, lo que hizo inevitable su expulsión del Partido Socialista.

En respuesta al artículo intervencionista de Mussolini del 18, Bordiga publicó en *Il Socialista* del 22 de octubre de 1914, un artículo de crítica titulado «Por el antimilitarismo activo y operante»³³, en el que retomaba parcialmente el título mussoliniano:

«Se quiere a toda costa abrir una brecha en la actitud antibelicista del Partido Socialista, y se espera conseguirlo a través de lo que parecía ser uno de los baluartes inexpugnables: el pensamiento y la acción del

³¹ Véase supra.

³² Bordiga, Amadeo. Op. cit. p. 95.

³³ Bordiga, Amadeo. "Per l'antimilitarismo attivo e operante", *Il Socialista* (22/10/1914), en Bordiga, Amadeo. Op. cit. pp. 393-395.

Avanti! [...]. Aparte de las necias exageraciones sobre la importancia del pensamiento de Mussolini, del que ya habíamos expresado nuestra abierta discrepancia [...] [Mussolini] ha caído en la trampa que las vicisitudes de la realidad histórica tienden a todos aquellos que pretenden superarlas. Mussolini, en fin, no ha conseguido más que una fórmula que al usual inconveniente de ser abstracta añade el de ser contradictoria. ¿Neutralidad activa y operante? Nos parece que no significa nada.

El concepto de neutralidad tiene por sujeto no a los socialistas, sino al Estado. Nosotros queremos que el Estado permanezca neutral en la guerra, absolutamente, [...] se nos acusa rápidamente de pacifismo. Sin embargo, al sostener que el Estado debe permanecer neutral, seguimos siendo sus enemigos abiertos, activos y operantes. [...] Continuamos la propaganda y el trabajo antiburgués y antimilitarista [...]. No concedemos suspensiones o treguas».

El momento era grave para el Partido Socialista, en cuanto hacía peligrar su política neutralista de rechazo a la guerra. Dado el ascendiente de Mussolini en el partido, y sobre todo en la Juventud Socialista, su maniobra hizo vacilar a muchos militantes.

Así, por ejemplo, Gramsci intervino en la polémica con un artículo publicado en *Il Grido del Popolo* el 31 de octubre, en el que defendía la tesis

mussoliniana³⁴. Este artículo, titulado «Neutralidad activa y operante», de carácter intervencionista, le valdría a Gramsci severas críticas durante el Congreso de Livorno.

Tras la expulsión de Mussolini³⁵, el PSI osciló entre la derecha, que dirigía el sindicato y el grupo parlamentario, y una confusa izquierda que controlaba la dirección y la Federación Juvenil³⁶. Esta situación impidió el surgimiento de una fracción de izquierda marxista hasta la Conferencia de Roma en 1917.

Por esta razón, las conferencias de Zimmerwald y Kienthal no catalizaron una izquierda revolucionaria internacionalista entre los delegados italianos. El inicio de relaciones entre socialistas italianos y bolcheviques no impidió la presencia italiana en las conferencias de los partidos socialistas de la Entente, convocada en París en febrero de 1917. Bordiga había sido movilizado durante todo el año 1916.

En la Conferencia del PSI, celebrada en Roma en febrero de 1917, se criticó la presencia en la reunión de

³⁴ Cortesi, Luigi. *Le origini del PCI*, 2 vol., Laterza, Bari, 1977, pp. 92-93; Fiori, Giuseppe. *Vida de Antonio Gramsci*, Península, Barcelona, 1976, p. 116; Spriano, Paolo. *Storia del Partito comunista italiano*, vol. I, *Da Bordiga a Gramsci*, Einaudi, Torino, 1982 (1ª ed. 1967), pp. 14-15.

³⁵ Sobre las causas del brusco cambio político de Mussolini y la cuestión de la financiación francesa del diario *Il Popolo d'Italia*, es interesante la consulta de Salvatorelli, Luigi y Mira, Giovanni. *Storia d'Italia nel periodo fascista*, Einaudi, Torino, 1980 (1ª ed. 1956), pp. 48-52.

³⁶ Confusa porque en la Fracción Intransigente se reprodujo la división existente en el PSI entre reformistas y revolucionarios.

París, cristalizando dos corrientes en torno a la propuesta de Bordiga, presentada en esa conferencia, de una acción revolucionaria contra la guerra. La moción de Bordiga obtuvo 14.000 votos contra los 17.000 votos obtenidos por la moción de Turati, Treves y Modigliani, de carácter pacifista, que sostenía únicamente vanos principios democráticos: paz sin anexiones ni indemnizaciones de guerra, derecho de los pueblos a la autodeterminación y Sociedad de Naciones³⁷.

Esta votación precipitó la formación de una Fracción Intransigente Revolucionaria.

El 18 de mayo de 1917 se reunió en asamblea la sección socialista napolitana, para examinar la situación política, acordando una resolución en la que se desaprobaba la reunión celebrada en Milán el 8 de mayo entre la dirección del partido, el grupo parlamentario y la CGL. Al mismo tiempo se aprobó una moción revolucionaria contra la guerra, que precedía en tres meses la posición que sostuvo Bordiga en la asamblea de la Federación Intransigente Revolucionaria en Florencia, tras la derrota de Caporetto.

En el punto 3 de dicha moción se dice:

«Los socialistas de cualquier país deben consagrar sus esfuerzos al cese de la guerra, incitando al proletariado a ser consciente de su fuerza y a provocar con su acción intransigente de clase el inmediato cese de

³⁷ Bordiga, Amadeo. Op. cit., p. 114; Cortesi, Luigi. Op. cit. p. 111.

las hostilidades, intentando dirigir la crisis hacia la conquista de los objetivos revolucionarios del socialismo»³⁸.

En agosto de 1917, en Turín, que meses antes había acogido triunfalmente a los representantes del Soviet de Petrogrado, estalló una insurrección espoleada por el hambre y el ejemplo ruso. Bajo la consigna de que para acabar con la guerra era preferible morir unos centenares a morir a millares en el frente, se levantaron barricadas y se produjeron enfrentamientos con las tropas.

En noviembre de 1917 se produjo la derrota de Caporetto, generalizándose el descontento popular contra la guerra, así como los movimientos insurreccionales entre la tropa. Se hacía factible y realista la consigna del derrotismo revolucionario. Los intervencionistas lanzaron un llamamiento a la defensa del territorio nacional y un canto a la necesidad de la unión sagrada, a la que debían prestarse los socialistas.

Se multiplicaban las deserciones de soldados en el frente. Lazzari y la dirección del PSI se opusieron férreamente a la voluntad mayoritaria en el partido: intervenir en un gobierno de defensa nacional, o por lo menos no negar el apoyo socialista a un gobierno tal.

Para la izquierda, como afirmará Bordiga en 1964:

³⁸ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Scritti...*, op. cit. pp. 63-65.

«se trataba de impedir que el Partido Socialista se uniera al grito: ¡volved a tomar las armas y marchad contra el enemigo!»³⁹.

La Fracción Intransigente Revolucionaria⁴⁰ se reunió ilegalmente en Florencia la noche del 18 de noviembre de 1917. Fue el primer encuentro entre Gramsci y Bordiga⁴¹. Se reprodujo en la reunión la división existente en el partido entre reformistas y revolucionarios. Los resultados fueron pues, ambiguos, excluyéndose la perspectiva insurreccional⁴².

Sin embargo, Bordiga había planteado la conquista del poder: debía utilizarse la ruptura del frente en Caporetto para plantear la táctica del *derrotismo revolucionario*. Paolo Spriano valora positivamente la moción revolucionaria de Bordiga, diferenciándola de la aprobada en la Conferencia de Florencia⁴³. Según Livorsi⁴⁴, la posición de Bordiga es muy parecida a la de Lenin, aunque tiende a negar el problema nacional, en

³⁹ Bordiga, Amadeo. Op. cit., p. 114.

⁴⁰ Spriano la llama también Fracción Maximalista en Spriano, Paolo. Op. cit. p. 3.

⁴¹ Galli, Giorgio. *Storia del PCI*, Tascabili Bompiani, Milano, 1977 (1ª ed. 1957), p. 12; Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit. p. 56; Spriano, Paolo. Op. cit. p. 3.

⁴² Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit. p. 56.

⁴³ Spriano, Paolo. Op. cit. pp. 3-19.

⁴⁴ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit. pp. 56 y ss. y *Amadeo Bordiga. Scritti...* op. cit. p. 15.

la misma orientación política que Lenin había ya criticado en Rosa Luxemburg⁴⁵.

Las resoluciones adoptadas por la Conferencia de Florencia aplazaron la acción revolucionaria al fin del conflicto bélico, limitándose a condenar cualquier manifestación de apoyo a la guerra y de neutralidad respecto a la lucha de clase contra la burguesía⁴⁶.

Para Bordiga, la importancia de esta reunión radicaba en la cristalización de una plataforma propia de la izquierda, así como en la organización de una nueva fracción (la futura Fracción Comunista Abstencionista), que iba mucho más allá de la superada Fracción Intransigente (también llamada Fracción Maximalista)⁴⁷:

«el grupo de los más decididos se estrechó en aquella reunión, se organizó cada vez mejor y se delineó la plataforma propia de la *sinistra italiana*, que no era lo mismo que la vieja Fracción Intransigente, sino mucho más».

Desde noviembre de 1917 hasta el Congreso de Roma de septiembre de 1918, el gobierno liberal, ante la imposibilidad de imponer a los socialistas la política de unión sagrada, optó por la represión de toda crítica

⁴⁵ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit. p. 69 y *Amadeo Bordiga. Scritti...* op. cit. p. 16.

⁴⁶ Bordiga, Amadeo. Op. cit. p. 115.

⁴⁷ Spriano, Paolo. Op. cit. p. 4.

antibélica, así como de cualquier manifestación popular de descontento.

El 24 de enero de 1918 se detuvo al secretario del PSI, Lazzari, y al subsecretario, Bombacci, que fueron juzgados por derrotismo. La izquierda del PSI, pese a la represión, consiguió dominar las fuertes tentaciones del grupo parlamentario y la CGL de participar en el gobierno de unidad nacional.

En mayo de 1918 fue detenido Serrati, juzgado en julio.

En la prensa socialista salieron los primeros análisis sobre la Revolución de Octubre, a pesar de la fuerte censura imperante⁴⁸.

⁴⁸ Es muy interesante e ilustrativa la comparación entre los artículos de Bordiga y Gramsci sobre la revolución rusa: Bordiga, Amadeo. "La rivoluzine russa", *L'Avanguardia* (21/10, 4/11, 11/11 y 2/12/1917), en Bordiga, Amadeo. Op. cit. pp. 303-312 y Gramsci, Antonio. "La rivoluzioni contro il "Capitale"", *Avanti!* (24/11/1917), Bordiga, Amadeo. Op. cit. pp. 316-319. La posición de Gramsci es plenamente *idealista y voluntarista*, demostrando ignorar que los bolcheviques reivindicaron como propio el marxismo. Realiza afirmaciones como esta: «La revolución de los bolcheviques [...] es la revolución contra *El Capital* de Carlos Marx. *El Capital* de Marx en Rusia era el libro de los burgueses, más que de los proletarios. [...] Los hechos han superado las ideologías. Los hechos han hecho estallar los esquemas críticos según los cuales la historia de Rusia debería haberse desarrollado según los cánones del materialismo histórico. Los bolcheviques reniegan de Carlos Marx, afirman con el testimonio de su acción explícita, con las conquistas realizadas, que los cánones del materialismo histórico no son tan férreos como podría pensarse. [...] Viven el pensamiento marxista, el que no muere nunca, que es continuación del pensamiento idealista italiano y alemán, y que en Marx se había contaminado de incrustaciones positivistas y naturalistas. Y este pensamiento sitúa siempre como máximo factor de la historia, no los hechos

Sin embargo, pese al incremento de la represión, y por temor a evitar la radicalización del PSI⁴⁹, en septiembre de 1918 se autorizó la celebración del XV Congreso socialista en Roma, que había sido prohibido en 1917.

El XV Congreso del PSI se celebró en Roma entre el 1 y el 5 de septiembre de 1918.

En este Congreso, según Bordiga⁵⁰, las cuestiones de fondo fueron escamoteadas, limitándose a una serie de acusaciones y contraacusaciones entre las distintas fracciones.

Ante el inminente fin de la guerra y el notable éxito de la revolución rusa, todas las fracciones se declararon, al menos verbalmente, revolucionarias.

El proceso de diferenciación y decantación de la izquierda, que se había iniciado en la reunión de Florencia de noviembre de 1917, se diluyó en un confusionismo generalizado.

De este modo, la Fracción Intransigente Revolucionaria (maximalistas) obtuvo el 70% de

económicos [...], sino la sociedad de los hombres [...] que desarrollan una voluntad social, colectiva, que comprende, juzga y adecúa los hechos económicos a su voluntad, hasta que ésta se convierte en el motor de la economía, la plasmadora de la realidad objetiva, que vive y se mueve y adquiere características de materia telúrica en ebullición, que puede ser encauzada a placer de la voluntad, donde la voluntad quiera».

⁴⁹ Bordiga, Amadeo. Op. cit. pp. 116-117.

⁵⁰ Bordiga, Amadeo. Op. cit. pp. 118-120.

sufragios para su moción, dando el triunfo a los maximalistas sobre los colaboracionistas parlamentarios⁵¹.

El maximalismo abarcaba a hombres tan poco extremistas como Serrati y Lazzari, pero también a futuros comunistas como Repossi y Gennari.

Tanto Bordiga, por la izquierda, como Turati por los reformistas, lucharon contra el equívoco generalizado que permitía la ambigüedad del maximalismo, mayoritario en el Congreso⁵².

El nombre de Lenin se convirtió en un constante reclamo político, legendario y mitificado, aunque en realidad se desconocía tanto su acción como su teoría política⁵³.

En el seno de los maximalistas coexistían posiciones heterogéneas. El centro estaba personificado en Serrati, que intentaba conciliar la contradicción fundamental de su adhesión sincera a la Revolución de Octubre y a la Tercera Internacional con una incomprensión total de la estrategia y la táctica de los bolcheviques⁵⁴.

⁵¹ Spriano, Paolo. Op. cit. p. 18.

⁵² Ibidem.

⁵³ Ibidem.

⁵⁴ Agosti, Aldo. "Las corrientes constituyentes del movimiento comunista internacional", en Hobsbawm, Eric J. (ed.), *Historia del marxismo. La época de la III Internacional (I)*, Bruquera, Barcelona, 1983, p. 479.

La ambigüedad maximalista, unida a un fuerte patriotismo de partido, llevó a Serrati a subordinar la coherencia ideológica y política a la conservación de la unidad del PSI. Intentó conciliar a los reformistas, que tenían su fuerza en la CGL y el Grupo parlamentario, con los revolucionarios, que exigían la expulsión de los reformistas.

Bordiga, en diciembre de 1918, fundó *Il Soviet*, como portavoz y catalizador de la futura Fracción Abstencionista.

1.6. El PSI en la postguerra

El fin de la guerra había planteado graves problemas sociales y económicos en Italia. Para la reanudación de la actividad económica en un país con más de 600 mil muertos y 500 mil mutilados, con regiones enteras devastadas por la guerra, y con una victoria pírrica y unos tratados de paz desfavorables, era imprescindible la colaboración del PSI, el mayor partido de la oposición y con gran influencia en el movimiento obrero, en las tareas gubernamentales de reconstrucción y reconversión económica.

En 1919 la CGL contaba con un millón y medio de inscritos, que llegaron a dos millones en 1920,

cuando en 1918 eran solo 250 mil⁵⁵. El PSI contaba en 1919 con más de 200 mil afiliados⁵⁶ y gozaba además de un inmenso prestigio gracias a su política no intervencionista.

Sin embargo, al finalizar la guerra, el PSI estaba enfrentado entre diversas corrientes, con divergencias muy profundas.

Estas corrientes eran fundamentalmente las siguientes, en 1919:

1. Los gradualistas o *reformistas*:

Eran el ala derecha del PSI. Encabezados por Filippo Turati, Rodolfo Mondolfo y Modigliani.

Afirmaban que el socialismo no puede ser fruto de un golpe de mano, ni de una prodigiosa anticipación histórica, sino que ha de alcanzarse mediante una *gradual* conquista del poder y de la capacidad política (educacionismo) para ejercerlo por parte de las amplias masas⁵⁷.

La contradicción característica del gradualismo, según Giorgio Galli, es la siguiente: en los años de prosperidad económica consideran prioritaria la transformación del sistema, modificando para ello la estrategia y táctica del PSI; pero en años de crisis económica afirman que no es el momento de tomar el

⁵⁵ Spriano, Paolo. Op. cit. p. 28.

⁵⁶ Guichonnet, Paul. "El socialismo italiano", en Droz, Jacques (ed.), *Historia General del socialismo*, vol. 3, Destino, Barcelona, 1982, p. 182.

⁵⁷ Galli, Giorgio. Op. cit. p. 16.

poder. Primero porque la economía es próspera, luego porque no lo es; en el primer caso es necesario obtener concesiones, en el segundo es preciso salvar la economía nacional en bancarrota, con el esfuerzo de todos⁵⁸.

La fuerza real del reformismo descansaba en el grupo parlamentario, los sindicatos y las administraciones municipales. Sobre todo, en la CGL su influencia, a través de líderes como D^o Aragona, era decisiva.

Su coherencia ideológica en la reafirmación de sus principios y en la crítica de la ambigüedad, el verbalismo y la incoherencia del maximalismo eran irreprochables, cuando afirmaban que estos hablaban de revolución sin poner los medios para hacerla en la práctica, porque en realidad coincidían con ellos en la tesis de que no existían en Italia condiciones para hacer la revolución. Y hacer una agitación revolucionaria verbal sin poner los medios, equivalía a dar fuerza y argumentos a la reacción.

En su crítica del maximalismo, las intervenciones de Turati, como las de Bordiga, fueron siempre coherentes y demoledoras, cada uno desde visiones opuestas.

2. Los *maximalistas* o intransigentes:

⁵⁸ Galli, Giorgio. Op. cit. p. 17.

Se caracterizaban por la incoherencia, la ambigüedad y la heterogeneidad. El centro del maximalismo estaba personalizado por Serrati, del mismo modo que la derecha maximalista lo estaba por Constantino Lazzari.

Serrati se había adherido totalmente a la revolución rusa y a la IC. Pero no comprendía ni su estrategia, ni compartía su táctica. Mostró una plena incapacidad teórica para extraer de la guerra y la revolución rusa una interpretación en términos clasistas. Ante la bancarrota de la Segunda Internacional, se adhirió a la IC, reclamando una autonomía nacional italiana para su partido. Gozaba del prestigio de un PSI que había evitado la entrada en la guerra.

Su característica principal fue el verbalismo revolucionario, pero en la práctica sacrificaban la revolución a la unidad del partido.

Zinoviev dijo de Serrati que prefería la derrota de la revolución a la pérdida del sindicato de Milán⁵⁹.

3. Los *ordinovistas*:

Según afirmaciones del propio Togliatti, el grupo *L'Ordine Nuovo*, diario cuyo primer número data del 1 de mayo de 1919, nació en la Universidad de Turín.

Entre los miembros más destacados cabe citar a Antonio Gramsci y Palmiro Togliatti (a ambos se les reprocharía posteriormente su intervencionismo durante

⁵⁹ Spriano, Paolo. Op. cit. p. 30.

la Gran Guerra), Angelo Tasca, Umberto Terracini, el de más prestigio en 1919 a nivel nacional, y Alfonso Leonetti.

Según Spriano⁶⁰, la idea-fuerza del grupo es el movimiento de los consejos de fábrica como base del «poder obrero», conquistados en el mismo lugar donde se da el proceso productivo: en la empresa. Esos consejos de fábrica son la célula del futuro Estado de Consejos.

El movimiento proletario hacia la revolución, para Gramsci, debe expresarse en formas propias, dando origen a instituciones proletarias que comienzan a construir, *antes de la toma del poder*, los engranajes de una nueva máquina estatal de la que los obreros, en *su* fábrica, deben ser los artífices⁶¹.

El interés de los ordinovistas por las luchas internas del PSI fue muy secundario, renunciando a crear una fracción propia a escala nacional, hasta conducir al grupo a un aislamiento cada vez más grave, limitado a la ciudad de Turín.

4. Los *abstencionistas*:

Ante la inmovilidad del PSI, a causa de las luchas fraccionales, apuntan a la fundación de un partido autónomo, necesario dada la incapacidad revolucionaria de un PSI controlado por los maximalistas.

⁶⁰ Spriano, Paolo. Op. cit. p. 48.

⁶¹ Spriano, Paolo. Op. cit. p. 49.

Concedieron prioridad absoluta al esfuerzo de creación de una fracción a escala nacional, llegando a subordinar incluso su intervención en las luchas obreras a la constitución de un partido revolucionario.

Dado que el estudio de la Fracción Abstencionista constituye la tarea central de las próximas páginas, como jalón que es en la historia de la acción y teoría bordiguista, no vamos a extendernos más en las características de los abstencionistas. Sin embargo, ante todo dejaremos constancia de su crítica al ordinovismo⁶²:

«Sostener, como hacen los compañeros de *L'Ordine Nuovo* de Turín, que los Consejos Obreros, incluso antes de la caída de la burguesía, son ya órganos no solo de la lucha política, sino además de preparación económico-técnica del sistema comunista, es un puro y simple retorno al gradualismo socialista [...], definido por el error de que el proletariado pueda emanciparse ganando terreno en las relaciones económicas, mientras todavía el capitalismo detenta, con el Estado, el poder político».

Para los abstencionistas la conquista del poder político y la destrucción del Estado burgués son previos al proceso de transformación económica. Los ordinovistas, por el contrario, insisten en la creación, ya antes de la toma del poder político, de las instituciones

⁶² Galli, Giorgio. Op. cit. p. 27.

que en cierto modo prefiguran los órganos de la futura dictadura del proletariado.

Bordiga, Fortichiari, Grieco y Repossi insistían en la necesidad de crear un partido revolucionario. Los ordinovistas plantean la cuestión del control obrero de la producción antes de la revolución, subordinando la formación del partido y sus tareas a ese control obrero. Para los abstencionistas no hay control obrero imaginable sin la previa conquista del poder, para lo cual es imprescindible la formación de un partido revolucionario⁶³.

Giorgio Galli desarrolla una interesante tesis cuando afirma que, a lo largo de 1919-1920 (bienio rojo), el movimiento obrero italiano se desarrolla en dos direcciones⁶⁴:

1. El movimiento de masas intenta encontrar un punto de ruptura con el Estado burgués.
2. La vanguardia revolucionaria intenta darse una organización capaz de dirigir el asalto al poder.

Sin embargo, los tiempos no coinciden, y la segunda batalla empieza a ganarse cuando la primera empieza a estar perdida. O lo que es lo mismo: el PCI nacerá demasiado tarde, al final del bienio rojo.

⁶³ Galli, Giorgio. Op. cit. p. 28.

⁶⁴ Galli, Giorgio. Op. cit. p. 20.

1.7. El Congreso de Bolonia

El PSI, en vísperas del Congreso de Bolonia, aparecía dominado por las fracciones de Serrati y Lazzari, que se identificaban con lo que dio en llamarse maximalismo, por referencia al programa máximo.

El maximalismo carecía de perspectivas claras sobre el periodo postbélico. No había comprendido el proceso histórico de la revolución rusa y tenía ideas muy confusas sobre la Tercera Internacional. Mantenía las tácticas legalistas y parlamentarias. La unidad del partido y su fuerza electoral se anteponían a la clarificación política y la táctica insurreccional.

En la preparación del Congreso de Bolonia hizo su aparición una denominada Fracción Comunista Eleccionista, que publicó su programa en el *Avanti!* del 17 de agosto⁶⁵. Esta Fracción Comunista Eleccionista era dirigida por Serrati, mientras la tradicional Fracción Intransigente Revolucionaria pasaba a ser dirigida por Lazzari.

La Fracción Comunista de Serrati gozaba del prestigio conseguido por el verbalismo revolucionario, la no participación del PSI en la guerra, su rápida adhesión a la Tercera Internacional en marzo de 1919 y su misma autodefinición de comunista. Serrati y su

⁶⁵ Bordiga, Amadeo y camaradas. *Storia della Sinistra comunista. 1919-1920*, vol. II, Ed. Il programa comunista, Milano, 1972 (1ª ed.), p. 21.

fracción van a suponer, en los meses siguientes, un obstáculo de difícil superación a la clarificación política, la delimitación ideológica y la orientación política del socialismo italiano.

En los momentos previos a Bolonia, e incluso durante el desarrollo del Congreso, mostraron su adhesión al maximalismo tanto la Fracción Intransigente de Lazzari, como la Fracción Comunista de Serrati y L'Ordine Nuovo de Gramsci.

El maximalismo viene caracterizado por el gradualismo, con sus argumentos de tipo cultural-educacionista, que nos remiten a la polémica de 1912 entre Tasca y Bordiga⁶⁶.

En oposición al gradualismo maximalista y en defensa de un programa revolucionario marxista, la Fracción Comunista llamada Abstencionista, para diferenciarse de la fracción de Serrati, se constituyó el 6 de julio de 1919 en Roma, preparando su intervención en el próximo congreso de Bolonia.

El núcleo esencial de su programa radicaba en tres puntos:

1. La inmediatez de la revolución.
2. Oposición al gradualismo y al reformismo.
3. Contradicción entre el electoralismo-reformismo y la insurrección-abstencionismo.

⁶⁶ Véase el punto 1.3.

No se trataba tanto de proclamarse abstencionistas como de defender el programa comunista: la dictadura del proletariado frente al reformismo.

Como afirmará Bordiga en 1964⁶⁷:

«el abstencionismo (como era para Zinoviev y toda la Internacional la cuestión de la participación o no en las elecciones) era secundario respecto a las posiciones programáticas de fondo, y nunca habrían debido dividirnos».

A esta clarificación programática se dedicó *Il Soviet* desde su fundación el 22 de diciembre de 1918, durante los meses precedentes al Congreso de Bolonia.

No se trataba de desarrollar posiciones personales o localistas, sino de reafirmar y propagar una corriente programática colectiva en el partido, que se iba organizando laboriosamente a nivel nacional.

La lucha de *Il Soviet*, por otra parte, no se polarizó en el boicot a las elecciones, sino que se desarrolló en un frente múltiple, tratando todos los aspectos de la lucha obrera, tanto a nivel nacional como a nivel internacional.

El XVI Congreso del PSI se celebró en Bolonia entre el 5 y el 8 de octubre de 1919.

Tras el informe del secretario saliente del PSI, Constantino Lazzari, y las mociones de orden, la

⁶⁷ Bordiga, Amadeo. Op. cit. (vol. II) p. 34.

primera intervención correspondió a Bordiga, como representante de la corriente más exigua del PSI⁶⁸. Empezó exigiendo el cambio del programa del PSI, que debía abandonar la vía parlamentaria, preparando la insurrección. Denunció la afinidad existente entre socialdemocracia y contrarrevolución, y la incompatibilidad entre la participación en las elecciones y la vía insurreccional, si se aceptaba la dictadura del proletariado.

Planteaba, asimismo, la expulsión de los socialdemócratas como una nueva etapa en la construcción del partido revolucionario, del mismo modo que en 1914 se expulsó a los masones y en 1912 a los socialpatriotas.

Treves intervino por los reformistas, reafirmando el valor del programa de 1892, fundamentado, como el maximalista, en la conquista del Estado. De esta forma se eludía elegantemente la cuestión central: lo que se trataba era de sustituir la conquista *electoral* del poder, que proponía el programa del 92, por una conquista *violenta* del poder, como proponía Bordiga, siguiendo el programa comunista (la revolución rusa).

Gennari intervino por los maximalistas eleccionistas de izquierda, afirmando que era perfectamente posible participar en las elecciones y

⁶⁸ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit. p. 107.

luego hacer la revolución. Para los abstencionistas eran dos métodos incompatibles y excluyentes.

Lazzari, en nombre de la Fracción Intransigente Revolucionaria, que hacía de bisagra entre maximalistas y reformistas, subrayó su posición unitaria criticando la valoración que hacía Bordiga del papel que la democracia desempeña en la lucha de clases.

Serrati, el último en intervenir, en nombre de la fracción mayoritaria en el Congreso, esto es, la Fracción Comunista Eleccionista, hizo del cambio de programa del 92 una simple cuestión de modernización y adaptación a los nuevos tiempos, mostrando así no haber entendido la importancia que suponía la defensa del programa comunista o del programa socialdemócrata.

En realidad, los maximalistas rechazaban cualquier amenaza de escisión o de expulsión para no comprometer la campaña electoral en ciernes. En «*La maladie infantile*» Bordiga nos da a conocer, en 1961, un dato hasta entonces ignorado⁶⁹:

«En la sesión pública [del Congreso de Bolonia], declaramos que la moción de la Fracción Maximalista (la de Serrati, a la que se adhirieron Bombacci, Gennari, Graziadei, Gramsci y todos aquellos que, tras el Congreso de Livorno en 1921, se alinearon a nuestro lado) era muy cercana, en su parte programática y

⁶⁹ Bordiga, Amadeo. *La "maladie infantile", condamnation des futurs renegats. Sur la brochure de Lenine "La maladie infantile du communisme"*, Ed. Programme communiste, s.l., s.d., p. 89.

teórica, a la nuestra, que estaba plenamente de acuerdo con la plataforma de la Tercera Internacional; no había pues más que una divergencia: la participación en las elecciones y la exclusión del partido de los militantes que no aceptasen el nuevo programa. [...] hay un hecho que naturalmente no figura en la transcripción verbal: antes de la votación, los dirigentes de la Fracción Abstencionista ofrecieron a los maximalistas la oportunidad de votar conjuntamente con ellos, a condición de que se decidiera la escisión con la derecha de Turati. Ahora bien, *este acercamiento fue inmediatamente rechazado*: no sólo se quería participar en las elecciones, sino que además se pretendía tener las máximas posibilidades de ganarlas, es decir, permanecer unidos a las fuerzas electorales de Turati y compañía. Es evidente que los serratistas no concebían la acción parlamentaria al modo de Lenin, como un medio de subversión, sino al modo de los socialdemócratas, que dada la situación de postguerra y la cólera proletaria tenían la esperanza de obtener la mayoría en el Parlamento».

Para los abstencionistas, se trataba de afirmar tajantemente la divergencia entre dos vías históricas, dos métodos de acción, dos programas radicalmente distintos y opuestos⁷⁰:

⁷⁰ Bordiga, Amadeo. "Discorso e replica del relatore per la frazione astensionista" (Dal Resoconto Stenografico del XVI Congresso del Partito Socialista Italiano), en Bordiga, Amadeo. Op. cit. (vol. II), pp. 83-99.

«No sostenemos cosas nuevas, sino que queremos el retorno al socialismo clásico marxista, que otros han querido transformar en un método democrático legalista y evolucionista de emancipación proletaria. Afirmamos la divergencia de estas dos vías históricas: planteamos al Partido Socialista Italiano el problema que se ha planteado a otros partidos [...] el problema de escoger entre las dos vías: abandonar el método de la conquista socialdemocrática para avanzar en el de la lucha revolucionaria y la conquista revolucionaria del poder. (Aplausos)».

Para comprender la posición política de los abstencionistas es preciso subrayar el análisis que efectúan de la democracia⁷¹:

«El concepto fundamental de la democracia burguesa es el de igualdad política de los individuos, el de la igualdad de los ciudadanos cualesquiera que sean las condiciones sociales y económicas en que estos vivan. Todos los ciudadanos son llamados a formar parte del Estado; todos los ciudadanos poseen la misma soberanía política. La crítica marxista del sistema de la democracia burguesa ponía en evidencia su contenido mentiroso y equívoco, porque demostraba que, estando la sociedad dividida en clases que luchan entre sí por oposición de sus intereses fundamentales, el Estado democrático no podía conseguir nunca ser el exponente

⁷¹ *Ibidem.*

de la voluntad y los intereses de la colectividad social o de su mayoría, sino que por el contrario era el exponente, el instrumento, de los intereses de una minoría. Esta minoría capitalista dominante, dado que posee los medios de producción y de cambio, aunque haya cedido a la mayoría explotada el derecho a depositar de vez en cuando una papeleta en las urnas, sigue siendo la dueña y el árbitro de los destinos de la sociedad y mantiene el timón del Estado en sus manos».

Si no queremos deformar el pensamiento de los abstencionistas de forma arbitraria, hemos de comprender que los abstencionistas italianos son abstencionistas porque son antidemócratas. *El abstencionismo se da en el plano táctico, la crítica a la democracia en el programático.* La Fracción Comunista Abstencionista ve en la táctica abstencionista el catalizador de las fuerzas revolucionarias en Italia, capaz de seleccionar a los revolucionarios y rechazar a los reformistas, partidarios del método socialdemócrata.

Bordiga, en su intervención en el Congreso de Bolonia, planteaba la cuestión de la unidad del partido y su escisión sobre la base de considerar la democracia como la forma más eficaz y resistente para defender al sistema capitalista, lo que impone a los revolucionarios

la necesidad de rechazar y combatir por todos los medios las ilusiones democráticas⁷²:

«En el momento decisivo de su historia, la burguesía no se defiende a través de los partidos burgueses. Sería barrida. Se defiende a través de los campeones del método socialdemócrata en la suprema batalla contra el avance de la revolución».

Para los abstencionistas, pese a ser minoritarios en el Congreso, aparecía ya irremediable y necesaria la escisión, esto es, la ruptura con los socialdemócratas⁷³:

«He ahí porque en nuestra moción aparece una declaración de incompatibilidad, dictada por Lenin en Moscú, que afirma que no se puede tolerar en el Partido Socialista y Comunista (pues no se trata de una cuestión de nombres, sino de hechos) la presencia de elementos que crean en la eficacia del método socialdemócrata y que rechazan la violencia, no en teoría, sino en su aplicación en el momento histórico en que el proletariado arranca el poder político de manos de la burguesía. Si no se establece hoy esta incompatibilidad, una terrible situación se desencadenará entre nosotros en el momento de la acción».

En el PSI existían dos métodos, dos programas, en realidad dos partidos en uno. La escisión era ya inevitable, y, de hecho, a partir de este congreso la

⁷² *Ibidem.*

⁷³ *Ibidem.*

Fracción Abstencionista dedicó todas sus energías a preparar la escisión del PSI en las condiciones más favorables para la creación del Partido Comunista⁷⁴:

«En nuestro concepto, el único modo de anticipar el momento decisivo, el único modo de resolver este terrible problema del inminente mañana, es el de cortar cualquier punto de contacto entre los dos métodos, entre el criterio comunista y el socialdemócrata, métodos entre los que sin embargo se ha pretendido tender un puente, que preveo que la realidad barrerá para siempre para hacer sitio al avance de las clases trabajadoras».

Dada la minoría de los abstencionistas, su intervención en el Congreso de Bolonia concluyó del siguiente modo⁷⁵:

«de este congreso saldrá vencedora una gran fracción eleccionista que conducirá al partido a la inminente batalla. [...] El partido quiere en su gran mayoría ir a esta batalla [electoral], e irá. Nosotros vamos firmemente convencidos de que esta batalla implica ponernos en condición de inferioridad frente a las exigencias de la acción revolucionaria, frente a nuestra adhesión a la Tercera Internacional. [...] Prevemos que éstas fuerzas, que irán juntas a la prueba electoral, habrán de escindirse mañana en otro terreno».

⁷⁴ *Ibidem.*

⁷⁵ *Ibidem.*

Esto es, ante la inevitable participación del PSI en las inminentes elecciones, no cabe sino anticipar y preparar la crisis en el seno del PSI entre reformistas y revolucionarios, que inevitablemente se planteará tras el periodo electoral. El peligro radica, para los abstencionistas, en que la decisión de recurrir a la vía electoral haga desaprovechar las actuales condiciones históricas favorables a la vía revolucionaria.

En el Congreso de Bolonia se presentaron tres mociones: la de la Fracción Comunista (maximalista) Eleccionista, en la que se afirman principios genéricos que eluden la expulsión de los reformistas, negando el carácter vinculante del programa y reafirmando la adhesión a la Tercera Internacional; la de la Fracción Intransigente o maximalista unitaria de Lazzari, extremadamente ambigua, que es apoyada por los reformistas; y la de la Fracción Comunista Abstencionista, que reproducimos en su totalidad⁷⁶:

«El XVI Congreso nacional del PSI declara que el programa constitutivo de Génova de 1892 no responde ya a las exigencias de la vida y de la acción del partido;

Decide que el partido pase a formar parte integrante de la Internacional Comunista, aceptando el programa constitutivo de Moscú, aceptando cumplir la disciplina de los congresos internacionales comunistas;

⁷⁶ Bordiga, Amadeo. Op. cit. (vol. II), p. 71.

Declara incompatibles la presencia en el partido de aquellos que proclamen la posibilidad de emancipación del proletariado en el ámbito del régimen democrático y repudien el método de la lucha armada contra la burguesía para instaurar la dictadura del proletariado;

Decide que el partido asuma el nombre de Partido Comunista Italiano y adopte su programa, en el cual, sobre la base de las doctrinas fundamentales publicadas en el Manifiesto de los Comunistas en 1848 y de las directivas políticas que se extraen de las revoluciones contemporáneas, se fragua el desarrollo histórico del paso del presente orden social al comunista, y se establece la tarea del partido en las diversas fases del proceso;

Decide que el partido debe abstenerse en las luchas electorales, interviniendo en los comicios para propagar las razones de tal actitud, y utilizando todos los órganos y las fuerzas del partido en el trabajo:

a) de precisar y difundir en la clase obrera el conocimiento histórico de la necesaria realización integral del programa comunista;

b) de preparar las organizaciones obreras y los medios prácticos de acción y de lucha necesarios para alcanzar todos y cada uno de los puntos programáticos básicos».

La votación de las tres mociones en el Congreso de Bolonia obtuvo los siguientes resultados, sobre un total de 1.418 secciones y 66.708 adherentes⁷⁷:

La moción de Serrati, maximalista eleccionista: 1.012 secciones y 48.411 votos.

La moción de Lazzari, maximalista unitario: 339 secciones y 14.880 votos.

La moción de los abstencionistas: 67 secciones y 3.417 votos.

Tras la votación, favorable a la moción de Serrati con gran diferencia sobre las demás, la Fracción Abstencionista adoptó, por voto unánime, la siguiente resolución, publicada en *Il Soviet* el 20 de octubre de 1919⁷⁸:

«Los delegados del XVI Congreso Nacional Socialista adheridos a la Fracción Comunista Abstencionista:

Dada la resolución con la que la gran mayoría del Congreso ha adoptado la táctica eleccionista, confirmando el punto de vista según el cual esta táctica contradice el programa maximalista, los métodos de la Tercera Internacional y la preparación de la acción revolucionaria del proletariado italiano; y siendo

⁷⁷ Damen, Fabio. "La Sinistra italiana. Da Imola a Livorno", en *Prometeo* nº 5, Milano, 1981.

⁷⁸ Bordiga, Amadeo. Op. cit. (vol. II), pp. 75-77 y Damen, Fabio. Loc. cit.

inevitable una neta separación entre los partidarios del método socialdemócrata y los del método comunista;

Decide proponer a las Secciones representadas por la Fracción Comunista Abstencionista que permanezcan en el seno del Partido Socialista Italiano renunciando por disciplina a hacer propaganda entre las masas del absentismo electoral;

Declaran constituida la Fracción Comunista Abstencionista en el partido, invitando a todas las secciones y grupos que no comparten el programa aprobado en el Congreso a adherirse a la Fracción».

Comenzaba pues, tras el congreso de Bolonia, la labor de fraccionalismo destinada a reunir en torno a la Fracción Comunista Abstencionista a los cuadros del futuro Partido Comunista de Italia.

La importancia de Bolonia radica precisamente en la constitución organizativa, programática y táctica de la Fracción Comunista, sobre la base firme de los siguientes puntos, de gran importancia en los meses siguientes:

1. La adhesión al programa comunista y a la Tercera Internacional. Una adhesión sin condiciones, que crítica severamente la visión platónica, verbal y puramente oportunista de los maximalistas.
2. Exclusión de los reformistas.
3. Cambio de nombre del partido por el de comunista.

Aunque la Fracción Comunista Abstencionista tenía, ya en el momento del Congreso de Bolonia, una cierta extensión nacional, dado que intervinieron el nombre de esta Amadeo Bordiga por la sección napolitana, Giovanni Boero por la sección turinesa y Virgilio Verdaro por la sección florentina, parece arriesgado afirmar que fuera posible, sobre estas bases, la creación de un partido comunista⁷⁹.

Por otra parte, la fundación de un partido comunista en Italia necesitaba considerar el proceso revolucionario internacional y la táctica propugnada por la Tercera Internacional, cuyo segundo congreso no se celebró hasta julio de 1920.

La Fracción Comunista Abstencionista renunció a toda iniciativa escisionista, constituyéndose en fracción autónoma dentro del PSI, con un órgano propio: *Il Soviet*, que asumió oficialmente esta función a partir del 20 de octubre de 1919. La Fracción se negó a aceptar puesto alguno en la dirección del PSI y renunció por disciplina a la agitación abstencionista ante las inminentes elecciones del 16 de noviembre, en las que el PSI obtuvo un notable éxito.

La unidad del PSI es, para la Fracción Abstencionista, puramente formal, destinada a romperse en el momento de la acción. Se impone una labor de

⁷⁹ Virgilio Verdaro será uno de los principales redactores de *Bilan*, firmando en esta revista con el seudónimo de Gatto Mammone.

fraccionalismo para clarificar las diversas posturas programáticas existentes, de forma que la escisión se produzca con la mayor claridad posible y de la forma más favorable para el nuevo Partido Comunista.

Sin embargo, para diversos militantes de la Izquierda Comunista, la escisión debió haberse producido ya en el Congreso de Bolonia. Así, por ejemplo, para Onorato Damen, la escisión y la fundación del PCI debió haberse realizado en el Congreso de Bolonia⁸⁰:

«todavía la situación estaba abierta a la solución revolucionaria; en Livorno (1921) la situación ya había cambiado y las fuerzas del proletariado estaban, de hecho, en retirada bajo el acoso de la reacción fascista. El mismo Bordiga, a quien incumbía la mayor responsabilidad de la actitud teórico-política de la izquierda abstencionista, no comprendió que en Bolonia, no después, debió darse el paso a la construcción del Partido Comunista, y que tal acontecimiento histórico imponía una plataforma que no tuviese como componente esencial un expediente táctico como el del abstencionismo, sino una plataforma semejante a la del partido de Lenin, que fuese centro de atracción y reunión de todas las fuerzas de izquierda dispuestas a batirse por la revolución proletaria».

⁸⁰ Damen, Onorato. *Amadeo Bordiga. Validità e limite d'una esperienza rivoluzionaria*, Editoriale periodici italiani, Milano, 1971 (1ª ed.), pp. 16-17.

Una crítica general precisa y contundente a la actuación de Bordiga y los abstencionistas en el Congreso de Bolonia es la efectuada por Fabio Damen⁸¹:

«El error cometido en Bolonia por los abstencionistas fue el de poner el acento, no sobre la necesidad de la escisión o de la construcción del partido, sino sobre el problema de la abstención. El error se centra en esto, haber inmovilizado la Fracción, formada por auténticos cuadros, tras el presupuesto plenamente teórico del abstencionismo, en lugar de tomar como base esencial la polarización de las fuerzas hacia el objetivo del partido de clase».

En definitiva, la cuestión radicaba en considerar la urgencia de una dirección revolucionaria que aprovechara la situación objetiva favorable a la revolución, o bien en aplazar la creación de un partido revolucionario, haciendo de la Fracción Comunista Abstencionista el primer núcleo del futuro partido de clase, preparando su transformación en partido mediante un proceso de clarificación, decantación y proselitismo de las secciones del PSI, hasta proceder a la escisión en las condiciones más favorables, pero corriendo el riesgo de que la situación objetivamente revolucionaria se pudriera.

Es la ya mencionada tesis de Georgio Galli, referente a la no coincidencia en el tiempo del

⁸¹ Damen, Fabio. Loc. Cit.

movimiento revolucionario de masas y la organización de la vanguardia revolucionaria⁸².

La valoración del grupo de L'Ordine Nuovo del Congreso de Bolonia coincide plenamente con la moción maximalista de Serrati, que además han votado. Gramsci, en un artículo publicado el 18 de octubre de 1919, titulado «La unidad del partido», rechaza toda posibilidad de escisión.

1.8. Las Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista (mayo 1920)

En las elecciones del 16 de noviembre de 1919 el PSI obtuvo un gran éxito, con más de 1.800.000 votos que le dieron 156 diputados, con los que triplicaba su presencia en el parlamento italiano, pero que no modificaban en nada la situación del proletariado italiano⁸³.

Las elecciones consiguieron catalizar hacia el partido la protesta de las masas ante el aumento de precios y las condiciones laborales. Pero el éxito electoral no hizo sino fortalecer la influencia del grupo parlamentario y de los reformistas en el PSI.

⁸² Véase supra, o bien la nota 64.

⁸³ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit. p.113.

Las luchas fraccionales entre revolucionarios y reformistas sólo consiguieron inmovilizar al partido.

El enfrentamiento de los abstencionistas con los maximalistas en torno a la expulsión de los reformistas inició un proceso de decantación política que se vio enormemente acelerado por las grandes luchas obreras, que desde los últimos meses de 1919 y durante todo el año 1920 dejaron constancia de la radicalización de la clase obrera, así como de las llamadas condiciones objetivas revolucionarias⁸⁴.

En este marco de grandes luchas obreras, en las que las elecciones abrían un breve paréntesis, se produjo una viva polémica entre abstencionistas y maximalistas en torno a la política parlamentaria y la expulsión de los reformistas, que derivó en un enfrentamiento personal entre Bordiga y Serrati.

Esta polémica en los órganos de prensa del PSI, unida al empeño escisionista de los abstencionistas y su organización y proselitismo a escala nacional, iban ampliando progresivamente la audiencia y el espacio político de la Fracción Abstencionista en el seno del PSI.

Ya en los primeros meses de 1920, en torno a la Fracción van confluyendo las corrientes convencidas de la incapacidad revolucionaria del PSI.

⁸⁴ Bordiga, Amadeo. Op. cit. (vol. II), pp. 122-128; Guichonnet, Paul. "El socialismo italiano", op. cit., pp. 185-190; Salvatori, Massimo L. *Storia dell'età contemporanea*, Loescher editore, Torino, 1977, pp. 588-597.

Es en este proceso de radicalización de las luchas y de decantación de las secciones del PSI donde se produjo, por una parte, el distanciamiento entre Gramsci y Tasca dentro del grupo L'Ordine Nuovo, y, por otra parte, el acercamiento a los abstencionistas de hombres como Gennari, Misiano y el propio Gramsci, que llegaron a intervenir en la conferencia de la Fracción Comunista Abstencionista, celebrada en Florencia en mayo de 1920, como observadores.

En esta conferencia fueron aprobadas las «Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista del PSI», texto que constituye una pieza clave en la historia de la formación del Partido Comunista y que, además, forma parte de la herencia política de la que se reclamará en 1927 la Fracción de Izquierda del PCI, organización que publicaría *Bilan* en 1933.

Bordiga calificó en 1964 la reunión de mayo de 1920 como un «Livorno anticipado», en el que se efectuó ya, en realidad, la primera asamblea constitutiva del futuro Partido Comunista⁸⁵.

El problema no radicaba, para los abstencionistas, en renovar el PSI, ni en encontrar vías intermedias que permitiesen efectuar un proselitismo que captase el mayor número posible de adherentes. *Se trataba de fundamentar las bases teóricas, programáticas y tácticas de un partido comunista.*

⁸⁵ Bordiga, Amadeo. Op. cit. (vol. II), p. 360.

«Si el PCI no nace ahora», nos dice Bordiga, «es por razones de carácter internacional»⁸⁶. La posición de Moscú seguía siendo la de intentar recuperar el PSI, oficialmente adherido a la Tercera Internacional, con la expulsión de los reformistas.

No fue el abstencionismo, siempre secundario para la Fracción Comunista, sino el desacuerdo en la valoración de las fuerzas susceptibles de sumarse sin reservas a los principios de la IC, lo que impidió a la Fracción dar el paso definitivo y formal, que ya había sido preparado sustancialmente en mayo de 1920 mediante la constitución de la Fracción como núcleo organizativo, dotado de unas tesis programáticas, teóricas y tácticas, plenamente comunistas.

Por esta razón, en los meses venideros hasta Livorno (enero de 1921), los abstencionistas fueron el núcleo que polarizó las distintas organizaciones, secciones del PSI, o individualidades que fundaron el PCI.

Sin embargo, los representantes de la IC, dado que creían aún en la posibilidad de recuperar a la mayoría del PSI, consideraban que la misión de la Fracción Comunista seguía siendo la de actuar como una fuerza de oposición a los reformistas dentro del PSI.

⁸⁶ Bordiga, Amadeo. Op. cit. (vol. II), p. 361.

Las discrepancias radicaban en la táctica abstencionista de la Fracción⁸⁷.

Estás concepciones dispares, entre abstencionistas y representantes moscovitas, sobre el papel a jugar por la Fracción Comunista, permitieron la tolerancia de posiciones como la de Gennari, secretario del PSI, que abogaba por evitar la escisión de *todo* el ala derecha; o la de Misiano, que aun reconociendo «la existencia de dos almas en el partido» y la necesidad de escisión, creía precisa la permanencia de los abstencionistas en el PSI, como medio para conseguir la depuración de los reformistas y ganarse a los comunistas que aún permanecían en el PSI.

Gramsci, en nombre del grupo ordinovista, negaba la posibilidad de construir el Partido Comunista sobre la limitada base del abstencionismo. El nacimiento del Partido Comunista precisaba de un largo contacto con las masas, que sólo podría alcanzarse mediante nuevas formas de organización económica, pensaba Gramsci.

La discrepancia entre ordinovistas y abstencionistas radicaba de hecho en la concepción misma del partido. Para los abstencionistas la prueba de la existencia de un partido comunista no puede ser otra que su programa, del que el abstencionismo es solo un aspecto táctico, y además muy secundario. Bordiga veía

⁸⁷ Bordiga, Amadeo. Op. cit. (vol. II), p. 362.

en el abstencionismo el *catalizador* de las fuerzas revolucionarias en Italia, capaz de cerrar el paso a los reformistas en el nuevo partido. Para Gramsci, el partido debía apoyarse en nuevas formas de organización económica, sobre organismos inmediatos necesariamente aprogramáticos⁸⁸.

La importancia de las «Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista» de mayo de 1920 residía en el hecho de representar no solo la plataforma de un partido nacional, sino una síntesis de las posiciones teóricas, programáticas y tácticas que necesariamente debían distinguir al partido revolucionario mundial comunista, no limitado al área italiana, que no es ni siquiera nombrada en ningún párrafo. Se pretendía formular PRINCIPIOS que todo partido comunista, en cualquier país, debe cumplir, y que lo diferencian de cualquier otro partido obrero.

Por esta razón, en el II Congreso de la IC, celebrado un mes después, en julio de 1920, una de las reivindicaciones esenciales de Bordiga fue la formulación de un programa único para todos los partidos comunistas.

⁸⁸ Gramsci, Antonio; Bordiga, Amadeo. *Debate sobre los consejos de fábrica*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1977, pp. 99-111, 114, 121-123, 130-135.

A continuación, vamos a proceder a un análisis detallado de las «Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista»⁸⁹:

Las tesis se desarrollan en tres partes.

La primera parte, que consta de 13 puntos, resume las posiciones fundamentales de la doctrina comunista y la visión marxista de la historia como historia de la lucha de clases, que culmina con la conquista del poder político por la clase obrera, en cuya existencia se expresa el antagonismo, insuperable en el capitalismo, entre fuerzas productivas y relaciones de producción.

La conquista del poder se efectúa mediante una revolución violenta, que se prolonga necesariamente en una dictadura de la clase obrera victoriosa.

Debemos subrayar, tanto por su importancia posterior como por ser un criterio diferenciador y característico del método comunista respecto al método socialdemócrata, la crítica de la democracia realizada en el punto 4:

«Estas relaciones económicas se corresponden con las instituciones políticas propias del capitalismo: el Estado representativo democrático-parlamentario. El Estado, en una sociedad dividida en clases, es la organización del poder de la clase económicamente

⁸⁹ Se reproducen íntegramente en: Bordiga, Amadeo. Op. cit. (vol. II), pp. 394-402. (En lengua italiana). *En defense de la continuité du programme communiste*, Ed. Programme Communiste, s.l., s.d., pp. 17-26. (En lengua francesa).

privilegiada. A pesar de que la burguesía representa la minoría de la sociedad, el Estado democrático constituye un sistema de fuerza armada organizada para la conservación de las relaciones de producción capitalistas».

En el punto 6, se formula la concepción del partido:

«Por tanto, el proletariado se constituye en clase que lucha por su emancipación únicamente en la medida en que se organiza en partido político».

La cual debemos relacionar con la formulación del punto 13:

«La dictadura del proletariado será, pues, la dictadura del Partido Comunista».

Formulaciones ambas que serán adoptadas con vigor en el II Congreso de la Tercera Internacional⁹⁰, para ser convertidas en fronteras de clase frente a otras organizaciones políticas afines que, aun reconociendo la necesidad de la revolución y la violencia, al menos en teoría, negaban o restaban importancia a la función del partido como guía de esa violencia revolucionaria hacia la conquista del poder.

En todo caso, estas concepciones de los abstencionistas italianos eran claramente convergentes y afines a las bolcheviques, y además diferenciaban tanto a abstencionistas como a bolcheviques de las

⁹⁰ Véase infra, punto 1.9.

concepciones ordinovistas, socialdemócratas y anarcosindicalistas.

En la segunda parte de las tesis, desarrollada en 17 puntos, se realiza una crítica de todas las ideologías que el comunismo había combatido. Como se afirma en el punto 1:

«La crítica comunista, que incesantemente se elabora sobre la base de sus métodos fundamentales y la propaganda de las conclusiones alcanzadas, tiende a combatir la influencia que tienen sobre el proletariado las ideologías de otras clases y de otros partidos».

Se critica el idealismo filosófico (en el punto 2), «según el cual los productos del mundo de las ideas son la base, y no el resultado, de las relaciones reales de la vida de la humanidad y de su desarrollo», así como sus plasmaciones políticas, desde la democracia parlamentaria hasta el pacifismo wilsoniano, del socialismo utópico al anarcosindicalismo, el consejismo y el ordinovismo (en el punto 3):

«el comunismo representa la demolición crítica de las concepciones del liberalismo y de la democracia burguesa. La afirmación jurídica de la libertad de pensamiento y de la igualdad política de los ciudadanos, la concepción de que las instituciones basadas en el derecho de la mayoría y en el mecanismo de la representación electoral universal son base suficiente para un progreso indefinido y gradual de la sociedad humana, constituyen las ideologías correspondientes al

régimen de la economía privada y de la libre competencia, y a los intereses de clase de los capitalistas».

En el punto 4 se critica el educacionismo, tan caro a reformistas y ordinovistas, especialmente a Angelo Tasca:

«Pensar que se puede lograr una mejora en las condiciones de vida de las masas aumentando la educación y la instrucción que les dan las clases dirigentes y sus instituciones, es una ilusión propia de la democracia burguesa. El requisito para el desarrollo intelectual de las masas es, por el contrario, un mejor nivel de vida material, incompatible con el régimen burgués; por otra parte, a través de sus escuelas, la burguesía intenta difundir precisamente aquellas ideologías que impiden que las masas vean las actuales instituciones como un obstáculo para su emancipación».

En el punto 5 se hace una crítica feroz del nacionalismo:

«Otro de los fundamentos de la democracia burguesa es el principio de nacionalidad. Para retrasar y atenuar el conflicto entre el Estado capitalista y las masas proletarias, la burguesía, cuando toma el poder, levanta sus Estados sobre una base nacional para poder valerse de las ideologías nacionales y patrióticas que, en el período inicial del capitalismo, representan ciertos intereses comunes que tienen los hombres de la misma raza, de la misma lengua y de las mismas costumbres.

Los irredentismos nacionales surgen, pues, de intereses esencialmente burgueses.

La propia burguesía no duda en pisotear el principio de nacionalidad cuando el desarrollo del capitalismo le obliga a conquistar nuevos mercados exteriores, incluso de forma violenta, provocando así una lucha entre grandes unidades estatales por su reparto. El comunismo supera el principio de nacionalidad en cuanto pone en evidencia la analogía de las condiciones en las que el trabajador desposeído se encuentra ante el comprador de trabajo, cualquiera que sea la nacionalidad de uno u otro».

En el punto 10 se realiza una crítica del sindicalismo como organismo incapaz de una lucha revolucionaria. Este punto merece ser reproducido en su totalidad, pese a su extensión, por la crítica clarificadora que, a posteriori, basándonos en este punto, podemos efectuar de la ocupación de fábricas en septiembre de 1920 en Turín, así como de las colectivizaciones realizadas durante la revolución española de 1936:

«Los comunistas no pueden considerar a las organizaciones económicas profesionales ni como órganos suficientes para la lucha por la revolución proletaria, ni como órganos fundamentales para la economía comunista.

La organización en sindicatos profesionales sirve para neutralizar la competencia entre los obreros del mismo oficio e impide la caída de los salarios a un nivel

bajísimo; pero ni pueden suprimir la ganancia capitalista, ni tampoco unir a los trabajadores de todas las profesiones contra el privilegio del poder burgués. Por otra parte, el simple hecho de que la propiedad de las empresas pase del patrono privado al sindicato obrero, no es ninguna conquista económica del comunismo, según el cual, para poder eliminar el carácter privado de la economía en la apropiación y distribución de los productos, la propiedad debe ser transferida a toda la colectividad proletaria.

Los comunistas consideran el sindicato como un terreno para una primera experiencia proletaria, una experiencia que permite a los trabajadores seguir avanzando, desarrollando el concepto y la práctica de la lucha política, cuyo órgano es el partido de clase».

La crítica al ordinovismo se realiza en el punto 11, en el que pese a no citarse explícitamente a los ordinovistas se critican claramente sus concepciones:

«es un error creer que la revolución sea un problema de formas de organización de los proletarios [...] el control obrero sobre la producción se realizará sólo tras el derrocamiento del poder burgués, como control de todo el proletariado unificado en el en el Estado de los Consejos».

En los puntos 13, 14 y 15 se efectúa una crítica radical y coherente del reformismo y el método socialdemócrata, al tiempo que se reafirma que el método comunista y la conquista revolucionaria del

poder son incompatibles con el método reformista, dentro de un mismo partido:

«El concepto de que la explotación capitalista del proletariado puede ser atenuada e incluso eliminada mediante la obra legislativa y reformadora de las actuales instituciones políticas [...], conduce solo a hacerse cómplices de la defensa que la burguesía hace de sus privilegios».

En el último punto de la segunda parte, el 17, se critica el anarquismo:

«la eliminación inmediata del Estado como aparato de poder político equivale a incapacitarse frente a la contrarrevolución».

En la tercera parte, formada por 14 puntos, se deduce de los principios teóricos y programáticos del comunismo, expuestos en la primera parte, las actividades que el partido debe desempeñar, y que son: trabajo teórico, propaganda, proselitismo, participación activa en los sindicatos, propaganda antimilitarista en el ejército y preparación de la conquista revolucionaria del poder, tanto por medios legales como ilegales⁹¹.

Destaca la concepción del partido como organización internacional, esto es, como partido mundial de la revolución, así como la importancia concedida al trabajo teórico de *todos* los militantes,

⁹¹ Los abstencionistas pretenden iniciar algún tipo de actividad ilegal, totalmente inexistente en el PSI, sin renunciar por ello a la actividad legal, aunque sí reduciendo su importancia y su carácter exclusivo.

estrechamente unido a la acción de masas y la experiencia histórica.

Sólo en los puntos 7 y 8 de esta tercera parte aparece la característica secundaria (que sus enemigos convierten en característica principal o única) del rechazo a la participación en las elecciones y a la actividad parlamentaria. Rechazo que debemos subrayar se basa no en cuestiones de principio, sino en argumentaciones puntuales de carácter táctico enmarcadas en la visión, compartida por la dirección de la IC y el mismo Lenin, de la inmediatez de la revolución.

Es de suma importancia, en el punto 12, el rechazo que se hace de cualquier alianza con aquellas tendencias obreras que, aun aceptando la acción insurreccional contra la burguesía, divergen del programa comunista en el desarrollo de la acción posterior, porque anticipa la oposición de Bordiga al llamado Frente Único, que tanta importancia tendrá en años posteriores:

«El Partido Comunista no se aviene a acuerdos o alianzas con otros movimientos políticos que, coincidiendo en un determinado objetivo contingente, divergen en el programa de acción posterior. Se deben evitar también las alianzas con todas aquellas tendencias proletarias que aceptan la acción insurreccional contra la burguesía (el llamado frente único), pero rechazan el posterior desarrollo del programa comunista.

El hecho de que aumenten las fuerzas que apuntan a la destrucción del poder burgués no supone ninguna condición favorable cuando siguen siendo insuficientes las fuerzas que se dirigen a fundar el poder proletario sobre las directivas comunistas, que son las únicas que garantizan su duración y su éxito».

En el punto 13, se afirma que los soviets no son por sí mismos órganos de lucha revolucionaria, en total coincidencia con las tesis que serán aprobadas en el II Congreso del IC. Los soviets no serán revolucionarios hasta que el partido conquiste en ellos la mayoría. En total oposición a la concepción ordinovista, se afirma que los soviets pueden ser una preciosa ayuda a la revolución, pero también pueden serlo de la reacción.

En el último punto, el número 14, se reafirma claramente el objetivo final del partido, huyendo claramente del activismo:

«Lo que distingue a los comunistas no es que, en toda situación y en cualquier episodio de la lucha de clases, propongan movilizar inmediatamente todas las fuerzas proletarias para la sublevación general, sino que sostienen que la fase insurreccional es el desenlace inevitable de la lucha, preparan al proletariado para afrontarla en condiciones favorables de éxito y previenen el desarrollo posterior de la revolución».

Un detenido examen de las «Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista» nos permite afirmar que:

1. Se da una convergencia total entre las tesis de la Fracción Comunista Abstencionista y las tesis fundamentales aprobadas en II Congreso de la IC⁹².
2. El Partido Comunista se constituye, según los abstencionistas, en defensa de un programa y de unos principios comunistas.
3. Las Tesis de la Fracción Comunista han establecido ese programa y esos principios comunistas. Hay que ir pues, a la constitución definitiva, de carácter internacional, del Partido Comunista. Y ese es el objetivo que los abstencionistas llevan al II Congreso de la IC.
4. Las Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista del PSI constituyen la única aportación internacional a la solución de los problemas del movimiento comunista que está en perfecto acuerdo con las tesis bolcheviques. De ahí el *inmenso prestigio adquirido por Bordiga* como representante de la Fracción en el II Congreso de la IC.
5. El abstencionismo electoral no es una cuestión de principio, ni para la Fracción Comunista

⁹² Cfr. Las "Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista del PSI" con las Tesis aprobadas en el II Congreso de la IC.

Abstencionista ni para los bolcheviques. Es una cuestión importante, pero de carácter táctico⁹³.

1.9. El II Congreso de la Internacional Comunista

Un mes después de la aprobación de las Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista se celebró el II Congreso de la Internacional Comunista. Sin embargo, el interés de la Fracción por la IC se remonta a los primeros números de *Il Soviet*.

La preocupación de la Fracción Abstencionista por entrar en contacto con Moscú y dar a conocer a los dirigentes de la IC la situación italiana y las disensiones en el seno del PSI, queda de manifiesto en las dos cartas enviadas por Amadeo Bordiga, en nombre de los abstencionistas, al Comité Ejecutivo de la IC, fechadas el 10 de noviembre de 1919 y el 11 de enero de 1920. Ambas cartas fueron interceptadas por la policía, por lo que jamás llegaron a Moscú, impidiendo así un mejor conocimiento previo antes del II Congreso.

Las dos cartas son interesantes en cuanto nos permiten conocer, en forma breve pero precisa, las posiciones políticas de la Fracción, así como su

⁹³ Véase punto 19 de las Tesis sobre el partido comunista y el parlamentarismo, aprobadas en el II Congreso de la IC, en: *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Cuadernos Pasado y Presente, nº 43, primera parte, México, 1977, pp. 179-180.

concepción y participación en la formación de la IC como Partido mundial de la revolución comunista.

En la primera carta, fechada en Nápoles el 10 de noviembre de 1919, se dice lo siguiente⁹⁴:

«Tras la guerra, aparentemente todo el partido tomó una orientación “maximalista”, adhiriéndose a la Tercera Internacional. Sin embargo, la actitud del partido no fue satisfactoria desde el punto de vista comunista. [...] Con otros camaradas de toda Italia nos hemos orientado inmediatamente hacia el abstencionismo electoral, que hemos defendido en el Congreso de Bolonia. Queremos que quede claro que durante el congreso nos hemos separado del resto del partido no solo sobre la cuestión electoral, sino también sobre la de la escisión del partido, [...] la constitución de un partido comunista no será posible si no se renuncia a la acción parlamentaria y electoral.

En los países occidentales, la democracia parlamentaria toma formas características tales, que constituye el arma más formidable para desviar el movimiento revolucionario del proletariado».

El párrafo siguiente merece ser meditado si queremos comprender el pensamiento y la acción política de los abstencionistas italianos, porque anticipa mucho antes del II congreso la renuncia disciplinada de

⁹⁴ Parti Communiste International. "La gauche marxiste d'Italie et le mouvement communiste international", en *Programme Communiste* n° 58 (Revue theorique du Parti Communiste International), abril 1973, pp. 137-140.

los mismos a la táctica abstencionista, pues es una cuestión tan importante que solo debe ser decidida por el partido mundial:

«Damos gran importancia a la cuestión electoral y creemos que no sería adecuado a los principios comunistas el dejar a cada uno de los partidos adherentes que tomase su propia decisión. El Partido Comunista internacional deberá examinar y resolver el problema».

Debemos subrayar como en fecha tan temprana como es noviembre de 1919, la Fracción Abstencionista se propone ya como meta urgente y prioritaria la constitución de un partido comunista mediante la escisión del PSI:

«Hoy, nos damos por meta trabajar en la formación de un partido verdaderamente comunista, y es en este sentido que trabaja nuestra fracción en el seno del PSI.

Deseamos conocer urgentemente vuestra opinión sobre:

- a) El electoralismo parlamentario y municipal y la oportunidad de una decisión de la IC sobre esta cuestión;
- b) La escisión del PSI;
- c) La cuestión táctica de la formación de soviets bajo el régimen burgués y los límites de esta acción».

En la segunda carta, fechada en Nápoles el 11 de enero de 1920, se razona el abstencionismo y la necesidad de expulsar a los reformistas⁹⁵:

«El Partido [socialista] italiano no es un partido comunista, ni siquiera revolucionario; la mayoría "maximalista electoralista" coincide más bien con los independientes alemanes. En el Congreso nos opusimos a ellos no solo por la táctica electoral, sino también en lo que concierne a la expulsión de los reformistas dirigidos por Turati. [...] el mayor peligro para la revolución socialista lo constituye la colaboración con la democracia burguesa en el terreno del reformismo social [...]. La táctica de los camaradas rusos frente a la Constituyente: participación en las elecciones, luego disolución por la fuerza de la Asamblea [...], sería peligrosa en aquellos países en que la representatividad democrática, en lugar de ser de reciente formación, es una vieja y sólida institución, bien anclada incluso en las conciencias y las costumbres del propio proletariado».

La carta concluye con el propósito declarado de que la Fracción rompa definitivamente con el PSI antes de julio de 1920:

«probablemente, aunque hasta ahora hemos permanecido en el seno del PSI y hemos observado la disciplina ante su táctica, dentro de poco y quizá antes de las elecciones municipales a celebrar en julio, nuestra

⁹⁵ Parti Communiste International. Op. cit. pp. 140-143.

fracción se separará de un partido que quiere conservar numerosos anticomunistas, para constituir el Partido Comunista italiano, cuyo primer acto será comunicarnos su adhesión a la Internacional Comunista».

Pero en julio de 1920 la Fracción Comunista Abstencionista aún permanecía en el seno del PSI, y lo que se celebró fue el II Congreso de IC con la participación del PSI.

La delegación italiana al II Congreso estaba formada, entre otros, por Serrati, Bordiga, Graziadei, Bombacci y Polano, en representación de las diferentes corrientes del partido, aunque ninguno de ellos tenía la condición de plenipotenciario⁹⁶.

Las sesiones del II Congreso de la IC se iniciaron el 19 de julio de 1920 en Petrogrado. Tres hechos fundamentales incidirían en las mismas:

1. El avance del Ejército Rojo sobre Varsovia.
2. La lentitud del avance de la revolución mundial, que se explicaba como consecuencia de la ausencia de las condiciones subjetivas, o lo que es lo mismo, de un partido revolucionario.
3. La urgencia de expulsar a los reformistas y oportunistas, anclados en las concepciones socialdemócratas de la Segunda Internacional, por el peligro de desprestigio y contrarrevolución que significaban. Al mismo tiempo, y como

⁹⁶ Galli, Giorgio. Op. cit. p. 31 y Spriano, Paolo. Op. cit. pp. 64-65.

reacción contra los reformistas, la urgente necesidad de contener la tendencia izquierdista y su peligro de escisión. A este respecto, y referidas esencialmente a Alemania, tomaron gran relevancia las cuestiones sobre parlamentarismo, así como la cuestión sobre el papel a jugar por los sindicatos y los consejos obreros en el proceso revolucionario.

Ya en mayo de 1920, Lenin había escrito un panfleto titulado *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*⁹⁷, distribuido a los participantes en el II Congreso, en el que polemizaba duramente con las tendencias izquierdistas.

Las tesis de Lenin estaban dirigidas esencialmente al análisis de la situación alemana, y solo en una nota a pie de página, tras confesar el desconocimiento casi absoluto de las tesis de los abstencionistas, pero aprobando la inmediata expulsión de Turati y dando la razón a Bordiga y al órgano *Il Soviet* en su posición de escisión respecto a los reformistas, se polemizaba con los abstencionistas sobre la táctica antiparlamentaria de los italianos. La mencionada nota dice así⁹⁸:

«Han sido demasiado escasas las posibilidades que he tenido de conocer el comunismo “de izquierda”»

⁹⁷ Lenin, V.I. *Obras escogidas en tres tomos*, Progreso, Moscú, 1979, vol. III, pp. 349-434.

⁹⁸ Lenin, V.I. Op. cit., p. 389.

en Italia. Es indudable que el camarada Bordiga y su fracción de comunistas boicoteadores (*comunistas abstencionistas*) se equivocan al defender la no participación en el parlamento. Pero hay un punto en el que tienen razón, a mí juicio, por lo que puedo juzgar ateniéndome a dos números de su periódico *Il Soviet*, [...] a cuatro números de la excelente revista del camarada Serrati *Comunismo* [...] y a números sueltos de periódicos burgueses italianos que he podido ver. El camarada Bordiga y su fracción tienen razón, precisamente, cuando atacan a Turati y sus partidarios, los cuales pertenecen a un partido que reconoce el poder de los soviets y la dictadura del proletariado, mientras continúan siendo miembros del parlamento y prosiguen su vieja y nociva política oportunista. Como es natural, al tolerar esto, el camarada Serrati y todo el Partido Socialista Italiano incurren en un error preñado de tan grandes perjuicios y peligros como en Hungría, donde los señores Turati húngaros sabotearon desde dentro el partido y el poder de los Soviets. Esa actitud errónea, inconsecuente o timorata con respecto a los parlamentarios oportunistas, de una parte, engendra el comunismo “de izquierda”, y, de otra, justifica *hasta cierto punto* su existencia. Es evidente que el camarada Serrati no tiene razón al acusar de “inconsecuencia” al diputado Turati (*Comunismo* nº3), pues el inconsecuente es precisamente el Partido Socialista

Italiano, que tolera en su seno a parlamentarios oportunistas como Turati y compañía».

El abstencionismo italiano corría el peligro de ser asimilado e identificado con las corrientes izquierdistas europeas, el KAPD alemán, los tribunistas holandeses, etc., que el mismo Bordiga criticaba como extraños al marxismo.

La preocupación fundamental del folleto de Lenin era la lucha contra el reformismo y el parlamentarismo oportunista, que debía ser *excluido* de la IC. La polémica con los izquierdistas, que surgen como reacción contra los reformistas, es dura, pero se enmarca *dentro* del mismo movimiento comunista.

La deformación posterior de las tesis leninistas expuestas en el folleto consiste en subrayar y aplaudir la polémica y la condena del abstencionismo (que es asimilado al izquierdismo alemán y holandés, con importantes reminiscencias e influencias anarquistas y sindicalistas, totalmente extrañas a los abstencionistas italianos), que es el aspecto accesorio, al tiempo que se resta importancia a las tesis leninistas fundamentales del folleto. Y esas tesis fundamentales son la condena del parlamentarismo, de la democracia burguesa, del federalismo, así como la reivindicación de la dictadura del proletariado, el centralismo, el partido como órgano de clase, la dirección de la revolución y la dictadura del proletariado por el partido, el poder obrero como arma de transformación económica.

Los maximalistas italianos habían aceptado lo accesorio, es decir, el parlamentarismo revolucionario, y habían rechazado lo fundamental, esto es, la condena del parlamentarismo burgués y la democracia.

Como afirma Livorsi⁹⁹:

«Los puntos de convergencia entre bordiguismo y bolchevismo eran ciertamente esenciales y numerosos».

Y coincidían en cuanto a la concepción del derrocamiento violento del Estado burgués y la reafirmación de la necesidad de un partido comunista revolucionario, disciplinado y sin reformistas en sus filas.

El 19 de julio, tras evocar a los militantes comunistas caídos o detenidos, Zinoviev inauguró el Congreso recordando las tesis de Lenin sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado, redactadas un año antes con ocasión del I Congreso de la IC¹⁰⁰. Acto seguido tomó la palabra Lenin, esbozando un amplio panorama de la situación política mundial, las contradicciones imperialistas y las ideologías burguesas, especialmente Keynes¹⁰¹.

En su discurso, Lenin afirmó¹⁰²:

⁹⁹ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit., p. 143.

¹⁰⁰ *Los cuatro primeros congresos...*, op. cit., pp. 34-50.

¹⁰¹ Lenin, V.I. "Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista", en *Obras escogidas*, op. cit., vol. III, pp. 454-471.

¹⁰² Lenin, V.I. "Informe sobre la situación...", op. cit., p. 468.

«Nuestro enemigo principal es el oportunismo. El oportunismo en las altas esferas del movimiento obrero no es socialismo proletario, sino burgués. Se ha demostrado en la práctica que los políticos del movimiento obrero pertenecientes a la tendencia oportunista son mejores defensores de la burguesía que los propios burgueses. La burguesía no podría mantenerse si ellos no dirigieran a los obreros. [...] Ahí está nuestro enemigo principal, y debemos vencerlo. Tenemos que salir del Congreso con la firme decisión de llevar hasta el fin esa lucha en todos los partidos. Tal es la tarea principal.

En comparación con esta tarea, la corrección de los errores de la tendencia “izquierdista” en el comunismo será una obra fácil. [...] será mil veces más fácil que la lucha contra la burguesía que, encubriéndose con el manto reformista, penetra en los viejos partidos de la Segunda Internacional y orienta toda su labor, no en un espíritu proletario, sino en un espíritu burgués».

El texto leninista es lo bastante claro y preciso como para permitirnos afirmar la coincidencia *en lo fundamental* entre las tesis de Lenin y las de Bordiga, así como la coincidencia en la necesidad de expulsar a Turati y los reformistas. Es idéntica la discrepancia con Serrati, que se negaba a romper la unidad del PSI y expulsar a los reformistas.

De gran relevancia futura, con importantes consecuencias en la formación de los distintos partidos comunistas europeos, sería la discusión sobre las condiciones de admisión a la Internacional Comunista.

El proyecto elaborado por el Comité Ejecutivo de la IC contaba solo con 18 condiciones¹⁰³. Tras largas y laboriosas discusiones en las comisiones, el Congreso añadiría tres más, hasta un total de 21.

La presencia en el II Congreso de notables intervencionistas (socialpatriotas partidarios de intervenir en la Gran Guerra), como Frossard, Cachin (que había entregado dinero a Mussolini para financiar el diario intervencionista filo francés *Il Popolo d'Italia*) y otros menos destacados, amenazaba a la IC con una invasión de oportunistas. Así, se afirma explícitamente en la introducción a los puntos de admisión: eran capaces de aceptar verbalmente cualquier condición de adhesión para permanecer a toda costa en el seno de la IC, a fin de cambiar desde dentro su orientación revolucionaria hacia el reformismo.

Ante tal peligro, se debían, pues, agravar las condiciones de admisión propuestas por el Comité Ejecutivo, y tomar las medidas necesarias para proceder a la expulsión de los elementos indeseables o dudosos.

¹⁰³ Humbert-Droz, Jules. *L'Internazionale comunista tra Lenin e Stalin. Memorie di un protagonista: 1891-1941*, Feltrinello, Milano, 1974, p. 46.

Humbert-Droz subrayó el destacado papel jugado por los abstencionistas italianos¹⁰⁴:

«Amadeo Bordiga propuso en la comisión agravar las condiciones; y yo lo apoyé con firmeza. Fue por influencia nuestra que las condiciones de admisión fueron modificadas».

Estas 21 condiciones pusieron en crisis a los partidos que deseaban adherirse a la IC, pero que no querían aceptar sus principios y disciplina¹⁰⁵.

Es importante el discurso de Bordiga, con motivo del debate sobre las condiciones de admisión, por los conceptos expuestos¹⁰⁶:

«La Internacional Comunista no puede acelerar el curso de la historia. No puede “crear” la revolución, ni siquiera suscitársela por la fuerza, solo puede preparar al proletariado. Pero nuestro movimiento tiene el deber de no perder de vista las lecciones que la guerra y la revolución rusa nos han dado. [...] Se ha hablado aquí de una línea de división clara entre reformistas y revolucionarios. Este es un lenguaje superado. Ya no puede haber reformistas, pues la crisis burguesa excluye cualquier labor de reforma. Lo saben bien los socialistas de derecha, cuando se muestran partidarios de una crisis

¹⁰⁴ Humbert-Droz, Jules. Op. cit., p. 47.

¹⁰⁵ Humbert-Droz, Jules. Op. cit., p. 24.

¹⁰⁶ Bordiga, Amadeo. "Discorso del delegato della frazione comunista astensionista sulle condizioni di ammissione all'IC", en Bordiga, Amadeo. Op. cit., vol. II, pp. 690-692.

social y se proclaman “revolucionarios”, pero esperan que la forma y el carácter de esa lucha no sean los mismos que en Rusia [...]. Hemos de levantar, ante los reformistas, barreras infranqueables. Debemos obligar a esos partidos a una declaración de principios sin equívoco posible. Sería necesario que todos los partidos comunistas del mundo tuviesen un programa común, pero esto desgraciadamente no es posible en este momento».

Tales conceptos desmienten cualquier tipo de voluntarismo y evidencian una concepción de las tareas de la IC firmemente enraizada en el momento histórico. Es notable el paralelismo con Lenin en cuanto a los reformistas. Paralelismo que se hace evidente e indiscutible al comparar detenidamente las condiciones 2 a la 10 de admisión a la IC con la tercera parte de las Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista¹⁰⁷.

Amadeo Bordiga, en el debate sobre las condiciones de admisión, realizó una propuesta:

«Propongo la siguiente condición:

Cuando se dice en la tesis 15: “Los partidos que aún conservan los antiguos programas socialdemócratas tienen el deber de revisarlos, sin tardanza, y elaborar un nuevo programa comunista adaptado a las particulares condiciones sociales de su país y concebido en el

¹⁰⁷ Parti Communiste International. "Le II congrès de l'IC: un sommet et une croisée des chemins", en *Programme Communiste* n° 59 (Revue théorique du Parti Communiste International), junio 1973, p. 64.

espíritu de la Internacional Comunista”, tras la palabra “revisarlos”, debería suprimirse la frase “y elaborar un nuevo programa comunista adaptado a las condiciones sociales de su país y concebido en el espíritu de la Internacional Comunista”, y sustituirla por: “y elaborar un programa en el cual los principios de la Internacional Comunista sean fijados de forma inequívoca y enteramente conforme a las resoluciones de los congresos internacionales. La minoría del partido que se declare contraria a este programa debe, por esta razón, ser excluida de la organización del partido. Los partidos que hayan modificado su programa y se hayan adherido a la Internacional pero que no cumplan esta condición deben convocar inmediatamente un congreso extraordinario y cumplirla”. [...] Todos los que voten contra el nuevo programa deben salir del partido. Ante el programa no hay disciplina que valga: se lo acepta o no, y en este caso se abandona el partido.

El programa es algo común a todos, no pertenece solo a una mayoría de camaradas del partido. [...] Propongo que la moción del camarada Lenin, que ha sido retirada, sea de nuevo planteada. Es decir, que en los partidos que solicitan su admisión en la Internacional haya un cierto número de comunistas que tomen la dirección de los órganos del partido (es la tesis 20) [...].

En nombre de la izquierda del Partido Socialista Italiano, declaro que nos comprometemos a combatir y expulsar a los oportunistas en Italia. Pero no

quisiéramos que, expulsados por nosotros, pudiesen penetrar en la Internacional por otro camino».

En la discusión subsiguiente no se aceptaría la modificación propuesta a la tesis 15, que tenía por objetivo impedir que las famosas «CONDICIONES PARTICULARES» de cada país fuesen invocadas, como lo fueron en Livorno, para atenuar primero y hacer inoperante luego el programa de la IC. Sí que se adoptaría con valor de norma el punto 20 propuesto por Lenin, que había sido inicialmente retirado. Así mismo fue aceptada íntegramente la redacción propuesta por Bordiga como punto 21:

«Los adherentes al partido que rechacen las condiciones y las tesis establecidas por la Internacional Comunista deben ser excluidos del partido. Lo mismo ocurrirá con los delegados al congreso extraordinario»¹⁰⁸.

El áspero debate sobre las condiciones de admisión ocupó tres sesiones del Congreso, la VI, VII y VIII, celebradas los días 29 y 30 de julio¹⁰⁹.

Entre las condiciones de admisión destacaba la número 7, que exigía la expulsión de los reformistas y citaba expresamente a Turati y Modigliani.

La condición 19 planteaba la celebración de un congreso, a cuatro meses vista, que aprobase las

¹⁰⁸ *Los cuatro primeros congresos*, op. cit., p. 114.

¹⁰⁹ Parti Communiste International. "Le II congrès...", en *Programme Communiste* n° 59, p. 62.

condiciones de admisión a la IC. El PSI celebró ese congreso en enero de 1921, en Livorno.

Hay que destacar que Serrati votó las 21 condiciones de admisión, pero defendiendo en su discurso la unidad del partido contra la expulsión de los reformistas y el mantenimiento del nombre socialista del PSI, posiciones ambas rebatidas por Lenin y suficientemente rechazadas en las condiciones de admisión. Bordiga temía que la inevitable escisión del PSI no fuera lo bastante amplia y clara. La posición de Serrati era contradictoria, en cuanto aprobaba las condiciones de admisión verbalmente, pero discutía su contenido y pedía una interpretación autónoma y nacional, acogándose a la famosa tesis 15 y sus «condiciones particulares».

Tras la brillante intervención de Bordiga en el debate sobre las condiciones de admisión a la IC, en las sesiones del 2 de agosto fue duramente criticado en las discusiones sobre parlamentarismo revolucionario. A las tesis abstencionistas, Lenin replicaría con las suyas, ya expuestas en el folleto sobre el izquierdismo.

Bujarin distinguió claramente entre el antiparlamentarismo antiestatal de carácter anarquista y el abstencionismo bordiguista, que negaba la posibilidad del uso revolucionario del parlamento burgués.

Como sostiene Milosh HáyeK¹¹⁰:

«No se trataba de una diferencia absoluta, ni tan solo a nivel táctico, ya que de hecho los bolcheviques admitían la posibilidad de boicotear las elecciones y no participar en el parlamento, y por su parte los comunistas de izquierda admitían la posibilidad de participar en las elecciones. Sin embargo [...] para los bolcheviques [...] la participación era la regla y el boicot representaba la excepción, mientras para los comunistas de izquierda era lo contrario».

Esta argumentación de Milosh HáyeK confirma las aseveraciones de Bordiga sobre el papel secundario y táctico del parlamentarismo revolucionario, frente a la sobrevaloración que de esta discrepancia *accesoría* suelen hacer los historiadores eurocomunistas y programscianos, como Spriano y Livorsi, convirtiéndola en un enfrentamiento insalvable.

En palabras de Milosh HáyeK:

«Hay que señalar que no fue un asunto de primera importancia en la Komintern, ya que ambas partes subrayaban que se trataba de una cuestión táctica que no podía convertirse en motivo de ruptura. Las diferencias de puntos de vista no eran grandes»¹¹¹.

¹¹⁰ Hayek, Milosh. "El comunismo de izquierda", en Hobsbawm, Eric J. (ed.) *Historia del marxismo. La época de la III Internacional (I)*, Bruguera, Barcelona, 1983, pp. 515-516.

¹¹¹ Hayek, Milosh. Op. cit., p. 517.

Por otra parte, la cuestión fue zanjada rápida y definitivamente cuando los abstencionistas, para no confundir su posición con la de los anarquistas sindicalistas existentes en el Congreso, aceptaron la resolución adoptada por la IC¹¹².

Amadeo Bordiga, en su intervención sobre el parlamentarismo revolucionario, intentó diferenciar su abstencionismo del antiestatismo anarquista, así como del antiparlamentarismo holandés (Gorter y Pannekoek) y del alemán (el KAPD, con incidencia sobre el sindicalismo). Sostenía que el parlamentarismo, en los países con larga tradición democrática, comportaba el peligro de dar a las masas la convicción de que las elecciones eran la actividad fundamental del partido, favoreciendo la difusión de ilusiones democráticas, que no permitían la maduración de la conciencia de clase.

Señalaba asimismo Bordiga los escasos ejemplos existentes en la historia sobre parlamentarismo revolucionario en Europa Occidental, subrayando las condiciones distintas existentes respecto a las que se dieron en Rusia en 1917.

Las Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista sobre parlamentarismo¹¹³, presentadas al II Congreso de la IC, coincidían con las tesis de Lenin-Bujarin en los siguientes puntos¹¹⁴:

¹¹² Hayek, Milosh. Op. cit., p. 518.

¹¹³ Bordiga, Amadeo. Op. cit., vol. II, pp. 699-702 y 614-623.

¹¹⁴ *Los cuatro primeros congresos...*, op. cit., pp. 173-182.

1. Afirman la función contrarrevolucionaria del parlamento como instrumento de gobierno de la burguesía.
2. Negación del parlamentarismo como forma de dictadura del proletariado, así como de la posibilidad de conquistarlo para ponerlo al servicio de la lucha del proletariado por su emancipación.
3. Proclaman como misión del comunismo la destrucción de las instituciones parlamentarias y democráticas.
4. Condenan el antiparlamentarismo por principio, así como la ilusión de la vía parlamentaria al socialismo.
5. Rechazan como motivo de escisión del movimiento comunista la cuestión del abstencionismo, siempre de carácter secundario.
6. El abstencionismo de bolcheviques e izquierda italiana propugna la intervención electoral o el abstencionismo, en función de la táctica política de cada momento, sin olvidar la constante lucha contra las ilusiones parlamentarias y democráticas. Ni el abstencionismo ni el parlamentarismo revolucionarios son permanentes, porque no son cuestiones de estrategia o de principio.

¿Cuáles eran las divergencias?:

Los abstencionistas italianos sostenían que, en los países con larga tradición democrática, como Italia, en los que la revolución burguesa había sido concluida hace ya mucho tiempo, todas las energías del partido y de las masas deben consagrarse a la preparación revolucionaria, y a este único fin deben sacrificarse las tradiciones, ilusiones y hábitos parlamentarios. El abstencionismo electoral se imponía en esta fase, porque clarificaba la gran mistificación construida en torno al parlamentarismo como medio para la conquista del poder.

Bujarin, en defensa de las tesis de la IC, afirmaba¹¹⁵:

«La cuestión cardinal es la del partido. Si tenéis un partido verdaderamente comunista, no temáis enviar a uno de vuestros hombres al parlamento burgués, porque él sabrá actuar donde sea como un revolucionario».

Bordiga, por el contrario, consideró que esta exposición del problema era equivocada y sostuvo¹¹⁶:

«Jamás tendremos un partido “verdaderamente comunista” si no cambiamos en ciento ochenta grados el eje de la actividad del partido, y no podemos cambiarlo sin hacer tabla rasa de las tradiciones [parlamentarias]».

¹¹⁵ Bordiga, Amadeo. Op. cit., vol. II, p. 617.

¹¹⁶ Loc. cit.

Para Bujarin-Lenin la selección de los reformistas ya estaba hecha; para Bordiga tal selección era imposible sin la total ruptura con la tradición parlamentaria.

Los bolcheviques tenían una tradición puramente revolucionaria, que podían llevar a la Duma, órgano joven y sin tradición; para los italianos, por el contrario, sólo existía una tradición cien por cien parlamentaria. Se trataba de iniciar también alguna actividad ilegal.

Bordiga acabó por ceder el voto para no confundir su posición con la de los sindicalistas revolucionarios presentes en el Congreso, aceptando disciplinadamente el punto de vista de la IC y manteniendo, de este modo, el prestigio que los bolcheviques le habían concedido en la discusión sobre las condiciones de admisión de los partidos a la Komintern.

Los italianos estuvieron de nuevo en el centro del debate el 6 de agosto, al discutir las Tesis sobre las tareas de la IC. En el punto 17, Lenin había propuesto al Congreso que respaldase las posiciones publicadas en *L'Ordine Nuovo* del 8 de mayo de 1920¹¹⁷:

«Las proposiciones presentadas por la sección de Turín al consejo general del Partido publicadas en el diario *L'Ordine Nuovo* del 8 de mayo de 1920 coinciden con todos los principios fundamentales de la Tercera Internacional».

¹¹⁷ *Los cuatro primeros congresos...*, op. cit., p. 129.

Estás tesis, aunque publicadas en *L'Ordine Nuovo* en un artículo titulado «Por una renovación del Partido Socialista»¹¹⁸, eran las tesis de la Sección turinesa, fruto de un acuerdo común entre ordinovistas y abstencionistas¹¹⁹, razón por la cual el artículo apareció sin firma. Aunque posteriormente, y de forma errónea, pero no inocente, ha sido atribuido a la pluma de Antonio Gramsci por la historiografía eurocomunista y programsciana¹²⁰.

Para Giorgio Galli¹²¹, la preferencia de Lenin por estas tesis se debía a que los ordinovistas no se presentaban aún diferenciados respecto a la mayoría serratiana y maximalista, y a la afirmación, no compartida por Bordiga, de que se pudiera ganar a la mayoría del PSI a las posiciones comunistas de la IC.

Bordiga, comentando el artículo de *L'Ordine Nuovo*, confirmaría en 1964 que se trataba de un acuerdo transitorio entre abstencionistas y ordinovistas. Acuerdo dirigido por el abstencionista Boero, que sería roto en agosto¹²². Por otra parte, subraya que dicho

¹¹⁸ Gramsci, Antonio. *L'Ordine Nuovo: 1919-1920*, Einaudi, Torino, 1955 (2ª ed.), pp. 116-123 y Anónimo. "Per un rinnovamento del Partito socialista", *L'Ordine Nuovo* (8/5/1920), en Bordiga, Amadeo. Op. cit., vol. II, pp. 385-389.

¹¹⁹ Bordiga, Amadeo. Op. cit., vol. II, pp. 324-327 y Galli, Giorgio. Op. cit., p. 34.

¹²⁰ Así, por ejemplo, Franco Livorsi y Paolo Spriano: Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit., p. 127 y Spriano, Paolo. Op. cit., p. 57.

¹²¹ Galli, Giorgio. Op. cit., p. 34.

¹²² Bordiga, Amadeo. Op. cit., vol. II, pp. 324-327.

artículo, como fruto que era de un acuerdo entre abstencionistas y ordinovistas, no reflejaba las ideas-fuerza de Gramsci sobre el control obrero, y contenía afirmaciones tan poco ordinovistas como la supeditación de los soviets a la existencia del partido de clase, entendido como órgano fuertemente centralizado y centralizador.

Esta declaración de Lenin produciría un pequeño terremoto en la delegación italiana. Serrati lamentó el apoyo concedido a una orientación política que brillaba por su indisciplina respecto a la dirección del PSI. Bordiga criticaba las posiciones obreristas de *L'Ordine Nuovo* y rechazaba la aprobación incondicional de la línea política del semanario turinés.

El regreso a Italia de la delegación al II Congreso de la IC coincidió con las primeras ocupaciones de fábricas en Turín.

1.10. La ocupación de fábricas

En Turín, la estratificación social y la lucha política se desarrollaban en función de la omnipresencia de la industria automovilística, determinando, en palabras de Andreina De Clementi¹²³, «una situación particularmente homogénea y atípica».

¹²³ De Clementi, Andreina. Op. cit., p. 105.

Debemos recordar los motines de agosto de 1917, ocasionados por la falta de pan, que estallaron espontáneamente hasta transformarse en una insurrección contra la guerra.

Desde el 1 de mayo de 1919 apareció en Turín el diario socialista *L'Ordine Nuovo*, que dio nombre al movimiento consejista en que destacaron Gramsci, Tasca, Terracini y Togliatti.

Los abstencionistas saludaron con simpatía la aparición del órgano turinés, sin evitar por ello las críticas a las posiciones sostenidas por los ordinovistas, basadas en:

1. La gran importancia que daban los abstencionistas a la constitución de un partido comunista, como único medio de garantizar el carácter revolucionario de unos consejos que, como demostraba la experiencia alemana y austriaca, podían desempeñar un papel contrarrevolucionario.

2. La prioridad absoluta concedida a la conquista del poder *político* por el proletariado, en contraposición a las tesis ordinovistas de una *gradual* conquista del poder *económico* en el seno de la sociedad burguesa, aún antes de la toma del poder estatal.

Las diferencias entre abstencionistas y ordinovistas eran importantes. Gramsci veía los consejos obreros que surgieron entre el otoño de 1919 y la primavera de 1920 como órganos de un poder obrero en el seno de una sociedad burguesa. Creía que el

proletariado puede emanciparse gradualmente, ganando terreno en el plano económico. Se trata de ese gradualismo criticado por los abstencionistas, que afirman que el capital, por muchas concesiones que haga en el plano económico y en el control de la producción, sigue detentando el poder político, que siempre es decisivo¹²⁴.

Sin embargo, a pesar de las diferencias políticas estratégicas, incluso teóricas existentes, el proceso histórico y las luchas desarrolladas a lo largo de 1920 en Turín fundamentaron unas bases prácticas de acuerdo, que permitieron una creciente aproximación y convergencia entre abstencionistas y ordinovistas, al mismo tiempo que aumentaba el antagonismo de ambos grupos con los maximalistas de Serrati, sobre todo en cuanto a la cuestión clave de la expulsión de los reformistas y la incapacidad revolucionaria del PSI.

¿Cuál es ese proceso histórico?:

Ante el crecimiento del movimiento de consejos, la patronal pasó a la contraofensiva, provocando una progresiva escalada en la conflictividad obrera que, partiendo de una nimia disputa en una fábrica de la FIAT, llegaría a convertirse en una huelga general de toda la ciudad.

¹²⁴ Véase la crítica de Bordiga al ordinovismo en: Bordiga, Amadeo. Op. cit., vol. II, pp. 187-273.

Se trataba de la huelga conocida como «*delle lancette*» (de las manecillas del reloj). A finales de marzo de 1920 se introdujo en Italia la hora legal. Los delegados de sección de una dependencia de la FIAT querían que el horario laboral siguiese adaptado al horario solar, y pidieron que las agujas del reloj de la fábrica siguiesen marcando la hora antigua. La respuesta fue el despido de los delegados. Estalló una huelga de solidaridad, que se generalizó rápidamente a todos los obreros metalúrgicos de Turín, ocupando las fábricas. El 29 de marzo la patronal decidió el lockout y las tropas entraron en las fábricas. Fue entonces cuando se planteó la negativa de la patronal, en el transcurso de las negociaciones, a reconocer los consejos de fábrica¹²⁵.

Palmiro Togliatti veía en la huelga general de Turín de abril de 1920 el punto álgido de las luchas obreras durante el bienio rojo. En palabras de Livorsi: «asumió un carácter puramente político», desde el momento en que se puso en juego el reconocimiento del poder de los consejos de fábrica¹²⁶.

Olivetti, de mutuo acuerdo con Giovanni Agnelli, había lanzado en el Congreso de la Cofindustria, celebrado en Milán el 8 de marzo de 1920, una significativa consigna contra los consejos de fábrica: «En la fábrica no pueden coexistir dos poderes»¹²⁷.

¹²⁵ Fiori, Giuseppe. Op. cit., p. 151.

¹²⁶ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit., p. 126.

¹²⁷ Loc. cit.

En ese mismo Congreso de la patronal se había auspiciado la constitución de un gobierno fuerte, que implantase la disciplina en el país, configurando ya una política prefascista¹²⁸.

La CGL se manifestó contraria a la huelga turinesa. Tras 20 días de huelga de los metalúrgicos, Turín permanecía aislada del resto de Italia, mientras 50.000 soldados afluían a la ciudad¹²⁹.

En la Conferencia Nacional del PSI celebrada en Milán los días 18 al 22 de abril de 1920, se puso claramente de manifiesto el verbalismo, la incapacidad revolucionaria y la impotencia de la dirección maximalista. En cierta medida la huelga «*delle lancette*» de abril de 1920 estaba anticipando, en muchos aspectos, las contradicciones que estallaron en septiembre del mismo año, con la ocupación de fábricas por parte de los metalúrgicos de toda Italia.

La huelga de abril fracasó a causa del aislamiento de Turín. La CGL no solo se declaró contraria a la huelga, sino que acusó a los ordinovistas de indisciplina, prohibiendo la solidaridad con Turín¹³⁰.

La lucha, en estas condiciones de aislamiento, era cada día más difícil, frente a unos empresarios que no tenían la mínima intención de ceder.

¹²⁸ *Ibidem*.

¹²⁹ Spriano, Paolo. *Op. cit.*, pp. 52-53.

¹³⁰ Spriano, Paolo. *Op. cit.*, p. 53.

Tras el fracaso de la huelga se produjo un fenómeno de «diáspora» entre los componentes del grupo L'Ordine Nuovo¹³¹. Gramsci denunció la insuficiencia revolucionaria del PSI y la necesidad de un nuevo tipo de partido, aproximándose rápidamente a las posiciones de los abstencionistas¹³².

Las diferencias entre las críticas de los maximalistas y los abstencionistas acerca de la huelga de abril en Turín eran abismales. Serrati apoyaba a los reformistas, ratificando la posición de la CGL de no generalización del conflicto, lanzando llamadas a la disciplina de los ordinovistas para con la dirección del PSI. Bordiga y los abstencionistas criticaban la posibilidad de un control obrero antes de la toma del poder y veían en el aislamiento de la huelga de Turín del resto de Italia las consecuencias de una dirección reformista, opuesta a la generalización de un conflicto que atentaba contra la propiedad privada del capital. Se imponía pues, la escisión de los reformistas para formar un partido revolucionario.

En *Il Soviet* del 2 de mayo de 1920 apareció un artículo titulado «Lo sciopero di Torino» (La huelga de Turín) en el que se afirmaba¹³³:

¹³¹ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 57.

¹³² Spriano, Paolo. Op. cit., pp. 58-59.

¹³³ Bordiga, Amadeo. "Lo sciopero di Torino", *Il Soviet* (2/5/1920), en Bordiga, Amadeo. Op. cit., vol. II, pp. 391-392.

«En Turín se ha sobrevalorado excesivamente el problema del control, entendiéndolo como una conquista directa que el proletariado, con el nuevo tipo de organización de fábrica, puede arrebatarse a las clases industriales, realizando así un postulado económico comunista, cumpliendo una etapa revolucionaria ya antes de la conquista política del poder, del cual el partido es el órgano específico.

Esta sobrevaloración [...] ha conducido a los compañeros dirigentes del movimiento político comunista de Turín a un camino equivocado: plantear la cuestión del poder *en la fábrica* antes que la cuestión del poder político central.

La misión de los comunistas es utilizar también la tendencia proletaria a la conquista del control, dirigiéndola contra el blanco principal, el poder estatal del capitalismo.

La acción contra este blanco solo puede ser nacional, general. [...]. Todo esto ha faltado, y debía faltar, cuando falta el partido que siega los problemas de la revolución, cuando el Partido Socialista sigue enredado en la práctica reformista, ahogado en la mentira de la unidad y las preocupaciones electorales.

Otro error de los compañeros turineses, que han visto precipitarse los acontecimientos por culpa de su método, es el de no estar *antes* con quienes querían rota la unidad cortando la degeneración electoralista y corporativista.

La exuberancia de su iniciativa ha conducido a las masas al fracaso, pero al mismo tiempo el material de experiencia acumulado es tal, que será de una útil contribución en ulteriores acciones.

Una vez más, el proletariado aprenderá de sus errores la laboriosa vía de su inevitable victoria».

Ya en mayo de 1920 asistía Gramsci, como observador, a la Conferencia Nacional de los abstencionistas en Florencia¹³⁴, a los que propuso «la creación y constitución de una fracción comunista nacional», esto es, la agrupación de todas las fuerzas revolucionarias, pero criticando la tesis del abstencionismo electoral¹³⁵, que para Bordiga eran aún el catalizador que permitía seleccionar a los comunistas y rechazar a los reformistas.

Empezaba a ser evidente, en estas mismas fechas, la ruptura entre Gramsci y Tasca, que se produjo en junio-julio¹³⁶. Al mismo tiempo, el acercamiento de Terracini y Togliatti a la dirección maximalista aislaron a Gramsci dentro del grupo ordinovista, así como dentro de la sección turinesa del PSI, tras el alejamiento de los abstencionistas en agosto¹³⁷.

La huelga de abril fue, pues, el precedente de la ocupación de fábricas que se produjo en todo el norte

¹³⁴ Fiori, Giuseppe. Op. cit., p. 157 y Spriano, Paolo. Op. cit., p. 59.

¹³⁵ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 59.

¹³⁶ Fiori, Giuseppe. Op. cit., p. 157.

¹³⁷ Fiori, Giuseppe. Op. cit., pp. 158-159.

Italia en septiembre de 1920, momento del regreso de la delegación italiana al II Congreso de la IC.

Según Massimo L. Salvadori, el primer consejo de fábrica se formó en la FIAT en septiembre de 1919, y aunque fueron multiplicándose, quedaron circunscritos a la ciudad de Turín y esencialmente entre los metalúrgicos¹³⁸.

La huelga de marzo-abril de 1920 había significado, como ya hemos visto, la derrota de los consejos de fábrica ante la oposición concertada de los empresarios, los sindicatos reformistas y la incapacidad revolucionaria de la dirección del PSI.

La Cofindustria, creada en marzo de 1920, llevaba preparando desde agosto la prueba de fuerza de septiembre de 1920.

El sindicato de los metalúrgicos, la FIOM, propuso a la patronal un aumento de sueldos adecuado al alza del coste de la vida¹³⁹, que fue rechazado por los industriales. Entonces los obreros metalúrgicos intentaron presionar a la patronal con el trabajo lento. Ante el lockout de la fábrica Romeo, en Milán, la FIOM

¹³⁸ Salvadori, Massimo L. Op. cit., p. 593.

¹³⁹ Que en septiembre la huelga tuviera motivaciones económicas, mientras en abril eran políticas; y que la lucha fuera dirigida en septiembre por el sindicato del metal FIOM, mientras en abril la huelga fue dirigida por los consejos obreros, son hechos de por sí lo bastante significativos como para diferenciar el carácter ofensivo y revolucionario de abril, así como el carácter defensivo de la huelga de septiembre.

respondió a su vez el 30 de agosto con la ocupación de fábricas¹⁴⁰.

El 1 de septiembre la ocupación se extendió a Turín, que se convirtió en el centro de la lucha, siendo en toda Italia la metalurgia el sector de vanguardia.

El movimiento parecía muy potente, con la participación de medio millón de trabajadores en todo el norte de Italia, pero estaba aislado. El gobierno Giolitti adoptó una táctica muy hábil de neutralidad, sin perder en ningún momento el control de la situación¹⁴¹.

Tanto los sindicalistas reformistas D'Aragona, Baldesi y Mazzoni, en nombre de la CGL, como los socialistas reformistas Turati, Treves y Modigliani, buscaron el acercamiento al gobierno Giolitti, en pos de una salida negociada al conflicto.

La ambigüedad del maximalismo se hizo evidente tras dos años de verbalismo revolucionario: no existía preparación revolucionaria alguna. Desde el punto de vista militar, no existía ni siquiera un embrión de organización centralizada¹⁴².

Entre el 9 y 10 de septiembre fueron convocados en Milán algo así como los «Estados Generales» del

¹⁴⁰ Fortichiari, Bruno. *Comunismo e revisionismo in Italia*, Tennerello, Torino, 1978, pp. 53-57 y Salvatori, Massimo L. Op. cit., p. 594.

¹⁴¹ Fortichiari, Bruno. Op. cit., pp. 53-57 y Spriano, Paolo. Op. cit., p. 78.

¹⁴² Spriano, Paolo. Op. cit., p. 79.

proletariado organizado: el Consejo General de la CGL y la dirección del PSI¹⁴³.

En esta reunión el PSI rehúso asumir la dirección de un proceso revolucionario, al que los sindicatos eran contrarios. Giolitti, muy astutamente, evitó enfrentarse a la ocupación de fábricas mediante la represión militar, pues temía provocar una insurrección, aunque para ello tuvo que oponerse duramente a los industriales, que le retiraron su apoyo y confianza.

La política de Giolitti consistía en favorecer y apoyar la acción de los socialistas reformistas, consiguiendo liquidar el movimiento de ocupación de fábricas sobre la base de un acuerdo salarial y un proyecto de control obrero, que jamás sería aplicado¹⁴⁴.

Como señala Spriano¹⁴⁵: «La ocupación de fábricas es precisamente la demostración de que el movimiento obrero italiano no tiene una estrategia revolucionaria».

Para Bordiga, el sabotaje de los sindicatos fue la confirmación, en los hechos, de la necesidad de la escisión con los reformistas y la CGL, que la Fracción Comunista Abstencionista estaba propugnando desde el

¹⁴³ Spriano da las fechas del 9 y 10 de septiembre de 1920. Salvatori, en cambio, da las fechas del 10 y 11 de septiembre. Spriano, Paolo. Op. cit., p. 79 y Salvatori, Massimo L. Op. cit., p. 594.

¹⁴⁴ Salvatori, Massimo L. Op. cit., pp. 594-595 y Spriano, Paolo. Op. cit., p. 79.

¹⁴⁵ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 80.

Congreso de Bolonia. También para Gramsci y los ordinovistas era la demostración del equívoco maximalista y su verbalismo. En la actuación del PSI y la CGL durante la ocupación de fábricas en septiembre de 1920 está la base práctica del acercamiento de abstencionistas y ordinovistas, que confluyeron rápidamente hacia la unificación en una misma fracción comunista.

Del fracaso del movimiento de ocupación se desprendieron tres consecuencias importantes:

1. Como escribe Massimo L. Salvadori, gran parte de la burguesía vio en la prudente actuación de Giolitti la quiebra del liberalismo, y en el rechazo a recurrir a la represión armada, la abdicación por el estado de la defensa del sacrosanto derecho a la propiedad privada¹⁴⁶.

A causa de esto, la burguesía, especialmente la gran industria, apoyó a los fascistas como instrumento necesario que oponer al ataque del movimiento obrero revolucionario. A partir de este momento financió al movimiento fascista.

2. Un episodio relevante, que nos muestra la radicalización de algunos sectores obreros, y que hace inevitable la ruptura del PSI, fue el protagonizado por miembros de la Fracción Abstencionista en Turín, que reunidos el 20 de septiembre denunciaron agriamente a

¹⁴⁶ Salvadori, Massimo L. Op. cit., pp. 595-597.

los dirigentes sindicales y políticos del PSI, decidiendo separarse de estos elementos y constituir un partido comunista revolucionario. Sólo los dirigentes nacionales de la Fracción Abstencionista y los ordinovistas turineses lograron conseguir frenar la impaciencia del grupo abstencionista turinés¹⁴⁷.

3. La ocupación de fábricas estuvo en el origen de la escisión de Livorno, tanto como las 21 condiciones de admisión¹⁴⁸. El PSI carecía de preparación o estrategia revolucionaria. Para Spriano, el telón de fondo de la escisión de Livorno fue la convicción de que era necesario romper definitivamente con un partido como el PSI, sometido al sabotaje de la CGL¹⁴⁹.

Para millones de trabajadores italianos se hizo evidente, en septiembre de 1920, lo que aún no lo estaba en julio, en el II Congreso de la IC:

«La revolución requiere un cierto tipo de organización política del proletariado, un cierto tipo de fidelidad a un centro revolucionario y disciplina. El PSI ha demostrado estar encerrado sustancialmente en los límites históricos de la Segunda Internacional, al no haber aceptado sino formalmente los principios de la Tercera Internacional».

¹⁴⁷ Spriano, Paolo. Op. cit., nota 4 de la p. 81.

¹⁴⁸ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 78.

¹⁴⁹ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 82.

La escisión de Livorno se impuso históricamente sobre la derrota infligida al movimiento obrero italiano por la alianza entre la burguesía liberal y los socialistas reformistas. Livorno no fue una acción política precipitada voluntarista, sino una necesidad urgente del movimiento obrero revolucionario italiano. Sobre esta base se produjo la unificación entre abstencionistas, ordinovistas y máximalistas de izquierda.

1.11. La Conferencia de Imola

El 29 de septiembre de 1920, la dirección del PSI votó las condiciones de admisión a la IC. Se discutió con fervor durante 3 días. Por fin, fue aprobada por 7 votos contra 5 la propuesta de Terracini, favorable a la aprobación incondicional de los 21 puntos, así como a la ruptura con los reformistas¹⁵⁰.

Serrati, contrario a la expulsión de los reformistas, votó por la plataforma de lo que se convertiría, de cara al Congreso de Livorno del PSI, en Fracción Comunista Unitaria, más conocida como centrista o maximalista. La Fracción de Serrati invocaba la unidad del partido y el derecho a la autonomía de los italianos en la aplicación de los 21 puntos. La escisión parecía ya inevitable.

¹⁵⁰ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 84.

Durante el mes de octubre de 1920, en la perspectiva del Congreso del PSI, se prepararon las mociones de las distintas fracciones.

La primera en reunirse, en Reggio Emilia, entre el 10 y el 11 de octubre, fue la de los reformistas, ala derecha del PSI, bajo la denominación de Concentración Socialista¹⁵¹.

Su mayor preocupación era romper el aislamiento en que se encontraban en los últimos meses, cediendo en el plano ideológico para acercarse, a través del puente tendido por la Fracción Intransigente Revolucionaria, dirigida por Lazzari, a la Fracción mayoritaria de Serrati.

La Fracción de Concentración Socialista, dirigida por Turati y Modigliani, se declaró opuesta a cualquier tipo de escisión (que solo podía ir dirigida contra ellos mismos), apelando a la necesaria unidad del partido ante la creciente amenaza de la reacción.

Confirmaba su adhesión a la Tercera Internacional, ¡e incluso aceptaba la dictadura del proletariado!

El objetivo, astutamente perseguido por los reformistas, era evitar a toda costa su expulsión. Pero su juego era posible solo porque coincidía con el de los maximalistas de Serrati.

¹⁵¹ Damen, Fabio. Op. cit., p. 37.

Diez días después se reunió en Florencia la Fracción llamada Comunista Unitaria (los maximalistas o centristas de Serrati), convencidos, con razón, de ser la fracción mayoritaria del PSI.

Serrati criticó duramente las 21 condiciones de admisión a la IC, subrayando como eje central de su argumentación la autonomía del PSI respecto a Moscú.

Los bolcheviques y la dirección de la IC creían que los maximalistas estaban divididos sólo en sus dudas sobre la expulsión de los reformistas, mientras para los comunistas italianos (abstencionistas y ordinovistas) los maximalistas eran oportunistas y jamás llegarían a ser revolucionarios¹⁵².

En ese mismo mes de octubre, abstencionistas, ordinovistas y maximalistas de izquierda, reunidos en Milán, llegaron a un acuerdo que recogieron en un manifiesto-programa inspirado directamente en las orientaciones de la IC, fundamentado en dos premisas¹⁵³:

1. El cambio de nombre del partido.
2. La expulsión de los reformistas de Turati.

Según Andreina De Clementi se decidió además «la renuncia al boicot parlamentario».

Afirmación ésta que es matizada por Spriano del siguiente modo¹⁵⁴: «Si en Milán, por primera vez,

¹⁵² Spriano, Paolo. Op. cit., p. 88.

¹⁵³ De Clementi, Andreina. Op. cit., p. 138.

¹⁵⁴ Spriano, Paolo. Op. cit., pp. 91-92.

Bordiga renuncia en un documento oficial al propio abstencionismo, se acuerda sin embargo que: “la participación en las elecciones políticas y administrativas tiene por objetivo desarrollar la propaganda y la agitación revolucionaria y acelerar la disgregación de los órganos burgueses de la democracia representativa”».

Esta matización nos permite afirmar que Bordiga seguía manteniendo la misma posición defendida en el II Congreso de la IC sobre la cuestión del parlamentarismo revolucionario.

Lo cierto es que, como afirma Spriano¹⁵⁵, la Fracción Abstencionista de Bordiga predominó en la izquierda del PSI, siendo la única con la suficiente personalidad propia, con la adecuada preparación y con bastante fuerza a nivel nacional como para poder dar la batalla en el Congreso y fijar el carácter de la nueva formación.

Los ordinovistas no tenían suficiente fuerza a escala nacional, y dadas las disensiones entre sus miembros más destacados, tampoco pudieron preparar una organización capaz de enfrentarse a las diversas fracciones socialistas que en el Congreso se opusieron a las 21 condiciones de admisión a la IC. El Partido Comunista no podía hacerse sin los abstencionistas.

¹⁵⁵ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 91.

Como resultado de la reunión de Milán, el 1 de octubre de 1920, Bordiga (por los abstencionistas), Repossi y Fortichiari (por los maximalistas de izquierda milaneses), Gramsci y Terracini (por los ordinovistas) y Bombacci y Misiano (por los maximalistas de izquierda) se constituyeron en «Comité provisional de la Fracción Comunista del Partido Socialista Italiano», que acto seguido eligió un Ejecutivo formado por Bordiga, Fortichiari y Bombacci¹⁵⁶.

La principal misión de este comité provisional fue la preparación y convocatoria de la Conferencia de Imola, donde se preparó la intervención de la Fracción Comunista en el Congreso del PSI que se iba a celebrar en Livorno en enero de 1921.

La conferencia de la Fracción Comunista tuvo lugar en el Teatro Municipal de Imola los días 28 y 29 de noviembre de 1920.

El trabajo previo a la conferencia dio resultados muy positivos, puesto que se consiguió la asistencia de 420 secciones del PSI, 85 organizaciones de la FIGS (Juventud Socialista) y 3 federaciones provinciales. Presidieron la conferencia Egidio Gennari, secretario del PSI, y Luigi Polano, secretario de la FIGS.

Los grupos representados fueron los mismos de la reunión de Milán: ordinovistas, abstencionistas y maximalistas de izquierda. Destacó la enorme

¹⁵⁶ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit., p. 157.

participación de la FIGS. El grupo menos homogéneo era el conocido como «Circolare Comunista», promovido por Antonio Graziadei y Anselmo Marabini, que mediante un documento-circular habían invitado a todas las secciones del PSI a asistir a la conferencia de Imola¹⁵⁷. Proponían una plataforma en continuidad con el programa de Bolonia. Intentaban conservar la unidad del partido, expulsando solo a los reformistas más recalcitrantes y cediendo en la cuestión del cambio de denominación del PSI, que para no herir el «patriotismo de partido» debería conservar el de socialista pasando a llamarse socialista-comunista¹⁵⁸.

El grupo de la «Circolare Comunista» no tuvo éxito alguno. Se proponía en realidad tender un puente entre la Fracción Comunista y los maximalistas serratianos. Por otra parte, buscaba una autoexpulsión de los reformistas, a la que estos se oponían a toda costa, por muchas concesiones ideológicas que tuviesen que hacer y por muchos desaires que recibiesen.

La gran fuerza de los reformistas radicaba en el total dominio de los sindicatos de la CGL, gracias al ascendiente de líderes derechistas como D'Aragona y Baldesi en los mismos.

Tanto los abstencionistas como los ordinovistas eran opuestos a la maniobra de la «Circolare». La

¹⁵⁷ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit., pp. 158-159.

¹⁵⁸ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 99.

experiencia de abril y septiembre había hecho madurar la decisión de romper totalmente con el maximalismo, caracterizado por su ambigüedad. La maniobra de la «Circolare» hacía precisamente el juego a esa ambigüedad del maximalismo, impidiendo una ruptura clara con los reformistas.

De hecho, como señala Berti¹⁵⁹, en la Conferencia de Imola los participantes eran conscientes de estar preparando una moción para la fundación del Partido Comunista, y no una moción que obtuviese una mayoría en el Congreso del PSI.

Gramsci, Parodi y Terracini asistieron a la conferencia de Imola inmediatamente después de concluir una asamblea de la sección turinesa del PSI, en la que se fusionaron abstencionistas (Parodi, Boero, etc.), comunistas eleccionistas (Togliatti, Terracini y Tasca) y el grupo de «educación comunista» (Gramsci, De Biasi, Bianco). En la mencionada asamblea, Gramsci y Terracini se enfrentaron ásperamente a Serrati, que había asistido a la misma¹⁶⁰.

Las ideas de Bordiga sobre la misión a cumplir por la Conferencia eran muy claras y precisas: no había lugar a la polémica o a la exposición teórica; se trataba de *adherirse o no a un programa* ya elaborado y debatido en el II Congreso de la IC¹⁶¹. El objetivo de

¹⁵⁹ *Ibidem*.

¹⁶⁰ Spriano, Paolo. *Op. cit.*, p. 101.

¹⁶¹ Damen, Fabio. *Op. cit.*, p. 36.

Imola era el de reunir a los que se adhiriesen a este programa, para emprender una labor de propaganda y organización. No se trataba, pues, de elaborar componendas con los maximalistas, que podían o no adherirse al programa comunista. La meta única era la fundación de un partido revolucionario.

Los ordinovistas abandonan sus teorías consejistas, en aras de la confluencia con los abstencionistas, sumándose a la concepción bordiguista del partido, porque¹⁶²: «sin Bordiga no se hace el Partido Comunista, es necesario aceptar su dirección».

En la conferencia quedó sin respuesta la pregunta de qué hacer si la Fracción Comunista quedaba en minoría en el Congreso del PSI, aunque implícitamente la respuesta era ya tajante: se iría de todas formas a la escisión.

En la conferencia se eligió un Comité Central formado por Bordiga, por parte de los abstencionistas, Polano por la FIGS, Gramsci y Terracini por cada uno de los grupos de *L'Ordine Nuovo*, y Fortichiari y Repossì por Milán (ciudad que daba a Turati por los reformistas y a Serrati por los maximalistas)¹⁶³.

La moción final, que establecía una continuidad teórica entre el manifiesto-programa de Milán del 1 de octubre y el discurso de escisión de Bordiga en Livorno,

¹⁶² Spriano, Paolo. Op. cit., p. 101.

¹⁶³ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 103.

sincretizaba la intransigencia de la Fracción Comunista. Subrayaba la expulsión de todos los adherentes a la Fracción turatiana (concentración socialista), así como de todos aquellos que votasen en contra de las 21 condiciones de admisión y el programa comunista del partido¹⁶⁴.

La conferencia de Imola era ya un acto constituyente del nuevo Partido Comunista, de tal modo que, en Livorno, en el escrito de presentación de la Fracción al Congreso, firmado por Bordiga y Terracini, se hablaba de «la línea que separa a los dos partidos que aún conviven en el partido actual»¹⁶⁵.

El 19 de diciembre de 1920, en el nuevo órgano de la Fracción Comunista (*Il Comunista*), Bordiga escribió lo siguiente sobre la cuestión de la escisión:

«Antidemócratas también en esto, no podemos aceptar como última ratio el resultado aritmético de la consulta a un partido que no es un partido. [...] La constitución en Italia de un partido comunista no dependerá en última instancia de la mayoría del Congreso nacional. [...] Si estuviéramos en minoría no podríamos sufrir ni la situación de un partido dirigido por los unitarios, ni una dirección común entre nosotros y ellos. Nuestra labor fraccional ha terminado».

¹⁶⁴ Spriano, Paolo. Op. cit., pp. 103-104.

¹⁶⁵ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 107.

Así pues, se da ya por concluida la labor fraccional, esto es, se imponía ya la escisión en caso de que la Fracción fuera minoritaria, y si resultase mayoritaria, la expulsión de los reformistas y de todos aquellos que no aceptaran el programa comunista. La Fracción Comunista acudió a Livorno a fundar el Partido Comunista.

Sin embargo, es necesario subrayar que el proceso de escisión fue a la vez nacional e internacional. El áspero y duro debate entre Serrati y el Ejecutivo de la IC no consiguió ganar adeptos a la Fracción Comunista, plenamente apoyada por Zinoviev y el Ejecutivo de la IC.

En Livorno, la diferencia de fondo entre comunistas y maximalistas radicaba en que los primeros aún creían en que la situación italiana seguía siendo revolucionaria, y los segundos no.

El significado histórico de la escisión fue la opción por la revolución o por el reformismo¹⁶⁶.

1.12. El Congreso de Livorno

El XVII Congreso del PSI se celebró en Livorno, entre el 15 y el 21 de enero de 1921.

¹⁶⁶ Spriano, Paolo. Op. cit., pp. 109-110.

En el Congreso se presentaban claramente delimitadas, amén de la Juventud Socialista, 5 fracciones:

1. La Fracción de Concentración Socialista, esto es, el ala derecha de los *reformistas*, dirigidos por Turati y Modigliani.
2. La Fracción Intransigente Revolucionaria (maximalistas de derecha), dirigida por Lazzari, que pretendía hacer de bisagra entre reformistas y serratianos, para evitar la expulsión de los turatianos. En el transcurso de los debates se unieron al voto de la moción maximalista de Serrati¹⁶⁷.
3. La Fracción Comunista Unitaria, esto es, los maximalistas dirigidos por Serrati. Eran la fracción mayoritaria, y adoptaron una posición centrista. La ambigüedad era una constante en su posición ideológica. Se oponían a la escisión del partido. Estaban convencidos de que la ocasión para la toma del poder ya había pasado: era necesario unirse *todos* en el viejo partido para hacer frente a la marea reaccionaria, esto es, el escuadrismo en auge, la crisis económica y la desmoralización obrera tras el fracaso de la ocupación de fábricas.

¹⁶⁷ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 111.

Se oponían también al cambio de nombre del partido, así como a la expulsión de los reformistas. Aceptaban las 21 condiciones, pero interpretadas y aplicadas con una amplia autonomía, aunque esas mismas condiciones exigieran la expulsión de los reformistas y el cambio de nombre del partido.

4. La fracción de la «Circolare Comunista», dirigida por Marabini y Graziadei, que pretendía tender un puente entre comunistas y maximalistas. Exigía la expulsión de los reformistas más notorios, pero intentaban halagar el «patriotismo de partido», no renunciando del todo al cambio de nombre de un partido, que habría de llamarse socialista-comunista.

En el transcurso de los debates, ante lo inevitable de la escisión, se unieron a la Fracción Comunista para fundar el PCI.

5. La Fracción Comunista se representó en el Congreso mediante las intervenciones de Terracini y Bordiga. Era fruto de la fusión de abstencionistas (que, pese a todo, no disolverían la Fracción Comunista Abstencionista hasta el acto fundacional del PCI), ordinovistas y maximalistas de izquierda. La Fracción Comunista se presentaba unida, tras un intenso trabajo de propaganda precongresual, superando

la heterogeneidad de los grupos que la habían formado.

La atmósfera del Teatro Goldoni era tormentosa. Incluso la colocación física de los congresistas hacía palpable el enfrentamiento de las tres principales corrientes: en los palcos de la izquierda los delegados comunistas, la platea ocupada por los centristas: maximalistas de Serrati e intransigentes de Lazzari, y en los palcos de la derecha los delegados reformistas de Turati y Modigliani¹⁶⁸.

En la jornada del día 15 se leyó el mensaje de la Komintern, que sostenía aún el carácter revolucionario de la situación italiana, planteaba la expulsión fulminante de los reformistas y criticaba el centrismo de Serrati.

A continuación, habló en nombre de la FIGS el bordiguista Secondino Tranquilli (Ignazio Silone), que anticipó la adhesión de la Juventud al constituyente Partido Comunista¹⁶⁹.

Paul Levi fracasó en su intento de convencer a Serrati de la necesidad de expulsar a los reformistas, e intentó llegar a una solución de compromiso a fin de evitar la escisión.

¹⁶⁸ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 110.

¹⁶⁹ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit., p. 161.

Kabakciev, en cambio, estaba totalmente de acuerdo con la intransigencia de Bordiga en su enfrentamiento con Serrati¹⁷⁰.

Terracini intervino por la Fracción Comunista, enumerando los motivos que hacían incompatible el programa comunista con el reformista. Negó que existiera una disciplina capaz de impedir a los reformistas que actuasen como tales reformistas¹⁷¹. Se mostró contrario a paralizar recíprocamente la política revolucionaria y la reformista. Estaba persuadido de la existencia de un nexo entre reformismo y lucha revolucionaria, concebía la socialdemocracia en el gobierno como premisa de la lucha revolucionaria decisiva¹⁷².

Lo más interesante en su intervención fue su concepción acerca de la función del partido revolucionario. Dijo Terracini¹⁷³:

«La creación del Partido Comunista es la solución al problema de la creación del partido de clase del proletariado, que tiene por meta la conquista del poder. [...] el partido político de clase es un arma absolutamente necesaria para la lucha proletaria en la conquista del poder. [...] pensamos que el partido no puede hacer por sí solo la revolución, pero creemos que

¹⁷⁰ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 112.

¹⁷¹ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit., p. 163.

¹⁷² Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit., p. 164.

¹⁷³ Galli, Giorgio. Op. cit., p. 39 y Spriano, Paolo. Op. cit., p. 114.

debe ser organizado de una determinada manera para que no sea un obstáculo a la revolución. Un partido político de clase no es aquel que crea las situaciones, sino aquel que sabe explotarlas. El partido político de clase no es aquel que, siguiendo sus intereses, organiza y provoca los acontecimientos en el desarrollo de la vida de un país, sino aquel que no se deja nunca sobrepasar por los acontecimientos, los prevé y sabe conducirlos hacia una meta».

En las palabras de Umberto Terracini suena el eco del fracaso de la huelga de septiembre a causa de la incapacidad del PSI, así como de la crítica contenida en el artículo de Bordiga, «La huelga de Turín», a la actuación de los ordinovistas. Había asimilado el concepto bordiguista del partido de clase.

La intervención de Terracini finalizó con la lectura de la moción de la Fracción Comunista al Congreso del PSI, que había sido elaborada en Imola.

Bordiga habló al Congreso en la mañana del 19 de enero. Su discurso fue muy extenso, seguido con atención por todos los congresistas y con frecuentes interrupciones, causadas tanto por aplausos como por espontáneas interpelaciones o voces de desacuerdo. Pero esto en ningún momento consiguió romper el hilo de su argumentación. Efectuó algo parecido a una *summa* ideológica e histórica, con saltos al pasado y al presente, en la que subrayó con fuerza la *voluntad de*

escisión de los comunistas y la *continuidad de la labor teórica de la izquierda* marxista en el seno del PSI.

El estilo habitual de Amadeo Bordiga, caracterizado por el rigor marxista, la coherencia ideológica¹⁷⁴ y la intransigencia revolucionaria¹⁷⁵ hacen de este «discurso de la escisión», no solo una pieza clásica de oratoria política, sino uno de los textos ideológicos fundamentales de la Izquierda del PCI. El discurso de la escisión, con las Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista de mayo de 1920, que ya hemos visto, son la herencia teórica que reclamará *Bilan* en los años 30, además de las Tesis de Roma (1922) y las Tesis de Lyon (1926), que abordaremos en los epígrafes 2.5 y 4.4, respectivamente.

Empezó Bordiga su intervención en Livorno describiendo la situación del socialismo internacional anterior a la Primera Guerra Mundial:

«En su gran mayoría, el movimiento socialista en las últimas décadas que precedieron a 1914 había asumido esas características que tan bien conocéis, que le habían llevado a deformar y abandonar la doctrina

¹⁷⁴ Spriano y Livorsi coinciden en subrayar el rigor y la coherencia ideológica de Bordiga.

¹⁷⁵ Tanto Spriano como Livorsi consideran esta intransigencia revolucionaria como «sectarismo».

fundamental del marxismo y la práctica revolucionaria correspondiente»¹⁷⁶.

Bordiga subrayaba la continuidad de la izquierda marxista en el seno de la Segunda Internacional y la importancia de la defensa teórica del marxismo realizada por la Izquierda:

«Incluso en el seno de la vieja internacional, nosotros, la izquierda marxista, hemos defendido el conjunto del bagaje teórico que poseíamos y que nace en la obra crítica fundamental de Marx y Engels. Es la concepción del desarrollo revolucionario maravillosamente resumida en el *Manifiesto del Partido Comunista*, que nos conduce a prever el fin del mundo capitalista».

Afirmó que el movimiento obrero de la Segunda Internacional, en lugar de jugar un papel revolucionario, se convirtió por el contrario en un baluarte de defensa y conservación del sistema capitalista:

«En el análisis que nosotros, marxistas, hacíamos, el capitalismo estaba destinado a sucumbir; a causa del desarrollo de sus íntimas contradicciones aparecía como incapaz de representar, a partir de cierto punto, un sistema de producción válido para la humanidad. Pero

¹⁷⁶ El «Discurso de la escisión» se encuentra reproducido en: Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Scritti...*, op. cit., pp. 103-116 y Parti Communiste International. "En mémoire d'Amadeo Bordiga: La gauche communiste sur le chemin de la révolution", en *Programme Communiste* n° 50, marzo de 1971, pp. 51-72.

al mismo tiempo el capitalismo y la sociedad burguesa elaboraban en su propio seno elementos de conservación, elementos de contrapeso a los factores de crisis, las antitoxinas que todo organismo elabora para combatir las toxinas que minan la salud.

Esa es precisamente la función que el movimiento proletario de la Segunda Internacional fue asumiendo poco a poco, en lugar de ser el factor decisivo de derribo del capitalismo. [...] el movimiento proletario fue, poco a poco, transformado en un factor de equilibrio y conservación del régimen burgués».

Este análisis de la Segunda Internacional y del papel de la socialdemocracia fue básico en la decisión de escindir el PSI. Pero era, además, una importantísima lección de historia y de dialéctica. Le permitía argumentar que la introducción de la ideología democrática en el movimiento obrero socialista, esto es, la socialdemocracia, hacía desaparecer la antítesis entre Estado burgués y proletariado. Y dado que esta antítesis es el núcleo fundamental de la teoría de Marx, su sustitución por un programa mínimo, consistente en integrar el movimiento obrero en el Estado burgués, convertía a la socialdemocracia en factor de conservación y equilibrio del capitalismo.

El rigor marxista y la coherencia ideológica son, sin duda, irreprochables. ¿Intransigencia revolucionaria o sectarismo?: creemos que la respuesta depende del

punto de vista que se tome: revolución o reforma, en la ya conocida antítesis planteada por Rosa Luxemburg.

Bordiga prosiguió su intervención en Livorno afirmando que:

«El socialismo de la Segunda Internacional se había convertido en un movimiento sindical cooperativo para la defensa de los intereses inmediatos de grupos obreros, que se relacionaba perfectamente con un movimiento puramente electoralista, puramente socialdemócrata de conquista de escaños en el organismo representativo burgués, con el fin de situar junto a la burguesía a la clase más bien destinada a combatirla y derrotarla.

Este movimiento, este fenómeno histórico, limitando el rapidísimo crecimiento del beneficio capitalista, actuando como factor de equilibrio en la avidez de ganancias de la clase burguesa, compensaba el fatal proceso de concentración de capitales, de incremento de la miseria, de exasperación de las relaciones capitalistas. Lo compensaba sin poderlo eliminar definitivamente, permitiendo así que la sociedad burguesa encontrarse el equilibrio en su más íntima contradicción, precisamente en el papel jugado por el movimiento proletario, precisamente en la función jugada por la mayoría del movimiento socialista de la Segunda Internacional, que había relegado las viejas formas revolucionarias en un frío formulario al que de vez en cuando se echaba una mirada, y que se

llamaba el programa máximo. Pero que, en cambio, dedicaba toda su actividad, toda su praxis en las tareas inscritas en su programa mínimo, que no representaba más que escalones que el proletariado debía subir gradualmente, uno a uno».

Mientras que la concepción marxista y revolucionaria del socialismo, por el contrario, sostenía que:

«La concepción marxista, pesimista, catastrófica y revolucionaria afirmaba que era imposible salir pacíficamente del engranaje de la actual sociedad, que era imposible evitar que las contradicciones del capitalismo condujesen a una suprema batalla revolucionaria entre las clases. La Segunda Internacional sustituyó esta previsión histórica, pretendiendo por el contrario que el mundo capitalista se modificaría de forma gradual y lenta, pero segura, gracias a las dosis de socialismo que se iban inyectando en sus diversas estructuras, y que, sin necesidad de ese enfrentamiento supremo, sin necesidad de ese conflicto, de esa catástrofe, se transformaría poco a poco, insensiblemente, en sociedad socialista, esto es, en una sociedad basada en la socialización de los medios de producción y de cambio».

La Primera Guerra Mundial no solo fue un mentís brutal a las ilusiones democráticas o socialdemócratas sobre la posibilidad de un cambio pacífico y gradual del capitalismo en socialismo:

«Con la guerra, el movimiento [socialdemócrata] vio como la historia le arrancaba toda posibilidad de realizar su programa. [...] no era posible esperar que esos revisionistas que habían excluido la posibilidad de una lucha revolucionaria entre proletariado y burguesía, que habían acariciado las ilusiones de la revolución pacífica y gradual del mundo capitalista, que no solo debía excluir la guerra de clases sino también la guerra entre Estados capitalistas, [...] dijeran: “Nos hemos equivocado [...]”».

Sino que la Segunda Internacional fue, además, el instrumento idóneo para lanzar a las masas a la masacre de la guerra imperialista de 1914:

«No era posible [que los reformistas rectificasen sus errores] [...] el oportunismo [...] [era] un fenómeno más fuerte que la voluntad de los que dirigían el movimiento proletario en vísperas de la guerra. La política sindical, por una parte, la política parlamentaria, por otra, eran los dos resortes de un mecanismo que, ensamblado únicamente para conceder al proletariado pequeñas satisfacciones y mejoras, les ponía en contacto continuo, en discusión, en permanente componenda con la burguesía, en constantes acuerdos de política sindical que les impulsaba cada vez más a la colaboración política, al posibilismo y al acuerdo con el adversario incluso en la administración pública, y en la intervención de los representantes del proletariado en el mecanismo del poder gubernamental. Por esto no fue

posible en 1914 detener esta máquina que el proletariado alimentaba con sus propios esfuerzos, sus ahorros, sus sacrificios, su acción, y a veces con su propia sangre, pues también en esta época se conocieron episodios violentos de lucha de clases. La máquina seguía rodando, y sus dirigentes perseveraban en el mismo método, puesto que no podían alterar su curso fatal.

Este mecanismo había perdido toda meta y justificación teórica, pero no podía dejar de rodar, ni cambiar de estructura, y mientras seguía sirviendo al equilibrio de la burguesía, su meta, esto es, la colaboración, desapareció, porque había desaparecido toda posibilidad de reformismo. Pero el hecho de la colaboración, superior a la voluntad individual, permaneció, y de este modo el Partido Socialista y las organizaciones proletarias de la mayor parte del mundo se convirtieron en los mejores instrumentos que el capitalismo hubiese podido imaginar y desear para conducir, sin resistencia, a las masas proletarias al sacrificio de la guerra nacional».

Es preciso subrayar la anterior argumentación de Bordiga, tanto por su fuerza expresiva como por la influencia que ejercerá posteriormente, ya que será retomada en los análisis efectuados por *Bilan* sobre la guerra de España en 1936.

Una vez efectuado el análisis histórico del reformismo y del papel jugado por la socialdemocracia

en la guerra, Bordiga procedió a un análisis del presente, planteando la radical oposición existente entre reformismo y revolución:

«¿Cuál es la tesis de la Tercera Internacional? La tesis fundamental es esta: la situación heredada por la guerra entre los estados burgueses debe ser transformada en guerra revolucionaria entre las clases del mundo entero. [...] [pero] aún se afirma que, a pesar de la terrible catástrofe de la guerra, y aunque ésta haya condenado y deshonrado para siempre el mecanismo socialdemócrata capitalista, tenemos ante nosotros, como otras veces, un periodo de evolución gradual, de sucesivas conquistas, de resultados parciales, y se rechaza una táctica que, regresando por fin a las fuentes del marxismo revolucionario, dice al proletariado que solo debe luchar por la conquista del poder, y que solo sirviéndose de esta lucha para romper el aparato estatal burgués, su policía, su ejército, sus parlamentos, podrá crear el nuevo aparato estatal, el de los Consejos obreros. Efectivamente solo de esta forma puede forjarse un instrumento capaz de intervenir en las relaciones de producción capitalistas y transformarlas, suprimiendo la explotación de los trabajadores y las diferencias de clase.

Frente a esta tesis, la mentira revisionista subsiste, con todos sus equívocos».

Que no es diferente a la alternativa histórica entre dictadura del proletariado o dictadura de la burguesía,

ya planteada entre otros por Rosa Luxemburg¹⁷⁷ y Lenin¹⁷⁸. Dijo Bordiga:

«Estas son pues, compañeros, las dos alternativas que hoy presenta la historia mundial: dictadura burguesa o dictadura proletaria. Pero aquí interviene la función propia de esa escuela intermedia que dice “adelante” a los proletarios, pero sin dictadura y sin violencia. Su función está marcada por la historia, más allá de su voluntad y conciencia, y es la de ser el último gestor de la dictadura burguesa contra la revolución proletaria. Aquí, camaradas, nos hemos esforzado en establecer los síntomas preventivos de este peligro, que también hoy amenaza al movimiento proletario, sin recordar nuestros antagonismos. Nos hemos esforzado en subrayar las características del movimiento [socialdemócrata] porque hoy [...] cuando se está reconstruyendo un nuevo instrumento de lucha y de emancipación del proletariado, hay que reconstruirlo con criterios totalmente opuestos [a los socialdemócratas]. Hay que evitar que ese instrumento corra el peligro de convertirse en un mecanismo de conservación y equilibrio capitalista, en lugar de ser el arma bien templada que, en el puño del gigante proletario, servirá para vencer las últimas resistencias del mundo actual».

¹⁷⁷ Luxemburg, Rosa. *Escritos políticos*, Grijalbo, Barcelona, 1977.

¹⁷⁸ Lenin, V.I. "Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado, presentados el 4 de marzo en el I Congreso de la Internacional Comunista", en *Obras Escogidas*, op. cit., vol. III, pp. 145-159.

Aquí asoma ya, una vez definidas las características de la socialdemocracia y el papel histórico del reformismo, la obsesión de Bordiga por desenmascarar e impedir el intento de penetración de los reformistas socialdemócratas en el nuevo partido revolucionario:

«Ese, camaradas, es el problema planteado a la Internacional Comunista, cuando en el momento en que se disgregan los viejos partidos de la Segunda Internacional, ante la imposibilidad de reemprender su papel anterior a la guerra, porque se habían deshonrado demasiado clamorosamente ante las masas proletarias, hete aquí que algunos de estos partidos se esfuerzan por entrar en la Tercera Internacional, y hacia principios de este mismo año, en numerosos congresos, algunos partidos sustancialmente socialdemócratas abandonaron la Segunda Internacional, esperando entrar en la Tercera».

Bordiga, a continuación, realizó un pormenorizado análisis de los argumentos esgrimidos por la socialdemocracia (reformista), a escala internacional, en aquel mismo momento, para rebatirlos uno a uno. Acto seguido planteó la vigencia de esos argumentos en el PSI.

Explicó la no intervención en la guerra del PSI como un acto pasivo y reformista, con el que ganó un innmerecido prestigio en el periodo de postguerra, subrayando el papel teórico jugado por la fracción de

izquierda en el PSI, en su oposición a la tendencia socialdemócrata imperante:

«Si en vísperas de la guerra nuestro partido ya había hecho importantes experiencias teóricas y prácticas [...] fue porque en nuestro partido se había iniciado un debate entre la izquierda marxista y la traición socialdemócrata».

La cita anterior es muy importante en cuanto nos permite afirmar la continuidad organizativa, táctica e ideológica de la izquierda marxista en el seno del PSI, desde 1910 hasta 1921, como precedente y origen del PCI.

La cita merece, además, ser completada con la argumentación hecha por Bordiga a continuación, en la que procede a efectuar un balance de las adquisiciones teóricas y las batallas libradas por esa izquierda marxista en el PSI, contra el ala derecha reformista y el centro maximalista:

«En el momento en el que el reformismo parecía triunfar, en 1910-1911, se fundamentaba en estas dos características universales: la acción parlamentaria posibilista y la acción corporativista minimalista de las organizaciones, sindicatos y cooperativas proletarias. Y aunque conseguimos escribir unas tesis de carácter marxista contra esos errores, ¿tuvimos tiempo, antes de la guerra, para vencer su estructura y mecanismo? No. Triunfamos en los congresos, condenamos el colaboracionismo electoral, desaprobamos a quienes

querían adoptar conclusiones posibilistas, excluimos a los francmasones, declaramos que queríamos volver al programa máximo, que constituye la base del marxismo revolucionario, pero no tuvimos tiempo suficiente como para traducir estas afirmaciones en la práctica cotidiana del partido. Si, en efecto, la situación en Italia había madurado más rápido porque una chispa de la guerra europea había saltado dos años antes, con la guerra de Libia, y si esta situación lógicamente nos había conducido a esta crítica que hoy se amplía y se completa, eso no era aún bastante: todavía no existían las condiciones que han planteado luego inexorablemente, en todas partes, el problema bajo una nueva luz histórica, y si en la situación casi normal de la preguerra la solución táctica podía parecer aún suficiente, incluso para un pensamiento marxista, la crisis inexorable en la que la guerra sumió al mundo exige evidentemente una solución más completa».

El balance, que delimita claramente los límites que la situación histórica impuso a la izquierda en su lucha contra el reformismo, lleva inevitablemente, en el presente, a plantear la escisión de esos dos partidos aún unidos en uno. Escisión en la que se subraya su carácter de proceso nacional e internacional:

«El Partido Socialista Italiano sigue siendo hoy lo que era en vísperas de la guerra: el mejor partido de la Segunda Internacional, sin ser todavía un partido de la Tercera Internacional. Aún no está maduro para aplicar

este método revolucionario, que según nuestra doctrina comunista y según la experiencia histórica del mundo entero, es el único que puede conducir al proletariado a un proceso revolucionario.

Una voz: ¡Ya veremos lo que hacéis!

Bordiga: Pronto lo veremos. Por ahora decimos que nuestro partido, precisamente porque ha escrito antes de la guerra páginas verdaderamente marxistas, debía necesariamente, pese a todas las dificultades, llegar en una de sus corrientes de izquierda a las mismas conclusiones revolucionarias que otros partidos, y mostrarse capaz de elaborarlas en Italia, tal como lo han sido o lo están siendo en todas partes. No es el ejemplo externo, ni mucho menos unas órdenes procedentes del exterior, lo que nos traza el camino, sino nuestros propios precedentes, nuestra propia experiencia, los que nos confirman y nos conducen a nuestras conclusiones. Hay que comprender que, si en vísperas de la guerra era marxista y revolucionario preconizar la intransigencia y rehusar todo bloque electoral, tanto en las elecciones políticas como en las administrativas, rechazar todo colaboracionismo, toda masonería; hoy intransigencia significa algo más. Si ayer colaboración de clases quería decir ministros socialistas en gobierno monárquico, hoy colaboración de clases significa por el contrario un gobierno socialista superpuesto a la estructura estatal de la opresión burguesa».

Al reivindicar para sí la tradición de izquierda marxista en el PSI, habló Bordiga del fenómeno histórico del «socialista de guerra», y ante las voces que le recriminaban la existencia de esos «socialistas de guerra» entre sus propias filas, aludiendo entre otros a Gramsci y Togliatti, Bordiga realizó una vigorosa defensa de estos, que Terracini en su intervención no supo realizar:

«Hay que considerar objetivamente este fenómeno del socialista de guerra, que por mi parte prefiero confrontar con el socialista del paréntesis de guerra, del socialista que no profirió herejías social-patrióticas porque se calló, del socialista que, cuando en lugar de ser 250.000 éramos [...] unos centenares, permaneció mudo, pero que luego, pasada la tempestad, ha venido a decirnos: “hemos estado contra la guerra”, para ir a las elecciones valiéndose de esto. (Aplausos).

Varias voces: ¡También los hay entre vosotros!

Bordiga: Sí, camaradas, también entre nosotros hay socialistas del paréntesis de guerra, no lo niego, no lo discuto, no confronto dos tendencias, confronto dos estados de ánimo y dos génesis de la actitud revolucionaria, y digo que yo, que no he sido nunca socialista de guerra, prefiero a aquellos jóvenes que, a través de la experiencia de la infamia capitalista, cuando fueron enviados al fratricidio en los frentes de batalla burgueses, han regresado con la nueva fe en la guerra

por la revolución. (Fuertes aplausos de los comunistas, rumores)».

Polemizó luego Bordiga sobre tres temas típicos del maximalismo: disciplina, unidad y aceptación parcial de las 21 condiciones de admisión. Afirmó que condenaba la disciplina tal como la entendían los maximalistas, «que consiste en dar un programa revolucionario a un aparato de partido que no lo es, y en dar una bandera revolucionaria a un ejército que tampoco lo es».

Referente a la cuestión de la unidad, rechazó la concepción patrimonial del partido y de las organizaciones obreras, afirmando que estas fortalezas proletarias sindicales se habían convertido en cadenas que era necesario romper. El partido era solo un instrumento de la revolución:

«Marx decía que las organizaciones del proletariado no son para él un patrimonio, puesto que sigue siendo el eterno desheredado en tanto subsista el poder burgués, sino que solamente son jalones en la lucha mediante la cual se temple para la futura batalla revolucionaria, en la que no tiene nada que perder como no sea sus cadenas, mientras tiene un mundo que ganar. (Aplausos).

Todas esas organizaciones, esas estructuras, a menudo se convierten en fortalezas proletarias. En realidad, constituyen cadenas obligadas, pero extremadamente resistentes, que el proletariado debe

romper para poder partir hacia la conquista de un mundo nuevo».

Por fin, en cuanto a la aceptación parcial de las 21 condiciones, explicó su intervención en la elaboración de las mismas en el II Congreso de la IC:

«En Moscú propusimos una enmienda a las condiciones de admisión en la Tercera Internacional, que se ha convertido en el punto 21 de las mismas. Esta enmienda decía que ningún partido de la Segunda Internacional puede entrar en la Tercera Internacional sin haber expulsado previamente a las minorías socialdemócratas, lo que en la redacción definitiva ha sido expresado bajo una forma que puede parecer más individual, puesto que dice que todos aquellos que rechacen por principio las condiciones de admisión a la Internacional, así como sus tesis, deberán ser excluidos del partido, incluidos los delegados en el Congreso de Moscú. Los nombres de Longuet, Kautsky y Turati han sido citados explícitamente. Pues bien, estas directivas han jugado un papel de catalizador en el proceso de formación del Partido Comunista, soldando en un mismo cuerpo a todos los comunistas del mundo que hasta entonces no eran más que núcleos aislados».

Reafirmando su validez y actualidad en este congreso del PSI:

«Los 21 puntos condensan toda una experiencia histórica, que no sólo es rusa, extranjera, sino también nuestra, extraída de todas las luchas pasadas. Y por eso

nosotros decimos que no es suficiente con aceptar los 21 puntos, es necesario ponerlos en práctica, y la única forma de hacerlo se halla en nuestra moción: basta con excluir a la Fracción de Concentración Socialista».

Reivindicó el líder de la Fracción Comunista la diferencia entre las anteriores escisiones ocurridas en el PSI y la escisión comunista, caracterizándola por ser no sólo un proceso histórico internacional, sino porque además los comunistas reivindicaban la tradición revolucionaria de la izquierda marxista del PSI, de la que el nuevo Partido Comunista era legítimo heredero:

«Si se produce la escisión, camaradas, afirmamos que hay dos cosas que la distinguen de todas las producidas hasta ahora. En primer lugar, el hecho de que reivindicamos [...] principios comunes, la continuidad histórica que nos enlaza con la izquierda marxista que ha combatido gloriosamente a los reformistas del Partido Socialista Italiano, antes que en otros países. Nos sentimos herederos de la enseñanza que proviene de hombres a cuyo lado dimos los primeros pasos, y que hoy ya no están con nosotros. ¡Camaradas!, si nos hemos de ir, nos llevaremos con nosotros la gloria de vuestro pasado. (Rumores, interrupciones violentas por parte de la mayoría, aplausos de los comunistas).

Hay otra razón, camaradas. Agradezco a la Asamblea que me haya dejado expresar todas mis ideas, siendo agrias, sin interrumpirme; a pesar de que yo mismo he interrumpido con frecuencia a los otros. Digo,

camaradas, que hay otra razón que debemos invocar para defendernos de esta previsión, que espero sea hecha por todos con dolor y que profetiza que acabaremos como todos los anteriores disidentes del Partido Socialista. [...] Esa razón es el hecho de que nosotros estamos por la Tercera Internacional [...] que ha llamado al proletariado de todos los países a unirse para hacer la revolución, para instaurar su dictadura».

Así pues, Bordiga reivindicó, por una parte, la línea histórica de la izquierda marxista en el seno del PSI, desde 1910 a 1921, y, por otra parte, fundamentó la escisión en el significado histórico y político de la Tercera Internacional:

«Los proletarios, los trabajadores explotados de todas las razas y colores se organizan con cientos de errores, pero guiados por una idea que nos asegura que se trata de una construcción definitiva de la historia. Así construyen esta máquina de lucha, este ejército de la revolución mundial ¿Acaso creéis que ante algo tan grandioso los pequeños errores de detalle pueden hacer retroceder a otros que no sean adversarios de los principios? ¿Quién puede dudar cuando se trata de elegir entre estar en la Tercera Internacional, es decir, entrar en la Tercera Internacional como quiere la Tercera Internacional, o bien en retirarse, alejarse, permanecer fuera de este gran movimiento de pensamiento y crítica, discusión y acción, sacrificio y lucha?».

Bordiga finalizó su intervención con una referencia¹⁷⁹ a las divisiones existentes en el seno de los comunistas, y concretamente entre Gramsci y él mismo, de forma incomprensible e incluso pedante, si no tenemos en cuenta los constantes ataques que se hicieron durante todo el Congreso al pasado intervencionista de Gramsci, cuyo nombre se hizo sinónimo de belicista¹⁸⁰.

La referencia expresa de Bordiga a Gramsci, cuando dijo que Gramsci estaba equivocado y él en lo cierto, debe enmarcarse primero dentro de la frase de que forma parte, en la que Bordiga subrayaba su concepción colectiva y anti individualista del proceso revolucionario. En segundo lugar, en el afán por disminuir, ante el ataque de otras fracciones, la importancia de las disensiones dentro de la Fracción Comunista. Y, en tercer lugar, en la actitud totalmente

¹⁷⁹ Referencia con frecuencia malinterpretada y deformada por los historiadores eurocomunistas y programscianos. Por ejemplo, Livorsi dice: «Sin embargo, es notable la referencia a Gramsci, por varias razones. Primero, desde el punto de vista subjetivo, porque indica el convencimiento absoluto de Bordiga, como resulta del hecho que él no dijo que podía estar equivocado y Gramsci podía tener razón, sino que por el contrario afirmó tener razón sin más. En segundo lugar, desde el punto de vista político, porque confirmaba el carácter de convergencia o alianza con el ordinovismo, no la superación de las anteriores discrepancias». Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit., p. 68.

¹⁸⁰ Véase: Spriano, Paolo. Op. cit., p. 118. Dice Paolo Spriano que «en la tensa atmósfera del Teatro Goldoni el nombre de Gramsci se ha convertido casi en sinónimo de intervencionismo».

pasiva de Gramsci durante todo el Congreso de Livorno, pues, como afirma el historiador programsciano Paolo Spriano: «Gramsci no ha tomado la palabra en el Congreso»¹⁸¹.

Sea como fuere, Bordiga subrayó el carácter colectivo del proceso revolucionario, quitando toda importancia a los individuos, sus errores y aciertos personales, otorgando por el contrario la máxima importancia al programa y al método (necesariamente colectivo, y razón de ser del partido) para alcanzar la meta final: la revolución.

En el Congreso, los ordinovistas fueron acusados de idealistas por los maximalistas, pero por muchas que fueran las disensiones existentes entre abstencionistas y ordinovistas, como Serrati se complacía en destacar, para Bordiga el único criterio válido era la adhesión al programa y al método comunistas, así como la militancia común en una organización revolucionaria.

Por otra parte, lo que se produjo en Livorno no fue la superación total de las disensiones entre los comunistas, sino su subordinación a una convergencia política que permitiese fundar el partido de la revolución mundial, en Italia:

«Nos preguntáis: ¿Qué queréis hacer? Lo hemos dicho. Nuestro pensamiento en lo que respecta a la doctrina, el método, la táctica y la acción, es el de las

¹⁸¹ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 118.

tesis de Moscú. El pensamiento de cualquiera de nosotros puede estar en desacuerdo con algunas de sus indicaciones, pero nosotros las seguimos todas en conjunto, porque creemos que la disciplina internacional es una condición indispensable para la victoria proletaria. Quizás entre nosotros haya debilidades, incapacidades, lagunas, quizá haya entre nosotros disensiones: Gramsci puede estar equivocado, puede mantener una tesis errónea cuando yo sostengo la correcta, pero todos luchamos igualmente por la última meta, todos hacemos el esfuerzo que construye un programa, un método. Sabemos que somos una fuerza colectiva que no desaparecerá como una pequeña fracción, como una deserción de unos pocos militantes. Somos, por el contrario, el núcleo en torno al cual mañana se reunirá el gran ejército de la revolución mundial».

El discurso de la escisión de Bordiga, pronunciado en Livorno, es muy importante por las siguientes razones:

1. Es una pieza oratoria modélica, deliberadamente histórica, que marca un jalón en el movimiento obrero italiano e internacional.

2. Subraya el carácter internacional de la ruptura con los reformistas. Efectúa un análisis histórico y político de ámbito internacional y nacional acerca del oportunismo y la socialdemocracia. Pretende, además, ofrecer un modelo a otros partidos comunistas.

3. Es un acto de ruptura con el PSI, que expresa la determinación del PCI de convertirse en heredero de la larga tradición política de la izquierda marxista, de sus conquistas teóricas y las batallas libradas en el seno del PSI contra los reformistas.

4. El PCI, que nació en este congreso, en 1921, al reclamarse de la izquierda socialista, podía hablar de la continuidad histórica de la Izquierda Socialista o Comunista italiana desde 1910.

5. Se concibe el reformismo como un fenómeno histórico que escapa a la voluntad de los individuos y los dirigentes. El PSI, entregado al método democrático, se integró en un mecanismo sindical y electoral que hizo jugar al movimiento obrero un papel de conservación y equilibrio del capitalismo.

6. Aun renunciando a la táctica abstencionista en aras de la tarea más urgente de la formación de un partido mundial de la revolución, reafirmó Bordiga su disensión con Lenin en el II Congreso de la IC: «Estoy más que nunca convencido que la Internacional Comunista no conseguirá concretar una acción que sea al mismo tiempo parlamentaria y verdaderamente revolucionaria»¹⁸², que permanecería siempre latente en su radical antidemocratismo.

¹⁸² Bordiga, Amadeo. "Replia a Lenin sul problema dell'astensionismo, al secondo congresso mondiale", en Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Scritti...*, op. cit., pp. 100-101.

La intervención que siguió a la de Bordiga fue la de Serrati, que mostró su incapacidad de conducir el debate al margen de las acusaciones personales. Defendió la unidad del partido como un valor en sí mismo. Equiparó a Bordiga con Mussolini. Insistió en destacar las diferencias existentes entre Gennari, Bordiga y Gramsci, negando al PCI suficiente homogeneidad. Acusó a la Komintern de falta de elasticidad. Reclamó autonomía para el PSI en la interpretación de las 21 condiciones de admisión¹⁸³.

Turati, en su intervención en el Congreso de Livorno, rechazó cualquier solución revolucionaria. El socialismo para él era: «la negación misma de la violencia»¹⁸⁴.

El socialismo, argumentaba Turati, era un largo camino a recorrer mediante un método evolutivo y gradual, consistente en reafirmar la vía pacífica al socialismo, gracias al sistema democrático. Un argumento importante y coherente en defensa del reformismo radicaba en el sinsentido del verbalismo revolucionario de los maximalistas, contra los que esgrimía su total ausencia de preparativos reales y efectivos para una insurrección. De esta forma no se

¹⁸³ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit., p. 169.

¹⁸⁴ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 113.

conseguía más que dar argumentos válidos a la reacción y el fascismo¹⁸⁵.

El discurso de Turati fue uno de los más lúcidos, junto al de Bordiga. Ambos sabían bien lo que querían y eran coherentes con su propia ideología.

Turati representaba el tronco socialdemócrata, reformista y gradualista de la Segunda Internacional; Bordiga el de la izquierda marxista, revolucionaria y catastrofista (guerra o revolución, guerra como última fase del imperialismo).

En la mañana del 20 de enero volvió a tomar la palabra Kabakciev, en réplica a Serrati, que fue leída por Misiano y provocó un gran alboroto¹⁸⁶:

«Os repetimos que la IC rechaza cualquier resolución que no sea la presentada por la Fracción Comunista, que suscribimos».

En la tarde del mismo día se procedió a la votación de las distintas mociones. El 21 por la mañana se hicieron públicos los resultados:

98.028 votos obtenidos por la moción de los maximalistas.

14.695 votos obtenidos por la moción de los reformistas.

58.783 votos obtenidos por la moción de los comunistas.

¹⁸⁵ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Scritti...*, op. cit., p. 169 y Spriano, Paolo. Op. cit., pp. 112-113.

¹⁸⁶ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 115.

Este resultado, una vez conocido por los bolcheviques, mereció el famoso comentario atribuido a Lenin, con tono despectivo, según el cual Serrati prefirió permanecer unido a 15.000 reformistas que a 60.000 comunistas.

Luigi Polano, en nombre de la FIGS, declaró el propósito de la Juventud de seguir la decisión que tomara la Fracción Comunista. De hecho, la Federación Juvenil, tras el congreso juvenil celebrado algunos días más tarde, ingresó en masa en el nuevo PCI¹⁸⁷.

Amadeo Bordiga, asumiendo «un tono muy frío, despreciativo, perfectamente coherente con el estilo de su batalla», subió al estrado: «No es un adiós, es un repudio»¹⁸⁸, para efectuar su declaración históricamente famosa¹⁸⁹:

«La Fracción Comunista declara que la mayoría del Congreso, con su voto, se ha puesto fuera de la Tercera Internacional Comunista.

Los delegados que han votado la moción de la Fracción Comunista deben abandonar la sala. Están convocados a las 11 en el Teatro San Marco para deliberar la constitución del Partido Comunista, sección italiana de la Tercera Internacional».

¹⁸⁷ Loc. cit.

¹⁸⁸ Loc. cit.

¹⁸⁹ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit., p. 170.

La declaración fue abucheada por la mayoría y aplaudida por los comunistas, que salieron de la sala cantando «La Internacional»¹⁹⁰.

Ese mismo día se decidió disolver la Fracción Comunista Abstencionista¹⁹¹.

Los socialistas, bajo la presidencia de Bacci, prosiguieron los trabajos del congreso del PSI, y sorprendentemente, a propuesta del maximalista Bentivoglio, confirmaron la plena adhesión del PSI a la Tercera Internacional: «aceptando sin reservas los principios y el método»¹⁹².

La moción se aprobó por unanimidad: ¡los reformistas también votaron su adhesión a la Tercera Internacional!

En el Teatro San Marco de Livorno, con el techo agrietado y la lluvia penetrando en el interior, los delegados, con los paraguas abiertos, celebraron el I Congreso del PCI¹⁹³.

Los principales acuerdos tomados fueron la fijación de la sede del Partido Comunista en Milán, donde se publicaría además un órgano bisemanal: *Il Comunista*, y la elección del Comité Central de 15 miembros, al que se añadiría una semana después

¹⁹⁰ Loc. cit.

¹⁹¹ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit., p. 171.

¹⁹² Spriano, Paolo. Op. cit., pp. 115-116.

¹⁹³ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Il pensiero...*, op. cit., p. 116 y Spriano, Paolo. Op. cit., p. 171.

Polano, como representante de la FIGC (Juventud Comunista).

Los elegidos para constituir el Comité Central del PCI procedían de todos los grupos convergentes en el nuevo partido: cinco abstencionistas (Bordiga, Grieco, Parodi, Sessa y Tarsia); cuatro maximalistas de izquierda (Belloni, Bombacci, Gennari y Misiano); dos ordinovistas (Gramsci y Terracini); los dos milaneses Fortichiari y Repossi, que como militantes de la Fracción Comunista jugaron un papel organizativo y propagandístico indiscutible de cara al Congreso de Livorno; y un militante del grupo de la «Circolare Comunista» (Marabini), además de Polano por la Juventud. El Congreso del PCI aprobó los Estatutos¹⁹⁴ y también el programa del Partido Comunista de Italia, que fue publicado el 31 de enero de 1921 en *Il Comunista*.

¹⁹⁴ Reproducidos íntegramente en: Martinelli, Renzo. *Il Partito comunista d'Italia. Politica e organizzazione*, Riuniti, Roma, 1977, pp. 325-336.



Teatro Goldoni de Livorno durante el XVII Congreso del PSI.

2. DE LIVORNO AL IV CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

2.1. El PCI en 1921 y 1922

El predominio personal de Bordiga en el Comité Central se reflejaba aún con mayor claridad en su función directiva en el Comité Ejecutivo, constituido por Umberto Terracini, Luigi Repossi, Bruno Fortichiari, Ruggero Grieco y el propio Amadeo Bordiga.

Había en el Ejecutivo un solo ordinovista: Terracini, que en estos años llegó a convertirse en un exponente de la radicalización del partido, tomando posiciones que frecuentemente cabía situar a la izquierda del resto del Comité Ejecutivo.

Grieco era fiel compañero de Bordiga, desde los tiempos de lucha contra los masones en el «Círculo Carlo Marx» de Nápoles, en 1912.

Reposi y Fortichiari eran dos destacados líderes obreros de la fortaleza industrial de la ciudad de Milán, militantes comunistas forjados en la lucha política por la fundación del PCI, que no podían ser adscritos ni al grupo abstencionista ni al ordinovista. Estaban unidos a Bordiga por lazos de amistad personal, y en las disputas

que estallaron en la dirección del PCI, en 1924, siempre le apoyaron.

Sin embargo, en 1921-1922 el PCI, debido precisamente a la lucha por la escisión desarrollada en el seno del PSI, era un partido ideológicamente *homogéneo*. Tanto Giorgio Galli¹ como Paolo Spriano² coinciden en afirmar la homogeneidad del PCI, aunque divergen en matices.

No es metodológicamente válido proyectar en los años 1921 y 1922 las disensiones surgidas en el seno del PCI en 1923. En 1921 y 1922 el PCI era un partido homogéneo, alineado sobre las tesis políticas de Bordiga, que eran compartidas por la inmensa mayoría del partido, y desde luego por todos los miembros del Comité Central.

Tanto Gramsci, Togliatti y Terracini, como Repossi y Fortichiari compartían en 1921 y 1922 las tesis fundamentales sobre el programa y la táctica del PCI.

Ya anteriormente hemos afirmado que el PCI podía hacerse sin Gramsci y los ordinovistas en el momento de la escisión de Livorno, pero en modo alguno contra Bordiga y la Fracción Abstencionista. No es metodológicamente adecuada la visión, propia de

¹ Galli, Giorgio. *Storia del PCI*, Tascabili Bompiani, Milano, 1977, (1ª ed. 1957), p. 43.

² Spriano, Paolo. *Storia del Partito comunista italiano (Vol. 1) Da Bordiga a Gramsci*, Einaudi, Torino, 1982, (1ª ed. 1967), p. 117.

algunos historiadores programscianos, de Bordiga como reverso izquierdista y erróneo de un Gramsci leninista, en posesión absoluta de la verdad, luz y guía del partido. Gramsci y Togliatti compartieron las tesis bordiguistas.

Las posteriores disensiones y querellas en el PCI retomaron parcialmente los debates anteriores a Livorno entre abstencionistas y ordinovistas. Sin embargo, las causas *reales* de las divergencias existentes eran, como veremos más adelante, muy distintas.

El PCI inició su acción en un momento de reflujó de las acciones de masas³.

Tanto Giorgio Galli⁴ como Paolo Spriano⁵ y Angelo Tasca⁶, coinciden en afirmar que, entre el otoño de 1920 y la primavera de 1921, se había producido un cambio en la correlación de fuerzas entre las clases. A la ola revolucionaria del bienio rojo le sucedía la reacción contrarrevolucionaria. En noviembre de 1920 se dieron las primeras acciones escuadristas.

La derrota del movimiento obrero italiano en la ocupación de fábricas es la causa, para Spriano⁷ y Tasca⁸, de ese cambio en la correlación de fuerzas: el equilibrio giolittiano se ha roto. Ante la constante

³ Galli, Giorgio. Op. cit., p. 47.

⁴ Galli, Giorgio. Op. cit., p. 49.

⁵ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 112.

⁶ Tasca, Angelo. *El nacimiento del fascismo*, Ariel, Barcelona, 1969, p. 101.

⁷ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 122.

⁸ Tasca, Angelo. Op. cit., p. 93.

amenaza revolucionaria, la burguesía reaccionó financiando y alentando al movimiento fascista. El mismo gobierno Giolitti, perdida la posibilidad de colaboración con el socialismo reformista, dejó vía libre a la violencia escuadrista.

La crisis económica, el paro y la inseguridad en el trabajo contribuyeron a debilitar y desmoralizar al movimiento obrero, rompiendo con rapidez y facilidad la resistencia sindical⁹.

Las escuadras fascistas introdujeron la violencia cotidiana como método de acción en la lucha política. De día en día aumentaban los asaltos y destrucciones de las Bolsas de Trabajo, municipios, imprentas, locales y diarios socialistas y comunistas. Se maltrataba o asesinaba a los líderes y militantes obreros. Los escuadristas organizaban operaciones de asalto en masa a poblaciones controladas por socialistas, anarquistas o comunistas. Las fuerzas gubernamentales de orden público no solo dejaban vía libre a la violencia fascista, sino que la secundaban o incitaban, con el objetivo de desarmar y romper la resistencia obrera.

Ante la impresionante escalada de los asaltos armados de los fascistas¹⁰, el diario socialista *Avanti!* del

⁹ Tasca, Angelo. Op. cit., p. 101.

¹⁰ Salvatorelli, Luigi y Mira, Giovanni. *Storia d'Italia nel periodo fascista*, Einaudi, Torino, 1980 (1ª ed. 1956), pp. 177-180.

22 de julio de 1921 publicaba una historia de Cristo con el significativo emblema «no resistir»¹¹.

Matteotti, ante el asalto sistemático de los fascistas a las Bolsas de Trabajo, lanzó la misma consigna: «Permaneced en vuestras casas, no respondáis a las provocaciones. Incluso el silencio y la cobardía son, a veces, heroicos»¹².

Frente a la actitud pacifista de los socialistas, que condujo al PSI a la firma el 3 de agosto de 1921 de un pacto de pacificación con los fascistas, los comunistas propugnaban una táctica totalmente opuesta, aceptando la lucha en el mismo plano de violencia armada planteada por los fascistas.

Entre los meses de abril y junio de 1921, surgió espontáneamente una resistencia obrera ante los ataques fascistas. Es falso afirmar que todos los excombatientes habían sido ganados a la causa fascista. Numerosos grupos de jóvenes excombatientes eran republicanos, anarquistas, *popolari*, socialistas y comunistas. Y estos se organizaron para oponerse a la violencia fascista, en unión de obreros de diferentes partidos, en los llamados Arditi del Popolo¹³.

Sin embargo, tanto el pacto de pacificación firmado por el PSI y la CGL con los fascistas, como la

¹¹ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 132.

¹² Tasca, Angelo. Op. cit., p. 125.

¹³ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 144.

oposición del PCI a la entrada de los comunistas¹⁴ en una organización militar antifascista que escapaba a su control, supusieron un duro golpe contra el movimiento armado de los Arditi del Popolo.

La negativa radical de Bordiga a entrar en los Arditi del Popolo inició el desacuerdo entre el PCI y la Komintern¹⁵.

El III Congreso de la IC propugnó la táctica del frente único. Y, puesto que los socialistas habían firmado con los fascistas el pacto de pacificación, el PCI se hallaba ante una dualidad contradictoria. Por una parte, debían atacar a los dirigentes sindicalistas y socialistas por haber pactado con los fascistas, como método para ganar influencia entre el proletariado italiano. Por otra parte, la táctica del frente único obligaba a los comunistas a proponer a los socialistas una acción común, para lo cual debían atenuar sus críticas al PSI¹⁶.

Frente a los Arditi del Popolo, que eran organizaciones militares de unidad antifascista controladas por los partidos democráticos burgueses, el PCI, preocupado por mantener el control sobre las organizaciones militares con una segura base clasista, prohibió rotundamente la participación de los comunistas en un movimiento multipartidista que

¹⁴ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 146.

¹⁵ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 151.

¹⁶ Galli, Giorgio. Op. cit., p. 53.

escapaba a su control y que podía absorber las formaciones militares del partido.

El PCI no negaba la acción común, incluso militar, de carácter local y en la base, frente a los ataques fascistas, pero se oponía a concluir un pacto nacional con otros partidos¹⁷.

Esta posición valdría a la ejecutiva, dirigida por Bordiga, el calificativo de sectaria, y constituyó un constante motivo de enfrentamiento con la IC.

El PCI intentaba hacer de la resistencia comunista frente al escuadrismo fascista un factor adecuado para ampliar su influencia y su prestigio en el proletariado y las masas¹⁸.

El número de los partidarios del PCI, a raíz de la escisión, se aproximaba a los 100.000: Los 58.000 adherentes a la moción comunista en Livorno más los 42.000 votantes de la moción comunista en el Congreso de la Juventud Socialista, celebrado el 28 de enero de 1921, que decidió por enorme mayoría transformarse en la Juventud Comunista¹⁹.

Sin embargo, el número de militantes se estabilizó alrededor de los 45.000. Así, el número de inscritos en

¹⁷ Galli, Giorgio. Op. cit., p. 54.

¹⁸ Ibidem.

¹⁹ Amendola, Giorgio. *Storia del Partito comunista italiano, 1921-1943*, Riuniti, Roma, 1978 (1ª ed.), p. 42.

marzo de 1922, según la relación del Comité Central al II Congreso del PCI, fue de 43.211²⁰.

La reducción en el número de militantes en el transcurso de un año se debía a la opción revolucionaria que significó la escisión de Livorno. La disciplina exigida a los militantes, basada en la adhesión incondicional al programa, era de carácter muy riguroso, como correspondía al revolucionario que se buscaba en cada militante²¹.

Se fijaba un periodo de admisión de seis meses a los nuevos candidatos. Cualquier militante que faltase a tres reuniones del partido sin justificar su ausencia era expulsado²².

La disciplina y dedicación de los militantes era revisada cada 6 meses en todas las secciones, con el propósito de expulsar a los elementos escasamente activos.

La estructura del partido era netamente centralista. El Comité Ejecutivo provincial dependía directamente del Ejecutivo nacional, que disponía de amplísimos poderes. No existía la figura del secretario general del partido, y es por lo tanto inexacto atribuir tal cargo a Amadeo Bordiga, que era tan solo un miembro

²⁰ Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga, Il pensiero e l'azione politica. 1912-1970*, Riuniti, Roma, 1976, p. 256.

²¹ Livorsi, Franco. Op. cit., p. 254 y Spriano, Paolo. Op. cit., p. 119.

²² Spriano, Paolo. Op. cit., p. 119.

más del Comité Ejecutivo nacional²³. El mayor poder de decisión residía indudablemente en el Congreso anual del partido.

El 95% de los militantes comunistas eran obreros. Otra característica de la militancia era su juventud, con una media de edad inferior a los 30 años. Destacaba en los militantes, además de su dedicación a la causa revolucionaria y su entrega a las actividades del partido, el alto nivel intelectual, que se reflejaba en el elevado nivel teórico utilizado en los artículos de la prensa comunista.

El PCI tenía dos diarios, *L'Ordine Nuovo* en Turín y *Il Lavoratore* en Trieste. El órgano central, de periodicidad bisemanal, *Il Comunista*, se publicó primero en Milán, sede del Ejecutivo, y tras su conversión en cotidiano, en octubre de 1921, se publicaría en Roma. Tenía además una revista teórica quincenal: *Rassegna Comunista*; un semanario sindical: *Il sindacato rosso*; y dos órganos juveniles: *Avanguardia* y *Compagna*, amén de una quincena de diarios provinciales²⁴.

La organización legal del partido era de carácter territorial, compuesta por federaciones locales agrupadas a través de las federaciones provinciales, que

²³ Livorsi, Franco. Op. cit., pp. 257-258.

²⁴ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 167 y Galli, Giorgio. Op. cit., pp. 46-47.

eran 63 en toda la península. No existían las organizaciones por células en las fábricas²⁵.

Existía además una organización ilegal del partido, paralela a la legal, organizada en grupos de 10 militantes, que tenía por objetivo la actuación en la clandestinidad, el armamento y la organización militar, ya fuera para la defensa o la insurrección.

Toda la estructura ilegal, tan cuidada como la legal, estaba dirigida por Bruno Fortichiari²⁶. Fue esta organización ilegal la que permitió al partido resistir los ataques fascistas durante el periodo de la guerra civil de los años 1921 y 1922. Tras la ilegalización de todos los partidos políticos por el fascismo, esta estructura fue la que permitió al PCI ser la única organización que mantuvo su actividad.

En las elecciones del 15 de mayo de 1921 el PCI obtuvo 304.719 votos frente a los 1.631.435 obtenidos por el PSI²⁷, con lo cual se puede afirmar que el PSI mantuvo, pese a la escisión, su influencia electoral.

El PSI, que en el Congreso de Livorno había perdido un tercio de sus militantes, había conseguido llevar al parlamento 123 diputados, en tanto el PCI solo

²⁵ Fortichiari, Bruno. *Comunismo e revisionismo in Italia. Testimonianza di un militante rivoluzionario*, Tennerello ed., Torino, 1978, pp. 69-79 y 118-120, y también Spriano, Paolo. *Op. cit.*, p. 170.

²⁶ Fortichiari, Bruno. *Comunismo e revisionismo...*, *op. cit.*, pp. 69-79.

²⁷ Galli, Giorgio. *Op. cit.*, p. 46.

obtenía 15, lo que indicaba una pérdida de 33 diputados para el PSI y 18 para el conjunto de la izquierda.

El fracaso electoral del PCI debía buscarse en el carácter ideológico y propagandístico de la campaña electoral, caracterizada por el ataque a los socialistas y la minimización del fenómeno fascista²⁸. Bordiga y el Ejecutivo del PCI, abandonadas definitivamente las tesis abstencionistas, aplicaron los criterios del parlamentarismo revolucionario, utilizando la campaña como un medio de propaganda del programa comunista, sin importarles demasiado la obtención de un mayor o menor número de votos. Por otra parte, el voto al PCI era valorado como un voto a la dictadura del proletariado y la insurrección revolucionaria, por lo que forzosamente había de ser minoritario en unas elecciones, jugando el voto útil en beneficio de los socialdemócratas.

Frente al fracaso electoral, el PCI obtuvo un destacado éxito en el ámbito sindical. A solo un mes de la escisión de Livorno, en el congreso de la CGL de febrero-marzo de 1921, los comunistas conquistaron a nivel de las Bolsas de Trabajo 586.856 votos, frente a los 1.197.882 obtenidos por el PSI²⁹. Tal éxito permitía hablar de una tendencia a la expansión comunista en los sindicatos de la CGL.

²⁸ Livorsi, Franco. Op. cit., pp. 241-243.

²⁹ Livorsi, Franco. Op. cit., p. 245.

Aunque el estudio de la dimensión sindical del PCI se hace detenidamente más adelante, en el punto I.2.6, al que debemos remitirnos para una ampliación del tema, baste aquí para completar una visión general del PCI en 1921 y 1922 subrayar la táctica de unidad sindical de los comunistas.

Bordiga y el Ejecutivo del PCI, anticipándose a los acuerdos del III Congreso de la IC, propugnaron la consolidación de un frente único sindical.

2.2. Tres artículos de Bordiga sobre el partido

Entre abril de 1921 y febrero de 1922, Amadeo Bordiga publicó tres artículos centrados en la temática del partido de clase, que constituyen una unidad. Entre los tres artículos se da una continuidad formal y teórica.

La situación objetivamente revolucionaria de Italia durante el bienio rojo (1919-1920), determinó una burguesía impotente ante los graves problemas de inflación y reconversión industrial de la posguerra. Se trataba de una burguesía debilitada, incapaz de resolver la crisis económica en términos puramente económicos y políticos, que debía recurrir a la violencia institucional, la represión del movimiento obrero y el abandono del marco legal del liberalismo para mantener su situación de clase dominante. Incluso el ejército se había mostrado potencialmente revolucionario. He ahí

una de las razones más importantes de Nitti, y sobre todo de Giolitti, para no utilizarlo en las huelgas y en las ocupaciones de fábricas, al tiempo que potenciaban la Guardia Real.

Las posibilidades del triunfo de la revolución en la Italia del bienio rojo dieron lugar a dos intentos oportunistas de Mussolini de reingresar en el PSI: primero en 1918, y de nuevo durante el periodo de la ocupación de fábricas. Veía Mussolini en el auge de las luchas obreras la señal para la conquista del poder³⁰.

La tesis sobre la situación revolucionaria en la Italia del bienio rojo era complementada, por los dirigentes comunistas de la Internacional y del PCI, con la tesis de la ausencia de un partido capaz de llevar a cabo la revolución, que la situación objetiva hacía posible. Y ésta fue una de las razones más importantes que condujeron a la escisión de Livorno: la incapacidad revolucionaria el PSI.

Esta era también la cuestión esencial que planteó Bordiga en sus artículos: ¿por qué faltó un partido revolucionario en el bienio rojo?

En la base de su respuesta, Bordiga inevitablemente sitúa el rechazo de la democracia: el ataque del fascismo a las libertades políticas burguesas no es razón válida para que los revolucionarios

³⁰ Livorsi, Franco. Op. cit., p. 180; Milza, Pierre y Bernstein, Serge. *Le fascisme italien, 1919-1945*, Ed. Du Seuil, París, 1980, p. 95 y pp. 177-178.

defiendan la democracia burguesa. En el pensamiento de Amadeo Bordiga, fascismo y democracia no se oponen, se complementan.

El PSI, a su parecer, pecaba de oportunismo, electoralismo, obrerismo y unitarismo.

La traición de la socialdemocracia internacional, y de Mussolini en el seno del PSI, durante la Gran Guerra, planteaba la Bordiga la urgente necesidad de *subordinar la táctica* a seguir, en las situaciones inmediatas, *al programa y a los principios estratégicos* del partido.

Sigamos, paso a paso, la argumentación de Bordiga en sus tres artículos, que son³¹:

1. «Partido y clase», publicado en *Rassegna Comunista*, año I, nº 2, el 15 de abril de 1921.
2. «Partido y acción de clase», publicado en *Rassegna Comunista*, año I, nº 4, el 31 de mayo de 1921.
3. «El principio democrático», publicado en *Rassegna Comunista*, año II, nº 18, el 18 de febrero de 1922.

El primer artículo, «Partido y clase», se iniciaba afirmando que el partido jamás llegaría a abarcar a la

³¹ Los tres artículos se hallan traducidos en: *Partido y clase*, Ed. Programme communiste, París, 1974. El artículo titulado «El principio democrático» se encuentra también, mejor traducido, en: Bordiga, Amadeo. *La ilusión democrática* (folleto), Ed. Etcétera, Barcelona, 1976, pp. 18-32.

mayoría de la clase obrera. Bordiga definía la clase en función de su organización en partido: «ni siquiera se debe hablar de *clase* mientras no exista en ella una minoría que tienda a organizarse en partido político»³².

A continuación, explicó Bordiga lo que entendía por clase social, diferenciando la definición sociológica y estadística, de carácter estático, de la concepción marxista, que ve la sociedad con un criterio histórico y dialéctico: «El método dialéctico entiende la historia como un film».

Así pues, en la visión marxista, la clase es fundamentalmente dinámica y no estática, como lo sería para un sociólogo o un estadístico. Afirmó Bordiga:

«el concepto de clase no debe, pues, sugerirnos una imagen estática, sino dinámica. Cuando distinguimos [...] un movimiento hacia determinados objetivos, entonces podemos reconocer la existencia de una clase en el verdadero sentido de la palabra. Pero entonces existe, de manera substancial, si no aún de manera formal, un partido de clase».

Y aquí llegaba a la definición del partido en su relación con la clase:

«Un partido es una escuela de pensamiento político y una organización de combate al mismo tiempo. Lo primero es un acto de conciencia, lo segundo

³² *Partido y clase*, Ed. Programme communiste, París, 1974, pp. 45-55.

es un acto de voluntad, o más precisamente, de esfuerzo encaminado a alcanzar un objetivo».

El carácter necesaria e inevitablemente minoritario del partido fue expresado del siguiente modo:

«la visión de una acción colectiva encaminada a conseguir unos objetivos generales que interesan a toda la clase y que se concretan en el intento de transformación de todo el régimen social sólo la adquiere claramente una minoría avanzada».

Y proseguía:

«estas minorías, no son otra cosa que el partido. [...] Aunque el partido no abarca más que a *una parte* de la clase, es solo el partido quien le da la unidad de acción y de movimiento, porque agrupa a aquellos elementos que, superando los límites de categoría y de localidad, *sienten y representan* a la clase».

Sobre esta base, Bordiga volvía a la afirmación con la que iniciaba el artículo: «el partido es sólo una parte de la clase».

Amadeo Bordiga razonaba así el porqué de esta tajante afirmación de la inexistencia de clase sin partido:

«La clase presupone el partido, porque para existir y moverse en la historia la clase debe tener una doctrina crítica de la historia y un objetivo final que alcanzar».

A partir de la anterior argumentación podemos efectuar un breve resumen de las principales

afirmaciones efectuadas hasta este momento por Bordiga: la clase no es un conjunto de individuos con unas condiciones sociales homogéneas, sino un movimiento colectivo encaminado hacia la conquista de unos objetivos históricos. La visión global de este movimiento, *la defensa de los intereses históricos de la clase*, su acción colectiva contra la clase dominante, y los objetivos a alcanzar, sólo pueden ser patrimonio de una minoría, esto es, *el partido, identificado con la clase en acción*.

¿Pero por qué solo de una minoría?: porque la conciencia de la mayoría de la clase es la propia de la clase dominante. Y precisamente en esa premisa se fundamenta el principio democrático, base de la dominación ideológica de la burguesía:

«si la conciencia de los hombres es el resultado y no la causa de las características del medio en el cual se ven obligados a vivir y actuar, la regla no será jamás que el explotado [...] pueda convencerse que debe derribar y sustituir al explotador [...]. Esta será siempre la excepción. La democracia electoral burguesa corre al encuentro de la consulta de las masas, porque sabe que la mayoría responderá siempre a favor de la clase privilegiada y le delegará voluntariamente el *derecho* de gobernar y de perpetuar la explotación».

Por esa misma razón, la aplicación del criterio democrático al partido carecía, para Bordiga, de validez:

«El concepto del *derecho* del proletariado a disponer de su acción de *clase* no es más que una abstracción sin ningún sentido marxista, que disimula el deseo de abrir el partido revolucionario a capas menos maduras. Y es que a medida que esto ocurre, las decisiones se van acercando cada vez más a las concepciones burguesas y conservadoras».

Los partidos socialdemócratas que aplicaban el criterio democrático eran, para Bordiga, organizaciones contrarrevolucionarias, y lo utilizaban para retrasar la conciencia revolucionaria de la clase:

«las escuelas socialdemócratas, cuyo contenido reaccionario ha sido demostrado por la historia, oponen continuamente la masa al partido».

Esa era precisamente la explicación de la degeneración de los partidos de la Segunda Internacional:

«Toda la degeneración de los partidos socialdemócratas de la Segunda Internacional, y el hecho que se volvían aparentemente menos revolucionarios que la masa no organizada, derivaba del hecho que perdían cada día más su fisonomía como partido, precisamente porque hacían obrerismo, laborismo. Es decir, ya no funcionaban como vanguardias avanzadas de la clase, sino como mecánica expresión de un sistema electoral y corporativo que daba el mismo peso y la misma influencia a las capas

proletarias menos conscientes y más dominadas por egoísmos».

Similares eran en el pensamiento de Bordiga las limitaciones anarcosindicalistas que, al negar el partido, idealizaban a la clase, al tiempo que al mantenerla al nivel de las reivindicaciones economicistas inmediatas no conseguían más que la integración del asalariado en el sistema, anulando por otra parte su conciencia política y con ella la única solución revolucionaria existente: la toma del poder.

«La burguesía sabe que, manteniendo al proletariado en el terreno de las exigencias inmediatas y económicas que lo conciernen categoría por categoría, se hace obra conservadora, al evitar la formación de esa peligrosa conciencia “política”, la única que es revolucionaria, porque pone la mira en el punto vulnerable del adversario: la posesión del poder».

Tras rechazar el determinismo y una forma peculiar de éste, que denominaba mecanicismo organizativo, mediante la tajante afirmación: «la revolución no es una cuestión de formas de organización», Bordiga concluía este primer artículo con una breve síntesis de los principales conceptos expuestos en el mismo:

«La clase parte de una homogeneidad inmediata de condiciones económicas, que constituye el primer motor de la tendencia a superar, a quebrantar el sistema actual de producción. Pero para asumir esta tarea [...]

debe adquirir un pensamiento propio [...] y una voluntad propia que apunte a realizar los objetivos [...]; una organización de combate propia que canalice y utilice con el mayor rendimiento sus esfuerzos y sus sacrificios. Todo esto es el partido».

El segundo artículo: «Partido y acción de clase», proseguía las argumentaciones del primero, que definían y describían el partido como una minoría, que solo muy excepcionalmente conseguía arrastrar a la mayoría de la clase.

Bordiga dio la siguiente definición del partido:

«Un partido es un conjunto de personas que tienen la misma visión general del desarrollo histórico, una idea clara del objetivo final de la clase a la que representan y de las soluciones que el proletariado deberá dar a los diversos problemas que se le presentarán cuando se convierta en la clase gobernante. [...] [Por eso] el gobierno de clase sólo podrá ser gobierno de partido [...], incluso la acción revolucionaria de clase contra el poder burgués solo puede ser una acción de partido»³³.

Y planteó la necesidad del partido revolucionario para la clase obrera, no sólo por razones de carácter «técnico», sino sobre todo porque el partido era el único organismo capaz de poseer:

³³ *Partido y clase*, op. cit., pp. 57-76.

«una visión histórica general del proceso revolucionario y de sus exigencias, y [...] una severa disciplina organizativa que asegure la subordinación [...] a la finalidad general de clase».

Las tareas del partido eran, para Bordiga, la teoría revolucionaria y la disciplina organizativa:

«La tarea indispensable del partido se ejerce, pues, de dos maneras: primero, como acto de conciencia, y luego como acto de voluntad. La primera se traduce en una concepción teórica del proceso revolucionario, que debe ser común a todos los adherentes; la segunda, en la aceptación de una disciplina precisa que asegure la coordinación y, por lo tanto, el éxito de la acción».

Subrayando con claridad que el único objetivo del partido era el de hacer la revolución y que la pérdida de esa meta última daba paso al colaboracionismo, que iniciaba la pendiente de la degeneración de los partidos.

Sobre esta base, Bordiga quitó toda importancia al aspecto numérico de los militantes de un partido, y a la pregunta que él mismo se planteaba:

«el partido es una fracción de la clase; pero ¿cómo establecer el valor numérico de esa fracción?».

Respondía del siguiente modo:

«Si el proceso de formación de los partidos comunistas, hecho de escisiones y de fusiones, se juzgase según un criterio numérico, [...] cometeríamos

un error ridículo, al no comprender que ese proceso debe ser valorado por normas cualitativas y políticas».

El carácter minoritario o mayoritario del partido revolucionario dependía del partido y de la situación objetiva. Bordiga partía de la plena convicción de que, antes de la revolución, la conciencia obrera era de carácter socialdemócrata. De ahí el carácter necesariamente minoritario del partido revolucionario. Este solo alcanzaría una influencia mayoritaria en la clase en un periodo revolucionario, cuando fuese planteada la cuestión del poder:

«En los momentos en que [...] el problema del poder se impone a las masas, el juego de los socialdemócratas se vuelve terriblemente evidente, porque frente al dilema: dictadura proletaria o dictadura burguesa [...] eligen la complicidad con la burguesía. Pero cuando esta situación [...] aún no se ha concretado, una parte notable de las masas sufre la vieja influencia de los social-traidores. Por otro lado, es inevitable que, [...] cuando la burguesía comienza a desplegar fuerzas de resistencia inesperadas, el movimiento de los partidos comunistas pierda momentáneamente terreno, tanto en el plano de la organización, como en el del encuadramiento de las masas».

A partir de estas premisas, Bordiga consideró que el partido, aunque fuera un factor que incidía en el desarrollo histórico, era también fruto de ese desarrollo histórico. El crecimiento numérico del partido era

resultado del crecimiento de la conciencia de clase del proletariado, del cual el partido era la síntesis:

«el Partido Comunista [...] aunque esté formado por el conjunto de aquellos que conocen y comprenden mejor que el resto de la masa las características del desarrollo histórico [...] y a pesar de actuar constantemente como un factor de aceleración revolucionaria, no puede [...] forzar o invertir la esencia fundamental de las situaciones».

Ante una situación objetiva desfavorable, cuando el partido tenía una escasa audiencia entre las masas, la táctica que debían seguir los comunistas no era la de rebajar los planteamientos teóricos o modificar el programa y los principios para conseguir un partido de masas, sino la de mantenerse fieles a sus principios programáticos, aunque fuese a contracorriente de las masas:

«los criterios que deben emplearse a la hora de juzgar la eficiencia de los partidos comunistas deben ser muy diferentes a los del control numérico “a posteriori” de sus fuerzas [...]. Estos criterios solo pueden consistir en la definición exacta de las bases teóricas del programa del partido, y de la rígida disciplina interna de todas sus organizaciones y de sus miembros».

Un partido revolucionario no podía ser un partido de masas, salvo en un periodo netamente revolucionario:

«lo que algunos llaman “acercar el partido a las masas” equivale muchas veces a desnaturalizar las características del partido, a despojarlo precisamente de aquellas cualidades que pueden hacerlo capaz de influir en las masas».

Para Bordiga era necesario que entre principios, programa y táctica existiese un nexo de coherencia y continuidad. Pero los principios no debían ser modificados nunca ante los cambios de las situaciones objetivas. El programa no podía depender de la táctica inmediata, sino que por el contrario ésta había de ser siempre determinada por el programa. La alternativa no se daba entre un partido minoritario y un partido de masas, sino entre un partido revolucionario minoritario, con escasa influencia momentánea entre la clase, y un partido de masas que sacrificaba su carácter revolucionario en aras de incrementar momentáneamente su influencia entre las masas. Nos hallamos aquí ante el núcleo central de la oposición que enfrentó a Bordiga con la Internacional y su hombre en el PCI, Gramsci, en el áspero debate sobre las cuestiones de táctica a partir del III Congreso de la IC.

Bordiga se opuso además a la colaboración con otros partidos obreros, porque:

«Nunca ganaremos a las masas de forma eficaz si no es yendo *contra* sus jefes oportunistas, lo que quiere decir que es necesario conquistarlas desmantelando las

redes organizativas de los partidos no comunistas que todavía tienen influencia sobre ellas».

Entre otros problemas tácticos, planteó Bordiga la candente discusión sobre la denominada táctica de la ofensiva, criticando la concepción voluntarista que entendiase tal táctica bajo el prisma de la acción del partido como la del Estado Mayor de un ejército:

«No se crean los partidos ni las revoluciones. Se dirigen los partidos y las revoluciones, unificando las experiencias revolucionarias internacionales útiles para garantizar al proletariado las máximas posibilidades de victoria en esta batalla, consecuencia inevitable de la época histórica en que vivimos».

Esto era plenamente coherente con la firme defensa del programa del partido, sea cual fuere la situación objetiva, y también con la total subordinación de la táctica a los principios programáticos:

«Los criterios fundamentales que deben orientarnos a la hora de dirigir la acción de las masas [...] deben inspirarse en la dialéctica marxista, basándose sobre todo en la claridad y la homogeneidad programática, por un lado, y en la disciplina táctica centralizadora, por el otro.

[...] existen dos desviaciones “oportunistas”: [...] la que deja que sean las situaciones las que dicten las reglas organizativas del partido, [...] y la que pretende que es el partido, a su voluntad, quien crea las situaciones históricas».

Como ya se ha indicado anteriormente, en todas estas concepciones estaba ya el germen del enfrentamiento de Bordiga con la Ejecutiva de la Internacional acerca de las cuestiones de la táctica de los partidos comunistas. Enfrentamiento que tenía su fundamento en la concepción misma del partido, y, sobre todo, en la subordinación de la táctica inmediata al conjunto de principios programáticos, cuya defensa y consecución eran para Bordiga la razón misma de ser del partido revolucionario.

En su tercer artículo: «El principio democrático», Bordiga completó su concepción del partido, reafirmando la incompatibilidad absoluta entre democracia y comunismo.

El artículo se proponía criticar la defensa que hacían las organizaciones proletarias, ya fueran sindicatos o partidos, de los criterios democráticos.

Criticó el principio de la democracia en el partido, esto es, el criterio democrático como método de organización y de acción del partido. Pero para realizar esta crítica del principio democrático *en el partido*, necesitó antes realizar la crítica del principio democrático *en la sociedad* capitalista, del cual el primero no es más que un reflejo.

El artículo se convertía, de este modo, en un pequeño e interesante tratado de crítica histórica e

ideológica de la revolución burguesa en su concepción política: la democracia.

De este artículo, auténtica joya de lectura insustituible, intentaremos tan solo hacer un resumen de lo más esencial.

Para Bordiga el principio democrático se basa en una igualdad política *ficticia*, que se contradice con la desigualdad económica de la *realidad* social:

«La crítica marxista a los postulados de la democracia burguesa se basa, efectivamente, en la definición de las características de la actual sociedad dividida en clases, y demuestra la inconsistencia teórica y el engaño práctico de un sistema que pretende conciliar la igualdad política con la división de la sociedad en clases sociales, determinada por la propia naturaleza del sistema de producción.

La libertad y la igualdad política contenidas según la teoría liberal en el derecho al sufragio, solo tienen sentido sobre una base que no contenga disparidad de condiciones económicas fundamentales: por eso nosotros, comunistas, aceptamos su aplicación en el interior de las organizaciones de clase del proletariado, a cuyo mecanismo sostenemos que debe dársele un carácter democrático»³⁴.

La división de la sociedad en clases antagónicas, con intereses económicos contrapuestos, convierte

³⁴ Bordiga, Amadeo. *La ilusión...*, op. cit., pp. 18-32.

necesariamente al Estado en defensor de los intereses de la clase dominante:

«La división en clases, netamente distintas por sus privilegios económicos, hace que la opinión de la mayoría pierda todo valor. Nuestra crítica rechaza el engaño que presenta el mecanismo del Estado democrático y parlamentario, salido de las constituciones liberales modernas, como una organización de todos los ciudadanos y en interés de todos los ciudadanos. Dado que existen intereses contrapuestos y conflictos de clase, no hay unidad de organización posible. El Estado permanece, pese a la apariencia exterior de soberanía popular, como el órgano de la clase económica superior y como el instrumento para la defensa de sus intereses».

La democracia política, o si se quiere, la aplicación jurídica y política del principio democrático, tiene pretensiones de universalidad porque, de este modo, fortalece un Estado que ejerce la dictadura minoritaria de la clase capitalista:

«No hay que insistir mucho para la demolición crítica del error que atribuye igual grado de independencia y de madurez al “voto” de cada elector [...]; pretendiendo que al asumir estas *soberanas* funciones se asegura la calma y la obediencia de quienes se sienten lesionados y maltratados por la política y la administración del Estado».

Así pues, el *principio* democrático se convierte en un *mecanismo*, puesto que el Estado es el órgano de la dictadura de la clase dominante, independientemente del hecho aleatorio y accidental de que se vote o no se vote, y de a quién o qué se vote:

«[Así, pues, hemos demostrado] que el *principio* democrático no tiene ninguna virtud intrínseca y que no vale nada *como principio*, pues es más bien un *mecanismo* organizativo fundado en una simple y banal presunción aritmética: que la mayoría tiene razón y la minoría se equivoca».

Y este mecanismo, según Bordiga, no sirve para ejercer la dictadura del proletariado:

«El Estado proletario, como organización de una clase contra otras clases que deben ser despojadas de sus privilegios económicos, es una fuerza histórica real que se adapta al objetivo que persigue, es decir, a la necesidad para la que ha nacido. [...] lo esencial es que se dé a esta organización de poder proletario los medios y las armas para derrocar el privilegio económico burgués y sus auxiliares políticos y militares, con el objetivo de preparar la desaparición misma de las clases [...] mientras la democracia burguesa no tiene otro objetivo que mantener a las grandes masas proletarias y pequeño burguesas apartadas de la dirección del Estado, [...] la dictadura proletaria debe lograr implicar en la lucha que encarna a las más amplias capas de las masas proletarias, e incluso a las capas que van camino de la

proletarización. Pero sólo aquellos que están influidos por los prejuicios pueden pensar que para esto es necesario un vasto engranaje de consultas electorales».

Bordiga rechazó las concepciones que veían el proceso revolucionario como un problema de mecanismos representativos u organizativos:

«no atribuimos ninguna virtud intrínseca a estas formas de organización y representación, como demuestra esta tesis marxista fundamental que dice que “la revolución no es un problema de formas de organización”. La revolución es un problema de contenido, es decir, de movimiento y de acción de las fuerzas revolucionarias en un proceso incesante, que no puede teorizarse cristalizándolo en vanas tentativas de una inmóvil “doctrina constitucional”».

Evidentemente, en el pensamiento de Amadeo Bordiga, este proceso revolucionario solo podía ser dirigido por el partido, como órgano de clase mejor capacitado para dirigir las fuerzas y la acción revolucionarias:

«El partido [...] es el órgano que más se aproxima a una colectividad unitaria, homogénea y solidaria en la acción. En realidad, engloba en sus filas sólo a una minoría de la masa, pero [...] representa los intereses y el movimiento [colectivo] mejor que cualquier otro órgano. En el partido político se efectúa la participación continua e ininterrumpida de todos sus miembros en la ejecución del trabajo común, y la preparación de la

solución a los problemas de lucha y reconstrucción de que el grueso de la masa no es consciente hasta el momento en que se perfilan».

Aunque el Partido Comunista tampoco es infalible, ni una garantía absoluta:

«el propio Partido Comunista no está exento de los peligros de degeneración y disolución. Las características objetivas que colocan el partido a la altura de su tarea no están incluidas en la mecánica de sus estatutos, ni dependen de su organización interna, sino que se realizan mediante su proceso de desarrollo y su participación en las luchas y en la acción, como formación de una dirección común en torno a una concepción concreta del proceso histórico y de un programa fundamental».

Finalizó Bordiga su artículo mediante la crítica del principio democrático en el partido, rechazando radicalmente el criterio democrático como método de organización y acción del mismo:

«El partido, a diferencia del sindicato, no parte de una identidad tan completa de intereses económicos, pero en cambio establece la unidad de su organización sobre una base mucho más amplia que la categoría: la clase. El partido no solo se extiende en el espacio, sobre toda la clase proletaria hasta hacerse internacional, sino también en el tiempo, es decir, se convierte en el órgano específico cuya conciencia reflejan las exigencias del

éxito en todo el camino de emancipación revolucionaria del proletariado».

El criterio válido a aplicar en el seno del partido era, según Bordiga, su programa. Por esta razón rechazó de raíz la aplicación del principio democrático en el partido. De este modo substituyó la concepción del centralismo democrático por la propia del centralismo orgánico:

«para nosotros el criterio democrático es un accidente material para la construcción de nuestra organización interna y la formulación de los estatutos del partido: no es una plataforma indispensable. Por eso, nosotros no elevaremos a principio la fórmula organizativa del “centralismo democrático”. Para nosotros la democracia no puede ser un principio: el centralismo sí que lo es, ya que las características esenciales de la organización del partido han de ser su unidad de estructura y de movimiento. Para indicar la continuidad en el espacio de la estructura de partido, nos basta el término *centralismo*. Y para introducir el concepto esencial de continuidad en el tiempo [...], propondríamos decir que el Partido Comunista basa su organización en el “*centralismo orgánico*”».

En estos tres artículos Bordiga difiere en tres puntos esenciales de la Internacional Comunista, en lo que atañe a la concepción del partido:

1. Concibe el *partido como órgano y síntesis de la clase obrera*, frente al partido considerado como un instrumento de la vanguardia para conquistar una influencia mayoritaria en el seno de la clase obrera.
2. *Subordina totalmente la táctica al programa*, frente a la concepción de la teoría política como síntesis equilibrada entre principios y situación inmediata.
3. *Centralismo orgánico* frente a centralismo democrático. Esto es, rechazo a la aplicación del principio democrático en el partido, y concepción de éste como una organización de clase no inmediatista, centralizada, que defiende su programa intransigentemente, oponiendo la defensa de *los intereses históricos* de la clase obrera al reformismo.

La importancia y la originalidad de la concepción del partido en estos tres artículos de Bordiga, cuando estaba en la dirección efectiva del PCI, permiten afirmar a Livorsi que «todos los futuros enfrentamientos de Bordiga con la Internacional (sobre el PSI, el frente único y el gobierno obrero) tienen su matriz en esta específica y atípica concepción del partido»³⁵.

³⁵ Livorsi, Franco. Op. cit., p. 198.

2.3. Artículos de Bordiga sobre fascismo y democracia en 1921 y 1922

La temática del partido es de carácter ideológico, la del fascismo de carácter político. Ambas temáticas son fundamentales para el PCI en 1921 y 1922.

Bordiga abordó el tema del fascismo en numerosos artículos, entre 1921 y 1926. El fascismo era el problema número uno que el PCI debía afrontar en su acción durante estos años.

Ante todo, para comprender las tesis de Bordiga sobre el fascismo, es preciso diferenciar su pensamiento de la ideología antifascista.

Para el antifascismo, el fascismo se caracteriza esencialmente por la supresión violenta de la legalidad y las libertades políticas democráticas. Para Bordiga, dentro de la más pura ortodoxia marxista, el uso abierto de la violencia no caracteriza nada. La violencia en sí carece de significación precisa. Lo importante es analizar y concretar qué clase utiliza la violencia contra qué otra clase. El abecé más elemental del marxismo enseña que, en toda sociedad dividida en clases, la clase dominante ejerce la violencia para someter a la clase dominada.

La ideología que caracteriza el fascismo como una regresión a formas precapitalistas es ajena a la teoría marxista.

Las formas políticas no varían con la moda, sino que vienen determinadas por el conjunto de relaciones sociales imperantes, y su evolución depende no del azar, el capricho o la voluntad, sino del desarrollo económico y social de esa sociedad, esto es, de los cambios que se operan en esa estructura de relaciones sociales en su contacto con los acontecimientos históricos.

En el pensamiento de Bordiga, la aceptación por el proletariado de la ideología antifascista suponía defender la democracia, renunciando a sus *intereses de clase*, o lo que es lo mismo, renunciando a afirmarse como clase revolucionaria.

Así pues, la antítesis democracia/fascismo, para Bordiga era falsa. Democracia y fascismo no se oponen, sino que se complementan: esta sería una tesis fundamental y distintiva no sólo para Bordiga, sino para la Fracción de Izquierda en los años 30.

Tanto fascismo como democracia son, en los artículos de Bordiga, métodos de dominación de la gran burguesía, orientados al mantenimiento de las relaciones sociales de producción capitalistas.

Bordiga, abandonando las definiciones y concepciones fetichistas del capital, esto es, el capital como cosa, ya sea dinero, fábricas, etc., retomaba la definición marxista del capital, definido como una relación social de producción, y precisamente aquella que se establece entre una clase social, caracterizada por su libertad (libertad para vender su fuerza de trabajo), y

aquella otra clase social caracterizada por ser compradora de fuerza de trabajo asalariada.

Partiendo de la concepción marxista del capital, Bordiga afirmó que la clase dominante, es decir, la caracterizada por comprar fuerza de trabajo, se servía alternativamente (o al unísono) del método democrático y/o del método fascista de dominación, para mantener vigentes las relaciones sociales de producción capitalistas, es decir, la compra-venta de fuerza de trabajo en un mercado regido por la ley de la oferta y la demanda.

Que la clase capitalista dominante recurrir al método democrático o al método fascista no dependía de una opción ideológica; no era un acto voluntario, sino que dependía del grado de maduración de los conflictos sociales.

El método más hábil, el que dio mejores resultados en la Italia de 1920-1925, fue el empleo conjunto de la violencia fascista, alentada y apoyada desde las instituciones democráticas, junto al arma sutil y paralizante del reformismo social y la defensa de las libertades democráticas y la legalidad burguesa, como objetivo propuesto al movimiento obrero.

El fascismo no era para Bordiga una regresión hacia formas políticas precapitalistas, ni tampoco una forma política incompatible con los postulados democráticos, sino una contrarrevolución preventiva

para conjurar la amenaza revolucionaria del proletariado.

Bordiga y sus partidarios en la dirección del PCI extrajeron sus tesis de la experiencia histórica vivida día a día en Italia.

Obra de la democracia parlamentaria fue la represión durante el bienio rojo de los movimientos populares surgidos a causa de la crisis económica de postguerra: inflación, reconversión industrial y paro, que golpearon duramente las condiciones de vida de la clase obrera.

Las milicias fascistas no intervinieron decisivamente sino con posterioridad a la liquidación del movimiento de ocupación de fábricas de septiembre de 1920, al final del bienio rojo.

El arma más eficaz, utilizada por Giolitti en la desmovilización del movimiento revolucionario, fue la CGL y el PSI, es decir, el reformismo socialista.

El Estado democrático, en colaboración con la socialdemocracia, había creado las condiciones para la aparición de un tercer factor contrarrevolucionario: las escuadras fascistas.

Su misión no fue la de aplastar un movimiento revolucionario, ya vencido por la represión del Estado democrático y el colaboracionismo del socialismo reformista, sino impedir su rebrote.

Un rasgo esencial del fascismo, para Bordiga, era su raíz industrial, y por tanto negaba el carácter de reacción feudal del movimiento fascista.

Bordiga afirmaba que el fascismo había nacido en las grandes ciudades industriales del norte de Italia, como Milán, donde Mussolini fundó los fascios en 1919. De ahí la temprana financiación del fascismo por parte de los grandes industriales, así como la aparición del Fascio como un gran movimiento unitario de la clase dominante. Su implantación en las grandes regiones rurales de Emilia-Romaña, anterior incluso al dominio de las grandes ciudades industriales, se produjo precisamente en las zonas rurales caracterizadas por una agricultura avanzada, plenamente capitalista, como la imperante en el Valle del Po. La gran burguesía terrateniente de Emilia-Romaña dio su total apoyo al fascismo, que apenas si tuvo eco en el atrasado sur de Italia.

Todavía fueron precisos 2 años de auténtica guerra civil (1921 y 1922), la preciosa colaboración del socialismo reformista y la traición del sindicalismo de la CGL, para que el fascismo pudiera dominar los grandes centros industriales del norte de Italia. Pero una vez conseguido esto, tras el fracaso de la huelga general de agosto de 1922, la Marcha sobre Roma se convirtió en puro trámite.

Trámite en el que Bordiga no dejó de subrayar la toma del poder por los fascistas, con el voto de todas las

formaciones políticas liberales y democráticas existentes entonces en el Parlamento.

Tras esta introducción a los rasgos esenciales del pensamiento de Bordiga sobre la temática del fascismo, podemos seguir por orden cronológico los artículos dedicados al tema desde 1921 hasta el Informe presentado por Amadeo al V Congreso de la Internacional Comunista, en julio de 1924.

En todos estos artículos se desarrolla una concepción original del fascismo y la democracia, ya esbozada en las páginas anteriores, que está férreamente anclada en la tradición y el pensamiento marxista.

Nuestro interés por estos artículos, además de su importancia intrínseca, radica en que son el fundamento de las ideas que la Fracción de Izquierda del PCI sostuvo y defendió sobre el fascismo y el antifascismo en los años 30, y que fueron desarrolladas en *Bilan*, aplicándolas a la guerra civil española.

Artículos sobre la socialdemocracia

En el artículo publicado en *Il Comunista* el 6 de febrero de 1921, titulado «La función de la socialdemocracia en Italia», Bordiga se planteaba las características de la socialdemocracia y su función histórica.

Según él:

«no podemos ni debemos hablar de que la socialdemocracia tenga una función histórica en los países de Europa occidental, donde el régimen democrático íntegramente burgués existe desde hace tanto tiempo que ha llegado a agotar su función histórica y se halla en decadencia. Para nosotros, no hay más traspaso revolucionario del poder que el de la burguesía dominante al proletariado, así como no existe otra forma de poder proletario distinta a la dictadura de los consejos»³⁶.

Pero, aunque para Bordiga la democracia fuese un régimen en decadencia, ello no impedía que la socialdemocracia se presentase como alternativa histórica válida:

«Los partidos socialdemócratas sostienen que el periodo democrático aún no se ha cerrado y que el proletariado puede todavía valerse de las formas políticas democráticas para sus objetivos de clase. Pero, como salta a la vista que el proletariado no saca ninguna ventaja de estas formas en vigor, [...] los socialdemócratas se ven obligados a echarle imaginación y a proponer formas más democráticas, más perfectas según ellos, pretendiendo que si el actual sistema se opone al proletariado es porque no es verdadera e íntimamente democrático».

³⁶ *Comminisme et fascisme*, Ed. Programme communiste, Marseille, 1970, pp. 35-38.

Es decir, los socialdemócratas proponían al proletariado una ampliación progresiva de las libertades democráticas. Defendían la democracia y justificaban la represión del movimiento obrero en la falta de autenticidad de esa democracia. Así pues, era necesario luchar no ya contra la forma democrática del dominio burgués, sino para conseguir que esa democracia fuese auténtica y real, esto es, más y más y más democrática. Naturalmente, Bordiga consideró el anterior razonamiento de los reformistas como una mascarada, que defendía los intereses del capital:

«es solo una máscara que disimula el último programa y el único método posible de gobierno que conviene a la burguesía en las críticas condiciones actuales. Los gobiernos de este tipo no constituyen en modo alguno un puente hacia la conquista del poder por las masas proletarias, sino por el contrario el último dique, y el más eficaz, del dominio burgués contra la amenaza revolucionaria».

Aunque la socialdemocracia no tuviese ya una función histórica, puesto que podía considerarse caducada, según Bordiga, sí que tenía en cambio una función específica:

«la democracia históricamente ha muerto.

La socialdemocracia tiene, pues, una función específica, en el sentido de que probablemente habrá un periodo, en los países occidentales, en el que accederá al gobierno, sola o con otros partidos burgueses. [...] tal

intermedio no supondrá una condición positiva [...], útil al asalto proletario: será, al contrario, un intento desesperado de la burguesía para debilitar y desviar el ataque del proletariado, para aplastarlo implacablemente bajo los golpes de la reacción, en el caso de que le queden suficientes energías para atreverse a revolverse contra el legítimo, humanitario y civilizado gobierno socialdemócrata».

Las conclusiones tácticas que Bordiga extrajo eran las siguientes:

1. No existe ningún tipo de transición entre la dictadura de la burguesía y la del proletariado.
2. Puede preverse una última forma de gobierno burgués, en que se encargue a los socialistas la formación de un gobierno que esgrima un cambio formal y aparente de las instituciones.
3. Este cambio formal y aparente no es una necesidad histórica universal, porque la democracia no tiene ya ninguna función histórica que realizar.
4. Los comunistas deben desenmascarar la función *específica* de la socialdemocracia y luchar contra ésta, sin esperar a que esta función específica se plasme en los hechos.
5. En caso de triunfo de esta maniobra contrarrevolucionaria, debe prepararse al proletariado para el asalto final contra un gobierno con pretensiones socialistas, que ha

alcanzado el poder como último recurso de la burguesía.

6. La socialdemocracia sólo puede cumplir una función contrarrevolucionaria. Pero esa función no es inevitable. La táctica a seguir por los comunistas es la de oponerse a ella en todo momento, evitando que su ideología contrarrevolucionaria pueda arraigar en el proletariado.

Bordiga terminó su artículo con esta afirmación:

«Aunque sabemos casi con plena certeza que la batalla final será librada contra un gobierno de exsocialistas, nuestra tarea no será en ningún caso la de facilitar su llegada al poder, [...] los comunistas deben cerrarles el paso lo antes posible, antes de que claven el puñal de la traición en la espalda del proletariado».

El 12 de abril de 1921 Bordiga publicó en *Il Comunista* otro artículo dedicado a los socialdemócratas, esta vez en relación con el tema de la violencia, titulado precisamente «Los socialdemócratas y la violencia».

El artículo se iniciaba con una incisiva descalificación de la pasividad del Partido Socialista Italiano:

«No se puede aceptar en absoluto la tesis de que el Partido Socialista Italiano permanece actualmente

pasivo ante las violencias fascistas contra el proletariado porque rechaza el uso de la violencia, por principios en su ala derecha y por razones de oportunismo en su ala izquierda»³⁷.

La pasividad del PSI frente a la violencia fascista era un hecho indiscutible. La consigna lanzada por el PSI ante los asaltos escuadristas fue la del inmovilismo. El 3 de agosto de 1921 firmó un pacto de pacificación con los fascistas y la CGL. En este artículo, Bordiga se proponía atacar con razonamientos precisos e incisivos la pasividad de los socialistas ante el fascismo. Comenzó desmintiendo el rechazo de la violencia como cuestión de principio ideológico, esgrimida por el ala derecha del PSI:

«Empezaremos demostrando que los pretendidos franciscanos que preconizan la no resistencia al fascismo no obedecen a un principio pacifista general, examinando los casos en los que han preconizado en el pasado el método de la lucha armada y también los casos en los que la *preconizarían* en el futuro».

Desveló Bordiga cómo los socialistas justificaban el uso de la violencia en la conquista de las libertades democráticas, así como de la independencia nacional. De igual modo, denunció casos concretos en los que los socialdemócratas propugnaron la violencia de las masas: primero contra la guerra y luego a su favor, ante

³⁷ *Communisme et fascisme*, op. cit., pp. 39-44.

la invasión del suelo italiano, tras la derrota del ejército italiano en Caporetto. Los socialistas habían llamado, entonces, a defender la integridad de la patria.

Bordiga afirmó rotundamente que el uso de la violencia por parte de los socialdemócratas respondía a unos criterios muy concretos y precisos:

«Cuando las conquistas de la revolución burguesa (independencia nacional o garantías democráticas) están amenazadas, es necesario defenderlas por los medios que precisamente las han hecho posibles. Para la mentalidad socialdemócrata, la violencia no es condenable en cuanto tal, sino solo en la medida en que el proletariado recurra a ella para emanciparse, en lugar de utilizar los medios ofrecidos por la democracia, que el reformismo pretende más eficaces. Pero si esos medios son cuestionados, sólo la violencia puede preservarlos contra la reacción. [...] En una palabra, [...] los socialdemócratas son favorables a la violencia a condición de que sirva para defender una conquista burguesa o una institución burguesa, porque estiman que “las instituciones democráticas son el terreno indispensable de la emancipación del proletariado”.

Cuando la violencia sirve exclusivamente al proletariado y su acción de clase contra el régimen burgués, [...] y, sobre todo, si la violencia se dirige contra la democracia burguesa y amenaza con abolirla, como hizo la revolución rusa y la Tercera Internacional

propugna, entonces se convierte a ojos de los socialdemócratas en violencia criminal».

El análisis de esos criterios socialdemócratas sobre la violencia condujo a Bordiga a una importantísima conclusión:

«¿Por qué nuestros reformistas clásicos están, pues, contra la reacción violenta contra el fascismo? *Porque saben que el fascismo no es en realidad un movimiento antidemocrático que amenace la supresión del régimen electivo.* Saben muy bien que la violencia fascista no amenaza la democracia burguesa, y tampoco a la socialdemocracia obrera, sino que viene a defender el régimen democrático burgués contra los asaltos revolucionarios del proletariado. Los trabajadores comunistas [...] proclaman su intención de conquistar el poder mediante la violencia; la burguesía se organiza para resistirles con ayuda de las milicias fascistas, no para suprimir la democracia, sino para defenderla contra nosotros, los comunistas, que queremos abolirla».

Esta conclusión, subrayada por el propio Bordiga, tuvo una importancia fundamental en el pensamiento de toda la Izquierda Comunista. No es misión del historiador juzgar su validez, pero debe señalarse que en 1921 era denominador común de toda la Internacional Comunista la consideración de la socialdemocracia como ala izquierda de la burguesía incrustada en el seno del movimiento obrero. La Segunda Internacional había quebrado en la Gran Guerra porque había traicionado al

movimiento obrero, propugnando la intervención de los trabajadores en la guerra imperialista. La traición de la socialdemocracia era la razón de ser de la Internacional Comunista, que recogía y proseguía la vía revolucionaria abandonada por los socialdemócratas. Así pues, el pensamiento de Bordiga, en su denuncia del carácter reformista y contrarrevolucionario de los socialistas, no era un fenómeno aislado, sino por el contrario común a toda la Internacional Comunista. Es preciso tener en cuenta que la denuncia de la socialdemocracia como ala izquierda de la burguesía en el movimiento obrero, con la tradicional diferenciación entre una base obrera a conquistar y un vértice dirigente a combatir, no asimilaba la socialdemocracia al fascismo, como sucedería más tarde con la fórmula del social-fascismo, en los años 30, mediante la cual se identificaba socialismo y fascismo.

Sin embargo, mientras en los años sucesivos Bordiga siguió manteniendo en sus análisis sobre el fascismo la complementariedad entre fascismo y democracia como instrumentos alternativos del poder de la burguesía, la Internacional Comunista no dejó de oscilar, mediante sus habituales y bruscos giros, entre una condena a la socialdemocracia y una propuesta de frente único y gobierno obrero.

Por esta razón, donde existe coherencia y originalidad de análisis teórico en el pensamiento de

Bordiga es en su crítica de la ideología antifascista, como veremos más adelante.

El artículo terminaba comparando la aceptación que hacían los socialistas de la violencia popular en cuanto defendía las libertades políticas democráticas, con el rechazo que esos mismos socialistas hacían de cualquier acción violenta o ilegal de las masas cuando intentaban defenderse de los ataques fascistas.

En el artículo intitulado por Bordiga «Las vías que conducen al noskismo», publicado en *Il Comunista* el 14 de julio de 1921, encontramos una de las claves fundamentales en la interpretación que hace el autor de la socialdemocracia, como instrumento utilizado por la burguesía en la represión del movimiento obrero revolucionario.

Afirmaba Bordiga que la táctica del PSI se situaba en un terreno pacifista:

«El Partido Socialista, en sus proclamaciones oficiales, se sitúa en un terreno claramente "pacifista", en lo que concierne a los métodos de lucha que el proletariado debe emplear, adoptando el punto de vista de los partidarios de Turati: apaciguamiento de odios, desarme de los espíritus y de los cuerpos, lucha con las armas civilizadas (es decir, no sangrientas) de la propaganda y de la discusión, condenar la violencia proletaria armada, no solo la ofensiva, sino también la defensiva. Esto significa que, aunque el Partido

Socialista no esté perfectamente de acuerdo con el punto de vista de Turati, que admite la "colaboración gubernamental" con la burguesía, por lo menos aprueba sus métodos legalistas y socialdemócratas»³⁸.

Pero ese pacifismo distinguía entre una violencia rechazable y otra aceptable. Esa distinción la socialdemocracia la realizaba, según Bordiga, del siguiente modo:

«Su distinción se basa en cómo concibe la "función del poder del Estado constituido". Es extremadamente simple. Cuando es el poder del Estado quien emplea la violencia, quien la quiere, quien la ordena, entonces esta violencia es legítima. En consecuencia, puesto que es el Estado quien la ha querido, organizado y ordenado, la defensa armada en el Grappa³⁹, no fue solo legítima, sino sagrada, aunque extremadamente sangrienta. Pero la violencia defensiva contra el fascismo es ilegítima porque no es la del Estado, sino la de fuerzas ilegales, que toman la iniciativa.

Si no hay que defenderse contra el fascismo, no es porque sea el mejor medio de desarmarlo [...], sino

³⁸ Amendola, Giorgio. Op. cit., p. 6.

³⁹ Durante la Primera Guerra Mundial, después de la desastrosa derrota italiana en Caporetto, el Monte Grappa se convirtió en la barrera natural más importante de la defensa italiana. Las tropas austriacas intentaron conquistar la cumbre en numerosas intentonas, para alcanzar así la llanura véneta, desde el 11 de noviembre de 1917 al 24 de octubre de 1918. Los italianos excavaron cuevas en la roca y construyeron posiciones fijas para la artillería.

porque es al Estado a quien incumbe reprimir la violencia fascista, considerada también como ilegal y no estatal, según la mentalidad social-pacifista»⁴⁰.

Esta orientación socialista se fundamentaba en la aceptación del principio burgués, que consistía:

«en admitir que desde que existe el Estado democrático y parlamentario, la época de lucha violenta entre los individuos y los distintos grupos y clases de la sociedad se ha cerrado, y que la función del Estado es precisamente la de tratar toda iniciativa violenta de la misma forma que las acciones antisociales, incluso cuando ha nacido de la destrucción violenta del Estado constituido del Antiguo Régimen».

Para Bordiga, este pacifismo no hacía sino desarmar al movimiento obrero, y conducía al PSI a pactar directamente con los fascistas. Recordemos que el pacto de pacificación entre socialistas, CGL y fascistas se firmó el 3 de agosto, pocos días después de la aparición de este artículo. Pero esta vía llevaba, según Bordiga, a nuevas cesiones y nuevos niveles de colaboración, que llegaban al colaboracionismo gubernamental, como ya hemos visto en párrafos anteriores:

«Reservar al Estado la "administración de la violencia" no implica únicamente reconocer un principio típicamente burgués, sino reconocer un

⁴⁰ *Communisme et fascisme*, op. cit., pp. 45-48.

principio falso, lo cual tiene consecuencias más graves. Lo cierto es que el Estado administra la violencia en provecho de la burguesía y que el fascismo no es más que un aspecto de esta misma violencia, una contraofensiva destinada a prevenir un futuro ataque revolucionario del proletariado. [...] la conclusión necesaria a todo esto es que el fascismo no se dejará desarmar hasta no estar absolutamente seguro de que la clase obrera en su conjunto no tiene la más mínima pretensión de atacar al Estado y las instituciones burguesas. El fascismo hará, pues, a la socialdemocracia la siguiente oferta: para asegurarnos de que las masas proletarias no atacarán al poder legítimo, tomad el timón del Estado, participad en el gobierno burgués».

Nos encontramos aquí ante una clara y rotunda concepción de la socialdemocracia como instrumento de la burguesía que, tras servirse del fascismo como contraofensiva preventiva de la revolución, asociaba los socialdemócratas al gobierno y la dirección del Estado capitalista, según el modelo alemán. Es lo que Amendola llama hipótesis socialdemócrata, que como él mismo afirma prevalece entre los comunistas en esta época, y no es pues responsabilidad personal de Bordiga, sino que se trata de una tesis compartida por la inmensa mayoría del Partido Comunista, un denominador común.

En el pensamiento de Bordiga, la democracia y el fascismo son sólo dos métodos de gobierno de la burguesía. Dos métodos que además se complementan.

El acceso al poder de la socialdemocracia, mediante el pacto con el fascismo, que ya se da por supuesto, no es más que el primer paso que lleva al noskismo, esto es, a la represión del proletariado revolucionario (asesinato en enero de 1919 de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht) por los socialdemócratas encaramados al gobierno (Noske):

«Gracias a sus pactos con el fascismo o a la colaboración ministerial, [la socialdemocracia] gestionaría el Estado y por lo tanto la violencia legal. ¿Y qué hará cuando los comunistas continúen proclamando y empleando la violencia en sus ataques revolucionarios contra el poder del Estado?

Sencillo. Condenará por principio esa violencia revolucionaria. ¡Pero [...] se guardará de hablar de la no resistencia a esa violencia! Coherente consigo misma, proclamará que el Estado tiene el derecho y el deber de aplastarla [...]. En la práctica, dará a la Guardia Real la orden de ametrallar al proletariado [...]. Esta es la vía que seguirán los partidos que niegan el empleo ilegal y antiestatal de la violencia como medio fundamental de lucha para el proletariado. Esa es exactamente la vía seguida por Noske».

Artículos sobre fascismo

Entre noviembre y diciembre de 1921 Bordiga publicó una serie de tres artículos centrados exclusivamente en la temática del fascismo.

El primero de estos artículos, titulado «El fascismo», fue publicado en *Il Comunista* el 17 de noviembre de 1921, a raíz del III Congreso Nacional fascista, reunido en Roma entre el 7 y el 10 de noviembre de 1921.

Este congreso marcó la transformación en partido del movimiento fascista. A causa de los acostumbrados disturbios que siempre acompañaban a este tipo de asambleas, los 30.000 fascistas reunidos en Roma se libraron a la no menos habitual violencia, causando 5 muertos y 120 heridos en 3 días⁴¹. El 9 de noviembre asesinaron a un ferroviario. El proletariado romano respondió declarando una huelga general, que ni el gobierno ni el ultimátum fascista consiguieron romper. La huelga no cesó hasta el día 14, ya acabado el Congreso fascista.

El programa adoptado en el Congreso, y al que se hace referencia en el artículo, no apareció en *Il Popolo d'Italia* hasta el 27 de diciembre de 1921⁴².

⁴¹ *Communisme et fascisme*, op. cit., p. 49.

⁴² Livorsi, Franco. Op. cit., p. 210.

Basándose en ese retraso, Bordiga constataba que el fascismo había intentado en vano darse una base ideológica y programática. Y esto, en el pensamiento de Bordiga, equivalía a negarle la capacidad de transformarse en un auténtico partido.

En realidad, el contenido ideológico del Congreso había quedado reducido al discurso de Mussolini, y, por otra parte, en ese discurso no se había conseguido expresar, según Bordiga, ninguna ideología propia y original diferente a la de los partidos burgueses tradicionales, como no fuera su violenta aversión al comunismo y al movimiento obrero.

Por esta razón, el fascismo aparece dibujado en el artículo como una fuerza política sin ideología propia, y, por eso mismo, inferior al marxismo.

Para Bordiga, el Congreso fascista demostraba poseer una sólida organización, tanto política y electoral como militar, pero también una total ausencia de ideología y programa.

En palabras de Bordiga: «el fascismo es incapaz de autodefinirse». Esta incapacidad es interpretada como una de las peores consecuencias del paso de una burguesía revolucionaria, con una función histórica progresiva, a una burguesía conservadora, con una función social e histórica de carácter contrarrevolucionario:

«En la primera fase de su historia, la burguesía aún no tenía conciencia de esta segunda función de la

democracia, el hecho de que estaba condenada a transformarse de factor revolucionario en factor conservador, a medida que el enemigo principal dejaba de ser el Antiguo Régimen, para serlo el proletariado»⁴³.

Esta función conservadora llevó a la burguesía a dismantlar su propia ideología liberal, esto es, a desvelar el carácter contrarrevolucionario de un Estado que seguía siendo liberal, pero que debía defender los intereses del capital utilizando todos los medios, incluidos los que suponían la abolición de las libertades:

«Pero un Estado liberal que para defenderse necesita abolir las garantías de libertad, demuestra históricamente que su doctrina liberal, su interpretación de la misión histórica de la burguesía y de la naturaleza de su aparato de gobierno, es falsa. Sus verdaderos fines, en cambio, se muestran ahora claramente: defender con todos los medios a su alcance los intereses del capitalismo, es decir, empleando tanto los malabarismos políticos de la democracia como mediante la represión armada, cuando los primeros no bastan para frenar los movimientos que amenazan al propio Estado».

Existía, pues, una contradicción entre la teoría liberal y la necesaria función represiva del Estado, de donde nacía esa incapacidad del fascismo para reconocerse a sí mismo como defensor de los intereses históricos de clase de la burguesía:

⁴³ *Communisme et fascisme*, op. cit., pp. 49-55.

«un movimiento burgués no puede reconocer decididamente que, como clase dominante, necesita defenderse con todos los medios a su alcance, incluidos los que teóricamente prohíbe la Constitución».

Esta incapacidad era además una elemental maniobra táctica. No debían repudiar la democracia parlamentaria en tanto pudiera ser utilizada:

«Así como ningún Estado del Antiguo Régimen estaba tan bien organizado como los modernos Estados democráticos para los horrores de la guerra (y no sólo en lo que respecta a los medios técnicos), ninguno le llega a la suela de los zapatos en lo referente a la represión interna y la defensa de su existencia. Por tanto, es lógico que, en el actual periodo de represión contra el movimiento revolucionario del proletariado, la participación en la vida política de los ciudadanos burgueses (o de su clientela) revista aspectos nuevos. Los partidos constitucionales, organizados para obtener en las consultas electorales populares una respuesta mayoritaria, favorable al régimen capitalista, ya no bastan. Es necesario que la clase social en la que descansa el Estado, le ayude en sus funciones, dadas las nuevas necesidades. El movimiento político conservador y contrarrevolucionario debe organizarse militarmente y, en previsión de la guerra civil, cumplir una función militar».

El Estado tenía que conciliar su función represiva con la ilusión democrática. Ahí está la raíz de la explicación que daba Bordiga del fascismo:

«Esa es para nosotros la explicación del nacimiento del fascismo. El fascismo integra el liberalismo burgués, en lugar de destruirlo. Gracias a la organización con la que protege la máquina oficial del Estado, realiza la doble función defensiva que necesita la burguesía.

Si la presión revolucionaria del proletariado se acentúa, la burguesía tenderá a intensificar al máximo estas dos funciones defensivas, que no son incompatibles, sino paralelas. Empezará una política democrática más audaz, incluso socialdemócrata, al tiempo que arrojará sobre el proletariado a los grupos de asalto de la contrarrevolución, para aterrorizarle. Este aspecto de la cuestión demuestra que la antítesis entre fascismo y democracia parlamentaria carece de sentido, como basta para probarlo la actividad electoral del fascismo».

Tras estas afirmaciones, Bordiga concluía su artículo con una definición del fascismo en contraposición al liberalismo:

«El fascismo no ha sabido definirse durante el Congreso de Roma y nunca podrá hacerlo (aunque no por ello renuncia a su existencia y a desempeñar su función), porque el secreto de su naturaleza reside en la fórmula: la organización lo es todo, la ideología no es

nada, que es la réplica dialéctica a la fórmula liberal: la ideología lo es todo, la organización no es nada».

El segundo de estos tres artículos dedicados al fascismo fue publicado en *Il Comunista* el 27 de noviembre, bajo el título «El programa fascista», y es continuación del anterior, titulado «El fascismo».

Entre Mussolini y Bordiga se había establecido una especie de «diálogo a distancia», según la feliz expresión de Livorsi⁴⁴.

Mussolini había respondido enojadamente a la crítica hecha por Bordiga, entre otros, sobre la falta de un programa, aseverando que los partidos que esperaban del fascismo un programa evidenciaban su propia nulidad teórica, al demostrar su total incompreensión respecto al fascismo.

Porque, según afirmaba Mussolini⁴⁵, la ausencia de programa era precisamente la característica más destacada del fascismo. Mussolini descubría, de este modo, la valorización del activismo absoluto.

Bordiga, ante las afirmaciones de Mussolini, tendentes a revalorizar filosóficamente el auténtico vacío y relativismo ideológico del fascismo, subrayó como característica de las épocas decadentes ese escepticismo de que hacían gala los fascistas. Negaba al

⁴⁴ Livorsi, Franco. Op. cit., p. 211.

⁴⁵ Véase: Salvatorelli, Luigi y Mira, Giovanni. Op. cit., pp. 200-206.

fascismo todo derecho a reclamarse del relativismo, ya que:

«[El fascismo] representa los últimos esfuerzos de la actual clase dominante para dotarse de unas líneas de defensa seguras para proteger su derecho a la vida frente a los ataques revolucionarios. [...] aparece no como un partido que aporta un nuevo programa, sino como una organización en lucha por un programa que existe desde hace mucho tiempo, el del liberalismo burgués»⁴⁶.

Por esta razón, el fascismo era presentado en el artículo como una ideología absoluta y dogmática:

«El fascismo relaciona al Estado y su función con una nueva categoría [...]: la Nación. La mayúscula que quita a la palabra Estado, el fascismo se la añade a la palabra nación. [...] Habrían de explicar, sin embargo, la pretendida diferencia existente entre su principio supremo, la Nación, y la auténtica organización actual del Estado.

En realidad, el término “Nación” equivale sencillamente a la expresión burguesa y democrática de soberanía popular, soberanía que el liberalismo pretende que se manifiesta en el Estado. El fascismo, pues, no ha hecho más que heredar nociones liberales, y su recurso al imperativo categórico de la Nación no es sino una manifestación más de la clásica estupidez consistente en

⁴⁶ *Communisme et fascisme*, op. cit., pp. 57-60.

disimular la coincidencia entre Estado y clase capitalista dominante».

En el artículo, Bordiga criticó el término nación utilizado por Mussolini y los fascistas, desvelando la identificación que estos hacían de nación y clase burguesa, para terminar el texto mostrando la simbiosis existente entre el movimiento fascista y el Estado democrático:

«el Estado burgués, que habla en nombre de todos, es una organización minoritaria para la acción de una minoría: la burguesía. La existencia de una potente organización de voluntarios fascistas, al margen de la organización estatal, no significa que ambas sean independientes, sino que se reparten las funciones de acuerdo con los intereses de la burguesía. Dado que el Estado necesita presentarse como expresión democrática de los intereses de todos, esa milicia de clase debe formarse necesariamente al margen del Estado [...]. La organización unitaria, que reagrupa y encuadra las últimas capacidades de lucha de la burguesía, muestra que las fuerzas del pasado aún son capaces de unirse, pero no lo hacen sobre la base de un programa [...] [sino] que obedecen únicamente a la instintiva decisión de impedir la realización del programa revolucionario».

En el tercer artículo sobre el fascismo, publicado en *Il Comunista* el 2 de diciembre de 1921 bajo el título

«El gobierno», Bordiga abordó la temática iniciada en los dos anteriores, referente a la complementariedad existente entre fascismo y Estado democrático.

Criticaba Bordiga las concepciones de aquellos que afirmaban que sólo un gobierno fuerte sería capaz de acabar con el fascismo:

«No es en absoluto cierto que el fascismo exista porque no hay ningún gobierno capaz de reprimirlo. Es falsa la creencia de que [...] las relaciones entre la acción del Estado y el fascismo dependen de cómo vayan las cosas en el Parlamento. Si llegara a formarse un gobierno fuerte, [...] el fascismo se aletargaría, pues no tiene más objetivo que el de hacer que se respete realmente la ley burguesa»⁴⁷.

Porque, según Bordiga, el fascismo era utilizado por el Estado para la represión del movimiento obrero:

«Para eliminar al fascismo no se necesita un gobierno más fuerte que el actual, bastaría con que el aparato estatal dejara de apoyarle. Pero el aparato represivo estatal prefiere emplear el fascismo contra el proletariado. Prefiere sostenerlo indirectamente, antes que utilizar su propia fuerza».

El propio origen del fascismo estaba en la situación revolucionaria:

⁴⁷ *Communisme et fascisme*, op. cit., pp. 61-64.

«El fascismo ha nacido de la situación revolucionaria. Revolucionaria porque la barraca burguesa ya no funciona».

Porque el único enemigo real del orden capitalista era el proletariado revolucionario, no el movimiento fascista:

«Hubo un tiempo en que el juego de la izquierda era oponerse a la derecha burguesa, pues ésta empleaba medios coercitivos para mantener el orden, mientras que la primera quería mantenerlo con medios liberales. Hoy, cerrada ya la época de los métodos liberales, el programa de la izquierda consiste en mantener el orden con más “energía” que la derecha. Pretende que los trabajadores traguen esa píldora con el pretexto de que quienes perturban el orden son los “reaccionarios” y que la “energía” de ese gobierno de izquierdas se dirigirá contra las bandas armadas de Mussolini. Pero, como la misión del proletariado es destruir este orden maldito, para instaurar el suyo, no tiene peor enemigo que aquellos que se proponen defender el orden burgués con todas sus fuerzas».

Para Bordiga, la maniobra consistía en presentar al proletariado, como objetivo propio, la defensa del orden de la burguesía:

«Los comunistas denuncian el programa de la izquierda como un fraude, tanto cuando se gime por la violación de las libertades públicas, como cuando se lamenta de que el gobierno no es lo bastante fuerte. Lo

único que nos alegra es que a medida que se desvela claramente este fraude, el liberal empieza a aparecer cada vez más como un gendarme. Incluso cuando se encasqueta el uniforme para detener a Mussolini, sigue siendo un gendarme. Claro está que no detendrá a Mussolini, pero sí que montará guardia para defender al enemigo de la clase obrera: el Estado actual».

La conclusión que debían sacar los comunistas, los revolucionarios, era muy clara para Bordiga:

«Así pues, nosotros no estamos a favor de un gobierno fuerte, ni de uno débil; ni de la derecha, ni de la izquierda. [...] la fuerza del Estado burgués no depende de las maniobras de pasillo de los diputados. Nosotros sólo apoyamos un tipo de gobierno: el gobierno revolucionario del proletariado. Y no se lo pedimos a nadie, sino que lo preparamos contra todos, en el seno mismo del proletariado.

¡Viva el gobierno fuerte de la revolución!».

Las tesis de Amadeo Bordiga sobre fascismo y democracia, en diciembre de 1921, pueden ser resumidas del siguiente modo, según hemos visto en los principales artículos que escribió hasta este momento:

1. El fascismo defiende al Estado democrático contra un proletariado revolucionario que quiere destruirlo.
2. Desde la Primera Guerra Mundial, el respeto a los derechos y las libertades políticas democráticas, que constituye el fundamento de la ideología

liberal, estuvieron en contradicción con la defensa de los intereses del capital por parte del Estado.

3. Esa contradicción conduce a la burguesía a renunciar a su propia ideología liberal, desvelando el carácter contrarrevolucionario y represivo de un Estado que ha de defender los intereses de clase de la burguesía utilizando todos los medios a su alcance, incluidos los que suponen la abolición de los derechos y las libertades democráticas.
4. Democracia y fascismo no se oponen, sino que se complementan, ya sea de forma alternativa o al unísono. No son lo mismo, de otro modo no podrían ser complementarios, pero tampoco se excluyen mutuamente.
5. La izquierda burguesa está en condiciones de conseguir un gobierno de unidad entre socialistas reformistas y fascistas, contra el proletariado revolucionario.
6. El desdoblamiento político de la burguesía ante la constante amenaza revolucionaria del proletariado, bajo sus dos aspectos de violencia fascista y democracia parlamentaria, convergen en una estrategia común de la burguesía en defensa de sus intereses históricos de clase.
7. La función de la socialdemocracia es la de desviar las luchas de clase del proletariado de su objetivo

revolucionario, hacia la defensa de la democracia burguesa.

8. El fascismo carece de programa. Su función es la de reprimir al proletariado en sustitución del Estado, que consigue de este modo conservar la ilusión democrática entre las masas.

Tras estos artículos iniciales de introducción a la temática del fascismo y la democracia, Bordiga escribió lo que podemos calificar como uno de los mayores textos sobre el tema, el ensayo incompleto publicado entre septiembre y octubre de 1922 (30 de septiembre y 31 de octubre) en *Rassegna Comunista* y titulado «La correlación de fuerzas sociales y políticas en Italia».

En este artículo Bordiga planteó la cuestión de si el Estado italiano era un Estado ya plenamente burgués o un Estado atrasado respecto a otros Estados capitalistas modernos, con fuertes rasgos feudales.

Su respuesta comenzaba por establecer las características que la teoría marxista atribuye al Estado liberal, para así poder:

«comparar las características del Estado italiano con aquellas que nuestra doctrina marxista reconoce al Estado burgués en general. Esto nos llevará a constatar que la actitud del Estado italiano está en contradicción con las tareas que el liberalismo burgués asigna al Estado, y esta conclusión debemos enmarcarla en nuestra crítica marxista de conjunto, que demuestra

precisamente que el método liberal no hace más que disimular la verdadera naturaleza del Estado burgués»⁴⁸.

Inició, pues, un estudio histórico de la génesis del Estado italiano, constatando que:

«El programa político e ideológico del Risorgimento italiano coincide perfectamente con el contenido de la revolución liberal-democrática [...]. A este programa responde el movimiento de independencia nacional, la típica lucha contra el clero y las doctrinas religiosas, así como contra los privilegios y las costumbres de la nobleza. Se hallan todas las reivindicaciones propias del liberalismo: constituciones parlamentarias, libertad de culto, de prensa, de asociación, etc.».

Para Bordiga era erróneo oponer un norte burgués a un sur feudal en Italia:

«Sería absolutamente erróneo trazar el siguiente esquema: el Estado unitario italiano se apoya en dos fuerzas sociales netamente distintas, incluso en su política gubernamental, aunque estén aliadas: la burguesía del norte y la clase feudal y terrateniente que domina en el sur. Las relaciones que se han creado entre el norte y el sur, en el aparato gubernamental italiano, deben juzgarse menos superficialmente.

[...] En realidad, en el sur de Italia el feudalismo no era lo bastante fuerte como para oponer una seria

⁴⁸ *Communisme et fascisme*, op. cit., pp. 65-80.

resistencia a la revolución burguesa. Formado, sobre todo, por medianos propietarios, la clase dirigente meridional se adaptó fácilmente al régimen parlamentario. [...] Si bien el sur no conoce hoy la lucha abierta entre burguesía y proletariado, tampoco antes conoció la lucha abierta entre feudalismo y burguesía».

Bordiga abordaba una cuestión muy polémica, que le oponía radicalmente al análisis de Gramsci, entre otros: las relaciones existentes entre el norte industrializado y un sur con fuertes rasgos agrarios y feudales.

«Entre los intereses económicos del sur agrario y del norte industrial existe una antítesis evidente, que se refleja en la política aduanera, pero ello no es suficiente para concluir que existe un neto dualismo en el seno de la clase que tradicionalmente ha gobernado Italia. [...] en realidad, la mayor parte de la producción agraria proviene del norte y no del sur. [...] en la cuestión del proteccionismo es más importante la oposición de intereses que se da entre la masa de consumidores proletarios y semiproletarios, por una parte, y algunas categorías de obreros industriales, por otra».

Y llegaba a la siguiente conclusión:

«el librecambio no es en verdad una tesis precapitalista, aunque corresponda a una fase de desarrollo económico que los países más avanzados han superado en el curso de los últimos decenios. No se puede, pues, en ningún caso, probar que no han sido las

clases burguesas quienes han constituido el Estado italiano.

En conclusión, podemos pues decir que la correlación de las fuerzas económicas, sociales y políticas que existía en la época de la formación del Estado actual autorizan a definir a este último como un régimen plenamente burgués, liberal y democrático».

Así pues, Bordiga reconocía el carácter democrático acabado de las instituciones del Estado italiano, y en contra de los que pretendían que la democracia defendía *realmente* las libertades de todos los ciudadanos, incluida la clase obrera, afirmaba que precisamente el carácter democrático del Estado italiano hacía de éste el instrumento idóneo de la clase burguesa, en defensa de sus intereses por todos los medios, incluida la represión armada del proletariado revolucionario.

Acto seguido, Bordiga estudiada la evolución del capitalismo liberal que, de hostil al sindicalismo y los monopolios, en cuanto limitaban la libre competencia, se había convertido, mediante un proceso evolutivo, en capitalismo sindical y monopolista, hallando en el monopolio y el imperialismo el aplazamiento del inevitable enfrentamiento con el movimiento proletario revolucionario.

Para Bordiga este fenómeno histórico, esto es, el paso del capitalismo liberal o concurrencial al capitalismo democrático o monopolista, contradecía la

doctrina liberal pura, pero confirmaba la crítica del marxismo a la teoría económica liberal:

«La teoría liberal rechaza de plano la admisión de las organizaciones sindicales porque en economía es hostil a cualquier monopolio susceptible de limitar la libre concurrencia. [...] El poder burgués debe, pues, resignarse a reconocer a los intereses análogos el derecho de asociarse, si no quiere favorecer el inmediato estallido de la lucha revolucionaria. Reconociendo el derecho de asociación, el Estado burgués liberal altera su doctrina, pero sigue cumpliendo su función de defensor de la clase burguesa. [...] El Estado no basta ya a los ciudadanos para defender sus intereses [...] su verdadera tarea es evidente: defender los intereses de la clase patronal utilizando su propia fuerza, al tiempo que se simula su imparcialidad jurídica».

De este modo, Bordiga podía firmar lógicamente que:

«Para la burguesía, el liberalismo es una doctrina de uso interno y externo, pero es la fuerza que posee la que le permite establecer su táctica de gobierno. Si para utilizar esta fuerza hiciera falta violar un principio de esta doctrina, es lógico que lo viole al mismo tiempo que se presta a mil contorsiones para probar que no ha renegado del mismo».

Bordiga identificó democracia e imperialismo. El paso del capitalismo concurrencial al capitalismo

imperialista suponía en el plano político el paso del liberalismo a la democracia.

«Si se entiende por método democrático no el liberalismo, que se expresa en la “Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano”, sino la práctica gubernamental de los Estados modernos en la fase posterior, puede identificársele con la fase del monopolio y del imperialismo que ha precedido a la Primera Guerra Mundial».

Ante la posible objeción, para el caso italiano, de que el atraso económico fuera un obstáculo insalvable a la identificación entre imperialismo y democracia, Bordiga analizó la historia italiana, afirmando que el giolittismo fue el encargado de llevar a la práctica esa amalgama entre democracia, imperialismo y capitalismo monopolista:

«Podría objetarse a nuestra identificación entre método democrático y monopolismo imperialista que Italia, [...] es precisamente un país donde el capitalismo ha evolucionado con retraso. En realidad, el retraso de la evolución capitalista en Italia es más cuantitativo que cualitativo. Muy tempranamente el capital bancario juega un importante papel en la producción del país, y por tanto en su vida política. [...] la aristocracia terrateniente feudal y clerical ejerce muy poca influencia [...], el Estado oficial adopta, pues, en los primeros años del siglo XX una actitud de tolerancia ante los sindicatos proletarios. Los dirigentes de éstos

renuncian a toda propaganda y acción subversiva a cambio de la posibilidad que se les ha concedido de actuar en el marco legal, mediante medios pacíficos. Así es como se han puesto las bases de la colaboración de clases. El socialismo evoluciona hacia la derecha, mientras los gobiernos democráticos de izquierda elaboran una legislación social».

Giolitti, según Bordiga, llevó a cabo un inteligente y eficaz doble juego, combinando la represión feroz del proletariado revolucionario con las reformas electorales y el desencadenamiento de la guerra imperialista en Libia:

«La política de la clase dirigente italiana que ha sido llamada “giolittismo” constituye a nuestro entender un modelo de política “democrática de izquierda”. Sabiendo que era un medio seguro para desarmarles, el Estado concluyó sin dudarle un pacto de compromiso con los jefes del proletariado, y la monarquía se preparó para investir a los socialistas con funciones ministeriales, sin la más leve oposición seria de los medios tradicionalistas. Pero al mismo tiempo, el gobierno burgués no retrocedió ni una pulgada cuando se trataba de preparar y utilizar los medios de represión violenta que constituyen su razón de ser».

En la base del análisis siempre se encuentra la utilización del método democrático por el Estado como defensa óptima del capitalismo:

«Según la crítica marxista, el método democrático responde por el contrario perfectamente a las metas de la clase capitalista, puesto que concilia los medios violentos, que el aparato estatal se muestra siempre más decidido a usar, con una hábil política de concesiones aparentes, que desvían al movimiento obrero de sus propios objetivos, sin imponer el menor sacrificio real a la clase dominante».

En el pensamiento de Bordiga, democracia política, reformismo social y guerra imperialista aparecen históricamente imbricados:

«la guerra imperialista en todas partes ha sido preparada bajo un clima de democracia política avanzada y de reformas sociales, presentadas ambas estúpidamente como pruebas de un auténtico pacifismo social».

Militarismo y democracia no se excluyen mutuamente:

«Durante la guerra, la tesis fundamental de los socialistas de izquierda en Italia fue que, contrariamente a lo que pretendían los intervencionistas en su colosal campaña de mentiras, no existía ninguna antítesis entre el militarismo y la democracia, tesis demostrada por el hecho de que son precisamente los estados no democráticos los que se hundieron antes militarmente».

Acabada la guerra, la situación italiana era objetivamente revolucionaria:

«La guerra dejó a la burguesía en una situación inquietante. La crisis económica y el regreso al país de las masas desmovilizadas, tras haber aprendido el manejo de las armas y el desprecio a la muerte, constituían un peligro evidente».

La burguesía liberal obró con gran inteligencia, según Bordiga, ante esta situación objetivamente revolucionaria:

«Cuando los responsables de la contraofensiva burguesa de hoy critican el pretendido derrotismo de la autoridad gubernamental bajo Nitti y Giolitti, saben muy bien que no dicen la verdad. En aquel momento, para el Estado, la táctica de la lucha frontal era como mínimo arriesgada. Era preciso dar vía libre a la ebullición popular, mientras se preparaba la consolidación de los organismos del Estado. [...] Nitti y Giolitti han reforzado enormemente los diferentes cuerpos de policía, el primero creando la Guardia Real, el segundo multiplicando el número de carabinieri; son ellos los que han cimentado efectivamente las bases del fascismo.

[...] Giolitti práctico en el dominio social y sindical una política audaz, consiguiendo de este modo atravesar el momento crucial. [...] Pero cuando se anunció la crisis industrial y la patronal se negó a realizar nuevas concesiones, el problema de la gestión proletaria se planteó de forma local y empírica. Los obreros ocuparon las fábricas, [...] en coincidencia con

la ocupación de tierras por los campesinos. El Estado comprendió que un ataque frontal por su parte habría sido catastrófico, que la maniobra reformista era de nuevo la más indicada, y que se podía todavía intentar un amago de concesión. Con el proyecto de ley sobre el control obrero, Giolitti obtuvo de los jefes obreros la evacuación de las fábricas».

La conclusión de este extenso ensayo de Bordiga es fundamental, pese a estar inacabado⁴⁹, porque además de reafirmar como falsa la antítesis entre fascismo y democracia, como ya había hecho en artículos anteriores, se añadía ahora una novedad de una importancia enorme, no solo en el pensamiento de Bordiga, sino en la historia del pensamiento político contemporáneo. La novedad consistía en afirmar *la continuidad esencial entre democracia y fascismo, de igual modo que existía una continuidad básica entre liberalismo y democracia*. De este modo, los métodos socialdemócrata y fascista, en lugar de alternarse en el gobierno, tenderían, según Bordiga, a fusionarse en el Estado.

⁴⁹ Inacabado porque la tercera y última parte del artículo no apareció jamás, ante el desencadenamiento de la Marcha sobre Roma de los fascistas. Sin embargo, el Informe presentado por Bordiga al IV Congreso, sólo 15 días después de la fecha de publicación de la segunda parte, completa en cierto modo el estudio sobre el fascismo, iniciado en «La correlación de fuerzas sociales y políticas en Italia».

De ahí nacía la táctica absolutamente intransigente de Bordiga contra la socialdemocracia, a la que no se hacía ninguna concesión en nombre de la lucha antifascista.

Andreina De Clementi resume este ensayo afirmando que Bordiga se había propuesto: «demostrar la continuidad entre el régimen democrático y una próxima solución fascista»⁵⁰.

El ensayo destaca la decidida superación de la tesis sobre el carácter incompleto de la revolución democrática burguesa en Italia. Bordiga señalaba el carácter plenamente burgués y capitalista de la sociedad italiana a principios del siglo XX. Para él no debía confundirse el relativo atraso cuantitativo de la industrialización italiana con la no realización cualitativa de la revolución burguesa en el país.

Años más tarde, en 1925, se abriría una importante discrepancia teórica entre la concepción bordiguista y gramsciana del fascismo. Para Bordiga existía una continuidad entre democracia y fascismo, y por esta misma razón interpretaría la Marcha sobre Roma de los fascistas y la atribución de plenos poderes a Mussolini en su aspecto literal: como una solución ministerial a la crisis política, un simple traspaso democrático de poderes a los fascistas. Para Gramsci, la

⁵⁰ De Clementi, Andreina. *Amadeo Bordiga*, Piccola Biblioteca Einaudi, Torino, 1971, p. 164.

solución fascista significaba el predominio de las fuerzas reaccionarias en el Estado, consecuencia de la debilidad histórica de una burguesía incapaz de llevar a cabo la revolución democrático-burguesa.

Así pues, la revolución burguesa, para Bordiga, ha sido plenamente realizada, y se ha dado ya el paso de un capitalismo concurrencial a un capitalismo imperialista, aunque se trate de un capitalismo atrasado en comparación a otras potencias más desarrolladas. En cambio, para Gramsci la revolución burguesa aún no se ha completado, y arrastra el peso de unas estructuras feudales sobre las que se apoyan las fuerzas reaccionarias.

El resumen: del análisis distinto sobre las características de la revolución burguesa en Italia se desprende un análisis distinto sobre el fascismo.

Para Bordiga existía una continuidad entre liberalismo y democracia a lo largo del siglo XIX, así como una continuidad entre democracia y fascismo después de la Primera Guerra Mundial. Continuidad que se entendía como evolución capitalista.

Para Gramsci, por el contrario, el fascismo era fruto del predominio de las fuerzas reaccionarias, consecuencia de la debilidad histórica de la burguesía italiana, que no había podido realizar plenamente la revolución democrático-burguesa. En total oposición, Bordiga consideraba el fascismo como un método de

gobierno *moderno*, propio de una burguesía industrial y desarrollada.

La táctica a seguir, a partir del análisis divergente de uno y otro, no podía tampoco ser más opuesta. Bordiga proponía el paso directo al socialismo: la revolución comunista ya era posible e inmediata, estaba en la orden del día. Para Gramsci, en cambio, era necesario el cumplimiento de las tareas de la revolución democrático-burguesa, como paso previo e insustituible a la revolución socialista.

Bordiga continuó sus análisis sobre el fascismo al hilo de los acontecimientos históricos con otras notables aportaciones, como serían sus informes al IV y V Congreso de la Internacional.

La concepción a la que había llegado Bordiga sobre el fenómeno fascista, antes de la Marcha sobre Roma, puede resumirse con la cita del último párrafo del ensayo sobre la correlación de las fuerzas sociales y políticas en Italia:

«En el fascismo y en la actual contraofensiva general de la burguesía no vemos un cambio de la política del Estado italiano, sino la natural continuación del método empleado antes y después de la guerra por la “democracia”. No creemos en la antítesis entre democracia y fascismo, del mismo modo que no hemos creído en la antítesis entre democracia y militarismo. Y no concederemos ya crédito alguno, en la lucha contra

el fascismo, al cómplice natural de la democracia: el reformismo socialdemócrata».

2.4. El III Congreso de la Internacional y la táctica del Frente Único

El III Congreso se abrió en Moscú el 22 de junio de 1921. Sus sesiones fueron clausuradas el 12 de julio⁵¹.

En las diferentes intervenciones de Lenin, Trotsky, Zinoviev y Radek se constató el reflujó de la ola revolucionaria del bienio rojo a escala mundial.

El movimiento comunista, ante una nueva situación en que la ofensiva contrarrevolucionaria se abatía sobre un movimiento obrero dividido, adoptó en el III Congreso resoluciones de cariz muy distinto a las tomadas en el II Congreso de la Internacional.

Tema central en los debates fue el fracaso de la insurrección de marzo en el Ruhr. El III Congreso debía extraer las enseñanzas de esta derrota y trazar la táctica a seguir ante esta nueva situación, caracterizada por la

⁵¹ Los datos sobre el III Congreso de la Internacional han sido consultados fundamentalmente en: Carr, E.H. *La revolución bolchevique (1917-1923) (Vol. 3) La Rusia soviética y el mundo*, Alianza Universidad, Madrid, 1974, pp. 395-409; Hajek, Milosh. *Historia de la Tercera Internacional. La política del frente único (1921-1935)*, Crítica, Barcelona, 1984, pp. 20-47; Humbert-Droz, Jules. *L'Internazionale comunista tra Lenin e Stalin. Memorie di un protagonista: 1891-1941*, Feltrinelli, Milano, 1974, pp. 67-80.

ofensiva capitalista contra las conquistas obreras obtenidas en la inmediata postguerra.

Dos tácticas se enfrentaron en los debates del III Congreso, entre los partidarios de la «teoría de la ofensiva» y los de la «Carta Abierta».

La primera fue presentada por Thalheimer y Bela Kun. La segunda por Radek, apoyado por Lenin y el resto de la delegación rusa.

Levi, autor con Radek de la Carta Abierta, había sido expulsado del KPD por su crítica *pública* a la Acción de Marzo.

Sin embargo, Lenin apoyaba la política de la Carta Abierta, que consistía en la proposición de un frente único a los partidos y sindicatos socialdemócratas.

En el proyecto de tesis de Radek se señalaba la necesidad de ganar a la mayoría de la clase obrera.

Los representantes comunistas alemanes, italianos y húngaros, que habían tomado buena nota de la expulsión de Levi por criticar la Acción de Marzo, defendieron la táctica de la ofensiva, que había sido criticada por Levi y Clara Zetkin en Alemania.

Y para su sorpresa, veían ahora como la ejecutiva de la Internacional, que había expulsado a Levi por indisciplina, le daba políticamente la razón. La dirección del Partido Comunista Alemán se sentía amenazada.

Radek, que tenía su parte de responsabilidad en el fracaso de la Acción de Marzo como delegado de la

Internacional en Alemania, fue el encargado de defender las tesis de la delegación rusa que, pese a las disensiones internas, se presentaba unánime por disciplina.

Las delegaciones alemana, austriaca e italiana propusieron una serie de enmiendas a las tesis de Radek, asumiendo Umberto Terracini la misión de defenderlas⁵².

Las enmiendas consistían en suprimir la alabanza a la Carta Abierta, así como la palabra «mayoría» en el párrafo en que se hablaba de la necesidad de «dirigir a la mayoría de la clase obrera»⁵³.

Terracini declaró:

«Para la lucha revolucionaria no es necesario en absoluto que la mayor parte de las masas obreras este ya organizada y ganada por el Partido Comunista. Lo único importante es que los partidos comunistas sean capaces de arrastrar a las masas en el momento de la lucha».

Lenin tomó la palabra replicando duramente a Terracini:

«Camaradas, lamento mucho tener que limitarme a la autodefensa. (Risas) Digo que lo lamento mucho porque, después de conocer el discurso del camarada Terracini y las enmiendas presentadas por las tres delegaciones, siento gran deseo de pasar a la ofensiva, pues contra las opiniones defendidas por Terracini y

⁵² Humbert-Droz, Jules. Op. cit., p. 73.

⁵³ *Comunismo*, nº 3 febrero-mayo 1980, Firenze, pp. 41-52.

esas tres delegaciones hacen falta, en realidad, acciones ofensivas. Si el Congreso no despliega una enérgica ofensiva contra estos errores, contra estas necesidades “izquierdistas”, todo el movimiento estará condenado a perecer. Tal es mi profunda convicción»⁵⁴.

Tras ridiculizar las tesis de la teoría de la ofensiva, Lenin atacó el núcleo de la argumentación de Terracini, subrayando la necesidad de conquistar a la mayoría de la clase obrera:

«Quieren tachar la palabra “mayoría” [...]. Mostradme un partido que haya conseguido ya la mayoría de la clase obrera. Terracini no ha pensado siquiera en citar un ejemplo. Semejante ejemplo no existe. [...] La Carta Abierta es un paso político ejemplar. Así está dicho en nuestras tesis. Y debemos defender sin falta este criterio. Esa carta es ejemplar como primer acto del método práctico de atraer a la mayoría de la clase obrera. Quien no comprenda que, en Europa, donde casi todos los proletarios están organizados, debemos conquistar a la mayoría de la clase obrera, está perdido para el movimiento comunista, jamás aprenderá nada si en tres años de gran revolución no ha aprendido esto».

La polémica podía parecer banal. Cualquier movimiento revolucionario que tenga por actores a las

⁵⁴ Lenin, V.I. *Obras Escogidas en tres tomos*, Progreso, Moscú, 1979, vol. III, pp. 649-657.

grandes masas y pretenda cambiar las bases económicas y políticas de la sociedad aspira a reunir a la mayoría bajo el mismo programa revolucionario. La cuestión no era, pues, la de si era necesario o no conquistar a la mayoría de la clase obrera, sino la de la táctica a seguir para realizar esa conquista. Para la izquierda del Congreso, representada por Terracini, el partido no debía *esperar* a conquistar a la mayoría de la clase obrera a su programa para hacer la revolución, sino que sería durante el proceso revolucionario cómo la clase obrera, en la acción, sería ganada mayoritariamente por el partido. Terracini era contrario a la tesis de que la lucha por implantar la dictadura del proletariado no puede ser emprendida hasta que el partido haya conquistado la mayoría en la clase obrera.

La polémica, pues, se desarrollaba en torno a una importante discrepancia táctica. Lenin, defendiendo las tesis de la Carta Abierta, rebatió las afirmaciones de Terracini sobre la revolución rusa, afirmando que:

«Terracini dice que en Rusia hemos vencido a pesar de que el partido era muy pequeño. [...] Teme la palabra “masas” y quiere hacerla desaparecer. El camarada Terracini ha comprendido muy poco de la revolución rusa.

En Rusia éramos un partido pequeño, pero con nosotros estaba además la mayoría de los Soviets de diputados obreros y campesinos de todo el país. (Una voz: ¡es cierto!) ¿Acaso ocurre eso en vuestro país? Con

nosotros estaba casi la mitad del ejército, que contaba entonces, por lo menos, con 10 millones de hombres. ¿Acaso a vosotros os sigue la mayoría del ejército? ¡Indicadme un solo país!».

Lenin concluyó con un rechazo absoluto de las enmiendas presentadas por Terracini en nombre de la izquierda del congreso:

«las enmiendas presentan, como veo, un carácter político perfectamente definido, porque conducen a un camino nocivo y peligroso para la Internacional Comunista. Por eso yo y todos nosotros, y la delegación rusa, debemos insistir en que no se cambie en las tesis ni una letra».

En su intervención, Lenin enjuició así la Acción de Marzo:

«Tal vez no haya sido acertado del todo iniciar en Alemania las divagaciones *sobre la teoría* de la ofensiva revolucionaria, cuando no estaba preparada una verdadera ofensiva. No obstante, el movimiento de marzo es un gran paso adelante, a pesar de los errores de sus dirigentes».

La valoración sobre los errores cometidos en la «Acción de Marzo» daban paso, de este modo, a una nueva orientación política de la Internacional, en la que se propugnaba la creación de partidos comunistas de masas frente al modelo del partido comunista minoritario de revolucionarios profesionales:

«Yo no excluyo, en absoluto, que la revolución pueda ser iniciada también por un partido muy pequeño y llevada hasta la victoria. Pero es preciso conocer los métodos para ganarse a las masas. Para ello es necesario preparar a fondo la revolución. Pero vemos que hay camaradas que afirman: hace falta renunciar inmediatamente a la exigencia de conquistar “grandes” masas. Es necesario luchar contra estos camaradas».

El punto de vista de Lenin fue defendido por la oposición de KPD: Clara Zetkin, Malzahn, Neumann y Franken, y además por Trotsky y Zinoviev. La delegación rusa se presentaba unánime, aunque tanto Zinoviev como Bujarin se habían mostrado partidarios de la teoría de la ofensiva⁵⁵.

La polémica de Lenin y Trotsky con el ala izquierda del Congreso era una lucha entre dos concepciones tácticas, con importantes implicaciones estratégicas. Era también una desigual batalla entre el prestigio de los «maestros» de la revolución y los «aprendices». La teoría de la ofensiva, no compartida por Terracini, se basaba en una valoración falsa e idealista de la situación global⁵⁶.

Las tesis sobre la táctica se aprobaron por unanimidad, aunque meramente formal. El ala izquierda

⁵⁵ Carr, E.H. Op. cit., p. 396 y Hayek, Milosh. Op. cit., p. 32.

⁵⁶ Hayek, Milosh. Op. cit., p. 33.

del Congreso retrocedió ante el prestigio y autoridad, casi míticos, de Lenin y la delegación rusa.

La delegación italiana acusó a Lenin de poner, inconsecuentemente, armas en manos de tendencias oportunistas y centristas, al tiempo que votaba a favor de las tesis defendidas por Lenin.

La nueva política impuesta por la Internacional se llamaría más tarde táctica de frente único, y era la primera vez que en un documento de la IC aparecía la «necesidad de conseguir la mayoría del proletariado», tal y como se afirmaba en el «Manifiesto del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista»⁵⁷.

El III Congreso dio pues un giro en la táctica de la Internacional⁵⁸, planteándose «la conquista de una influencia preponderante sobre la mayoría de la clase obrera»⁵⁹, a través de la dirección del proletariado en su lucha cotidiana.

Como afirma Rosenberg, muy acertadamente, el giro era notable:

«Hasta el III Congreso la diferencia entre los comunistas y los socialdemócratas había sido clara e inequívoca: los comunistas sostenían la necesidad de la revolución obrera inmediata y violenta, mientras los

⁵⁷ *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Cuadernos de Pasado y Presente, nº 47, Segunda Parte, México, 1977, pp. 142-150.

⁵⁸ *Los cuatro primeros congresos...*, op. cit., pp. 30-62.

⁵⁹ *Los cuatro primeros congresos...*, op. cit., p. 34.

socialdemócratas negaban la posibilidad de esa revolución inmediata»⁶⁰.

Las conclusiones del III Congreso fueron ambiguas y contradictorias. Esa ambigüedad permitió a la Izquierda italiana afirmar que cumplía la consigna del frente único... en el plano sindical, tal y como venía haciendo ya antes de la celebración del III Congreso, frente a las críticas que señalaban la hostilidad de la dirección bordiguista del PCI a la consigna del frente único con los socialistas.

De hecho, el enfrentamiento entre Lenin y Terracini, pese al planteamiento formal de carácter voluntarista de éste⁶¹, respondía a una divergencia táctica real. La conquista de la mayoría de la clase obrera fue aplicada por el PCI sólo en el frente sindical, y totalmente rechazada en el plano de la colaboración del PCI con otros partidos.

Ya en octubre de 1921, cuando Bordiga precisaba lo que entendía por frente único⁶² (unidad sindical con total exclusión de un bloque de partidos), el Comité

⁶⁰ Rosenberg, Arthur. *Historia del bolchevismo*, Cuadernos de Pasado y Presente, nº 70, México, 1977, p. 150.

⁶¹ Y ese aspecto formal es lo único que Bordiga criticaba en la intervención de Terracini, no su contenido, con el que estaba fundamentalmente de acuerdo. El propio Lenin, posteriormente, reconocería que su enfrentamiento con Terracino había sido demasiado áspero. Véase la entrevista de Arturo Gismondi a Terracini en: Terracino, Umberto. *Intervista sul comunismo difficili*, A cura de Arturo Gismondi, Laterza, Roma-Bari, 1978, p. 45.

⁶² Spriano, Paolo. Op. cit., p. 159.

Ejecutivo de la IC propuso, ese mismo mes de octubre, a los partidos y sindicatos socialdemócratas, la creación de un frente único sindical y político⁶³, que se concretaría en diciembre de 1921.

Por otra parte, la polémica con los socialistas no hizo sino agravarse a causa de los resultados del XVIII Congreso del PSI, celebrado en Milán entre el 10 y el 15 de octubre, en el que no se había conseguido la esperada expulsión de los reformistas.

Pese a todo, el PCI desarrolló una intensa labor en la constitución, ya iniciada antes del III Congreso, de un frente único sindical, sobre la base de reivindicaciones económicas de carácter inmediato, encontrando la continua oposición del ala reformista de la CGL.

El 17 de enero de 1922 el Consejo Nacional del PSI votaba una moción en la que se afirmaba la necesidad de:

«preparar una enérgica acción en el país para detener la violencia burguesa, sin exclusión de ningún medio colectivo, adhiriéndose a un eventual frente único de todas las fuerzas proletarias que actúen en el terreno de la lucha de clases»⁶⁴.

Era un llamamiento a la defensa de las libertades políticas democráticas. El PCI se encontraba ante una situación difícil. Los comunistas, bajo la dirección

⁶³ Rosenberg, Arthur. Op. cit., p. 151.

⁶⁴ Galli, Giorgio. Op. cit., p. 58.

bordiguista, entendían luchar contra el fascismo en cuanto manifestación de la reacción contrarrevolucionaria de la burguesía, pero no para defender la legalidad burguesa.

Que el Estado suprimiese las libertades democráticas, en lugar de garantizarlas, no era motivo suficiente para apoyar a los reformistas y convertir a los comunistas, de revolucionarios, en defensores y paladines de la democracia burguesa. La acción del PCI debía denunciar la tendencia al compromiso de los reformistas y conquistar al proletariado para la acción revolucionaria.

Dado que el PSI identificaba el frente único con la defensa de las libertades políticas, era necesario para el PCI diferenciarse de esta línea, si no quería poner en duda la utilidad de la escisión de Livorno.

En el pensamiento de Bordiga y sus seguidores, comprometer al PCI en la defensa de las instituciones democráticas, consideradas históricamente superadas, implicaba confundir a las masas y hacer inútil la clarificación alcanzada en Livorno. Estas preocupaciones estaban en la base de la persistente oposición bordiguista frente a la nueva táctica de la Internacional Comunista⁶⁵, compartidas incluso por Gramsci y los ordinovistas.

⁶⁵ Galli, Giorgio. Op. cit., p. 59.

El Partido Comunista Ruso propuso al Comité Ejecutivo de la IC unas Tesis sobre la Táctica del Frente Único que, discutidas en diciembre de 1921, fueron sintetizadas en 24 puntos⁶⁶ y publicadas el 28 de diciembre de 1921⁶⁷, acompañadas de un llamamiento al proletariado mundial lanzado el 1 de enero de 1922.

En esas tesis la IC explicaba lo que entendía por frente único:

«Por unidad del frente proletario hay que entender la unidad de todos los trabajadores que desean combatir el capitalismo, incluidos, por tanto, los obreros que aún siguen a anarquistas y sindicalistas»⁶⁸.

La importancia del espectacular cambio táctico de la Internacional, tan sólo esbozado en el III Congreso, frente a las organizaciones socialistas e incluso anarquistas y sindicalistas, exigía que las tesis fuesen aprobadas en una sesión ampliada del Comité Ejecutivo.

Esta primera reunión del Comité Ejecutivo Ampliado se celebró del 24 de febrero al 4 de marzo de 1922, en vísperas del II Congreso del PCI que tuvo lugar en ese mismo mes de marzo.

La reunión se centró casi exclusivamente en la aprobación de la táctica sobre el frente único.

⁶⁶ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 161.

⁶⁷ Humbert-Droz, Jules. Op. cit., p. 100.

⁶⁸ Humbert-Droz, Jules. Op. cit., p. 104.

La delegación italiana, formada por Ersilio Ambrogio, Riccardo Roberto y Umberto Terracini, desarrolló una oposición de principio.

Terracini, en continuidad con sus críticas del III Congreso, y de acuerdo con las deliberaciones del Comité Central del PCI, aceptaba las tesis del frente único *en el plano sindical*, pero las rechazaba en el plano político.

La intervención de Terracini, apoyada por las delegaciones francesa y española, le atrajo el ataque y la crítica del resto de las delegaciones participantes en la conferencia.

Zinoviev atacó la aparente contradicción de la posición italiana, ante su aceptación del frente único sindical y su rechazo del frente único político, caricaturizándola del siguiente modo:

«Toda la filosofía del camarada Terracini se reduce a esto: ¡con D'Aragnona sí, con Turati no! [...] No es verdad que el partido esté en las nubes mientras los sindicatos tienen los pies en el suelo [...]. Las masas no se conquistan sin contactos con sus organizaciones políticas y sus dirigentes»⁶⁹.

En el transcurso del debate se planteó la cuestión fundamental de la Tercera Internacional: la relación

⁶⁹ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 163.

entre los intereses generales del movimiento comunista y los del Estado soviético⁷⁰.

Riccardo Roberto llegó a afirmar al respecto:

«que la Komintern había aprobado la táctica del frente único porque le era necesaria a Rusia a causa de sus serias dificultades internas»⁷¹.

Es importante destacar que, en las Tesis sobre la Táctica de la IC, los socialdemócratas eran considerados como el ala derecha del movimiento obrero, y los comunistas debían apoyarlos contra la burguesía, el adversario común, para que accedieran al gobierno, evitando la crítica electoral o parlamentaria.

Esto significaba para el PCI pactar una alianza con ese PSI que había firmado un pacto de pacificación con el fascismo, lanzando consignas pacifistas que inmovilizaban al proletariado frente a los ataques escuadristas. Significaba también entrar en los Arditi del Popolo, perdiendo la autonomía e independencia de la organización militar del Partido Comunista. Tanto los Arditi, como el PSI, tenían por objetivo declarado y manifiesto la conservación o regreso a la legalidad democrática burguesa. Si el PCI pretendía seguir siendo un partido de carácter revolucionario no podía aceptar el menor equívoco sobre la naturaleza de la democracia en Italia. El objetivo del PCI no era, para los

⁷⁰ Carr, E.H. Op. cit., p. 429 y Spriano, Paolo. Op. cit., p. 163.

⁷¹ Hajek, Milosh. Op. cit., p. 46.

revolucionarios, la defensa del Estado democrático, sino su destrucción.

Seguir esa táctica suponía nada menos que una socialdemocratización del PCI.

Las tesis fueron aprobadas en el Comité Ejecutivo Ampliado por 19 delegaciones contra 3: la francesa, la española y la italiana. La reunión finalizó con la conformidad de celebrar una asamblea conjunta de las tres internacionales obreras existentes.

El PCI estaba en vísperas de su II Congreso. Las tesis sobre la táctica presentadas en el mismo tomaban posición frente al debate internacional, e inspirarían la línea de acción del PCI durante todo el año 1922, hasta la celebración del IV Congreso de la Internacional, que coincidió con la Marcha sobre Roma del fascismo. La discusión entre la dirección del PCI y el Comité Ejecutivo de la IC fue cada vez más difícil, hasta llegar al límite de la ruptura abierta.

2.5. Las Tesis de Roma. El II Congreso del PCI.

El II Congreso del PCI se reunió en Roma, entre el 20 y el 24 de marzo de 1922.

La tarea más importante del Congreso fue la discusión y aprobación de las «Tesis sobre la táctica del PCI», que a partir de ahora llamaremos Tesis de Roma, por antonomasia.

En realidad, al Congreso se presentaban tesis sobre:

1. La táctica, elaboradas por Bordiga y Terracini.
2. La cuestión agraria, elaboradas por Sanna y Graziadei.
3. La cuestión sindical, elaboradas por Gramsci y Tasca.

Todas estas tesis sirvieron de base al debate congresual, y habían sido ya publicadas en el mes de enero (*L'Ordine Nuovo*, 3 de enero de 1922).

Las Tesis de Roma son uno de los principales documentos ideológicos de la Izquierda Comunista Italiana, de los que se reclamará la Fracción de Izquierda del PCI, que publicó *Bilan* en los años 30.

Elaboradas conjuntamente por Amadeo Bordiga y Umberto Terracini, contienen notables formulaciones políticas y, en palabras de G. Galli: «representan uno de los más destacados documentos ideológicos de los partidos adherentes a la Tercera Internacional»⁷².

En el contexto histórico de la polémica entablada entre el PCI y el Comité Ejecutivo de la IC sobre la cuestión de la táctica del frente único, constituyen una delimitación ideológica clara y precisa de las posiciones políticas del PCI en 1922. Pueden y deben ser consideradas como la respuesta dada por el PCI a la táctica del frente único aprobada en la I sesión del

⁷² Galli, Giorgio, op. cit., p. 59.

Comité Ejecutivo Ampliado, con el voto en contra de la delegación italiana.

Antes de entrar en el análisis detenido de las Tesis de Roma, nos detendremos en un artículo de Bordiga que nos permite conocer las características más destacadas del Partido Comunista de Italia en vísperas del II Congreso. El artículo, titulado «El próximo congreso del Partido Comunista italiano», fue publicado en francés en *L'Internationale Communiste* nº 20, en abril de 1922, pero fue escrito con anterioridad a la celebración del Congreso⁷³.

Para Bordiga, las tareas que se le planteaban al partido en su II Congreso eran las de resolver las difíciles cuestiones de teoría y organización.

En el artículo se detallaba el método de trabajo seguido por los más de 100 delegados, organizados en comisiones que debían estudiar las resoluciones presentadas por el Comité Central.

La reunión del Congreso se preveía de carácter legal, aunque no se excluía su celebración clandestina, si era necesario.

Las características más destacadas del partido en ese momento eran, según Bordiga, las siguientes:

⁷³ Bordiga, Amadeo. "Il prossimo congreso del partito comunista italiano", *L'Internationale Communiste* nº 20, abril 1922, en Livorsi, Franco. *Amadeo Bordiga. Scritto scelti*, Feltrinelli, Milano, 1975, pp. 136-144.

1. La disciplina y unanimidad más absoluta, tanto en el plano teórico como en el práctico y organizativo.
2. El descenso de militantes en el partido desde la escisión de Livorno se explica en función de las rigurosas condiciones políticas y organizativas que se plantean para la admisión de nuevos miembros, así como a la estricta disciplina y dedicación que se exige a los militantes. Hay que tener en cuenta, además, la difícil situación objetiva que impone el auge del fascismo en toda Italia.
3. El 95% de militantes del PCI es de origen obrero o campesino.
4. Elevado nivel ideológico rigurosamente marxista de los militantes. Intransigencia programática y táctica del PCI.
5. Notable trabajo y éxito de los comunistas en la organización y agitación sindical.
6. Organización de grupos militares en el partido. Constante e intensiva preparación del partido para la lucha armada y el paso a la clandestinidad. Rechazo a disolver la organización militar del partido en los Arditi del Popolo.

La tarea más importante del Congreso era, para Bordiga, la de «establecer las tesis esenciales del programa y la táctica del partido», así como «hacer el

balance de la propia experiencia y extraer las conclusiones pertinentes».

Al tratar específicamente las tesis sobre la táctica, Bordiga subrayaba la necesaria inserción en el debate internacional de la táctica a seguir por los partidos comunistas, propugnando el rechazo del frente único político:

«La parte general de las tesis trata la cuestión de las relaciones entre el partido y el proletariado. Insiste en la necesidad de una participación efectiva del partido en la lucha cotidiana que sostiene la clase obrera en defensa de sus intereses inmediatos, [...] estas tesis constituyen un nuevo aspecto en la discusión internacional que tiene lugar en la actualidad sobre las tareas inmediatas de los partidos comunistas y sobre la unidad del frente proletario. Preconizan la necesidad del frente obrero único en las organizaciones sindicales y se pronuncian contra el acuerdo de colaboración formal con otros partidos o agrupaciones políticas, porque estos acuerdos podrían perjudicar la iniciativa y la libertad de acción del Partido Comunista».

Del artículo se desprendía una cierta satisfacción y orgullo de Bordiga por la consolidación de la escisión de Livorno y la experiencia adquirida por el PCI en su primer año de existencia.

Destacan los datos que nos da sobre la organización interna del partido, su preparación para la

clandestinidad y la atención prestada al enfrentamiento armado con el fascismo.

Un dato importante, que no nos parece subjetivo, es el de la homogeneidad ideológica del partido. De hecho, en el Congreso, no se dio ninguna oposición importante a las tesis sobre la táctica, compartidas por la inmensa mayoría de los militantes, incluidos Gramsci y Togliatti⁷⁴.

Es necesario subrayar el carácter revolucionario del partido, así como el valor concedido tanto al nivel teórico como al práctico de los militantes, a quienes se exigía una dedicación y disciplina absorbentes.

Este partido fue el que, reunido en su II Congreso, en Roma, aprobó las Tesis sobre la Táctica que comentamos a continuación.

Tesis sobre la táctica del PCI (Tesis de Roma)

Las Tesis de Roma están formadas por 55 puntos correlativos precedidos de un preámbulo.

Estos 55 puntos se distribuyen en 8 secciones.

En el preámbulo se resume en 10 puntos el programa adoptado por el PCI en Livorno.

Las Tesis de Roma, con las Tesis de Lyon, son los dos textos programáticos bordiguistas más importantes,

⁷⁴ Amendola, Giorgio. Op. cit., p. 57.

de los que se reclamaría la Fracción de Izquierda del PCI en los años 30.

En la primera sección, titulada «Naturaleza orgánica del Partido Comunista», se define el partido como una colectividad que trabaja unitariamente para alcanzar los objetivos históricos de la clase obrera, integrando los intereses particulares y las reivindicaciones inmediatas en una acción unitaria.

Esta acción unitaria del partido se caracteriza por dos elementos:

1. «la conciencia crítica de la que el partido extrae su programa»;
2. «la voluntad que se expresa en la organización disciplinada y centralizada del partido, instrumento de su acción».

La importancia fundamental del programa se expresa en el punto 3, que merece ser reproducido en su totalidad:

«3. Las declaraciones programáticas de los Partidos y la Internacional Comunista contienen una precisa definición de la conciencia teórico-crítica del movimiento. A esta conciencia, así como a esta organización nacional e internacional se ha llegado y se llega mediante un estudio de la historia de la sociedad humana y de su estructura en la actual época capitalista,

basada en los datos de la experiencia de la lucha proletaria real y en una activa participación»⁷⁵.

Tanto el programa, como la organización del partido, son fruto de un proceso histórico, que es el tema desarrollado en la sección II, titulada «Proceso de desarrollo del Partido Comunista».

En el punto 5 se reafirma un principio básico en la ideología de la Izquierda Comunista:

«el proletariado no aparece ni actúa como clase en la historia hasta que esboza un programa y un método común de acción, es decir, en cuanto empieza a organizarse en partido».

Una grosera deformación de este principio concluiría que se está afirmando que «el partido es la clase». No es esto lo que se afirma en las Tesis de Roma. En todo caso, debe entenderse que cuando se hace referencia al proletariado, se hace en el mismo sentido que Marx cuando afirmaba que «el proletariado o es revolucionario, o no es nada». No se atiende aquí a una definición sociológica del proletariado, sino a una definición política. El proletariado es definido, como hemos visto ya en anteriores artículos de Bordiga, como *clase con unos intereses históricos propios*. Si los defiende y se da un programa, esto es, un objetivo; y si además se dota de una organización como instrumento

⁷⁵ *In difesa della continuità del programma comunista*, Ed. Il programma comunista, Milano, 1970, pp. 25-52.

para conquistar esos objetivos, existe como clase *en la historia*. De otro modo, no existe ni desde el punto de vista histórico, ni político: no es nada, histórica o políticamente hablando. O lo que es lo mismo, queda reducido en este último caso a un conglomerado de individuos que, aunque pueden ser definidos *sociológicamente* como clase, con unas condiciones de vida comunes, pero que tanto desde el punto de vista histórico como político no tienen ningún papel activo.

El proceso de formación y desarrollo del partido no es continuo, ni regular, pudiendo atravesar fases de crisis y degeneración. A partir de estas premisas se intenta teorizar la experiencia fraccional de los abstencionistas en el seno del PSI, afirmando:

«A menudo, los partidos proletarios sufren un proceso degenerativo que les arrebató la unidad de acción y su adecuación a los objetivos revolucionarios supremos, [...] los partidos proletarios, con frecuencia, han abierto sus filas a grupos o elementos que todavía no se situaban en el terreno de la lucha colectiva y unitaria por los objetivos revolucionarios últimos. Esto ha ido acompañado siempre de una revisión y deformación de la doctrina y del programa, así como por una dejación de la disciplina interna, de manera que la dirección del movimiento proletario termina cayendo en manos de agentes ocultos de la burguesía, en lugar de convertirse en un estado mayor de dirigentes entregados y resueltos a la lucha».

Esta teorización de la experiencia fraccional de los comunistas italianos en el PSI fue, además, la base sobre la que la Fracción de Izquierda del PCI, y antes de ésta el Comité de Entente, fundamentaron su labor fraccional en el seno del PCI, ante la degeneración oportunista de la Internacional Comunista. Aunque esto será tratado más adelante, en el capítulo 4, es importante subrayar ahora que el fraccionalismo era ya teorizado y exaltado en las Tesis de Roma, en marzo de 1922, cuando el PCI era plenamente homogéneo y nada permitía aún prever las futuras luchas intestinas y las abismales divisiones del partido entre sectores cada vez más enfrentados.

Así, en el punto 7, se dice:

«Solo cuando las nuevas situaciones empiezan a ejercer su influencia y cuando la presión de los acontecimientos incitan a la clase obrera a la acción es posible salir de semejante situación y volver al verdadero partido de clase. Este retorno se realiza mediante la escisión de una parte de la organización que, defendiendo el programa, criticando las experiencias desfavorables de la lucha y formando en el seno del viejo partido una escuela y una fracción organizada en el seno del viejo partido, restablece la continuidad indispensable para la vida de un organismo unitario, fundado en la posesión de una conciencia y una disciplina. De esta conciencia y de esta disciplina nace el nuevo partido».

Es importante la concepción expresada en el punto 7 sobre la labor fraccional que conduce a la escisión del partido degenerado, porque además de recoger la experiencia de los abstencionistas en el PSI, nos permite comprender la actitud de Bordiga frente a la degeneración de la Internacional a partir del IV Congreso de la IC. En el proceso que conduce a la escisión se destaca, ante todo, la continuidad. Ante la degeneración del viejo partido surge una fracción que *sigue defendiendo el programa revolucionario original*. Esa fracción expresa *la continuidad de conciencia y de disciplina* del partido, entendido como órgano y síntesis del proletariado, en defensa de los intereses históricos de la clase.

La sección II de las Tesis de Roma, finaliza con el rechazo total a las fusiones entre partidos o fracciones, en cuanto alteran inevitablemente la firmeza ideológica y programática, constituyendo por otra parte un núcleo nuevo y heterogéneo difícilmente asimilable. Por esta razón, no debe aceptarse más adhesión al Partido Comunista que aquella de carácter individual.

En la sección III se estudian «Las relaciones entre el Partido Comunista y la clase proletaria», y en la sección IV «Las relaciones del Partido Comunista con los otros movimientos políticos proletarios».

El partido es definido en el punto 10 como: «órgano de la parte más avanzada de la clase proletaria».

Las relaciones del partido con la clase y las masas son descritas en el punto 12 como un continuo trabajo de propaganda ideológica y proselitismo, inseparables de la participación en la acción real, aunque sea en luchas de carácter económico e inmediateista. Es decir, el partido no atribuye a las reivindicaciones inmediatas un fin en sí mismas, pero reconoce en ellas un medio importante para la preparación revolucionaria. Así es como se afirma en el punto 13 que:

«El Partido Comunista participa, pues, en todas las formas de organización económica del proletariado abiertas a todos los trabajadores, sin distinción de convicciones políticas, [...] [los comunistas] tienden a ganarse el respaldo de la mayoría de los trabajadores en estas asociaciones y a conquistar los cargos directivos, convirtiéndose así en el canal natural de las consignas del partido. [...] es un trabajo de conquista y de organización que se desarrolla al calor de la lucha y de la acción, ayudando a los trabajadores a extraer las experiencias más útiles de su acción».

El punto 16 es típicamente bordiguista, en cuanto minimiza extraordinariamente el insignificante papel del individuo ante el jugado por la colectividad:

«Sería una concepción completamente errónea del partido el exigir a cada uno de sus adherentes, considerado individualmente, una perfecta conciencia crítica y un completo espíritu de sacrificio, así como limitar la esfera de influencia del partido a las uniones

revolucionarias de trabajadores, constituidas en el dominio económico, según un criterio escisionista, abarcando únicamente a los proletarios que aceptan determinados métodos de acción».

En los puntos 17 y 18 se teorizan las relaciones entre el Partido Comunista y otros partidos o movimientos obreros:

«El partido debe desarrollar una incesante crítica al programa de estos movimientos y demostrar sus insuficiencias de cara a la emancipación del proletariado. [...] Por eso, en las polémicas de este tipo, nunca hay que ocultar las divergencias en el método».

Esta crítica no debe ser sólo teórica, sino también práctica, en el campo de la acción conjunta, y tiene por objeto ganar mayor influencia entre las masas. Pero, tal y como se señala en el punto 20, las relaciones con otras organizaciones obreras no deben comprometer nunca ni el programa ni la organización del Partido Comunista:

«20. El objetivo esencial del Partido Comunista es ganar terreno en el seno del proletariado, incrementar sus efectivos y su influencia en detrimento de las corrientes y partidos políticos proletarios disidentes, sin comprometer nunca la fisionomía programática y organizativa del partido. Este objetivo se logra participando en la lucha proletaria real, en un terreno que puede ser de acción común, y a la vez, de oposición recíproca con esos partidos».

En los puntos precedentes se había intentado fijar los criterios generales de las relaciones entre el Partido Comunista y el resto de partidos y organizaciones obreras, *en función de la naturaleza misma del partido*.

En la sección V se entra plenamente en la delimitación de las cuestiones tácticas, examinando las situaciones generales del movimiento obrero como un elemento más de la problemática a solucionar por la táctica a seguir. La táctica no es considerada nunca como un compromiso entre los principios programáticos y la situación objetiva imperante. Así en el punto 24 se afirma:

«Existe, pues, una estrecha conexión entre las directivas programáticas y las reglas tácticas».

En todo momento, y bajo cualquier circunstancia, debe prevalecer el programa sobre toda consideración de orden táctico:

«El examen de la situación permitirá controlar la exactitud de la perspectiva de desarrollo que el partido ha formulado en su programa. El día en que ese examen impusiese una revisión sustancial del programa, el problema no podría resolverse con un simple giro táctico, sino que sería la propia perspectiva programática la que debería ser rectificadas, con graves consecuencias para la organización y la fuerza del partido».

Los límites de la táctica vienen fijados precisamente por los principios programáticos:

«26. El partido no puede usar su voluntad y su iniciativa de forma caprichosa y arbitraria; los límites entre los que ambas deben y se pueden fijar vienen determinados precisamente por sus orientaciones programáticas y por la apreciación de la posibilidad de emprender una acción según el examen de las situaciones contingentes».

Así es como se llega a la definición de la cuestión táctica, en el punto 28:

«el problema de la táctica no sólo consiste en elegir el buen camino para una acción eficaz, sino además en evitar que la acción del partido rebase los límites adecuados, empleando métodos que responden a fases superadas, que tendrían como consecuencia un paro del proceso de desarrollo del partido y un retraso en la preparación revolucionaria».

En el punto 29 se rechaza totalmente la tesis de aquellos que creen que los partidos comunistas pueden adoptar no importa qué táctica, con tal de alcanzar los principios programáticos, siguiendo afirmaciones del tipo: el fin justifica los medios. Para Amadeo Bordiga, *la táctica debe estar siempre en armonía con el programa*. Una táctica errónea o contraria al programa, en nombre de la conquista de la mayoría en el seno de la clase o de una mayor eficacia inmediata, no dejaría de tener graves consecuencias, tanto en el plano organizativo como en el programático.

«El programa del partido no es un simple objetivo que pueda alcanzarse por cualquier medio, sino una perspectiva histórica en la que los medios empleados y los fines a alcanzar están íntimamente unidos. En las diferentes situaciones, la táctica debe armonizarse con el programa, por lo que las reglas tácticas generales ante las situaciones inmediatas deben precisarse dentro de ciertos límites, sin duda flexibles, pero cada vez más precisos y menos oscilantes, a medida que el movimiento se refuerza y avanza hacia su victoria final».

Las secciones VI y VII tratan sobre la acción directa e indirecta del Partido Comunista:

Se llama acción directa a la realizada por el Partido Comunista cuando las necesidades inmediatas de las masas no hallan eco en los partidos de izquierda y socialdemócratas; y acción indirecta a la realizada por los partidos comunistas cuando la influencia sobre las masas interesa a éstas en su programa y reivindicaciones.

El punto 31 establece una diferenciación entre una izquierda y una derecha de la burguesía, en lucha por el poder del Estado:

«En la situación histórica del poder democrático burgués, las fuerzas políticas generalmente están divididas en dos fuerzas o «bloques», de derecha y de izquierda, que se disputan la dirección del Estado.

Al bloque de izquierda se adhieren más o menos abiertamente los partidos socialdemócratas, siempre coalicionistas. El Partido Comunista no es indiferente al desarrollo de esta lucha, [...]. Hay que partir del hecho de que el Partido Comunista no dispone de libertad de movimientos sino en la medida en que es capaz de dar continuidad a su trabajo organizativo y de preparación, con el que logra la influencia que le permite llamar a las masas a la acción. [...]. Por tanto, si el partido no quiere comprometer su relación con las masas y la posibilidad de reforzar esta relación en el momento más necesario, todas sus declaraciones y actitudes públicas deberán reflejar la continuidad de su método y de sus intenciones, es decir, tendrán que ser coherentes con la propaganda por la lucha final y su preparación».

Esta diferenciación entre una izquierda y una derecha burguesas es esencial en el pensamiento de Bordiga, que incluye a los socialistas en esa izquierda de la burguesía.

La crítica del programa de esa izquierda de la burguesía es una de las tareas fundamentales en la propaganda del Partido Comunista (punto 32):

«Una de las tareas esenciales del Partido Comunista, para preparar ideológica y prácticamente al proletariado en la lucha revolucionaria por la dictadura, es la crítica despiadada del programa de la izquierda burguesa, y de todo programa que pretendiese resolver

los problemas sociales en el cuadro de las instituciones democráticas parlamentarias de la burguesía.

[...] Las reivindicaciones de la izquierda tienden a mejorar las condiciones de defensa y de funcionamiento del capitalismo moderno, tanto por su propio contenido, como por las ilusiones que despiertan en las masas de que las instituciones presentes les pueden ayudar en la emancipación de su clase. [...] esto es igualmente válido [...] para las reformas económicas y sociales: o bien nunca se llevan a cabo o, cuando lo hacen, es para impedir el alzamiento revolucionario de las masas».

En caso de que llegara al poder un gobierno de izquierda burguesa, o incluso socialdemócrata, no solo no debería ser apoyado, sino que debería ser sometido a una dura crítica por los comunistas, porque según se afirma en el punto 33:

«El Partido Comunista tiene el deber de proclamar no sólo lo que le ha enseñado la crítica marxista, sino también sus sangrientas experiencias: tales gobiernos solo dejarían cierta libertad de movimientos al proletariado mientras les considerasen y apoyasen como a sus representantes; pero ante el primer asalto de las masas contra las instituciones del Estado democrático burgués, responderían con la represión más feroz».

La llegada al poder de un gobierno de izquierda burguesa o socialdemócrata no puede tener más utilidad que la de convencer definitivamente al proletariado de

que sólo su propia dictadura de clase puede destruir el capitalismo.

Dado que este bloque de izquierda apoyaría indudablemente reivindicaciones que interesan a las masas, «y que corresponden a menudo, en su formulación, a sus exigencias reales», el Partido Comunista no las rechazaría de plano, sino que expresaría su pesimismo sobre su consecución, así como sobre la sinceridad de esa izquierda, y defendería ante todo la independencia política y organizativa del proletariado.

Partiendo de tales presupuestos, en el punto 36 se fundamenta la táctica a seguir: la del frente único sindical, con total rechazo del frente único con otros partidos.

En el punto 38 se contempla la táctica a seguir ante la posibilidad de colaboración entre un gobierno de izquierda y los fascistas, señalando como peor enemigo al gobierno democrático, que impediría el armamento del proletariado:

«En este caso, los comunistas denunciarán la complicidad, de hecho, la criminal división del trabajo entre el gobierno liberal y las fuerzas irregulares de la reacción. A la burguesía, entonces, dejará de preocuparle cuál de los dos métodos tiene más ventajas, si la anestesia democrático-reformista o la represión violenta: empleará los dos a la vez.

En esa situación, el verdadero, el peor enemigo de la preparación revolucionaria es el gobierno liberal, que hace creer al proletariado que le defenderá y mantendrá la legalidad, tratando en realidad de que no se arme, ni se organice».

En el pensamiento de la Izquierda Comunista, derecha e izquierda de la burguesía, incluyendo aquí a los socialistas, se reparten los papeles. La izquierda inmoviliza y desarma al proletariado, desviándole de sus objetivos revolucionarios mediante la propuesta de objetivos ajenos a los intereses históricos del proletariado, como pueden ser la defensa del orden legal burgués, la defensa de las instituciones democráticas, el rechazo de la violencia, etc.

Al mismo tiempo, la derecha de la burguesía utiliza impunemente la violencia de las escuadras fascistas contra el proletariado, con el apoyo y complicidad del gobierno democrático de la izquierda.

Estas tesis de Bordiga y Terracini son fruto de la experiencia histórica que se está viviendo en la Italia de los años 20. El nacimiento y auge del fascismo gozó, en todo momento, de la neutralidad o el apoyo de la policía y demás aparatos represivos del Estado democrático italiano.

En las Tesis de Roma se prevé además que a este gobierno de izquierda puedan acceder los socialdemócratas, que en agosto llegaron a firmar un pacto de pacificación con los fascistas.

El punto 39 tiene un interés particular. Merece ser extrapolado a la situación española de 1936 y al análisis contemporáneo que *Bilan* hizo de los hechos. Porque, aunque haya sido pensado en 1922 como una hipotética situación futura, parece estar analizando el alzamiento militar de julio de 1936 y el apoyo dado por las organizaciones obreras al gobierno republicano:

«39. Otra hipótesis es que el gobierno y los partidos de izquierda que lo componen llamen al proletariado a participar en la resistencia armada contra el ataque de la derecha. Este llamamiento oculta una trampa. El Partido Comunista reaccionará proclamando que el armamento de los proletarios supone su ascenso al poder y el surgimiento del Estado proletario, así como la destrucción de la burocracia estatal y el ejército tradicional [...]. No proclamará “lealtad” alguna al gobierno liberal amenazado. Al contrario, señalará a las masas el peligro que supone la ayuda del proletariado a la consolidación del poder de ese gobierno nacido contra la sublevación o el golpe de Estado de la derecha, porque es el organismo llamado a oponerse al avance revolucionario del proletariado, cuando éste se muestre como la única salida, dejando el control del ejército a los partidos gubernamentales, es decir, deponiendo las armas sin emplearlas para derribar las formas políticas y estatales actuales, contra todas las fuerzas de la clase burguesa».

En el punto 41 se define del siguiente modo la táctica directa del Partido Comunista:

«La expresión “táctica directa” define la acción del Partido cuando la situación le incita a tomar, independientemente de todos, la iniciativa de atacar el poder burgués».

Se insiste en ese mismo punto en la constante preparación del partido en la organización militar propia, así como en el cuidado puesto en la organización ilegal del partido:

«necesita disponer de formaciones militares de cierta eficacia y de un aparato de acción clandestina, especialmente una red de comunicaciones y relaciones que escape al control del gobierno burgués, para poder conservar la dirección del movimiento obrero en el probable caso que fuera ilegalizado por medidas de excepción».

Fue esta preparación de la estructura ilegal del partido la que permitió a los comunistas resistir los ataques fascistas, y más tarde ser la única organización antifascista capaz de llevar a cabo una actividad clandestina.

En las Tesis de Roma se ataca sin consideración la concepción blanquista o golpista del partido en la toma del poder. Nada tan lejos del ultraizquierdismo, con que algunos etiquetan a Bordiga, como la formulación del punto 44:

«El partido no debe creer, ni hacer creer que, cuando el proletariado pierde su combatividad, basta con un grupo de audaces que se lance a la lucha e intente ataques contra las instituciones burguesas, para que su ejemplo despierte a las masas».

En el punto 47 se precisa claramente la concepción táctica de los revolucionarios:

«La táctica del Partido Comunista nunca viene dictada por teorías preconcebidas, sino únicamente por la necesidad de adecuar los medios a los fines y a la realidad del proceso histórico; en la síntesis dialéctica de doctrina y acción, que es patrimonio de un movimiento destinado a ser el protagonista del más amplio cambio social, el jefe de la mayor guerra revolucionaria».

En la sección octava y última se emprende el análisis de la situación italiana del momento, así como de la táctica a utilizar en el más inmediato futuro.

Consolidada la escisión de Livorno y la existencia del Partido Comunista, en el punto 48 se admite únicamente la adhesión individual, rechazándose la posibilidad de fusión de los comunistas con ningún partido:

«el desarrollo progresivo normal del partido se hará ahora no mediante la aproximación a grupos organizados separadamente de otras formaciones políticas, sino solamente mediante la adhesión individual de cada persona».

La referencia indirecta a los *terzini* y a sus intentos de fusionar el PCI con el PSI, una vez expulsados los reformistas, fue lo bastante clara como para atraer las críticas del Comité Ejecutivo de la IC.

El partido, por el contrario, debía intentar incrementar su presencia e influencia en todos los organismos obreros: sindicatos, cooperativas etc., pero evitando siempre cualquier tipo de alianza o compromiso con otros partidos políticos, insistiendo en la polémica intransigente con sus respectivos programas.

La defensa de la democracia en Italia, propuesta por los socialdemócratas, invocando la autoridad del Estado, mostraba la incomprensión de estos ante la situación italiana:

«Invocar, como hacen los socialdemócratas, el regreso a la autoridad del Estado y al respeto de las leyes, indica que estos, aun afirmando que el Estado democrático parlamentario es un Estado de clase, no llegan precisamente a comprender que éste ha quebrado ante su tarea esencial, violando las leyes escritas que fueron necesarias para su consolidación progresiva, pero que pondrían hoy en peligro su consolidación».

En cuanto al fascismo, en el punto 54 se afirma:

«En cuanto al fascismo, el PCI, incluso considerándolo como una consecuencia ineluctable del desarrollo del régimen, no extrae como conclusión que debe permanecer pasivo ante éste. Combatir el fascismo

no significa creer que se puede anular una función de la sociedad burguesa, sin romper la existencia de ésta».

El punto 55 y último concluye con la necesaria preparación del Partido Comunista en las tareas de organización clandestina y militar frente al peligro fascista o de golpe de Estado, así como en la necesaria ampliación de la influencia del partido en todas las organizaciones obreras.

Las Tesis de Roma, que acabamos de comentar, fueron la línea táctica que el PCI opuso desde entonces (marzo de 1922) a la táctica propuesta por la Internacional.

Pero su validez abarcaría no sólo el enfrentamiento con la IC y la línea centrista de Gramsci-Togliatti, que acabó por dominar la dirección del PCI, sino que fue también la línea táctica que la Fracción de Izquierda del PCI defendió desde su fundación en 1928 hasta su disolución al inicio de la Segunda Guerra Mundial.

Las Tesis de Roma habían sido concebidas para ser defendidas por el PCI ante la Internacional. Sus características más destacadas son la insistencia en la defensa del programa y la autonomía del Partido Comunista como única garantía contra la degeneración oportunista, que hizo quebrar a la Segunda Internacional. Las Tesis de Roma no intentaban reemplazar la ausencia de condiciones objetivas

favorables a la revolución, como pretendía obsesivamente el Comité Ejecutivo de la Internacional.

El objetivo principal de las Tesis de Roma era la defensa del partido, tanto en periodos de auge como de reflujo, ante el peligro de caer en el *oportunismo, entendido como dejación de principios*. De ahí la insistencia en la fidelidad a los principios programáticos.

Mientras el Ejecutivo de la IC tendía, desde el III Congreso, a buscar fórmulas que permitieran invertir la correlación de fuerzas existentes en las situaciones objetivas, desfavorables para la revolución, el PCI dirigido por Bordiga criticaba ese *voluntarismo*, que debía desembocar inevitablemente en el oportunismo y la degeneración de los partidos comunistas.

Para Amadeo Bordiga, como hemos visto en los diferentes artículos estudiados, el partido era un órgano de la clase que no solo es factor, sino también producto de los acontecimientos históricos. Por esa razón, la táctica, cuando está en desacuerdo con los principios programáticos, puede actuar sobre el partido, como órgano colectivo que es, modificando sus métodos de acción y a la larga su propio programa.

La concepción que del partido tenían los rusos, y por tanto la que predominaba en el Ejecutivo de la Internacional Comunista, era la del partido como instrumento de la clase. La vida interna del partido no dependía de la situación objetiva revolucionaria, sino

únicamente de la disciplina y organización de sus militantes. El partido podía cambiar a su voluntad la situación objetiva revolucionaria, y no sería afectado por el curso del proceso revolucionario o por los acontecimientos históricos.

De estas diferentes concepciones del partido, como órgano de la clase o como instrumento, como factor y producto de la historia o como voluntad y factor inmune a los acontecimientos históricos, nacía una divergencia teórica entre el PCI y la IC, que se manifestó en el enfrentamiento inevitable respecto a la táctica a seguir por los partidos comunistas a partir del III Congreso de la Internacional.

Ese enfrentamiento no hizo sino incrementarse hasta estallar en las resoluciones del IV Congreso de la IC.

Las Tesis de Roma fueron el detonante de ese estallido. Un documento excepcional nos permite seguir el progresivo distanciamiento entre el PCI y la IC. Se trata del informe enviado por Jules Humbert-Droz y Kolarov a Zinoviev sobre el II Congreso del PCI⁷⁶.

El II Congreso del PCI había iniciado sus deliberaciones antes de la llegada, desde Moscú, de los delegados italianos a la primera sesión del Comité Ejecutivo Ampliado de la IC: «El congreso había sido

⁷⁶ Humbert-Droz, Jules. Op. cit., pp. 114-120.

[...] preparado sin tener en cuenta las decisiones del Comité Ejecutivo Ampliado de Moscú».

De hecho, dado que las Tesis de Roma fueron publicadas en enero de 1922, el desacuerdo entre el PCI y la IC no había hecho sino aumentar desde el III Congreso, en el que los italianos aceptaron la táctica del frente único, aunque solo en el plano sindical, contra la concepción de la IC, que lo entendía tanto en el plano sindical como en el político. Humbert-Droz y Kolarov lo explicaban del siguiente modo:

«Nuestros primeros encuentros con el Comité Ejecutivo, y con el camarada Bordiga en particular, se dedicaron a la discusión de las resoluciones votadas en Moscú sobre la táctica del frente único y sobre la táctica general del PCI. Hubimos de recomenzar de nuevo toda la discusión ya planteada en Moscú, combatir los mismos prejuicios y las mismas argumentaciones contra la táctica del frente único [...] encontrándonos con una oposición aún más tenaz e irreductible que la ya manifestada en Moscú por los representantes del PCI. Ante la imposibilidad de convencer a la dirección del partido de la validez del punto de vista de la Internacional, nos enfrentamos al problema que esta discrepancia sobre la táctica planteaba entre el Ejecutivo de la IC y el PCI. El camarada Bordiga quería, ante todo, que el Congreso votase las tesis presentadas por la dirección del partido para fijar la táctica del PCI, salvo la aplicación disciplinaria de las orientaciones tácticas

que desde Moscú diera la IC. Nosotros intentamos obtener de la dirección del partido que las tesis no fuesen votadas como líneas directrices de la táctica a seguir por el PCI, sino que fuesen simplemente remitidas, como base de discusión, al nuevo Comité Central, que debería fijar la táctica del partido de acuerdo con el Ejecutivo de la Internacional».

La oposición de los delegados de la Internacional a la votación de las tesis sobre la táctica elaboradas por Bordiga y Terracini era total, porque consideraban que eran contradictorias con las tesis del frente único aprobadas en el III Congreso de la IC y el I Ejecutivo Ampliado.

«[...] una enorme confusión en torno a la cuestión del frente único. Los camaradas lo consideraban como una “fusión” con los otros partidos políticos, como un “bloque” en el que el partido se vería obligado a renunciar, en parte, a su autonomía política y organizativa, etc. [...] Intervenimos para explicar claramente cuál era la táctica del frente único y para criticar las tendencias generales de las tesis del PCI, pidiendo que el Congreso no votase unas tesis que en ciertos puntos estaban en contradicción con las tesis del III Congreso de la Internacional, y con las resoluciones del Comité Ejecutivo Ampliado; proponiendo considerarlas como base de discusión entre el Ejecutivo del PCI y el de la IC».

Sin embargo, los delegados de la Internacional al Congreso del PCI no dejaron de subrayar el innegable espíritu internacionalista de los militantes italianos, a quienes preocupaban extraordinariamente las discrepancias existentes sobre la táctica entre su partido y la Internacional:

«Es necesario remarcar que nuestra intervención en el seno de la Comisión, así como las intervenciones del camarada Kolarov en el Congreso, han ejercido una notable influencia en los delegados. [...] La adhesión de los militantes del PCI a la IC es tal, que la idea de un conflicto entre su partido y la Internacional les preocupa extraordinariamente».

De igual forma, los miembros del Comité Ejecutivo del PCI plantearon a los delegados una serie de preguntas referentes a la necesidad de su dimisión, para dar paso a una nueva dirección más acorde con las directivas de la IC:

«Los camaradas del Comité Ejecutivo del Partido nos han planteado unas preguntas referentes a la dirección del partido. Dado el conflicto que estaba surgiendo entre el PCI y la IC, se preguntaban si sería útil y necesario constituir la dirección del partido eligiendo a otros camaradas, que estuviesen plenamente de acuerdo con la IC. Nos han planteado las tres preguntas siguientes:

1. ¿El Ejecutivo de la IC quiere la dimisión del actual comité para sustituirlo por otra dirección? [...].
2. En el caso de que durante las discusiones del Congreso una fuerte minoría se pronunciase contra las tesis italianas, ¿debería la dirección actual presentar la dimisión para dar paso a la formación de una nueva dirección, de minoría, pero que tendría la ventaja de defender las mismas posiciones que la Internacional Comunista? [...].
3. ¿Tiene preparado el Ejecutivo de la IC un plan sobre la nueva táctica en Italia? Y en tal caso, ¿no sería mejor sustituir la actual dirección para dar a la nueva dirección mayor libertad de movimiento para aplicar una táctica opuesta a la precedente táctica del PCI?».

A todas estas preguntas los delegados de la IC respondieron que las discrepancias entre el actual Ejecutivo del PCI y el de la IC no eran tan graves como para pedir su dimisión y crear una dirección de la minoría. En todo caso, era necesario elaborar una táctica para Italia mediante discusiones entre el PCI y la IC, que permitiesen llegar a un común acuerdo. Por otra parte, la IC seguía confiando en la disciplina del Comité Ejecutivo del PCI para aplicar sus decisiones.

En los debates del Congreso, apoyándose en la disputa de los delegados de la IC con el Ejecutivo del PCI, surgieron dos corrientes de oposición, que el informe a Zinoviev valoró del siguiente modo:

«La oposición a las tesis en el interior del partido fue representada por dos tesis de valor diverso: una presentada por un tal Presutti y por Bombacci, que se ponía claramente en el terreno de las tesis de la IC, aunque ambos las defendieron sin demasiada eficacia. Se trata de una oposición manifestada en el último momento, apoyándose en nuestras discrepancias frente al PCI. [...] La otra corriente de oposición que criticaba la rigidez de la táctica en las tesis del PCI, admitiendo además la posibilidad de aplicación de la táctica del frente único en el plano político en Italia, estaba representada por los camaradas Graziadei y Tasca, mucho más seria y profunda en sus argumentaciones».

La votación de las tesis sobre la táctica, elaboradas por Bordiga y Terracini, no dejó lugar a dudas, pese a las objeciones de los delegados de la Internacional, sobre el apoyo a las mismas por parte de la inmensa mayoría del PCI:

«El resultado de las votaciones fue el siguiente: 31.089 votos a favor de las tesis, 4.151 en contra, 707 abstenciones y 2.165 ausentes».

Tal resultado de las votaciones nos permite afirmar y subrayar el carácter homogéneo del PCI en este momento, que se ratificó sin lugar a dudas en la

elección del nuevo Comité Central, en el que se confirmó el Comité Ejecutivo de Livorno: Bordiga, Grieco, Terracini, Repossi y Fortichiari. En el Comité Central, reducido a 14 de los 15 miembros anteriores, se producía la salida de Belloni, Bombacci, Misiano, Parodi (que había tenido que emigrar ante las amenazas personales de los fascistas), Polano y Tarsia. Ingresaron en el Comité Central Palmiro Togliatti, Isidoro Azzario, Vittorio Flecchia, Leopoldo Gasperini y Ennio Gnudi. Tanto Galli como Spriano⁷⁷ coinciden en afirmar el carácter homogéneo del Comité Central, ya que todos sus miembros pertenecían a la mayoría del PCI. Antonio Gramsci fue elegido representante del PCI en el Ejecutivo de la Internacional Comunista.

Sin embargo, Galli y Spriano difieren en un punto muy importante. Para Spriano, fiel a la historiografía eurocomunista, en el Congreso de Roma «se manifiesta una primera resquebrajadura interna»⁷⁸.

Por el contrario, Galli afirma muy vehementemente lo siguiente:

«La historiografía oficial del PCI irá luego difundiendo la versión según la cual ya en Roma fue profunda la discrepancia entre el grupo Gramsci-Togliatti y el núcleo bordiguista. Y si los ordinovistas no dieron la batalla fue porque estaban preocupados por

⁷⁷ Galli, Giorgio. Op. cit., p. 67 y Spriano, Paolo. Op. cit., p. 190.

⁷⁸ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 191.

el peligro de la derecha, representada por Tasca y Graziadei. Bastará observar que la derecha sostenía precisamente aquellas posiciones que, en los meses siguientes, [...] Gramsci acabará por hacer propias. No existía pues, en Roma, una línea de derecha que los ordinovistas no pudiesen aceptar, hasta el punto que tuvieran que aliarse a la izquierda para afrontarla. Será Gramsci quien hará suyas las posiciones de Tasca, que eran a fin de cuentas las de la Internacional»⁷⁹.

Debe subrayarse, pues, que tanto Gramsci como Togliatti apoyaron las tesis sobre la táctica, o Tesis de Roma, por convencimiento y en total acuerdo con las posiciones defendidas por la mayoría. Así lo afirma Terracini, en la entrevista que le hizo Arturo Gismondi en 1978:

«Pregunta: Los únicos que estaban en el mismo terreno de la Internacional fueron Graziadei y Tasca.

Respuesta de Terracini: Los únicos, en realidad, puesto que Gramsci y Togliatti compartieron decididamente las posiciones de los camaradas dirigentes del partido.

P: Esto es, esencialmente de Bordiga y tuyas...

R: De Bordiga, de Grieco y mías, además de Repossi, que era en el Comité Ejecutivo del partido el responsable de la organización sindical, y de Fortichiari, encargado del “trabajo ilegal”. Togliatti y Gramsci no

⁷⁹ Galli, Giorgio. Op. cit., p. 67.

tuvieron nunca ninguna duda sobre la línea del partido en este periodo, y esto fue así hasta el momento en que, en el 23, en el IV Congreso de la Internacional, Gramsci comenzó a elaborar una línea distinta»⁸⁰.

No solo Gramsci compartía la línea táctica propuesta en las Tesis de Roma y aprobada mayoritariamente en el II Congreso del PCI, con su voto favorable, sino que las defendió públicamente en los debates congresuales⁸¹:

«En el II Congreso la autoridad de Bordiga estaba aún intacta. Al margen de la fracción de derecha, todos estaban con él, desde Terracini hasta Gramsci, desde Scoccimarro hasta Togliatti. Y esta adhesión no se debía sólo a razones de oportunidad táctica, para no correr el peligro de reforzar la corriente de derecha, [...] sino que obedecía a una clara convicción en la validez de la línea política seguida. Y no por casualidad fue el propio Gramsci quien sostuvo en el Congreso las razones de la áspera polémica antisocialista, y quien rechazó la consigna del frente único político y del “gobierno obrero”».

En realidad, la discrepancia entre el PCI y la IC fue pospuesta por los delegados de la Internacional a causa del indudable espíritu internacionalista de los militantes comunistas italianos. Fue el propio Bordiga

⁸⁰ Terracini, Umberto. Op. cit., pp. 45-46.

⁸¹ Amendola, Giorgio. Op. cit., p. 57.

quien, por propia iniciativa,⁸² fiel al espíritu y la disciplina internacionalista, propuso una declaración previa a las deliberaciones sobre la táctica, que el Congreso aprobó y que reproducimos íntegramente:

«El Congreso, antes de iniciar el debate sobre las tesis que atañen a la táctica, frente a la decisión del Comité Ejecutivo internacional Ampliado que aprueba resoluciones concernientes a la táctica de los partidos afiliados a la IC,

- aprueba la declaración de disciplina hecha por los delegados del partido en la mencionada reunión;
- se compromete, en nombre del partido, a que cualquier acción que el PCI emprenda tras el congreso se guiará por las orientaciones tácticas que la IC, en base a las decisiones tomadas en este sentido en el Ejecutivo Ampliado, establecerá para Italia, basándose en un examen de la situación que será hecho de común acuerdo entre la nueva Central del partido y el Presidium de la IC;
- y pasa a la discusión de las tesis para adoptarlas, confiriéndoles el valor de una expresión de las posiciones del partido italiano en materia táctica, que en modo alguno podrá perjudicar la disciplina internacional»⁸³.

⁸² "Il percorso ideologico della controrivoluzione in Italia", en *Battaglia Comunista* n° 13, año XL, 10-30/9/1982, p. 5 (artículo firmado m. jr.).

⁸³ Humbert-Droz, Jules. Op. cit., pp. 117-118.

Sin embargo, el acatamiento por parte del PCI de la disciplina internacional no suponía la inexistencia de un desacuerdo sobre la táctica del frente único y la interpretación de tal consigna. Desacuerdo que no haría sino incrementarse.

Así, en las discusiones del II Congreso del PCI, las posiciones de los delegados de la IC y de la mayoría bordiguista del PCI no podían ser más encontradas.

Mientras Kolarov afirmaba:

«La lucha política por excelencia es la lucha contra el fascismo, que solo puede combatirse bajo la dirección de las masas trabajadoras unidas en el frente unitario. Y no es válido afirmar que en el frente único os juntaréis con los traidores, porque eso valdría también para el frente único sindical»⁸⁴.

Bordiga replicaba:

«Preguntamos: ¿para qué se quiere la alianza con los socialdemócratas? ¿Para hacer aquellas cosas que sólo ellos saben, pueden y deben hacer?, ¿o bien para pedirles que hagan aquello que no saben, ni quieren, ni pueden hacer? ¿Se quiere que digamos a los socialdemócratas que estamos dispuestos a colaborar con ellos, incluso en el parlamento, e incluso en ese gobierno que se ha bautizado como “obrero”? En ese caso, es decir, si se nos pide que elaboremos en nombre del Partido Comunista un proyecto de gobierno obrero,

⁸⁴ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 186.

en el que deberían participar socialistas y comunistas, y que presentemos ese gobierno a las masas como un “gobierno antiburgués”, nosotros respondemos, aceptando la plena responsabilidad de nuestra respuesta, que tal actitud se opone a todos los principios fundamentales del comunismo. Aceptar esa fórmula política significaría sencillamente desgarrar nuestra bandera, sobre la cual se ha escrito: no existe gobierno obrero si no se ha constituido sobre la base de la victoria revolucionaria del proletariado»⁸⁵.

2.6. La Alianza del Trabajo y la huelga general de agosto de 1922

La influencia de los comunistas en los sindicatos fue notable desde el nacimiento del PCI en 1921. Ya en el Congreso de la CGL, celebrado en febrero y marzo de 1921 en Livorno, pocos días después de la escisión de los comunistas del PSI, la moción presentada por estos tuvo un notable éxito. La moción comunista proponía la ruptura con la Internacional Sindical de Ámsterdam, al tiempo que denunciaba el pacto de alianza entre el PSI y la CGL. El resultado de las votaciones fue el siguiente: 586.856 votos favorables a la moción comunista, contra

⁸⁵ *Defense de la continuité du programme communiste*, Ed. Programme communiste, París, 1979, p. 63.

1.197.882 votos favorables a la moción socialista, a nivel de las Bolsas del Trabajo⁸⁶.

Como afirma Livorsi:

«La tendencia a una expansión comunista en la CGL indicaba que en 1921 la clase obrera no había sido aún derrotada».

Desde finales de 1920 las luchas obreras habían de enfrentarse, por una parte, a las bandas armadas de escuadristas, y por otra a una decidida ofensiva patronal contra las condiciones de vida de los trabajadores. Así es como la abolición del precio político del pan, las importantes reducciones salariales y el notable incremento del paro, vinieron acompañados de la liquidación de las representaciones sindicales en las principales fábricas⁸⁷.

Frente a la doble ofensiva, fascista y patronal, los comunistas proponían una táctica de unidad sindical, *adelantándose* de este modo a la táctica de la Komintern.

La propuesta fue formulada por el Comité Central del PCI y su Comité Sindical, el 8 de mayo de 1921, en un Manifiesto publicado en *Il Comunista*⁸⁸ y dirigido «A

⁸⁶ Livorsi, Franco. Op. cit., p. 245.

⁸⁷ Livorsi, Franco. Op. cit., p. 246.

⁸⁸ *Relaciones del partido comunista d'Italia al IV Congreso dell'Internazionale comunista, noviembre 1922*, Iskra Edizioni, Milano, 1976, pp. 61-65.

los trabajadores organizados en los sindicatos, por la unidad proletaria»⁸⁹.

En el texto se analizaban los problemas sindicales desde una perspectiva revolucionaria. Se renunció *explícitamente* a llevar la escisión a la CGL, propugnándose además la unidad sindical entre CGL y USI, así como la de aquellos sindicatos que eran independientes de estas centrales, como el Sindicato ferroviario, la Federación de los trabajadores del mar y la Federación de estibadores; rechazando sólo aquellas organizaciones sindicales dominadas por fascistas, *popolari* o burgueses.

El Manifiesto proponía la lucha contra el reformismo desde el interior del sindicato:

«El medio más eficaz para el avance de las tendencias revolucionarias entre la masa organizada, no es el de la escisión en aquellos sindicatos dominados por dirigentes maniobreros, reformistas, oportunistas o contrarrevolucionarios. Cortados ya los puentes, tanto a nivel nacional como internacional, con estos traidores a la clase obrera; constituido en el partido político comunista el organismo que abarca a los únicos trabajadores plenamente conscientes de la línea revolucionaria de la Internacional comunista; los miembros y militantes del partido revolucionario no salen de los sindicatos, ni incitan a las masas a

⁸⁹ Livorsi, Franco. Op. cit., p. 246. Y *Relazione...*, p. 61.

abandonarlos y boicotearlos, sino que dentro de estos, desde el *interior* de las organizaciones económicas, emprenden la más feroz lucha contra el oportunismo de los jefes»⁹⁰.

Para Bordiga, y también para todo el Comité Central del PCI⁹¹, la táctica del frente único sindical, propuesta por los comunistas, en ausencia de la total unidad entre los sindicatos, no estaba en contradicción con el rechazo del frente único político. Por el contrario, la acción del partido revolucionario sería tanto más eficaz, cuanto más unitaria fuera la organización sindical, en el interior de la cual trabajaban los comunistas para ganar a los trabajadores a sus posiciones.

El 14 de agosto de 1921, ante el absoluto fracaso de la táctica propugnada por los reformistas, que dirigían la CGL, el Comité Sindical del PCI propuso, en una carta⁹² dirigida a la CGL, la USI y el Sindicato ferroviario, la constitución de un frente único sindical y la huelga general nacional como respuesta obrera a la doble ofensiva patronal y fascista.

La propuesta, que no tuvo ningún eco serio entre las organizaciones sindicales a las que iba dirigida, era ésta:

⁹⁰ *Relazione...*, pp. 61-62.

⁹¹ Terracini, Umberto. Op. cit., pp. 45-47.

⁹² *Relazione...*, p. 66.

«Proponemos, pues, que las grandes organizaciones proletarias, que se mueven en el terreno de la lucha de clases, emprendan una gran batalla proletaria, declarando que las cuestiones que hoy interesan de forma común a todos los trabajadores *sean elevadas por las organizaciones sindicales a cuestiones de principio*, y que toda concesión, incluso limitada y poco extendida sobre tales puntos, sea rechazada como creación de un precedente que daría la victoria a los adversarios.

Los puntos precisos que la clase obrera debería, no *pedir*, sino *defender*, son según nuestra propuesta los siguientes:

- a) 8 horas de trabajo;
- b) respeto a los acuerdos vigentes y al actual valor global de los salarios;
- c) respeto a los pactos de colonos para los pequeños agricultores;
- d) asegurar la existencia de los trabajadores en paro y sus familias [...];
- e) garantía y reconocimiento del derecho de organización.

Elevar estos puntos a cuestiones de principio significa *realizar la huelga general nacional* de todas las ramas profesionales de trabajadores»⁹³.

⁹³ *Relazione...*, p. 67.

Sin embargo, pese al rechazo inicial del frente único sindical, la propuesta comunista obtuvo gran resonancia entre la base militante del sindicalismo italiano, como testimoniaba el indudable éxito obtenido por la moción comunista en la Conferencia Nacional de la CGL, celebrada en noviembre de 1921 en Verona.

La discusión central de la Conferencia de Verona se desarrolló en torno a la cuestión del frente único sindical y de la huelga general como forma válida y más eficaz de lucha obrera contra la ofensiva capitalista (fascista y patronal). Las votaciones se polarizaron entre la moción comunista y la de los reformistas socialistas. El resultado fue de 415.712 votos favorables a los comunistas contra 1.426.521 de los socialistas⁹⁴. El aumento de la influencia comunista respecto a los aproximadamente 175.000 votos obtenidos por los comunistas en la precedente conferencia de la CGL⁹⁵, celebrada en Milán en abril de 1921, era innegable. Por otra parte, los votos socialistas se beneficiaban del voto de algunas federaciones como la de los trabajadores de la tierra, calculada a finales de 1920 en 850.000

⁹⁴ Tanto Spriano como Livorsi dan unas cifras erróneas de las votaciones. Las cifras de Spriano son desfavorables a los comunistas, mientras que las de Livorsi son favorables. Para una valoración detallada y correcta de las votaciones en la Conferencia de Verona, véase: *Relazione...*, p. 15. Los datos de Spriano y Livorsi se pueden consultar en: Livorsi, Franco. Op. cit., p. 250 y Spriano, Paolo. Op. cit., p. 195.

⁹⁵ *Relazione...*, p. 15.

inscritos, cuando en el momento de la votación sólo contaba con 200.000.

Al margen más o menos circunstancial de las votaciones, el éxito comunista se reflejó, pese a todos los obstáculos, en el arraigo de la política del frente único sindical entre la masa obrera, que sentía como una necesidad la unidad obrera frente al ataque a sus condiciones de vida. Por esta razón, la presión de las bases sindicales hizo inevitable la formación del frente único sindical, plasmado el 20 de febrero de 1922 en la denominada Alianza del Trabajo, formada por las siguientes organizaciones sindicales: CGL, USI, Sindicato ferroviario, UIL y Federación nacional de estibadores⁹⁶.

El amplio abanico ideológico de la Alianza del Trabajo abarcaba desde los anarquistas de la USI (Unión Sindical Italiana) a los republicanos de la UIL (Unión Italiana del Trabajo); y desde los reformistas, socialistas y comunistas de la CGL (Confederación General del Trabajo), donde predominaba el PSI, a los sindicatos independientes como el de ferroviarios, pronto dirigido por los comunistas, o los estibadores.

La táctica comunista insistió en la necesidad de fortalecer la unidad sindical y generalizar la lucha. La táctica socialista era contradictoria y vacilante, en cuanto insistía en el carácter no violento de las luchas

⁹⁶ *Relazione...*, p. 16 y Spriano, Paolo. Op. cit., p. 192.

obreras y en asegurar el mantenimiento de las libertades democráticas mediante métodos exclusivamente pacíficos, pese a la violencia fascista tolerada por las instituciones del Estado democrático.

Las huelgas sectoriales se multiplicaron en toda Italia. Fue notable la participación comunista en la huelga metalúrgica de junio de 1922, de 17 días de duración. En la conferencia de los metalúrgicos, celebrada en Génova, la moción de los comunistas, que proponía la extensión de la huelga a todas las ramas de la producción, obtuvo unos 39.000 votos, contra los 47.000 de los reformistas y 14.000 abstenciones⁹⁷.

Las grandes luchas y huelgas de la primavera y verano de 1922 mantuvieron a la clase obrera italiana en una constante agitación, que popularizó entre las masas la idea de una huelga general nacional.

La CGL convocó su Conferencia nacional los días 3 al 6 de julio de 1922. El consejo directivo de la CGL obtuvo para la moción reformista solamente 537.351 votos, contra las mociones convergentes, pero que se presentaron separadas, de los comunistas con 235.558 votos, de los maximalistas con 247.433 votos, y de los *terzini* con 34.734 votos. También se presentó una quinta moción: la de los centristas, que obtuvo 43.533 votos⁹⁸.

⁹⁷ *Relazione...*, p. 22.

⁹⁸ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 201.

Es importante señalar que por primera vez había surgido en la CGL una izquierda confederal capaz de obtener la mayoría absoluta, de no haberse presentado dividida en tres mociones distintas.

La moción comunista decía así⁹⁹:

«El Comité Nacional de la CGL, considerando que la línea seguida por los dirigentes confederales ante la ofensiva de la patronal, [...] con la predicación de la no resistencia a la reacción [...] han paralizado la acción de defensa y de insurrección del proletariado; [...] considerando que la ofensiva patronal y reaccionaria, en todas sus manifestaciones económicas y políticas, constituye la explicación de la actual opresión del movimiento proletario, opresión en la que la clase dominante ve la única vía de salida a la presente situación, que consolida su dominio económico y político; considerando que [...] la constitución de un gobierno de compromiso entre algunas fracciones políticas burguesas y los representantes del proletariado [...] es una ilusión y un engaño, y tendría como resultado el desarme del proletariado en una espera que vendría seguida de una inevitable y trágica desilusión favorable a las fuerzas conservadoras.

[...] Afirma que, contra la desastrosa alternativa del triunfo del ataque de la burguesía [...] no se abre otra vía que el encuadramiento y la iniciativa de todas las

⁹⁹ *Relazione...*, pp. 92-94.

fuerzas proletarias en el terreno de la acción común, el paso de la táctica insuficiente de las acciones aisladas al de la lucha general».

La moción comunista denunciaba, pues, la desvalorización de la Alianza del Trabajo por los reformistas, que desde su predominio en la dirección de la CGL se empeñaban en no oponer resistencia a los ataques fascistas. Por esta razón, la moción de los comunistas finalizaba proponiendo el paso a la acción unitaria de las fuerzas proletarias, así como la convocatoria por la Alianza del Trabajo de una huelga general nacional:

«considerando que la acción debe ser proclamada y dirigida por la Alianza del Trabajo, a cuya iniciativa es previsible que todos los partidos y grupos políticos proletarios den la adhesión y disciplina de sus fuerzas, [...] acuerda:

que la Confederación del trabajo, lo antes posible [...] plantee la inmediata convocatoria de la Alianza del Trabajo y haga en ella la propuesta de convocar la huelga general nacional de todas las ramas».

La Alianza del Trabajo, dominada por los reformistas, había sido incapaz de desencadenar acción generalizada alguna, en un momento en que provincias enteras estaban en huelga, y mientras sectores como el metalúrgico estaban inmersos en una lucha cada vez más aguda. Fue incapaz de tomar la iniciativa

adelantándose a los fascistas, que aún no habían conseguido asaltar las fortalezas «rojas»¹⁰⁰.

La huelga general fue proclamada por la Alianza del Trabajo ya demasiado tarde, en una situación equívoca, dominada por una nueva crisis gubernamental, con las masas agotadas en las luchas precedentes, con consignas contradictorias, poniendo en previo aviso a los fascistas y, en fin, creando las máximas garantías para su definitivo fracaso.

A principios del verano de 1922 el fascismo había desencadenado una gran ofensiva, con la ocupación por las escuadras fascistas de ciudades como Bolonia y Ferrara. En julio, las expediciones de asalto fascistas se extendieron al Lacio y las Marcas, a toda Emilia-Romaña, el Véneto y la Toscana, amenazando ya el triángulo obrero de Milán-Génova-Turín. La impresionante movilidad de las escuadras fascistas fue un factor decisivo en su éxito.

Las reacciones armadas de los obreros fueron insuficientes y adolecieron de falta de coordinación. Entre los propios militantes socialistas surgieron voces que acusaban de traidores a los dirigentes del PSI y CGL.

En la reunión del 19 y 20 de julio del Comité nacional de la Alianza del Trabajo, los representantes de USI y SFI insistieron en la necesidad de desencadenar

¹⁰⁰ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 201.

una huelga general, como respuesta a las agresiones fascistas.

El 28 de julio el grupo parlamentario socialista había decidido colaborar en las tareas de gobierno, para poner fin a la crisis gubernamental. Turati fue al Quirinal el 29 de julio de 1922, para entrevistarse con el rey. Turati, apoyado por la derecha socialista y por la CGL, proponía un gobierno capaz de restaurar la legalidad constitucional y hacer respetar las libertades democráticas, frente a la constante transgresión de la ley por parte de una siempre impune violencia fascista. Mussolini, por su parte, amenazaba con la insurrección y el golpe de estado, si se llegaba a la formación de un gobierno antifascista. La impotencia de la vieja clase política liberal era absoluta. La crisis del gobierno Facta, planteada el 19 de julio, se solucionó mediante la formación de un nuevo gobierno Facta, sin más cambios significativos que el del senador Taddei, considerado como un hombre enérgico en el Ministerio del Interior¹⁰¹. El nuevo ministerio fue anunciado el 1 de agosto.

Ante el rechazo de la propuesta de Turati y su oferta de colaboración directa con el gobierno, el comité secreto de la Alianza del Trabajo, ese mismo 29 de julio, decidió la convocatoria de la huelga general.

¹⁰¹ Galli, Giorgio. Op. cit., p 68; Salvadori, Massimo L. *Storia dell'età contemporanea*, Loescher Editore, Torino, 1977, pp. 669-671; Salvatorelli, Luigi y Mira, Giovanni. Op. cit., pp. 222-227; Spriano, Paolo. Op. cit., p. 206.

La fecha fijada era el 31 de julio a medianoche. El comunicado decía así:

«Los trabajadores de todas las ramas, en cuanto tengan conocimiento del presente comunicado, deberán abandonar inmediatamente el trabajo. [...] Con la proclamación de la huelga el comité [de huelga] se propone como objetivo la defensa de las libertades políticas y sindicales amenazadas por las insurgentes facciones reaccionarias, las cuales apuntan, mediante la supresión de toda garantía legal, al aplastamiento de las organizaciones obreras, premisa necesaria para poder, acto seguido, arrojar a los trabajadores de un estado de relativa libertad a un estado de absoluta esclavitud [...].

Es sagrado deber de todos los espíritus libres el quebrar, con el bloque de la resistencia unida, el asalto reaccionario, defendiendo de este modo las conquistas de la democracia y salvando la Nación del abismo [...].

De la huelga general, unitaria y severa, debe surgir una solemne amonestación al gobierno del país, para que ponga fin, para siempre, a toda violación de las libertades cívicas, que deben hallar apoyo y garantía en el imperio de la ley.

En el desarrollo de la huelga los trabajadores deben abstenerse totalmente de cometer actos de violencia [...]»¹⁰².

¹⁰² *Relazione...*, pp. 36-37.

Como se aprecia claramente en el texto de convocatoria a la huelga, prevalecía el carácter pacifista y legalista, con unos objetivos muy lejanos de poder calificarse como revolucionarios. La huelga era concebida como un instrumento de presión para que el gobierno garantizase las libertades democráticas.

Pese al secreto de la convocatoria, que hubo de apoyarse totalmente en el aparato clandestino del PCI (única organización obrera capaz de garantizar un canal ilegal de comunicación, del que carecía la CGL), el diario reformista *Il Lavoro*, de Génova, dio la noticia el domingo 30 de julio.

A partir de este momento los hechos se desencadenaron con enorme rapidez. El 28 de julio los socialistas habían votado en el Parlamento su participación en no importaba qué tipo de gobierno burgués. El 29 de julio, sábado, Turati se había entrevistado con el rey. Pero el 30 de julio, domingo, cuando la atención estaba centrada en la participación gubernamental de los socialistas, saltaba la noticia de la convocatoria de huelga general. En pocas horas Facta formó un gobierno, muy similar al anterior a la crisis del 19 de julio, con la derecha y sin los socialistas.

Los fascistas, a su vez, lanzaron al gobierno un ultimátum con el que amenazaban intervenir en el restablecimiento del orden, si se mostraba incapaz de sofocar la huelga en 48 horas.

La *huelga legal antifascista*, convocada por la Alianza del Trabajo, había sido mal preparada. Por otra parte, las divisiones existentes entre los distintos sectores participantes y la visión que cada uno tenía de la huelga, la condujeron al fracaso, ante las insuperables contradicciones que se presentaron.

El factor decisivo en la convocatoria de huelga fue Turati que, ante el fracaso de sus gestiones para resolver la crisis de gobierno, eligió la huelga de masas como medio de presión para cambiar a su favor una situación que se le escapaba de las manos¹⁰³.

La convocatoria de huelga fijaba como objetivos prioritarios «la defensa de las libertades políticas y sindicales», para detener el avance fascista. El acento legalista era muy acusado, justificando el apelativo de «legal» dado a la huelga, cuyo propósito fundamental era la defensa de la democracia.

La difusión clandestina de la convocatoria de huelga, fundamental para el éxito de la misma, fue sabotada por el diario reformista de Génova *Il Lavoro*¹⁰⁴.

La huelga tuvo un éxito solamente parcial desde sus inicios, tomando las características de una batalla armada decisiva, culminación de la guerra civil (1921-1922) entre los fascistas y las masas obreras.

¹⁰³ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 208.

¹⁰⁴ *Relazione...*, p. 37 y Spriano, Paolo. Op. cit., p. 210.

El gobierno y sus fuerzas represivas apoyaron y/o remataron la labor de las escuadras fascistas.

La huelga carecía de centralización y de objetivos precisos. Ni siquiera se había dado una duración determinada a la huelga, que tampoco había sido convocada con carácter ilimitado.

A partir del 3 de agosto, la ofensiva armada fascista se desató en numerosas provincias, no hallando una respuesta obrera centralizada. Cada ciudad o región respondió según sus propias posibilidades.

Como dice Paolo Spriano¹⁰⁵:

«los Fascios asumen el aspecto y la función real de “brazo punitivo” del Estado, mientras toda la opinión pública burguesa y pequeñoburguesa se identificaba con ellos. Dictan leyes e imponen de verdad las feroces represalias que han amenazado. [...] La huelga ha acabado mal, el ataque fascista transforma el error en una auténtica derrota: no en vano se le dará el nombre de Caporetto».

Así pues, pese a casos de resistencia obrera gloriosos, como el de Parma, que resistió durante cinco días el asalto de las tropas fascistas de Italo Balbo, y que sólo se rindió a las tropas del ejército una vez retirados los fascistas, vencidos y con numerosas bajas, el movimiento huelguista se saldó con una severa derrota.

¹⁰⁵ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 211.

Y la derrota de la huelga general legal del 1 al 3 de agosto supuso, nada más y nada menos, el fin de toda resistencia obrera de consideración ante el fascismo.

Con la derrota de la huelga de agosto, la Marcha sobre Roma de Mussolini era ya un mero trámite. El fascismo, ilegal y subversivo, había recibido una especie de sanción oficial por parte del Estado y de las fuerzas conservadoras italianas. Se convirtió, desde entonces, en una fuerza *de orden*.

2.7. Del II Pleno Ampliado al IV Congreso de la Internacional

El enfrentamiento entre el PCI y la IC no hizo más que aumentar con el transcurso de los meses. Los diversos encuentros entre las Ejecutivas del PCI y la IC incrementaron las diferencias existentes desde el III Congreso de la Internacional. Durante el transcurso del año 1922 este enfrentamiento estuvo a punto de saldarse en una ruptura. El problema fundamental radicaba en las discrepancias referentes a la táctica del frente único, y, sobre todo, en la fusión con el Partido Socialista Italiano.

Entre el 2 y el 5 de abril se celebró en Berlín una conferencia para la reunificación de las tres Internacionales. La delegación italiana había votado en contra de su celebración. En la conferencia participaron,

por parte de la IC, Bujarin, Radek, Frossard, Bordiga, Zetkin, Rosmer, Katayama y Smeral¹⁰⁶. La conferencia se saldó con un rotundo fracaso. En Berlín se produjo un encuentro para tratar sobre las cuestiones italianas, entre Radek, Bujarin, Bordiga y Silone, en el que se produjo un áspero enfrentamiento que constataría una total divergencia¹⁰⁷.

El 16 de abril 1922 se firmó el Tratado de Rapallo entre Rusia y Alemania. En el tratado los bolcheviques buscaban una tregua para el régimen soviético, que le permitiese recuperarse de las graves dificultades económicas y sociales sufridas hasta entonces. El tratado consagraba al Estado ruso como una gran potencia, y significaba el retorno a las técnicas clásicas de la diplomacia secreta y la alianza con potencias capitalistas.

Rapallo constataba la contradicción existente entre el fracaso de la revolución mundial y el progresivo fortalecimiento del Estado ruso. El aislamiento de la revolución rusa fue la causa fundamental del revisionismo que, a partir del III Congreso de la IC, dominó al Partido bolchevique. Esa contradicción se trasladó al choque de intereses entre la política exterior del Estado ruso, como gran potencia, y los intereses de la revolución internacional. El objetivo prioritario, por

¹⁰⁶ Kriegel, Annie. *Las Internacionales Obreras*, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1980, p. 94.

¹⁰⁷ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 216.

no decir único, no era ya el de la extensión internacional de la revolución. La Komintern se estaba convirtiendo en un instrumento encuadrado en el marco de la política exterior del Estado soviético.

Se había alterado inevitablemente, más allá de la voluntad de los individuos o de los partidos, el equilibrio existente entre el prestigio y la autoridad de la IC y el Estado ruso, a favor de este último.

Son estos cambios históricos en la realidad social los que imponían la NEP, explicaban (aunque no justificaban) el aplastamiento de Kronstadt y fundamentaban la táctica del Frente único, para desembocar finalmente en la teoría del socialismo en un solo país.

El estudio del paso de la revolución a la contrarrevolución en Rusia, así como el surgimiento de una casi totalmente desconocida izquierda comunista rusa, es un complejo fenómeno histórico que se impuso a la voluntad del mejor partido o el más fervoroso revolucionario¹⁰⁸.

La consolidación de las relaciones diplomáticas entre Rusia y Alemania, que suponían una larga

¹⁰⁸ Véase Bordiga, Amadeo. *Russie et révolution dans la théorie marxiste*, Spartacus, París, 1975, passim. Y *Struttura económica e sociale della Russia d'oggi*, Edizioni Il programa comunista, Milano, 1976, passim. Así como: *Comunismo*, órgano del Grupo Comunista Internacionalista, n° 15 al 18, de mayo 1984 a mayo de 1985, Bruxelles y *Revista Internacional*, órgano de la Corriente Comunista Internacional, n° 8 y 9, enero-junio 1977, París.

negociación secreta anterior a la firma de Rapallo, tenían importantes implicaciones económicas y militares, y culminaron con la llegada del embajador alemán a Moscú en noviembre de 1922, mientras se celebraba el IV Congreso de la Internacional Comunista.

A dos meses de la fracasada Conferencia de Berlín, se celebró en Moscú la II Sesión del Comité Ejecutivo Ampliado de la IC, en junio de 1922. Por parte del PCI participaron Amadeo Bordiga, Antonio Gramsci y Ersilio Ambrogi, en representación de la mayoría de izquierda, y Antonio Graziadei, como representante de la minoría de derecha. Zinoviev planteó a la delegación italiana un ultimátum para que el PCI lanzara la consigna del gobierno obrero como plataforma de lucha contra el fascismo¹⁰⁹.

La Comisión de la IC para la cuestión italiana estaba formada por Zinoviev, Radek, Souvarine (Francia), Jordanov (Bulgaria) y Kreivic (Checoslovaquia).

La discusión, a propuesta de la delegación italiana, se dividió en dos partes: la táctica seguida hasta entonces y la táctica a seguir en el futuro¹¹⁰. En cuanto al primer punto, la delegación italiana argumentó que no existía ningún conflicto con la Internacional respecto a

¹⁰⁹ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 217.

¹¹⁰ *Relazione...* p. 113.

las Tesis de Roma. No podía hablarse de indisciplina en la cuestión de la táctica, ya que la aprobación de las Tesis de Roma del II Congreso del PCI se supeditaba al criterio de la Internacional.

En lo referente a la Alianza del Trabajo, se afirmó que la no participación del PCI se debió a que su ausencia facilitaba la unidad sindical, y, por otra parte, la Alianza del Trabajo en ningún momento tuvo por objetivo la constitución de una alianza entre partidos.

Los italianos afirmaron que no se había producido ninguna oposición de principio a las consignas de la IC, y que toda la prensa del PCI apoyaba las orientaciones de la Komintern en la cuestión del Frente único.

En el transcurso de la discusión se estableció que no era posible hablar de actos de indisciplina por parte del PCI. En cuanto a la segunda cuestión, esto es, la táctica a seguir en el futuro, se acordó que en caso de discrepancia prevalecería siempre el criterio de la IC.

Estás fueron, por lo menos, las conclusiones *oficiales* de la discusión. Sin embargo, tras la resolución oficial, Zinoviev propuso una resolución confidencial, no destinada a su publicación en la prensa, que la mayoría de izquierda (Bordiga, Gramsci y Ambrogi) aceptó, pidiendo de todos modos su publicación junto a unas declaraciones de la mayoría y minoría del PCI en las que debía reconocerse que no había habido indisciplina del PCI respecto a la IC.

La resolución confidencial del Comité Ejecutivo de la IC afirmaba:

«El Comité Ejecutivo de la IC estima absolutamente indispensable:

1. Que el PCI termine inmediata y categóricamente con sus dudas en la cuestión de la táctica del frente único. En ningún caso puede admitirse una distinción de principio entre el frente único en el terreno de la lucha económica y el frente único en el terreno de la lucha política [...].
2. Que el PCI lance lo antes posible la consigna del *gobierno obrero* y haga a su favor la más enérgica campaña [...]. Por descontado que esta idea del gobierno obrero no debe ser considerada como una combinación parlamentaria, sino como la movilización revolucionaria de todos los obreros para derrocar el dominio burgués.
3. Que el PCI tome *la iniciativa* en la organización del frente único proletario contra el fascismo [...]»¹¹¹.

Frente a este auténtico ultimátum del Comité Ejecutivo de la IC al PCI, que suponía esta declaración confidencial, tanto la mayoría de izquierda como la minoría de derecha realizaron declaraciones públicas

¹¹¹ "La Risoluzione confidenziale del CE dell'IC", en *Relazione...* pp. 114-115.

destinadas a la prensa, en las que daban por concluida la discrepancia entre PCI e IC.

La declaración de la mayoría del PCI argumentaba del siguiente modo:

«La mayoría del partido italiano afirma que ha trazado una concepción de la táctica comunista en general, y de su aplicación al frente único en particular, en un cuadro preciso y completo en el cual la distinción de principio entre frente único en el campo de la lucha económica y en el campo de la lucha política no podría encontrarse. Según tal concepción, la aplicación de la táctica del frente único tiene un valor y finalidades netamente políticas, y tiende a intensificar la influencia del partido en la lucha política»¹¹².

Con tales afirmaciones se negaba la validez de la fundamental acusación de Zinoviev en la resolución confidencial: «No se puede admitir una distinción de principio entre el frente único en el campo de la lucha sindical y el frente único en el campo de la lucha política». Por una parte, no se negaba que el PCI hiciera o dejase de hacer esa diferenciación, y, por otra parte, se afirmaba que la aplicación que del frente único hacía el PCI, meramente sindical, aunque no se dijera explícitamente, tenía una finalidad política, en cuanto su objetivo era «intensificar la influencia del partido en la lucha política». Pero esto no tenía nada que ver con la

¹¹² "Dichiarazione della maggioranza del PCd'I", en *Relazione...* pp. 115-116.

formación de un frente único político, entendido como una alianza entre partidos. La mayoría recurría, pues, a sutilezas argumentales y matices semánticos, con los cuales *parecía* aceptar las resoluciones del Comité Ejecutivo de la IC, aunque en el fondo se afianzaba en sus propias posiciones.

La declaración de la mayoría continuaba así:

«La mayoría del Partido Comunista de Italia niega haber tenido dudas en la línea de la táctica del partido y de haber actuado con medias tintas, habiendo seguido siempre una actitud claramente firme con el único objetivo de explotar, lo más posible, las situaciones concretas para la lucha contra los socialistas y todos los demás adversarios del partido y de la Internacional. Eso no significa que evidentemente no hayamos podido cometer errores, ni niega el derecho de la IC a exigir modificaciones en la táctica del partido italiano».

De nuevo se rebatía la afirmación de Zinoviev en la declaración confidencial, en la que éste daba un ultimátum al PCI: «Que el PCI acabé inmediata y categóricamente con sus dudas en la cuestión sobre la táctica del frente único». No solo se negaba que el PCI tuviese dudas, sino que se reafirmaba en sus ataques contra el PSI, a quien calificó de adversario del PCI y de la IC, en total oposición a las concepciones de la IC sobre la alianza y fusión entre PCI y PSI.

A continuación, se rebatía el análisis de Zinoviev sobre la situación italiana, reafirmando el análisis de la mayoría de izquierda y de Bordiga sobre la colaboración entre reformistas y serratianos para impedir la organización del proletariado revolucionario:

«El bosquejo de la situación italiana contenido en la Resolución de Zinoviev podría conducir a un juicio inexacto en lo concerniente a la inestabilidad del gobierno burgués. Los acontecimientos parlamentarios no deben conducirnos a la conclusión de que la clase dominante italiana no dispone de un sólido aparato estatal preparado para una formidable lucha contrarrevolucionaria, con el apoyo de las bandas irregulares fascistas. También hay que dar la importancia que merece al peligro representado por la política combinada de los reformistas, por una parte, y de los serratianos y otros grupos falsamente revolucionarios, de otra. [...] impiden la reorganización revolucionaria de la vanguardia proletaria [...] que podrían preparar a la acción proletaria que se avecina una salida no deseada».

Se estaba anticipando el papel jugado por el PSI y los reformistas de la CGL en la huelga general de agosto de 1922.

Por fin, en cuanto a la consigna del gobierno obrero y su lanzamiento en Italia, la mayoría afirmó que debería corresponder a un cambio real de la situación:

«Este giro podrá consistir en la realización de la huelga general, suscitada por un episodio clamoroso de la ofensiva burguesa, o bien por la convocatoria de un Congreso Nacional de la Alianza del Trabajo, como resultado de la campaña llevada hace ya tiempo por el Partido Comunista».

Del mismo modo, en cuanto al punto 3 de la resolución confidencial, que incitaba al PCI a tomar la iniciativa en la organización del frente único, así como a la formación de comités obreros locales, la mayoría de izquierda respondía:

«En cuanto al punto 3, la mayoría de la delegación italiana declara que la iniciativa en esta cuestión ya ha sido tomada desde hace tiempo por el partido italiano. Los comités locales existen ya, y son los comités de la Alianza del Trabajo».

Afirmación esta última ratificada por la minoría de la delegación italiana en su declaración.

Así pues, frente al ultimátum de Zinoviev y del resto del Comité Ejecutivo de la IC, la mayoría de izquierda del PCI confirmó la necesaria disciplina del partido italiano respecto a las consignas y directrices políticas de la IC, pero al mismo tiempo se reafirmó en su propia concepción táctica. Existía pues una aceptación de la disciplina internacional. No se daba, sin embargo, una sumisión de la mayoría de izquierda a las concepciones tácticas del Comité Ejecutivo de la IC. En definitiva, la discusión sobre la cuestión italiana en la

segunda sesión del Ejecutivo Ampliado de la IC, no resolvía las discrepancias existentes. Si comparamos las argumentaciones de la resolución confidencial de Zinoviev con las respuestas dadas a éstas por la mayoría del PCI, no podemos más que admitir que *el ultimátum* de Zinoviev *fue respondido con una reafirmación* de la táctica aprobada por el PCI en su II Congreso, esto es, de *las Tesis de Roma*.

Las diferencias existentes se habían consolidado y clarificado algo más, aunque tanto el CE de la IC como la delegación italiana estaban muy lejos de buscar, ya sea una imposición autoritaria por parte de la IC de su táctica, ya sea por parte del PCI el llegar a la indisciplina manifiesta o a la ruptura.

Puede afirmarse que la mayoría del PCI osciló entre la disciplina debida a la IC, que aceptaba sinceramente como necesaria, y la fidelidad a los principios programáticos, que estaban en contradicción con la táctica propugnada por la IC.

El IV Congreso de la Internacional Comunista se celebró en Moscú entre el 5 de noviembre y el 5 de diciembre de 1922.

Fue el último congreso en el que participó Lenin, que ya muy enfermo realizó una intervención, codo a

modo con Trotsky¹¹³, sobre la orientación política general, así como un examen general de la situación en Rusia.

No se pronunció en el Congreso el nombre de Rapallo¹¹⁴, ni se volvió a la acusación de la utilización de la Komintern como instrumento al servicio de la política exterior rusa. La dependencia de la Komintern era ya demasiado evidente, pero no menos inevitable, ante el alejamiento de la perspectiva revolucionaria.

El prestigio y la autoridad del Estado ruso sobre la Komintern se reflejaron en la resolución del Congreso sobre la reorganización del CE de la IC, calcado de la organización del Partido Comunista Ruso.

El IV Congreso consagró la orientación derechista iniciada en el III. Una medida organizativa, importante y significativa para posteriores congresos, aprobada sin discusión y prácticamente desapercibida, fue la norma que establecía la celebración de los congresos nacionales de los PC con posterioridad al de la IC. De este modo, los congresos nacionales se convertían en eco de las resoluciones adoptadas en el congreso internacional, en lugar de ser la preparación del debate internacional¹¹⁵.

¹¹³ Trotsky, León. *La Internacional Comunista después de Lenin*, Akal, Madrid, 1977, p. 37.

¹¹⁴ Carr, E.H. Op. cit., p. 458.

¹¹⁵ Carr, E.H. Op. cit., p. 461 y Spriano, Paolo. Op. cit., pp. 243-244.

La centralización de la Komintern aprobada en el IV Congreso no hacía sino concentrar el poder de decisión en manos del grupo dirigente ruso. El eclipse de los partidos de la Komintern, paralelo al auge del prestigio y autoridad del Estado ruso y su partido, convirtieron a la Komintern en un complemento de la política exterior del Estado soviético¹¹⁶.

Es importante subrayar que todo esto se produjo antes de la aparición de Stalin en la escena internacional, y en vida de Lenin¹¹⁷. La contrarrevolución rusa es un complejo fenómeno histórico que no puede personificarse en un dirigente: Stalin no explica el estalinismo.

El debate más importante del IV Congreso fue la cuestión del frente único. Las tesis de diciembre de 1921, al igual que los acuerdos tomados en el Primer Pleno del Ejecutivo Ampliado de febrero de 1922 y en el Segundo Pleno Ampliado de junio de 1922, fueron ratificados en el IV Congreso.

La táctica del frente único, que preveía el apoyo comunista a gobiernos socialistas, fue incluso ampliada con la invitación hecha a los partidos comunistas de participar en los gobiernos obreros.

Este nuevo concepto de «gobierno obrero», al que se dedicó todo un capítulo en la resolución del IV

¹¹⁶ Carr, E.H. Op. cit., p. 462.

¹¹⁷ *Ibíd.*

Congreso sobre la táctica¹¹⁸, fue clave en el debate con los comunistas italianos. En suma, el IV Congreso ratificaba y ampliaba la colaboración de los comunistas con los socialdemócratas.

La delegación italiana al IV Congreso estaba constituida por 21 miembros. El propósito de una representación tan numerosa era el de dar paso a la más mínima orientación ideológica que pudiera dibujarse en el seno del partido, ante la importancia de las cuestiones a debatir.

Formaban parte de la delegación italiana Gramsci, que ya se encontraba Moscú, Bordiga, Azzario, Gennari, Marabini, Ortensia de Meo, Camilla Ravera, Gorelli, Germanetto, Scoccimarro, Peluso, Giulanini, Tresso, Natangelo, Arcuno y Lunedei, como representantes de la mayoría de izquierda; Tasca, Graziadei y Bombacci, como delegados de la minoría de derecha; así como Longo y D'Onofrio como representantes de la Juventud Comunista.

Durante el viaje de la delegación italiana a Moscú se produjo la Marcha sobre Roma de los fascistas, el 28 de octubre de 1922. Los dirigentes más destacados del PCI que permanecían en Roma: Togliatti, Grieco, Terracini, Fortichiari, Repossi, etc., lanzaron un llamamiento a la huelga general a través de su Comité

¹¹⁸ *Los cuatro primeros congresos...*, op. cit., pp. 186-188.

sindical, que no tuvo ningún eco, ante la inmediata desautorización de la CGL¹¹⁹.

La Marcha sobre Roma dio gran interés a los debates sobre la cuestión italiana, así como a los informes de Radek y Bordiga sobre el fascismo.

La huelga general de agosto de 1922 había sido concebida por los reformistas como un medio de presión destinado a resolver en favor de los socialistas (Turati) la crisis parlamentaria. Pero el control de la huelga se les escapó de las manos, y su carácter pacífico y legal desembocó inevitablemente en un enfrentamiento armado entre fascistas y fuerzas represivas estatales (policía y ejército) contra los huelguistas.

La huelga fracasó desde el punto de vista reformista en cuanto alejó la posibilidad del acceso al gobierno de los socialistas. Desde la perspectiva revolucionaria del Partido Comunista de Italia, fracasó porque el sabotaje de la huelga por parte de los reformistas provocó y facilitó la derrota armada del movimiento obrero italiano a manos de fascistas y militares. Los auténticos vencedores fueron los fascistas, que con su acción violenta y represiva contra la huelga aparecieron ante la opinión burguesa como una fuerza *de orden*, a la que era necesario abrir *la vía pacífica y democrática* al poder y la legalidad. Frente a

¹¹⁹ Es insustituible y significativa la versión de Terracini de la Marcha sobre Roma, como testigo presencial en: Terracini, Umberto. Op. cit., pp. 41-42.

la desconvocatoria de la huelga por parte de socialistas y reformistas y su balance derrotista, el PCI lanzó un Manifiesto¹²⁰, publicado el 6 de agosto de 1922 en *Il Comunista* y el *L'Ordine Nuovo*, en el que lejos de desarmar y desmoralizar al proletariado, se efectuaba un balance positivo en cuanto a la combatividad demostrada por los trabajadores, incitándoles a continuar la lucha «arma contra arma, violencia contra violencia», así como un balance negativo respecto a la táctica llevada a cabo por los dirigentes reformistas, que habían hecho el juego al fascismo.

Tras la huelga de agosto, el PCI se halló ante una difícil situación organizativa (24.638 inscritos en septiembre de 1922). En las fábricas eran frecuentes los despidos masivos de comunistas. Ante la represión y la falta de trabajo, a causa de las listas negras, se contaban por millares los militantes comunistas que fueron obligados a emigrar a Francia y Bélgica, huyendo por razones de carácter político y económico, fuertemente imbricadas.

El PSI, en su XIX Congreso celebrado en octubre de 1922, sufrió la polarización del partido entre una derecha dirigida por Turati y una izquierda capitaneada por Serrati y Maffi.

¹²⁰ "Manifesto del PCd'I dopo lo sciopero dell'agosto 1922", *Il Comunista* y *L'Ordine Nuovo* (6/8/1922), en: *Relazione...* pp. 121-122.

Serrati se decidió a hacer lo que no quiso en modo alguno en Livorno: expulsar a los reformistas. El pretexto fue la colaboración de estos con la burguesía, tradicional tabú socialista. Los expulsados, bajo la dirección de Turati y Treves, formaron un nuevo partido: el PSU o Partido Socialista Unificado, del que fue elegido secretario general Giacomo Matteotti.

El PSI se había escindido por la mitad: 32.106 votos de la moción maximalista de Serrati, contra 29.119 votos de la moción reformista de Turati. El PSI no conseguía agrupar ya a más de 25.000 militantes. Tras la escisión, los trabajos congresuales se ocuparon de las relaciones con la Tercera Internacional, aceptando la invitación de Zinoviev para enviar una delegación al IV Congreso¹²¹. El Comité Ejecutivo de la IC mantenía relaciones directas con el PSI por encima del PCI y al margen de su propia sección en Italia, de una forma que cabría calificar de ilegal, financiando secretamente a los *terzini*.

El debate sobre el frente único y la cuestión italiana plantearon en el IV Congreso la necesidad y conveniencia de fusionar el PCI y el PSI. Ante la aprobación por la mayoría de la IC de la fusión, las contradicciones acumuladas entre la Komintern y el PCI estallaron inevitablemente. A consecuencia de la total divergencia en este punto, el Comité Ejecutivo del PCI

¹²¹ Galli, Giorgio. Op. cit., pp. 69-70 y Spriano, Paolo. Op. cit., pp. 223-224.

se declaró dimisionario, como fue anunciado a los miembros de la delegación italiana en el Congreso, en la reunión convocada en el Hotel Lux de Moscú, el 8 de noviembre¹²².

Bordiga había intervenido como primer orador en la contestación al informe introductorio de Zinoviev¹²³, del 5 de noviembre. Atacó Bordiga la concepción del frente único y del gobierno obrero propugnada por Zinoviev¹²⁴:

«Quien escribe [Bordiga] tomó la palabra tras el informe del camarada Zinoviev, subrayando la duda imperante respecto a la naturaleza de la táctica del gobierno obrero.

En el Pleno del Ejecutivo Ampliado de junio de 1922 [...] [el gobierno orero] fue definido como sinónimo de dictadura del proletariado y de la movilización revolucionaria de las masas. Si esto hubiera sido así, no hubiésemos tenido razón alguna para oponernos, pero yo me preguntaba si se había excluido totalmente la interpretación más “derechista”: una vía distinta de transición entre el poder burgués y la

¹²² Sólo a petición expresa de Lenin retiró Bordiga su dimisión, según *Octobre*, nº 1, febrero 1938.

¹²³ Spriano, Paolo. Op. cit., p. 244.

¹²⁴ Bordiga, Amadeo. "La política dell'Internazionale", *L'Unita* (15/10/1925), en *Comunismo*, organo quadrimestrale del Partito comunista internazionale (Il Partito Comunista), nº 15, mayo-agosto 1984, Firenze.

dictadura del proletariado, una maniobra política efectiva en el terreno parlamentario».

Zinoviev, en su informe, había hablado del gobierno obrero como una fase transitoria. A este planteamiento, Bordiga opuso su acostumbrado rigor teórico, admitiendo la consigna del «gobierno obrero», si ésta era concebida como un sinónimo de dictadura del proletariado, tal y como había sido definida en el segundo Pleno Ampliado, pero rechazándola por absurda si se concebía como una forma o fase de transición, que no significaba nada y que no sería en realidad otra cosa que una forma de gobierno burgués.

Frente al proyecto de Zinoviev, la mayoría de la delegación italiana presentó otro proyecto de tesis sobre la táctica de la Internacional, que no llegó a ser discutido¹²⁵.

El gobierno obrero era la consecuencia inevitable de la táctica del frente único. Frente a la concepción del frente único como una coalición de partidos socialdemócratas, Bordiga concebía el frente único como una movilización de las masas con el objetivo de ampliar la influencia ideológica del Partido Comunista.

Para la mayoría de la delegación italiana la táctica tenía unos límites, que no podían ser superados sin que

¹²⁵ Se trata del «Proyecto de Tesis sobre la táctica de la Internacional Comunista, presentado por el Partido Comunista de Italia al IV Congreso mundial (1922)», reproducido en *Defense de la continuité...*, pp. 59-80.

el partido sufriera desviaciones programáticas y cambios en las bases organizativas.

En el IV Congreso fue preciso que el Comité Ejecutivo de la IC saliera al paso de auténticas desviaciones aberrantes de principios, recordando a numerosos delegados que el frente único no significaba la unidad con la socialdemocracia¹²⁶.

La intervención de Bordiga no sólo manifestaba de modo explícito las discrepancias existentes entre el PCI y la IC respecto a la táctica del frente único, sino que también hacía referencia a la propia estructura organizativa de la Internacional, concebida por muchos partidos no como un partido mundial único de la revolución, sino como una federación de partidos nacionales. De ahí su alusión a las maniobras del Ejecutivo de la Internacional, tendentes a sustituirle por Tasca en la dirección del PCI:

«Nuestra Internacional es considerada demasiado a menudo como un órgano independiente de los partidos adheridos [...]. La Internacional se ve obligada a formar fracciones en el interior de partidos que deberían ser suyos»¹²⁷.

¹²⁶ *Defense de la continuité...*, p. 69.

¹²⁷ Bordiga, Amadeo. "Discorso del rappresentante della sinistra al IV Congresso dell'IC (1922). (Discussione della relazione Zinoviev)", *Il Lavoratore* (9/12/1923), en *Comunismo* organo quadrimestrale del Partito comunista internazionale (Il Partito Comunista), n° 4, junio-septiembre 1980, Firenze.

Bordiga delimitó claramente las diferencias existentes en los temas más debatidos en el IV Congreso.

Respecto a la cuestión de la conquista de la mayoría de la clase obrera:

«Los comunistas italianos no defienden, ni en teoría ni en la práctica, un método golpista que se ilusiona en conquistar el poder con un pequeño partido revolucionario. Únicamente rechazan esa fórmula de “la mayoría de la clase obrera” por vaga y arbitraria. Vaga, porque no concreta si se trata sólo del proletariado o también de los estratos semiproletarios, [...] arbitraria en este sentido: no se puede excluir que el ataque revolucionario sea imposible a causa de la correlación de fuerzas, en una situación en que no poseamos la mayoría, al igual que tampoco se puede excluir que el ataque sea posible antes de haber alcanzado esta mayoría».

Bordiga argumentó la incoherencia, vaguedad y arbitrariedad de esta consigna lanzada por la IC en el III Congreso. No afirmaba estar en contra de la fórmula de la conquista de la mayoría de la clase obrera, sino que subrayaba la inconsistencia y vaciedad de tal fórmula.

En cuanto a la táctica del frente único, Bordiga continuó con sus argumentaciones, basadas en una precisión y coherencia intransigentes, tan habituales en él, afirmando:

«Nosotros aceptamos enteramente el espíritu de esta táctica. Las reservas que hacemos, y que se refieren también a la labor general de dirección de la Internacional, nacen de las siguientes consideraciones:

[...] La conquista de las masas no debe ser reducida a las oscilaciones de un índice estadístico. Se trata de un proceso dialéctico, determinado sobre todo por las condiciones objetivas sociales, y nuestra iniciativa táctica no puede acelerarla más que dentro de ciertos límites [...].

En este campo es necesario recordar que existen dos factores de primer orden, según nuestra experiencia revolucionaria: una completa claridad ideológica del partido y una continuidad severa e inteligente en su estructura organizativa.

Nosotros únicamente afirmamos que comprometer estas dos condiciones, para tratar de llevar a cabo un aparente aumento de los efectivos del partido y de sus simpatizantes, es un falso avance en el camino de la verdadera conquista de las masas».

Bordiga, pues, compartía las tesis del frente único, pero criticó el oportunismo, entendido como *dejación de principios*, en la aplicación de esta táctica. El aumento de las cifras de militantes o votantes comunistas, según Bordiga, no servía de nada si se conseguía a costa de la claridad ideológica del partido y de su disciplina organizativa. Bordiga se opuso radicalmente a la aplicación de la táctica del frente

único, entendida como un incremento cuantitativo del partido, paralelo a la transigencia en los principios programáticos.

Bordiga, de nuevo, como estaba expuesto en las Tesis de Roma, insistía en los límites que a toda táctica le imponían los principios programáticos:

«No debemos olvidar jamás que nuestro partido no es un rígido mecanismo que nosotros podamos maniobrar, sino que es una cosa real sobre la que actúan los factores externos, y es susceptible de ser modificado por la propia dirección que nosotros le imprimimos con nuestra táctica».

Aflora aquí la concepción del centralismo orgánico, en oposición a la concepción del partido como instrumento. Se da una contradicción entre la concepción del partido como una realidad que puede ser modificada por los hechos históricos, que es producto de la historia, y una concepción del partido como instrumento ajeno a la realidad histórica, esto es, una concepción *voluntarista* del partido.

Bordiga se opuso a la táctica del frente único en tanto ésta suponía la pérdida de autonomía del Partido Comunista y su supeditación a organismos dirigentes compuestos por representantes de diversos partidos proletarios, a los cuales se daban poderes situados por encima de los partidos componentes.

No se trataba, dijo Bordiga, de aceptar el frente único sindical y rechazar el frente único político:

«Se trata de no comprometer la preparación de los más amplios estratos del proletariado para la situación revolucionaria, en la cual la acción se llevará al terreno de los métodos propios del Partido Comunista, bajo pena de una derrota proletaria; se trata de conservar para nuestro partido la libertad plena de continuar [...] construyendo su propio encuadramiento de las fuerzas proletarias en todos los campos. La táctica del frente único no tendría sentido sin esta obra de organización de las masas en movimientos que el partido crea alrededor suyo, en los sindicatos, en las fábricas, etc.».

Por primera vez habló Bordiga de un peligro de *revisionismo* en la Internacional Comunista:

«Afirmamos que existe el peligro de que el frente único degenera en un revisionismo comunista».

Íntimamente imbricado con el tema del revisionismo, Bordiga aludió a la cuestión de la disciplina:

«Lo que asegura la obediencia a las iniciativas del centro dirigente no es solo, por una parte, un solemne sermón en favor de la disciplina, y, por otra, los más sinceros propósitos de respetarla [...], la garantía de la disciplina se encuentra en la delimitación de los métodos de acción, en la precisión de los programas y las resoluciones tácticas fundamentales y en las medidas organizativas».

Inmediatamente después de la intervención de Bordiga, se adelantó la intervención de Graziadei:

«Inmediatamente después de mi discurso se hizo intervenir al camarada Graziadei. Digo “se hizo”, porque 16 puestos lo separaban de mí en la lista de oradores».

Antonio Graziadei denunció de forma muy áspera el extremismo político de Amadeo Bordiga y de la mayoría dirigente del PCI, que tenía en las Tesis de Roma su mejor expresión. En la cuestión del gobierno obrero, Graziadei fue más claro que Zinoviev, haciendo extensiva su interpretación al campo parlamentario, como coalición de partidos socialdemócratas:

«Y Graziadei, si bien se refirió sobre todo a la cuestión italiana, a la que yo no me había referido, dijo [...] textualmente: “Yo no he compartido nunca la opinión del camarada Zinoviev, que parecía creer que el gobierno obrero fuese sobre todo un sinónimo de la dictadura proletaria. Veo complacido que esta concepción ha sido modificada por él mismo y el Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional”. Y añadió: “Puede considerarse la posibilidad histórica del gobierno obrero como una etapa real entre el gobierno burgués, o incluso socialdemócrata, y la dictadura del proletariado. En este caso, puede muy bien suceder que el gobierno obrero tenga también una forma parlamentaria”. Tales declaraciones, efectuadas como respuesta oficial a mis herejías, tenían indudablemente el valor de la claridad. Claridad que faltó completamente en las siguientes discusiones, en las que Radek sostenía

explícitamente las formulaciones de Graziadei, mientras Zinoviev y Bujarin tendían a atenuarlas».

Graziadei calificó a Bordiga de rebelde a las directrices emanadas de la IC, añadiendo que solo aceptaba la disciplina formalmente.

El Comité Ejecutivo de la IC apoyó y aceleró la formación de una minoría de derecha en el PCI, formada por Antonio Graziadei y capitaneada por Angelo Tasca como hombre más capacitado, a la que se sumarían Bombacci, Presutti y Berti, de la Juventud Comunista, los sindicalistas Vota y Roveda, y los periodistas Pastore y Cilla, como militantes más destacados¹²⁸.

Bujarin y Zinoviev denunciaron el esquematismo y extremismo de Bordiga, acusándole veladamente de indisciplina.

Pese a todo, el enfrentamiento más duro y agrio se dio en los debates sobre la fusión con el PSI, sostenidos en la Comisión sobre la cuestión italiana, nombrada por el Congreso.

Rakosi ofreció de nuevo a Gramsci la dirección del PCI:

«El Pingüino [Rakosi], con la delicadeza diplomática que le caracteriza, me asaltó para ofrecerme nuevamente hacerme jefe del partido, eliminando a

¹²⁸ Spriano, Paolo, op. cit., p. 248.

Amadeo, que sería además excluido de la Komintern si continuaba en su línea»¹²⁹.

Entre el 13 y el 15 de noviembre se reunieron los delegados italianos con la Comisión para la cuestión italiana, formada por Zinoviev, Radek, Trotsky, Zetkin, Rakosi y Kabakciev, entre otros.

Se enfrentaron las posiciones de la mayoría, que rechazó la fusión, contra las posiciones de la minoría de la delegación italiana, favorable a la fusión con el PSI. En las discusiones destacaron, por parte de la mayoría, las argumentaciones de Bordiga, Gramsci y Arcuno, y por la minoría, las de Tasca, partidario de una inmediata fusión. La mayoría del PCI no admitió más adhesión que la meramente individual.

Trotsky resumió el punto a que se había llegado en los debates:

«Es el punto máximo de divergencia entre el PCI y la IC. Más allá solo está la ruptura»¹³⁰.

El 24 de noviembre, la resistencia de la mayoría del PCI se enfrentó a una carta del Comité Central del Partido Comunista Ruso, firmada por Lenin, Trotsky, Zinoviev, Radek y Bujarin, que comunicó al PCI la decisión tomada unánimemente por la comisión nombrada por el Congreso: fusión con el PSI. La carta invitaba al PCI a aceptar la decisión tomada por el

¹²⁹ Togliatti, Palmiro. *La formazione del gruppo dirigente del Partito comunista italiano nel 1923-1924*, Riuniti, Roma, 1984, p. 228.

¹³⁰ Spriano, Paolo, op. cit., p. 251.

Congreso y a comprometerse a actuar de acuerdo con ella¹³¹.

La mayoría de izquierda del PCI aceptó unánimemente, encargando a Bordiga redactar la respuesta a la carta del Comité Central del Partido Comunista Ruso:

«Nuestra convicción no ha desaparecido, lo declaramos abiertamente. Pero el paso dado por nuestro partido hermano de Rusia no carece para los comunistas italianos de valor. Comprendemos que se trata de forzarnos a nosotros mismos, y que nosotros mismos hemos de romper la línea legítima de nuestra contribución a la lucha de la Internacional, conducida hasta hoy de manera entusiasta, que por otra parte no sabría ni querría confundirse con una vulgar testarudez. Tomamos ante nuestro partido la responsabilidad de regresar con la resolución ya tomada. Tras vuestra invitación, vuestro fraternal consejo, declaramos que la representación de la mayoría del PCI callará. No sostendrá las opiniones que ya conocéis y de cuya justicia está convencida».

El problema que ahora se presentaba era si el grupo dirigente del PCI, derrotado en el Congreso de la IC y claudicante ante la fusión con el PSI, podía seguir dirigiendo el partido, o si debía dejar la dirección en manos de la minoría, que coincidía con las tesis tácticas

¹³¹ *Comunismo*, nº 9, febrero-mayo 1982, Firenze, pp. 50-51.

de la Internacional. Quedaba fuera de toda discusión la disciplina de la delegación italiana. Pero esto no significaba que la mayoría renunciará a *representar la continuidad de las justas posiciones revolucionarias*, como estaba previsto en el punto 7 de las Tesis de Roma.

Bordiga, como ya había planteado en ocasiones anteriores, era partidario de la dimisión para dar paso a la minoría, respaldada por la IC.

Sin embargo, aquí surgió la discrepancia en el seno de la mayoría de izquierda del PCI. Frente a la posición de Amadeo Bordiga, sostenido por su mujer Ortensia de Meo, Arcuno, D'Onofrio, Natangelo y Lunedei, se alzó la de Antonio Gramsci, partidario de una postura activa en la discusión de las condiciones de fusión con el PSI. El objetivo tácito era impedir la fusión con el PSI, haciendo inaceptables las condiciones a los socialistas, pero se trataba, sobre todo para Gramsci, de impedir que el PCI cayese en las manos de la minoría de derecha y de los maximalistas¹³². La posición de Gramsci era apoyada por los más: Scoccimarro, Longo, Gorelli, Germanetto, Gennari, Peluso, Marabini, Giulianini, Azzario, Camilla Ravera y Tresso.

Gramsci, Scoccimarro y Marabini fueron encargados de negociar la fusión, con el objetivo de dar al grupo comunista una posición preeminente. Bordiga,

¹³² Amendola, Giorgio. Op. cit., p. 68.

por el contrario, se negó a formar parte de la comisión de fusión, pese a la insistencia de la IC.

Finalmente, la Comisión para la fusión quedó constituida por Gramsci y Scoccimarro, por la mayoría, Tasca por la minoría, y por parte de los socialistas únicamente los *terzini* Serrati, Maffi y Toneti, sin ningún representante de los maximalistas.

La idea de Bordiga era la convocatoria de un congreso extraordinario del PCI, que decidiera sobre la fusión con el PSI. ¡Finalmente ésta no sería llevada a cabo a causa de la oposición de los maximalistas! En el XX Congreso del PSI, la oposición de los antifusionistas, organizados en un Comité de defensa socialista capitaneado por Vella y Nenni, consiguió derrotar a los fusionistas. La fusión, por tanto, no se llevó a cabo, a causa de la detención de Serrati, las duras condiciones planteadas por los comunistas y la oposición de los maximalistas.

Solo en 1924 se realizaría una «pequeña fusión», con la entrada de Serrati y los *terzini* en el PCI, aunque por aquel entonces careciera ya de importancia política alguna.

Así pues, el IV Congreso no sólo consiguió la deseada fusión con el PSI, sino que sería el punto de partida de un debilitamiento organizativo del PCI, dividido desde entonces en tres corrientes enfrentadas: la derecha de Tasca y Graziadei, la izquierda de Bordiga, encarcelado pocos días después de su regreso

a Italia, y el nuevo centro del partido, construido por Gramsci.

2.8. Informe de Bordiga sobre el fascismo presentado al IV Congreso de la Internacional

El 16 de noviembre de 1922, en la 12ª sesión del IV Congreso, leyó Bordiga su informe sobre el fascismo¹³³, 15 días después de la publicación de la segunda parte del artículo titulado «La correlación de fuerzas sociales y políticas en Italia», que quedaría inacabado ante los acontecimientos posteriores.

El 28 de octubre de 1922, cuando la delegación italiana había emprendido ya el viaje a Moscú para participar en el IV Congreso, se produjo la Marcha sobre Roma de los fascistas.

Bordiga abordó la cuestión del fascismo desde sus orígenes, intentando explicar el significado de la Marcha sobre Roma, avanzando al Congreso las noticias que le llegaban desde Italia, sin negarse incluso a realizar una prospectiva de futuro para la acción de los comunistas ante la nueva situación.

¹³³ Bordiga, Amadeo. "Rapport de A. Bordiga sur le fascisme au IV Congrès de l'Internationale Communiste", en *Communisme et...*, pp. 81-102.

Los acontecimientos históricos del momento, pues, dieron al informe de Bordiga un gran interés, que fue seguido atentamente por los congresistas.

El origen del fascismo, según Bordiga, se hallaba en el intervencionismo de los años 1914 y 1915, en la etapa inmediatamente anterior a la entrada de Italia en la guerra.

Entre los intervencionistas había grupos de extrema derecha y grupos de extrema izquierda: anarquistas, sindicalistas revolucionarios, así como radicales y republicanos. No dejó de señalar el caso individual de Mussolini, actual dirigente fascista, que era en aquel entonces el dirigente del ala izquierda del PSI y director de *Avanti!*

Tras la gran victoria obtenida por los intervencionistas en mayo de 1915, imponiendo la guerra a Italia contra la voluntad mayoritaria del país, estos vieron disminuir su influencia hasta su total anulación con el fin de las hostilidades.

En la inmediata postguerra, en los años del bienio rojo de 1919-1920, Italia vivió una situación revolucionaria, desaprovechada por la ausencia de un partido revolucionario. El fascismo creció en relación directa con los errores del PSI:

«En la medida que, en la crisis de la sociedad italiana, el movimiento socialista cometía un error tras otro, el movimiento opuesto, el fascismo, empezó a reforzarse, consiguiendo aprovechar la crisis económica

que ya apuntaba, y cuya influencia empezaba a hacerse sentir en las organizaciones sindicales del proletariado».

El fascismo siguió siendo durante el bienio rojo una organización minoritaria, porque el movimiento obrero continuaba en expansión, arrastrando incluso a las capas de la pequeña burguesía a una perspectiva revolucionaria:

«Puede decirse que en 1919 y en la primera mitad de 1920, la burguesía italiana, en cierto modo, se había resignado a la victoria de la revolución. La clase media y la pequeña burguesía tendían a mantenerse pasivas, a remolque no de la gran burguesía, sino del proletariado».

Fue precisamente el fracaso de la revolución, a causa de la impotencia revolucionaria del PSI, lo que hizo cambiar la actitud de esta pequeña burguesía:

«En lugar de asistir a la victoria del proletariado, se vio a la burguesía organizar con éxito su defensa. Cuando la clase media constató que el Partido Socialista no era incapaz de sacar provecho a la situación, [...] se giró hacia la clase opuesta. [...] Gracias a su composición, extremadamente heterogénea, el fascismo representaba la solución al problema de la movilización de las clases medias en favor de la ofensiva capitalista. El ejemplo italiano es un ejemplo clásico de ofensiva del capital».

Esta ofensiva capitalista era un complejo fenómeno social, que abarcaba tanto aspectos económicos como políticos y militares.

En la industria, la ofensiva capitalista aprovechó directamente la situación económica:

«La crisis comenzó, y con ella el paro. [...] La crisis industrial les sirvió de pretexto para bajar los salarios [...]. El periodo de grandes éxitos de las organizaciones sindicales italianas en la lucha por mejorar las condiciones de trabajo dio paso a un nuevo periodo, en el que las huelgas tomaron un carácter defensivo, sufriendo los sindicatos derrota tras derrota».

En el medio rural, la ofensiva capitalista chocó con un importante movimiento revolucionario, sobre todo en el Valle del Po, por lo que se lanzó a combatir la influencia de las organizaciones del proletariado rural «rojo»:

«La situación que se presentaba en [...] el Valle del Po, se parecía a una especie de dictadura local del proletariado, o al menos de los jornaleros rurales. En esta zona, hasta finales de 1920, el Partido Socialista había conquistado numerosos municipios, que practicaron una política fiscal local desfavorable a la burguesía media y agraria. [...] Incluso allí donde el movimiento estaba en manos de los reformistas, la clase obrera rural tenía una actitud revolucionaria. Obligaba a los patronos a pagar una cierta suma que garantizaba, en

cierto modo, su sumisión a los contratos impuestos por la lucha sindical».

Bordiga realiza una crítica muy concreta de la táctica del PSI:

«Desgraciadamente, los socialistas italianos cometieron varios errores, particularmente en la cuestión de la apropiación de suelo y la tendencia de los pequeños arrendatarios a comprar tierras, después de la guerra, para convertirse en pequeños propietarios. Las organizaciones reformistas obligaron a estos pequeños colonos a permanecer, por así decirlo, como caudatarios del movimiento de los jornaleros; en estas circunstancias, el movimiento fascista encontró entre ellos un notable apoyo».

Fue precisamente en el Valle del Po donde el fascismo, aprovechando el descontento de los terratenientes y de los pequeños propietarios, y dada la enorme fuerza del movimiento revolucionario de los jornaleros, empezó a utilizar los métodos violentos. Uniendo a estos sectores específicos del campo con los descontentos por la situación general: pequeños comerciantes, capas pequeño-burguesas, exoficiales y militares desmovilizados, profesiones liberales, etc., y encuadrándolos militarmente, dio nacimiento al escuadrismo, que tenía por objetivo la destrucción de las organizaciones rurales «rojas»:

«Los fascistas disponen de armas y de medios de transporte, gozan de inmunidad ante la ley, y explotan

estas ventajas incluso allí donde sus efectivos son aún inferiores a los de sus enemigos: los revolucionarios. Organizan, sobre todo, lo que llaman “expediciones punitivas”».

Estas «expediciones punitivas» consistían en concentrar un importante número de escuadristas en un pequeño territorio o población, dedicándose a destruir los locales de las organizaciones sindicales, políticas y municipales «rojas», golpeando a los dirigentes locales, haciendo dimitir por la fuerza a las autoridades locales, hiriendo u obligando a emigrar a los elementos revolucionarios más destacados.

Bordiga incluso detalló geográficamente los orígenes y expansión del movimiento fascista:

«Así es como el fascismo ha conquistado una posición dominante en la política italiana, prosiguiendo su marcha (por así decirlo) territorialmente, según un plan fácil de seguir en un mapa. Su punto de partida es Bolonia, donde en septiembre y octubre de 1920 se había instaurado una administración socialista [...]. Los fascistas, con la ayuda del poder estatal, se apoderaron de la ciudad. Estos sucesos (el histórico 21 de noviembre) marcan el inicio del terror, y a partir de esta fecha, el consejo municipal de Bolonia no pudo recuperar el poder.

A partir de Bolonia, el fascismo prosiguió una ofensiva [...] que tomó dos direcciones: una hacia el

triángulo industrial del noroeste (Milán, Turín y Génova), otra hacia la Toscana y el centro de Italia».

En cuanto a Italia del sur, Bordiga, coherente con sus análisis anteriores, afirmó que:

«Desde el principio, estaba claro que no podía surgir un movimiento fascista en el sur de Italia, por las mismas razones que habían impedido el nacimiento de un fuerte movimiento socialista. El fascismo no representa a ninguna facción retrógrada de la burguesía, y por eso mismo, cuando aparece por primera vez, no lo hace en la Italia meridional, sino justamente allí donde el movimiento proletario está más desarrollado, y donde la lucha de clases se ha manifestado con mayor fuerza».

Aquí Bordiga unía su análisis sobre el sur de Italia con el del fascismo como partido de la burguesía industrial avanzada, negando su carácter de reacción feudal, que lógicamente le hubiera hecho nacer en la región italiana más atrasada industrialmente.

Sobre las anteriores premisas, Bordiga llegó a una primera definición del fenómeno fascista:

«el movimiento fascista es un gran movimiento unitario de la clase dominante, capaz de poner a su servicio, y de utilizar y explotar todos los medios, todos los intereses parciales y locales de los grupos patronales, tanto agrícolas como industriales».

A continuación, Bordiga analizó el importante fenómeno del sindicalismo fascista, que no tenía otro objetivo que el sabotaje de la lucha de clases:

«El fascismo ha creado una organización sindical. [...] la acción sindical [...] debe subordinarse al interés nacional, a la producción nacional, a la grandeza nacional, etc.... Se trata, pues, de un sindicalismo de colaboración entre las clases, no de lucha de clases. Todos los intereses deben fusionarse en una pretendida unidad nacional. Y ya sabemos lo que significa esa unidad: la conservación contrarrevolucionaria del Estado burgués y de sus instituciones».

La génesis del fascismo se halla, según el informe, en tres principales factores: el Estado, la gran burguesía y las clases medias.

Bordiga subrayó la importancia que en la consolidación y auge del fascismo jugó el papel del Estado:

«Es cierto que en la inmediata postguerra el aparato estatal atravesó una crisis, cuya causa manifiesta era la desmovilización. Todos los individuos que habían participado en la guerra fueron lanzados bruscamente al mercado de trabajo. [...] El Estado, que hasta entonces había hecho todo lo posible por lograr la victoria frente al enemigo exterior, tuvo que transformarse en un órgano de defensa contra la revolución».

Ante el gigantesco problema planteado, la burguesía no podía responder mediante medidas puramente represivas, debía buscar medios políticos. Estos fueron los gobiernos de izquierda liberal, que llevaron al poder a Nitti y Giolitti.

Estos gobiernos buscaron en el fascismo un seguro aliado para romper la combatividad del movimiento obrero:

«En el momento en que el aparato estatal sintió que debía consolidarse, apareció el fascismo. [...] Nitti y Giolitti hicieron concesiones a la clase obrera. [...] Estas concesiones intentaban ganar tiempo para reconstruir el aparato estatal sobre unas bases más sólidas. Nitti creó la Guardia Real [...]. Giolitti completó la obra de Nitti [...], poniendo a disposición del naciente movimiento a los oficiales desmovilizados que, incluso tras su vuelta a la vida civil, continuaban percibiendo la mayor parte de su sueldo. El aparato estatal se puso generosamente a disposición de los fascistas y les suministró el material que necesitaban para formar un ejército».

Giolitti supo actuar inteligentemente ante el movimiento de ocupación de fábricas, evitando un enfrentamiento armado que podría haberle sido desfavorable. Con el gobierno Facta se dio completa libertad de acción a los fascistas, y cuando se produjeron duros enfrentamientos entre fascistas y obreros, el gobierno apoyó abiertamente a los escuadristas con sus fuerzas represivas.

Así pues, Bordiga concluía: «El Estado ha jugado un papel fundamental en la génesis del movimiento fascista».

Junto al papel jugado por el Estado, los otros dos factores: la burguesía y las clases medias, fueron

atraídos y movilizados por el fascismo gracias a su característica indefinición programática.

Para Bordiga, el fascismo no era una nueva doctrina política, carecía de ideología y de programa:

«el fascismo no representa una nueva doctrina política, pero en cambio dispone de una gran organización política y militar y una importante prensa, que dirige con gran habilidad periodística y mucho eclecticismo. No tiene ideas ni programa».

Tras tratar los factores históricos y la realidad social que habían engendrado el fascismo, Bordiga analizó la ideología y el programa de los fascistas: «en el plano ideológico, el fascismo no aporta nada nuevo al programa burgués tradicional. Su superioridad y su característica distintiva residen en su organización, su disciplina y su jerarquía».

Y ahora es cuando Bordiga forjaba una segunda definición del fascismo, que complementaba la anterior:

«El fascismo, que nunca sabrá cómo superar la anarquía económica del sistema capitalista, tiene otra tarea histórica, que podríamos definir como lucha contra la anarquía política, es decir, la anarquía de la organización de la clase burguesa en partido político».

Según esto, el fascismo no era más que la realización de esta necesidad de clase, situándose por encima de las particularidades de los partidos burgueses tradicionales, a los que el fascismo dejó sin contenido.

Bordiga, como ya hemos visto en otras ocasiones, no hallaba oposición alguna entre democracia y fascismo:

«El fascismo encarna la lucha contrarrevolucionaria de todos los elementos burgueses unidos, y por ello no necesita, ni le es indispensable, sustituir unas instituciones democráticas por otras. Para nosotros, marxistas, esta circunstancia no es ninguna paradoja, porque sabemos que el sistema democrático no representa nada más que una suma de falsas garantías, detrás de las cuales se disimula la lucha real de la clase dominante contra el proletariado».

La novedad del fascismo residía, según el informe de Bordiga, en la organización del partido gubernamental de la burguesía:

«se trataba únicamente de una crisis en los métodos burgueses de gobierno, fruto de la impotencia de los grupos y dirigentes tradicionales de la política italiana para dirigir la lucha contra los revolucionarios».

El fascismo, dado que recababa principios tomados del liberalismo y de la socialdemocracia, no cambiaría el aspecto democrático del Estado. Para Bordiga, estas afirmaciones no contradecían la Marcha sobre Roma de los fascistas, que no había hecho más que acelerar la conquista democrática del gobierno por parte del fascismo.

Así es como Bordiga analizó los recientes acontecimientos italianos en el IV Congreso, según las noticias que le llegaban de Italia:

«Las primeras medidas del nuevo gobierno muestran que no quiere modificar la base de las instituciones tradicionales. Naturalmente, no pretendo afirmar que la situación sea favorable al movimiento proletario y comunista, aunque preveo que el fascismo será liberal y democrático. Los gobiernos democráticos jamás han dado nada al proletariado, excepto proclamas y promesas».

La Marcha sobre Roma llevó a Bordiga a acentuar la concepción del fascismo como movimiento unitario de la clase burguesa, como síntesis de la misma:

«En cierto sentido, la relación del partido fascista con el conjunto de la clase burguesa es análoga a la del Partido Comunista Ruso con el proletariado, es decir, un órgano de dirección y de control bien organizado y centralizado de todo el aparato estatal».

Tras analizar brevemente el papel del PCI frente al fascismo:

«El problema consiste en saber si la táctica del Partido Comunista ha permitido obtener los mejores resultados posibles en la defensa del proletariado italiano. Y si hablamos de defensa, es porque jamás hemos pensado que el proletariado estuviese hoy en condiciones de lanzar una ofensiva contra la reacción fascista».

Bordiga procedió a exaltar los escasos casos de resistencia obrera, como el de un barrio obrero de Roma, y contribuyó a crear una leyenda, mediante exageraciones, sobre el heroísmo colectivo de los militantes comunistas, y muy particularmente de Togliatti, redactor jefe de *Il Comunista*¹³⁴.

No deja de ser curioso y contradictorio que sea precisamente Amadeo Bordiga quien iniciara la leyenda y el mito de sempiterno luchador de Togliatti, a quien más tarde denostaría profundamente.

Tras dar cuenta de las destrucciones producidas en los locales y diarios del partido, así como en los de PSI, planteó Bordiga las perspectivas de futuro, afirmando que la actividad política, sindical y periodística del partido podría continuar sin grandes dificultades, según las últimas noticias recibidas de Italia.

El informe presentado al IV Congreso adolecía del carácter de urgencia impuesto por los acontecimientos, así como de la falta de informes lo suficientemente detallados sobre lo que sucedía en Italia en aquellos mismos momentos. Sin embargo, no deja de ser un notable ensayo que, si bien no aporta grandes novedades teóricas, constituye un brillante análisis de la realidad presente, basado en los estudios anteriores sobre el fascismo, ya detallados en el capítulo 2.3.

¹³⁴ Livorsi, Franco. Op. cit., pp. 222-223.

El informe de Bordiga al IV Congreso debe encuadrarse en esos estudios anteriores, y en los que le seguirían, especialmente el artículo «Roma y Moscú» de enero de 1923 y el informe al V Congreso de la Internacional, como un eslabón más en el análisis de Bordiga sobre el fascismo.

